

A black and white portrait of Yunnuen González, a young woman with long, light-colored hair, looking slightly to the left. She is wearing a dark, ruffled, off-the-shoulder top. The background is blurred.

YUNNUEN GONZÁLEZ

Si amas algo... déjalo ir

RECUÉERDA
me

Serie Welcome to London 3

RECUÉRDAME

Yunnuen González

Copyright ©2015 Luz Yunnuen González Sánchez
Primera Edición: Marzo 2017

Acerca de la portada.

Fotografía de Nina Buday / Shutterstock.
Diseño de Yunnuen González.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, o distribuida por cualquier tipo de medio: impreso o electrónico, sin la autorización escrita del titular de los derechos de propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción.

Las referencias a los acontecimientos, gente, o lugares son usados de manera ficticia y/o son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Ally Knight

- 1 Algo nuevo
- 2 Yellow
- 3 Primer día
- 4 Hablemos
- 5 Cappuccinos & Muffins
- 6 Recuérdame
- 7 Trabajando juntos
- 8 Unos minutos para conocerte
- 9 ¿?
- 10 Secretos
- 11 La decisión
- 12 It's over, my friend
- 13 Malas defensas
- 14 Match point
- 15 Rosas
- 16 Primera cita
- 17 En vivo
- 18 Chocolate
- 19 Bajo las estrellas
- 20 Un poco de ayuda
- 21 Desquite
- 22 ¡!
- 23 Que lo sepa el mundo
- 24 Mentira o verdad
- 25 ¡Abrazame!
- 26 Acoso
- 27 Buena suerte

Matthew Raleigh

- 28 Manipulación
- 29 Las tres damas del destino
- 30 Silencio

Epílogo

Agradecimientos

Títulos disponibles

En línea

ALLY KNIGHT

ALGO NUEVO

Algunos dicen que los primeros días de clase siempre serán inigualables, llenos de cosas nuevas y excitantes. Yo concordaba con esa aseguración. Para mí era un viaje a lo desconocido, en donde todo era posible si ponía empeño en ello.

Sobre todo en la universidad.

Me apresuré a hacer todas las cosas cotidianas que uno hace usualmente en la mañana. Tenía que salir a tiempo para ir a la universidad y registrarme para el nuevo semestre. Había quedado de verme con mi mejor amiga, Vera, a las afueras de las oficinas para inscribirnos juntas.

Este no era un primer día, ni siquiera era de la semana, pero aun así presentía que estaría a la altura de uno maravilloso.

—¡Hola, Vera! —llamé a mi amiga que hacía fila para inscribirse. Para molestia de los alumnos de atrás, me metió en la fila.

Vera era mi mejor amiga desde el primer día de clases. Ambas habíamos cruzado la puerta de la universidad juntas, con esa mirada asombrada y palpitaciones aterradas. Coincidió que íbamos en las mismas clases. Ella era de Gales y vivía en una de las casas para estudiantes que tenía la universidad a algunos minutos caminando, cerca de Waterloo.

—Hola, Ally. ¿Cómo estás?

—¡Muy bien! ¿Y tú?

—No tanto. Volví a pelear con Tom.

—¿Otra vez?

Vera asintió mientras hacía muecas de fastidio.

—Si no fuera porque lo amo mucho, ya hubiera terminado lo nuestro... —respondió en lo que tomaba de su bolso el celular que no paraba de sonar.

Por supuesto era Tom que, de acuerdo a las respuestas de Vera, deseaba verla para hablar y posiblemente conciliarse. Esperé pacientemente a que terminaran de hablar.

Su noviazgo con Tom databa de la preparatoria. Sus personalidades eran tan diferentes que no sabía cómo habían durado ya tanto.

Justo terminó de hablar cuando era nuestro turno de entrar.

Quince minutos después, salimos las dos con nuestro nuevo horario. Nos sentamos en una banca para revisar las asignaturas que tomaríamos ese semestre. Al poco rato se acercaron Mason y Luke, nuestros mejores amigos, y nos arrebataron los horarios para averiguar cuántas clases compartiríamos. Al parecer, Vera estaría todas con Luke, una noticia que no le agradó mucho porque él la ha pretendido desde que la conoció.

Aún recuerdo cuando los conocimos. Era una historia que empezó conmigo odiando a Mason y Vera sintiéndose incómoda con el constante escrutinio de Luke. Pero ¿cómo no podía odiar a Mason en un principio? Quitando que me pareció guapo, se había acercado a mí con la tonta excusa de que necesitaba una regla, como si yo aún fuera una niña de primaria que cargara con

una. Mi respuesta lógica fue una sonrisa irónica que le dio la oportunidad de derretir el hielo entre los cuatro.

Días después, llegué a la conclusión de que yo no le gustaba, y solo me había hablado para que su amigo llegara a Vera. Solo que no sabían que ella ya estaba harta de él. A donde fuéremos, ahí estaban siempre vigilando nuestros movimientos desde lejos.

Con el paso de los días, porque compartíamos un par de clases con ellos, platiqué mucho con Mason, y me di cuenta de que me caía mejor de lo que creía. Igual le sucedió a Vera con Luke.

La amistad creció sin mucho esfuerzo, hasta el punto en que íbamos mucho al pub a divertirnos y los extrañábamos cuando no nos veíamos entre clase y clase.

Me puse de pie para estirarme un poco. Vi de reojo que Mason me escudriñó con la mirada.

—¿Qué sucede? —le pregunté revisándome de pies a cabeza.

Esperaba descubrir que me había puesto zapatos desaparejos, u otra cosa.

—¿Cómo le haces para verte bien aun sin arreglarte?

Me sonrojé, no pude evitarlo.

Mason rió por lo alto, como si yo hubiera caído en una de sus tantas bromas. Aunque esta no lo parecía, ya que estaba muy serio cuando me hizo la pregunta. No quise averiguarlo, por eso le piqué las costillas para alejar esa incomodidad que sentía.

Mason era guapo, pero era uno de esos casos en que no sentía química con él; con todo y que éramos juguetones con el otro, como niños de primaria.

—¡Es en serio! Eres preciosa hasta más no poder —siguió coqueteando conmigo.

Volví a picarle las costillas en lo que él reía. Luke y Vera se interesaron por nuestro jugueteo, entonces, Mason quiso abrazarme para detenerme pero su toque incómodo me dio escalofríos, por lo que retrocedí torpemente.

Al instante sentí como unas manos me tomaron por la cintura sorpresivamente; había chocado contra alguien. Mi mirada se encontró sin dificultad con el tipo que aún me tenía sujeta por la cintura; unos escalofríos extraños me atacaron y mis latidos se aceleraron sin razón alguna. Jamás me había pasado esto.

No dijo nada; de hecho, se veía molesto porque tiré su documentación y le había pisado un pie cuando chocamos.

—Lo siento —murmuré alejándome de él; nuestras miradas chocaron de nuevo sin querer.

Quise ayudarlo con sus cosas pero su mirada aún estaba en mí; se sentía como un peligroso fuego que me llamaba a fundirme con él, y no podía resistirme. Terminé escondiéndome detrás de la atractiva presencia de Mason.

El tipo terminó de levantar sus papeles y se alejó.

Tras tal encuentro, fui a sentarme a la banca, aún intimidada.

—Ally —me llamó Vera—, ¿no hay problema si te dejo? Luke va a darme un aventón a casa.

—No hay problema. También tengo que irme.

Las despedidas iniciaron, siempre acompañadas con los usuales comentarios tontos. Cuando llegué a Mason, me tomó del brazo para retenerme unos segundos más a su lado.

—Por favor, no te vayas aun. Quiero hablar contigo —me dijo al oído.

Asentí. No estaba nerviosa, no era la primera vez que nos quedábamos solos. Generalmente, íbamos a comer algo para seguir conversando de cosas vanales; nos gustaba pasar el tiempo juntos.

Tras que Vera y Luke se marcharon, volví a sentarme en la banca. Mason no se decidía en

sentarse, quedarse de pie o seguir paseando frente a mí muy nervioso; parecía gatito enjaulado.

Empecé a balbucear acerca de mi día para relajar el momento. Mason me puso aún más nerviosa con ese gemido callado que me decía que me estaba escuchando. Entonces, finalmente se sentó a mi lado.

—¿Qué sucede? —pregunté, acomodándome de tal manera que quedaba frente a él. Pero apenas nuestras miradas se encontraron, sonrió conquistador y sujetó mi rostro entre sus manos sin esperarlo para robarme un beso.

Lógicamente me sorprendí, pero no sé por qué no lo rechacé; aunque hubiera terminado cediendo. Mason era tenaz cuando quería algo. Como un lindo cachorrito que no soltaba el hueso hasta que lo conseguía.

—¿Quieres andar conmigo? —preguntó después de detener sus labios un segundo para averiguar si estaba feliz o no. Retiró algunos cabellos que cayeron sobre mi rostro.

Si no supe por qué no rechacé su beso, mucho menos por qué le susurré un sí.

Mason volvió a besarme y, no, no sentí nada aun, pero decidí que le daría algunos días para que esos sentimientos escondidos salieran a la luz. Solo porque recordé que alguna vez me sentí celosa cuando una compañera le acomodó un mechón de cabello mientras conversaban durante un cambio de clases. Además, me gustaba pasar el rato con él. Si era un buen amigo, también sería un buen novio.

Después de haber ido a comer una hamburguesa, Mason me llevó a mi casa. Por suerte no me pidió pasar y solo se despidió con un beso apasionado. Finalmente sentí un hormigueo en mi estómago y algo de emoción.

Tal vez, muy en el interior, Mason sí me hacía estremecer.

Por todo ese fin de semana no lo vi. Lo cual fue mejor porque me dio tiempo para analizar mis sentimientos por él.

A decir verdad, no me sentía incómoda con la idea de ser su novia; por el contrario, me alagaba que alguien tan guapo quisiera estar conmigo, y que se estremeciera al besarme. Porque sus labios temblaron de emoción y torpeza cuando me robó ese beso.

Mason me gustaba, eso siempre lo he tenido claro desde el momento en que lo conocí. Solo tenía que darle tiempo al tiempo para que esa atracción se convirtiera en amor.

LUNES

Mason me telefoneó la noche del domingo para decirme que pasaría a recogerme, pero le dije que prefería verlo en la universidad. Nadie sabía aún que éramos novios, ni siquiera Vera y Luke. No quería hacerlo con pompa y circunstancia y muy agarraditos de la mano al entrar a la universidad.

Salí temprano de casa. Quería llegar antes para hablar con Vera y comentarle de la nueva.

Esperé pacientemente en la misma banca de siempre, en donde se reunía el pequeño grupo de amigos. La banca en cuestión estaba en el pasillo principal que llevaba a los salones de clase, podía ver quién entraba y con quién. Tenía a toda la universidad vigilada desde ahí. Nadie se me escapaba.

—¡Ally! —escuché que me gritó Vera—. ¿Por qué no me llamaste para platicarme el chisme?

—Veo que ya te enteraste.

—¡No puedo creerlo! ¡Tú y Mason! ¡Wow!

—¡Shhh!

—No sabía que te gustaba.

—Siempre me ha gustado. Que sintiera algo por él, eso es otro asunto.

Le platicué todo lo que llegué en conclusión durante el fin de semana. De que le daría una oportunidad al romance.

—¿Sabe Mason cómo te sientes respecto a él?

—No.

—Creo que lo mejor es que le pongas las cosas en claro, Ally. Así si te arrepientes, no le rompés el corazón.

—¿Decirle que está a prueba?

—Sí, tal y como lo está Luke.

—¿Disculpa? ¿Qué tiene que ver Luke en todo esto?

—Dejé a Tom por Luke —reveló como si nada.

—¡¿Qué?! —exclamé asombrada. ¿Cómo podía hacerle eso a Tom?

—Terminé con él el viernes. Ya estaba fastidiada de tanto drama. Hablamos y nos dimos cuenta que llegamos a un punto en que ya no sentíamos nada uno por el otro. Ya era rutina.

—¡Pero me dijiste que lo amabas!

—¡Exacto! ¡Lo amaba!... Tiempo pasado.

Me quedé boquiabierta, pero finalmente pude hablar.

—¿Quieres a Luke?

—Un poco. Me gusta. Es por eso que le hice “rogarme”, quería saber qué tan seguro estaba de sus sentimientos por mí.

—¿Y?

—Salimos a tomar un café, hablamos y... Me quiere y vamos a probar.

—¡Sorprendente! ¿Quién diría que empezaríamos este semestre con novio?

—Nadie.

Ambas reímos.

Vera me relató cómo fue su fin de semana romántico con Luke.

Nuestro amigo era realmente detallista y trataba a mi amiga como una princesa. Era lógico, tanto había molestado a Vera con que le hiciera caso, que ahora que por fin era suya no iba a descuidarla para que Tom la convenciera de regresar con él.

Vera siguió parloteando cuando, de pronto, perdí la mirada en un tipo que me cautivó con su sonrisa desde lejos. ¡Ah! Todo pasó a segundo término al instante: mi amiga, las risas de los demás estudiantes... mi respiración.

Era como si alguien hubiera robado el boceto de mi chico ideal y lo hubiera moldeado en arcilla solo para darme una sorpresa. Desafortunadamente, no pude ver sus ojos porque los cubrían unas gafas oscuras.

Miró su reloj deportivo en lo que seguía andando cual top model. Mi corazón se desbocó de nervios porque pasaría frente a mí, lo que me permitiría ver con más detalle toda su persona. ¡Nunca me he sentido así de atraída por un hombre!

Él venía platicando con quienes supuse eran sus amigos. No notó que me tenía totalmente fascinada. Seguí cada uno de sus movimientos: como traía su cuaderno en la mano, marcando ligeramente los músculos de su antebrazo; como se acomodaba las gafas, como torcía sus labios

en una sonrisa irónica pero igual de seductora cuando la chica de alado lo hizo sonreír.

¡Argg, la odié por eso!

—¡Hey! ¡Despierta! —gritó Vera por lo alto, al mismo tiempo que aplaudió frente a mi cara.

Salí del embotamiento con un exagerado sobresalto. Todo el barullo hizo que *él* y compañía voltearan a vernos. Por supuesto, sus amigos se dieron cuenta de que estaba babeando aun por *él*. Lo que no le gustó, porque de inmediato apretó los labios hasta desaparecer y soltó un resoplido molesto. Desvió la mirada y apresuró el paso en lo que sus amigos se burlaban de cómo me había puesto.

Bajé la cabeza muy apenada hasta que creí que ya se habían alejado.

—¿Quién es él? —pregunté a mi misma en un susurro.

—¿Quién? ¿El de los lentes oscuros? —me inquirió Vera.

—Sí. ¿Lo conoces? —pregunté emocionada.

—No. ¿No lo recuerdas?

—No.

—Es el tipo con el que chocaste el miércoles pasado.

—¿Es él?! —exclamé realmente sorprendida.

Volteé a verlo. No recordaba que fuera tan atractivo; a decir verdad, solo recordaba que su mirada me había acibillado por cruzarme en su camino, nada más.

—¡Vaya, necesitas lentes!

—No los necesito. Es que no vi su rostro lo suficiente para poder recordarlo... Es más, solo recuerdo el choque eléctrico que me dio al tocarme —confesé en un suspiro mientras que lo seguía a lo lejos con la mirada. Rogaba a mis adentros que volteara para deleitarme con su perfecta fisionomía.

—¿De qué choque eléctrico hablas? —escuché que me preguntaron por detrás.

La sorpresa me levantó rápido. Eran Mason y Luke.

—Hola, nena —saludó Luke a Vera con un beso rápido.

—El que tú le das —respondió Vera sagazmente.

Mason sonrió de oreja a oreja, muy satisfecho, cuando vio que yo asentía como loca.

—Buenos días —dije a Mason. Me acerqué a él y le di un beso rápido para que ya no preguntara más. Me dio pena ser cariñosa en público.

—¿Nos estaban esperando? —preguntó Mason al aire.

—Sí —respondió Vera en lo que tomó la mano de Luke.

—Bien, vámonos o llegaremos tarde —dijo Luke en lo que cambió la tomada de manos por un abrazo.

Zigzagueé para que Mason no tomara mi mano también. No quería que *él* averiguara que tenía novio.

Ahora me arrepentía de ser la novia de Mason.

MESES DESPUÉS

El semestre corrió con una inusual rapidez. Me sorprendieron mucho cuán rápido mis sentimientos por Mason crecieron. En realidad, su forma de ser no cambió mucho de amigo a novio. Lo que quería decir que si seguía siendo galante, dedicado a mí y, sobre todo, me hiciera reír como loca, terminaría amándolo. Muchas no tienen la fortuna de tener a un amigo en su

novio, alguien que supiera distinguir cuándo estar ahí para apoyarme y cuándo estar ahí para apapacharme.

Era feliz, más de lo que creí llegar a ser. Sin embargo, dentro de toda esa felicidad había una pequeña nube que opacaba el carisma de Mason por momentos: el tipo con el que quedé en ridículo.

No lo había vuelto a ver. Lógico, era una universidad grande con muchos alumnos. Muchas veces llegué temprano a la universidad para esperar en la entrada y verlo llegar; quizás se atrevería a acercarse a mí. Pero no tuve tal suerte tampoco.

Tenía una necesidad desesperante de conocerlo bien. El recuerdo de sus intimidantes ojos no se acoplaba bien con el resto de su cuerpo. Parecía más un cuadro de Picasso que un ser humano. Y, por lo que comentó Vera, era muy guapo. Tanto que merecía el ridículo que hice, según ella.

Para la semana de exámenes finales, me rendí en buscarlo y me concentré en Mason tanto que me olvidé por fin de él. No era justo para Mason estar pensando en alguien más.

—¿Qué haremos después de clases? —pregunté casual a Mason. Estábamos tonteando con las manos.

—Tengo el departamento para mí solo —comentó—. ¿Quieres pasar la tarde conmigo?... ¡Mmm!, tengo mucha *hambre* de ti —enfaticó la palabra *hambre* con connotación sexual.

—Tú... Yo... ¿Solos? —dije en lo que me acercaba a él para acomodar un mechón de su cabello castaño claro. Él también retiró parte de mi cabello para que mi rostro estuviera libre—. ¡Me encanta la idea! —agregué en lo que me ponía de puntas para besarle.

Besar a Mason en público se volvió un placer, sobre todo cuando al andar conmigo fue descubierto por muchas estudiantes que empezaron a pavonearse frente a nosotros para atraer su atención. Él solo tenía ojos para mí.

—Ally, es hora —me llamó uno de mis compañeros.

Me separé de Mason a regañadientes.

—Suerte, nena —dijo en lo que yo caminaba al salón.

—Igualmente, cariño —contesté en lo que le aventaba un beso cual caricatura sexy.

Entré al salón y fui a sentarme en el lugar de siempre.

—Bien... —dijo el profesor para llamar nuestra atención—, ya saben las reglas. No me hagan repetírselas, por favor.

Acomodé todo lo que iba a necesitar para el examen, mientras que el profesor entregaba los exámenes a cada estudiante sin olvidar desearnos buena suerte.

Seguí pensando en Mason y su invitación, en lo mucho que nos íbamos a divertir teniendo sexo, hasta que me di cuenta que había desperdiciado diez minutos en él. Dejé de fantasear y me apresuré a contestar las preguntas más fáciles. Dedicaría el resto del tiempo a las difíciles.

Tras una hora recordando, analizando y respondiendo, me tomé un descanso. Me perdí en el escenario antiguo que me dejaba ver la puerta abierta del salón, o sea la pared. Sentí una punzada en la cabeza, no era buena señal; un dolor de cabeza se avecinaba. Me restregué los ojos fuertemente y, cuando los abrí, *lo* vi pasar. Por una fracción de segundo creí que estaba tan agotada que mi cerebro me jugaba una mala pasada, trayéndome su recuerdo sin desearlo. Pero algo me aseguró que sí era él y me arrojé a salir corriendo del salón detrás de él.

Escuché al profesor exclamar en trasfondo: “¡Cuando tienes que ir, tienes que ir!”

Mis compañeros se carcajearon.

Troté por el pasillo, buscándolo, pero no había nadie. Me apresuré al cubo de las escaleras, y

desafortunadamente tampoco estaba ahí.

¿Cómo podía ser? ¿No podía ser en realidad un fantasma para desaparecer como tal? Aunque eso explicaría por qué no lo he visto en todo el semestre.

No, Vera lo vio también.

Lo más lógico era que había entrado a uno de los tantos salones que corrían a lo largo del pasillo.

Sí, tiene que ser eso.

Resoplé resignada en lo que me alejaba de la escalera. Di la vuelta y choqué contra alguien. El impacto fue tan fuerte que perdí el equilibrio y caí al suelo de sentaderas. Me quejé tan infantilmente, mientras levantaba la mirada.

Ahí estaba él.

Estaba tan serio. Vera tenía razón, era muy guapo, tal vez del mismo nivel que Mason, con la diferencia de que él era más varonil y de cabello castaño oscuro.

—Ten más cuidado la próxima vez —dijo aun serio. Me ofreció su mano para ayudarme a poner de pie.

Tenía miedo de tocarlo, de que ese choque eléctrico se presentara de nuevo y fuera tan fuerte que me volviera a embobar. O, lo que era peor, tener uno de esos incontrolables micro orgasmos que suelo tener por el desespero. No quería quedar en ridículo por una segunda vez.

—¿La vas a tomar o no? —me preguntó con una sonrisa disimulada que lo hizo aún más guapo.

Ya era demasiado tarde, y no era necesario ese choque eléctrico, porque él ya se había dado cuenta que estaba petrificada.

Tras algunos largos segundos, finalmente la tomé, y ahí estuvo ese estremecimiento que me hizo tambalear.

—¿Estás bien? —preguntó en lo que me sostuve de él para no caer nuevamente. Tocar lo hizo aún más imposible de conquistar.

—No, la cabeza me está palpitando —le respondí en lo que ponía la frente inconscientemente en su pecho. Apreté un poco las piernas porque el estremecimiento estaba bajando a mi zona íntima cuando su acelerado latido me coqueteó.

Su loción me golpeó, debilitándome más. Tuve que aferrarme a su ropa para no desvanecerme. Todo él era como una hermosa trampa para ratoncitos que no me dejaba huir..., y no quería hacerlo tampoco porque me sentí protegida.

—¿Quieres que te lleve a la enfermería? —inquirió en lo que tomó mi rostro con sus manos para buscar mi mirada desesperadamente.

¿Y qué le voy a decir a la doctora, que tengo orgasmos con solo verte?

Nos miramos largamente. Le rogué en silencio que me besara, que ya no siguiera aprovechando esos largos segundos en memorizar cada uno de mis rasgos. Más disponible, no podía estar.

Pero no hizo nada, y ahora me estaba enojando porque no tenía intenciones de nada.

—No, gracias, tengo que regresar a mi examen —respondí en lo que le soltaba apresuradamente.

Ya no soportaba tanto toqueteo, cercanía, mariposas en el estómago... y micro orgasmos.

—Bien —dijo indiferente, y bajó las escaleras sin más.

Quise seguirlo con la mirada pero me lo prohibí. Me acordé de Mason y la razón me dijo que ya me olvidara de ese hombre que no había aprovechado el momento.

Ya había visto su rostro, escuchado su voz, y lo había tocado. ¡Era suficiente! Mason no

merecía que suspirara por otro.

Con esa idea, respiré profundo un par de veces para reponerme y regresé al salón a terminar mi examen.

YELLOW

Cuando salí del examen, Mason estaba esperándome.

—¿Qué tal te fue? —preguntó en lo que me extendía la mano para que la tomara.

Recordé a mi amor imposible. Por supuesto, Mason no me preguntaba por él.

—Espero que bien, fue muy difícil responder la última parte. Me dio dolor de cabeza y ya no pude concentrarme.

—¡Oh, pobre de mí nena! —dijo con actitud compasiva y en lo que me atraía a él para besarme en la cabeza.

—No te preocupes. Esta ligera incomodidad no va a echar a perder nuestros planes.

—¿Segura?

—¡Sí!... Vámonos ya —le ordené en lo que lo jalaba con paso apresurado.

Cuando llegamos a su departamento, efectivamente, Charles, su compañero, no estaba.

—¿Y Charles a dónde fue? —pregunté en lo que dejaba mis cosas en el sillón.

—Tiene una escapada romántica con Helen hasta el domingo.

—¡Genial! —exclamé en lo que me arrojaba a él para besarlo largamente. ¡Ahora sí tendría un orgasmo justificado!

Mason era muy entusiasta en la intimidad, algo que chocaba con su rostro angelical. No es que pudiera compararlo con otros hombres, ya que él fue el segundo con el que estuve íntimamente, pero me gustaba que fuera así. Hacía toda la experiencia interesante.

Nos encerramos en su cuarto, y jugueteamos sexualmente hasta casi entrada la tarde, que fue cuando mi estómago rezongó y él tuvo que ir a la cocina a preparar algo rápido de comer.

—¿Puedo quedarme? —le pedí con tono ligeramente infantil—. Quiero relajarme de todo el estrés acumulado por los exámenes, y tú eres una magnífica terapia para eso.

Mason rió entre dientes muy seducido.

—Me siento usado —comentó en tono reprobatorio.

—¿Quieres o no ser usado? —pregunté.

—¡Oh, sí! Siempre y cuando seas tú la que me *use*.

Me cohibí.

Ya estaba acostumbrada a que Mason usara ese tono seductor en sus insinuaciones, pero supongo que me cohibí porque su mirada me decía que me deseaba en ese preciso momento.

Tomé un bocado del bistec para alejar el pensamiento de regresar al cuarto; primero, necesitaba reponer fuerzas. Mientras tanto, él bebió su refresco aun mirándome sumamente encantado.

—Puedes quedarte pero no podrás *usarme* más por esta noche —dijo.

—¿Por qué no?

—Porque tengo una sorpresa para ti —respondió.

Fue a su cuarto por algo en una carrera en lo que yo seguía comiendo. En otra ocasión lo

hubiera seguido para quedarnos ahí y “jugar”, pero en verdad tenía hambre.

No tardó en regresar con lo que me parecieron dos boletos en mano. Me los entregó muy expectante de mi reacción.

—¡No puedo creerlo! ¿Vamos ir a ver a Coldplay? —exclamé con toda la felicidad dibujada en el rostro.

—Sí. Y, si no has leído bien los boletos, el concierto es en un par de horas.

—¡Tengo que apurarme o llegaremos tarde!

—Sí. Luke y Vera nos verán allá.

—¿Van a ir con nosotros?

—Sí, los veremos en una hora en la entrada. Hace mucho que no salimos los cuatros juntos.

—Siempre lo hacemos... —refuté extrañada por ese comentario.

—Sí, pero esta ocasión es más especial porque lo haremos como cuatro universitarios. Para la siguiente vez, ya estaré trabajando y saldré con *tres* universitarios.

—¡Ja! Ya te sientes todo un profesionalista, ¿no?

—Que te puedo decir. No va a ser nada bueno para mi reputación que salga con una universitaria —respondió muy bromista.

—¡Ja-ja! —exclamé sarcástica.

—Báñate rápido, que también quiero refrescarme un poco —me ordenó en lo que me daba una nalgada.

—¡Ya voy! —rezongué en lo que corría de puntitas al cuarto para tomar mi ropa.

Llegamos a la hora en que Mason había quedado con nuestros amigos. Ellos ya nos esperaban con dos cervezas en mano.

Mason y Luke conversaron animadamente no sé de qué. Seguro era una conversación acerca de fútbol, autos, o lo que sea de lo que platican los hombres generalmente. En cambio, mi plática con Vera era acerca de lo que nos interesa a las mujeres: hombres, por supuesto, después de ropa, maquillaje, zapatos, etcétera.

—Choqué con él —comenté a Vera.

Di un sorbo a mi cerveza en lo que vigilaba que Mason no me escuchara.

—¿Con quién chocaste?

—Con él.

Vera casi se ahoga cuando recordó el énfasis que ponía siempre cuando me refería al tipo que me gustaba en secreto.

—¿Qué te dijo?

—No mucho, realmente. Estaba molesto por verme, o eso creo.

—¿Te recordó?

—No, no lo creo. Más bien se ha de haber molestado porque lo golpeé muy fuerte.

—¿Y qué tal?

—Es muy guapo... Demasiado para mi propio bien.

—Te lo dije. ¿Y ya sabes cómo se llama?

—No. Creo que no estaba interesado en una presentación.

—Así que es maleducado —comentó Vera. Retiró un poco de cerveza que se desbordó por sus labios—. Eso no es nada bueno.

—No creo que sea maleducado. Sencillamente no le interesé lo suficiente para querer

conocerme.

—¿Y eso te molesta?

—La verdad es que sí. No sé por qué me pongo toda tonta con solo verlo.

—Te pone así porque te gusta... y mucho. Quizás más que Mason.

—Tal vez. En fin, esta decepción me hizo decidir que me olvidaré de él y me concentraré totalmente en Mason.

—Buena idea.

Guardamos silencio cuando vimos que los muchachos se acercaron para avisarnos que era hora de ir a nuestros lugares.

El grupo tocó todas mis canciones favoritas, las cuales canté a todo pulmón ante la mirada atónita de Mason.

Cuando el grupo tocó *Yellow*, volteé a verlo; tenía una sonrisa de oreja a oreja por hacerme feliz. Tuve un deseo loco de decirle que lo amaba, pero cuando las palabras estaban listas para ser formadas, mi corazón respingó para detenerme. No lo sentía aun, solo me estaba dejando llevar por el momento.

Lo curioso fue que mi corazón respingó porque deseaba fervientemente que *él* estuviera a mi lado en lugar de Mason. Estaba confundida y algo desilusionada. ¿Por qué tenía fuertes sentimientos por alguien que no conocía? ¿Podría ser que me estaba enamorando de la fantasía? ¿Podría ser que había cometido un error al no preguntar su nombre?

Tal vez la respuesta a todas estas preguntas era *sí*.

Ese hombre ya era mi estrella constante que me cuidaba desde la profundidad de mi corazón... siempre en silencio e iluminándome con su cálida luz.

La tristeza me estremeció.

Es una lástima que no quisiera conocerme.

—¿Qué sucede? —me preguntó Vera en un grito en mi oído cuando me vio decaída.

—No es *él* —le respondí.

Lógicamente, Vera me hizo gestos de que no tenía remedio.

Aún estaba decaída tras que el concierto terminó; sin embargo, actué como si me hubiera divertido mucho. Al menos así lo fue al principio del concierto, hasta que tocaron esa maldita canción que ahora quedará marcada de por vida como *suya*.

Regresamos al departamento de Mason para cenar algo. Luke y Vera se fueron a sus casas ya muy tarde. Y cuando nos quedamos solos, Mason se acercó con la intención de besarme e iniciar el acto, pero estaba tan cansada que lo rechacé gentilmente.

—Okay, entiendo. Yo también estoy cansado —comentó con tono doliente.

—¡Está bien! ¡Ven! —cedí lanzándome a desabrochar sus jeans.

¿Algún día Mason me hará el amor lentamente?

Esa fue la última noche que pasé sexualmente con Mason. A la mañana siguiente, me levanté temprano y regresé a mi casa dejando a Mason aun dormido. Le escribí una nota diciéndole que tenía que prepararme para el examen más difícil.

Tuve que estudiar mucho por un par de días, por lo que casi no lo vi. Luego vinieron los resultados, y entonces él estuvo ocupado con el papeleo de su graduación. Y ya terminado exitosamente el semestre, salí de vacaciones con mi prima Jenny a Estados Unidos por tres semanas. La diferencia de horario nos separó hasta el punto que supe muy poco de él.

Supe que le habían ofrecido un puesto en una agencia de mercadotecnia, era pequeña pero aun

así era una de las mejores del país. Trabajaba largas horas y siempre llegaba a su departamento tan cansado que si apenas podía mantenerse despierto.

La situación no cambió cuando regresé.

A veces los días pasaban sin siquiera saber uno del otro. Entonces empecé a presentir que ya no quería verme. Lo busqué muchas veces para hablar porque no podíamos tirar la relación así de sencillo. No podía dejarme enamorada y pensando qué había hecho mal.

Pero a él no le importó mi sentir y nuestra relación se degradó a cero en pocos meses.

El siguiente semestre fue muy solitario, Vera y Luke se la pasaban juntos todo el tiempo. De vez en tanto me invitaban a pasar el tiempo con ellos pero terminaba buscando una excusa para alejarme a los pocos minutos. Sentía que hacía mal tercio.

Luke aun tenía contacto ocasional con Mason, pero cada vez que le preguntaba, bueno, interrogaba por él, me respondía que Mason estaba muy ocupado compitiendo por un puesto que lo adelantaría en su plan de carrera por muchos años. Ganaría más y tendría más tiempo libre.

—¿Y de que le servirá ese tiempo libre si ya perdió a su novia? —le recriminó Vera molesta.

—¡Yo que sé! ¡No me regañes! —respondió Luke—. Yo solo les cuento sus planes.

Y eso era lo que me molestaba más, porque, sí, estábamos ocupados, pero vivíamos en una época en donde la tecnología acercaba a las personas. No las alejaba.

Al parecer, nunca iba a tener una respuesta de por qué me había dejado.

Como no quería pensar más en Mason, voltéé todo mi tiempo a los estudios e hice nuevas amistades, que no fueron tan importantes para salir con ellos.

El último semestre de mi carrera fue diferente. Vera retomó nuestra amistad y Luke terminó sus estudios y pronto empezó a trabajar. Lo que me hizo mandar a Mason directito al infierno, porque su amigo sí buscaba el tiempo para estar con Vera. Esa actitud me hizo dar cuenta que Mason, sencillamente, se había cansado de mí y ya no quería nada. Me hubiera gustado que hubiere tenido el valor para terminar nuestra relación, y así yo podría seguir mi vida.

—Olvídate ya de él —me decía Vera siempre que le confesaba mi sentir—. ¿No quiere nada contigo? Pues él se lo pierde.

Hice caso de su consejo. Para cuando nos graduamos, Mason ya solo era un recuerdo que enterré en lo más profundo de mi memoria, y mi estrella irradió desde ese momento.

Me arrepiento de no haber preguntado *su* nombre. Quizás mi vida hubiera sido maravillosa a su lado y no estaría llorando por un idiota que se aburrió rápido de mí.

PRIMER DÍA

DOS AÑOS DESPUÉS

El edificio en donde estaban las oficinas principales de mi nuevo trabajo estaba delante de mí, irguiéndose orgulloso del impacto que tenía en la gente al mirarlo.

Di un respiro rápido para darme valor a entrar.

Odio los primeros días, dije a mis adentros. Ahora los odiaba.

Por asares del destino, había conseguido un trabajo en la misma agencia en donde trabajaba Mason. Mi nerviosismo del primer día se aunaba con la alta probabilidad de encontrármelo.

Me había desvelado parte de la noche situándome en un encuentro casual con él en el lobby, o en el elevador. En ambas ocasiones lo primero que salía de mi boca era una recriminación por no haber terminado lo nuestro como se debía.

—Buenos días, soy Ally Knight —dije a la recepcionista que revisaba algo en su computadora.

—En un momento vendrán por ti. Por favor, toma asiento —dijo en lo que me señalaba educadamente una pequeña sala en donde aguardaban los visitantes.

Fui a sentarme ahí. Mientras esperaba, revisé una y otra vez mi facha, mi celular y todo lo que tenía a la mano para controlar el nerviosismo que ya me hacía temblar.

Al poco rato se acercó a mí una mujer rubia, quizás un par de años mayor que yo, con un montón de documentos en el brazo. Algunas miradas masculinas la siguieron en su andar.

—Hola...

—Llámame Ally —interrumpí rápido.

—Bien. Hola, Ally. Yo soy Marlene. Sígueme, te mostraré el lugar y luego te llevaré a tu escritorio para que empieces a trabajar conmigo.

La seguí un poco tambaleante, las piernas parecían no responderme.

Me mostró el lugar, decorado con muebles de madera blanca. Era realmente grande. No había cubículos, solo escritorios grandes que eran compartidos por dos personas, una frente a la otra. Todas las computadoras eran blancas y con líneas sencillas, de última generación.

Marlene me comentó que el lugar fue diseñado para estar lo más abierto posible, para que el empleado se sintiera a gusto y trabajara mejor. Concordé con lo que me comentó, el ambiente en el lugar era bueno. Había gente trabajando arduamente pero ocasionalmente reían.

Busqué inconscientemente a Mason. Como no lo vi, iba a preguntar a Marlene si lo conocía. Pero decidí mejor no hacerlo porque mi duda generaría otras más que no sabría cómo responder.

—Bien, este es tu escritorio —dijo en lo que me señalaba un lugar vació muy cerca de la ventana.

Puse mis cosas ahí. Tenía una maravillosa vista a un pequeño parque.

Marlene fue a sentarse a su lugar y empezó a revisar los folders.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer? —le pregunté en lo que me sentaba.

Marlene rió.

—Lo siento, ya estaba acostumbrada a trabajar sola —dijo en lo que se puso de pie. Tomó la mitad de la pila de folders—. Tenemos que registrar todas estas encuestas.

—Dalo por hecho —dije en lo que tomaba de sus manos los pesados folders—. ¿Hay una fecha de entrega?

—Son para ayer.

—¿Disculpa?

Marlene rió.

—Aquí todo es para ayer.

—¿Es en serio?

—No. La verdad es que son para dentro de dos semanas pero tenemos un jefe que le gusta que el trabajo esté terminado antes de tiempo.

—¡Ya veo! ¿Y no es estresante eso?

—No, no te preocupes por el estrés. Creo que solo hemos estado estrazados una vez desde que estamos a su cargo —me le quedé viendo preocupada por las largas horas de jornada que me esperaban—. Es solo un decir que todo es para ayer. Nuestro jefe ha implantado un sistema de 2/1 —hice gestos de que no entendía—. Es decir, que nos hace trabajar en parejas todo el tiempo. Eso agiliza el trabajo y se entrega antes de tiempo.

“Él no nos presiona más de lo que se presiona así mismo. Siempre nos dice que debemos tener una vida fuera del trabajo, así que este es un empleo de 9/5.

—¿9/5?

—Sí, llegas a las 9 a.m. y te vas a las 5 p.m.

—¿En serio?

—Sí, ha funcionado tan bien su sistema de trabajo en este departamento que ya somos la envidia de los demás.

—Sorprendente. El trabajo soñado.

—Sí, lo es.

—¿Y cuándo conoceré al jefe?

—Hasta la tarde. Hoy es viernes y es día de juntas. Se discute todo lo que se hizo en la semana y qué se hará para la siguiente.

—Bien. Entonces, trabajemos. No quiero que te quedes horas extras por mi culpa.

Marlene sonrió apenas.

Trabajé toda mi jornada revisando y organizando las encuestas relacionadas con un nuevo sabor de mi cereal favorito: Cheerios.

Para ser un primer día, estuvo muy tranquilo. No hubo señal de Mason, quizás ya no trabajaba aquí.

A las cinco en punto, todos en la oficina dejaron de hacer su trabajo y se prepararon para ir a casa, o a donde fuera para relajarse. En mi caso, esperé hasta que Marlene dejó de trabajar.

—¿Tienes planeado algo para esta noche? —me preguntó en lo que echaba su celular a su bolso.

—No, solo ir a casa.

—¿Te gustaría salir con mis amigos y yo? Iremos a *The Gathering*.

The Gathering era un lounge recién inaugurado que rápidamente ganó popularidad gracias a que el Príncipe Harry y otras celebridades eran visitantes asiduos.

—¿Cómo le hacen para entrar?

—¡Tenemos influencias! El amigo de una amiga es el dueño.

—¡Sí voy! ¿A qué hora me quieres ahí? —acepté entusiasmada. No podía perder la oportunidad de conocer ese lugar. Yo no tenía influencias que me permitieran un fácil acceso, y de paso conocería mejor a mis nuevos compañeros.

—Te veo en la puerta a las 8 p.m.

—Ahí estaré.

Fui a mi departamento para tomar un baño y vestirme con las ropas más modernas en mi guardarropa. Vera, aun mi amiga y ahora mi compañera de departamento, saldría con Luke esa noche.

Tomé un taxi para ir al centro de la ciudad. No quise arruinar mi look con los apretones y empujones que siempre sufría en el metro.

Llegué a la hora que Marlene me indicó. Ya me esperaba un poco impaciente junto con Brenda, otra compañera de trabajo.

Tras la respectiva introducción, vino el interrogatorio obligatorio: mi estado civil, dónde vivía, con quién vivía, etcétera.

—¿Crees que vendrá? —le preguntó Brenda a Marlene.

—Prometió que sí vendría —respondió poniéndose de puntas para revisar rápido el área.

—Disculpen que me meta, pero ¿quién va a venir? —pregunté muy curiosa.

—El galán de Marlene —respondió Brenda.

Marlene rió nerviosa.

Al poco rato, llegaron otras dos amigas de Marlene y entramos al lugar como si fuéramos conocidas. Me sentí alguien importante cuando las quejas se dejaron escuchar por saltarnos la fila.

El lugar era..., bueno, no puedo describir exactamente cómo era porque lo único que veía era luces estrambóticas y mesitas altas que rodeaban a la pista de baile. El bar, por otro lado, era todo de metal. Tenía detrás una pared de color rojo con un mueble que parecía librero, solo que en lugar de exhibir libros eran botellas de todos los tipos.

Hubo un cambio fuerte de luces y pude ver el lugar en todo su esplendor. Era muy elegante.

Recorrí el lugar con la mirada, con la esperanza de que fuera una de esas noches en que el Príncipe hubiere hecho acto de presencia.

—No sabrás cuando él esté aquí —me dijo Brenda en un grito. Lógicamente supo a quién estaba buscando—. Cuando está aquí, no es el Príncipe. Pasa desapercibido. Tanto que podrías acercarte a él y platicar sin ningún problema de seguridad.

—¿En serio?

—Sí.

Ahora tenía más ganas de conocerlo.

¡Quién sabe! Podría conquistarlo y convertirme en la futura Kate Middleton, escondí mi sonrisa tonta por ese estúpido pensamiento.

Fuimos a una mesa y de inmediato se acercó un mesero. Pedimos nuestras bebidas entre risas y bromas con él. Yo pedí una Guinness, aun no tenía el gusto por bebidas alcohólicas más fuertes y sofisticadas.

Estaba pasando un rato agradable, aunque no conociera mucho a mis acompañantes. Fueron muy lindos conmigo y se preocuparon por tenerme siempre dentro de la conversación. Sin

embargo, cuando no me interesaba saber algo de ellos, volvía a buscar al Príncipe.

En una de esas, me quedé helada cuando vi a dos hombres no muy lejos de nosotros. Uno de ellos era... ¿él?

¡No puedo creerlo, sí es él!... ¡Por dios, está más guapo de lo que recuerdo!

Mi fantasía de ojos color avellana y labios volubles vestía traje gris Oxford y camisa azul claro, sin corbata y con los primeros botones desabrochados; su cabello estaba ligeramente despeinado, a pesar de la formalidad de la ropa. Se veía cual modelo imposible de Hugo Boss. Incluso tenía esa seguridad.

—Ahora regreso —avisé a Marlene en lo que tomaba mi bolso.

Corrí hacia el letrero de *Sanitarios*.

Me apresuré a retocar mi maquillaje y el cabello; tenía una sonrisa tonta que estaba llena de esperanza, y me hacía ver guapísima. Salí apresurada para hacerme la encontradiza con él. Con un poco de suerte, me reconocería.

No tardé en encontrarlo, iba hacia nuestra mesa. Me confundí cuando Marlene se acercó a él en cuanto lo vio. Tenía una sonrisa de oreja a oreja y él respondió su saludo con un abrazo chueco. Luego saludó a los demás, presentó a su acompañante y enseguida se inclinó hacia Marlene para decirle algo al oído. Estaba tan atenta a la escena que vi como él colocó la mano en su cintura para atraerla discretamente de una manera romántica. ¡Marlene aprovechó para robarle un beso, que él no rechazó!

Él era quien esperaba que viniera.

Me sentí fatal. No sé si fueron celos o la decepción por verlo con alguien más pero solo quería irme. Solo que no podía hacerlo porque Marlene había sido muy amable al invitarme para que hiciera amistades. No podía dejarla colgada.

Pero tampoco me atrevía a ir con ellos. ¿Qué tal si me reconocía?

Tras varios minutos mirando al grupo, decidí ir y dar una excusa para salir de ahí. No podría pasar el resto de la noche viendo como Marlene lo veía con un deseo que me revolvió el estómago.

Saqué el celular y caminé hacia ellos fingiendo que estaba respondiendo un mensaje. Su amigo fue el único que notó mi llegada, pero rápido regresó a su plática amena con Brenda.

Me paré a su lado.

—Ally, te presento a Matthew y Damon —dijo Brenda cuando me vio.

—Mucho gusto —dijo Matthew, o sea él, sin gesto alguno. No me reconoció.

Matthew... Hermoso nombre para mi fantasía.

Miré su mano extendida, temerosa de ese choque eléctrico que aún vivía en cada célula de mi piel. Ladeó la cabeza curioso, quizás se preguntaba por qué no la tomaba.

—Hola —dijo Damon con una sonrisa amigable y tomó mi mano.

El oportuno silencio fue roto cuando mi celular, mi gran salvador, sonó. Lo contesté de inmediato.

—¿Bueno?

—¿Dónde estás, Ally? —me preguntó una Vera gritona.

—En *The Gathering* —respondí, igualmente gritando. Vi de reojo que Matthew me veía casualmente.

—¿En serio? ¿Te estás divirtiendo?

—Algo... No, realmente —respondí alzando la mirada un poco hacia Matthew.

—¿Hay posibilidad de que te reúnas con nosotros?

—No quiero hacer mal trio.

—No, no lo harás porque Mason está aquí y quiere verte.

Sentí un bajón. Me alejé del grupo para hablar con más tranquilidad. Matthew me siguió con la mirada, pero no tardó en regresar su atención a Damon que reía por algo.

—¿A qué carajos está jugando el maldito destino? —pregunté al aire.

—¿Qué sucedió? —Vera hizo suya la pregunta.

—Adivina *quién* está en la mesa con mis compañeras de trabajo.

Vera no me respondió.

—¡Él!

—¡¿Qué?! ¡¿Está ahí contigo?!

—Bueno, no conmigo pero está muy cerca... ¡Y luego me llamas diciéndome que Mason quiere verme!

Vera rió.

—¿Y qué quieres hacer?

Volteé a ver a Matthew, quien sintió mi mirada y volteó casualmente a donde estaba, completamente inexpresivo.

—Iré contigo. De todas maneras, aquí no me pelan. Llego allá en media hora —dije finalmente sin dejar de verlo.

—Bien, estamos en *The Slug*.

—¿En el de siempre?

—Sí. Te esperamos —dijo Vera y colgó.

Regresé al grupo.

—Marlene, tengo que irme.

—Pero ¿por qué? —preguntó infantilmente en lo que se recargaba en Matthew.

Me concentré solo en ella, no podía soportar la mirada de Matthew.

—Tengo que arreglar las cosas con mi pasado.

—¿Tu pasado? —me preguntó Damon con tal familiaridad.

—Sí, mi pasado... Mi novio... Perdón, ¡mi ex novio!

—¿Es o no es? ¡Decídetes! —dijo Matthew de una forma extraña, casi desesperante..., ¡y muy confianzudo!

—No puedo... Es confuso —le respondí mirándolo directamente a los ojos como niña regañada.

La respiración se me fue un poco cuando me imaginé cómo sería si esos ojos me despidieran amor... O por lo menos interés.

—No hay problema —dijo Marlene—. Te veo el lunes.

—Bye —me despedí rápido, sin besos en mejillas ni manos sostenidas.

Aun recordaba cómo me puse cuando me tocó superficialmente. No quería averiguar qué sucedería si me besaba en las mejillas.

Di la vuelta apresuradamente y choqué con un mesero.

—Ten más cuidado —me recomendó Matthew con una risita traviesa.

Volteé de inmediato al reconocer esas mismas palabras que me dijo la última vez que lo vi.

Matthew ladeó confundido la cabeza, quería saber por qué estaba respirando agitadamente. Pero, al no encontrarla, lógicamente porque no me recordaba, regresó a la conversación del

grupo, ignorándome ya.

Salí del lugar en un trote desesperado.

Me sentí más tranquila cuando el frío de la noche envolvió mi rostro.

HABLEMOS

Tomé un taxi para ir a *The Slug*.

Mason fue lo primero que vi cuando entré muy nerviosa. Reía tímidamente a algo que Luke les estaba platicando.

El destino aún seguía divirtiéndose conmigo, ya que vestía exactamente igual a Matthew. Con la diferencia de que Mason se veía más como un modelo de Tommy Hilfiger.

Matthew.

Aún me era irreal que ya supiera su nombre, y que Marlene tuviera el privilegio de tocarlo, abrazarlo... besarlo.

Sacudí mis pensamientos y di un respiro largo para darme valor de ir con mis amigos y Mason.

Luke fue el primero que se dio cuenta que había llegado. Vera no esperó en recriminarme que me había tardado ligeramente más de lo que dije, y Mason, bueno, aun cuando sabía que iba a ir, estaba sorprendido de verme.

—Hola, Mason —lo saludé como si fuera un viejo amigo.

Balbuceó un “hola”.

—¿Cómo te fue en tu primer día? —me preguntó Luke.

—Muy bien, gracias —respondí en lo que echaba una mirada confabuladora a Vera.

—¿En dónde estás trabajando?

—En Mk Investigation Ltd.

Mason casi se ahoga al saber que ambos trabajábamos para la misma agencia.

—Sí, lo sé —dije con una mueca resignada por la coincidencia.

—¿En qué departamento estás? —me preguntó Luke.

—En Quantitative marketing research.

—En el 5°. Piso —comentó Mason.

Asentí. Iba a preguntarle en que piso estaba él pero decidí mejor no hacerlo. La verdad era que no quería saberlo para no correr a él cada vez que Marlene me hablara de Matthew.

—Sí, sí... —espetó Vera algo molesta—. No quiero pasar el rato hablando de trabajo. Ya se pondrán al tanto de ese tema después.

Mason sonrió.

La conversación se dirigió al pasado, lo cual me molestó porque, sí, fuimos amigos antes de ser parejas, pero Vera y Luke se enfocaban más en esa etapa en que salíamos en citas dobles.

Mason me miraba de vez en tanto detenidamente, supongo que buscaba algún indicio de que estaba a punto de reclamarle por simplemente abandonarme. A decir verdad, sí quise hacerlo, pero no estaba de ánimo para enfrascarme en una discusión llena de recriminación y gritos.

Vera vio su reloj y le hizo gestos a Luke de que era hora de terminar la velada. Lamenté irnos porque, a pesar de todo, había tenido una noche agradable con ellos.

—¿Quieres que las lleve a casa? —preguntó Luke a Vera.

Le eché una mirada a Vera que le decía que aceptara. Si decía *no*, Mason podría ofrecerse a llevarnos, y no quería darle la oportunidad para hablar conmigo a solas. Situación que estaba segura que pasaría en cuanto llegáramos. Vera correría a su cuarto con la excusa de que estaba muy soñolienta por la cerveza.

—Sí —respondió Vera.

Solté sin querer un suspiro de alivio.

Mason se dio cuenta de mi respuesta y apretó los labios en una línea que me decía que estaba molesto por mi “huida”.

Nos despedimos de Mason afuera. Lo vi caminar a la acera de enfrente para subir a su auto. Todo había sido muy natural. Luke me llamó y los seguí como guardaespaldas para no hacer mal tercio.

—¿Cómo te sentiste de volver a ver a Mason? —me preguntó Luke, viéndome por el retrovisor.

—¿Se supone que debí sentir algo? —pregunté ingenuamente.

—¿No te movió algo?

Lo miré por el retrovisor en silencio. Mi seriedad le cuestionaba cómo era posible que me preguntara eso, cuando sabía lo difícil que fue sacarlo de mi vida.

Luke desvió la mirada al frente cuando recibió mi mensaje silencioso.

—Ally, me quedaré con Luke el fin de semana —me avisó cuando llegamos al departamento.

—¿Siempre sí? —inquirió Luke—. Me hubieras dicho para que Mason...

Vera le aventó una miradita que lo calló.

—Gracias, Luke, por traerme. Vera, te veo el domingo, si es que vienes.

—Buenas noches —dijeron ambos.

Me sentí aliviada. Había salido triunfal de ese encuentro con Mason.

Dediqué todo el fin de semana a hacer actividades que me alejarían de pensar: salí a correr a Hyde Park, fui a Oxford Street a comprar ropa para el trabajo, fui al museo de Historia Natural a ver no sé por cuánta vez sus exhibiciones, y luego a comer un helado a Leicester Square.

El lunes me levanté de buen humor. Me vestí tranquilamente y salí hacia el trabajo con tiempo de sobra para pasar a un Starbucks y comprarme mi desayuno. Llegué a la oficina muy a tiempo, casi a la par de Marlene.

Trabajé por algunas horas en los cuestionarios que había dejado inconclusos el viernes.

—¿Qué sucedió con tu ex? —me preguntó curiosa desde su lugar.

—Nada.

—¿Cuál es la historia?

—Es complicada.

—Sí, eso nos dijiste —comentó con tono enfadado porque no quería soltar el chisme.

—No es que no quiera platicarte de él, es solo que..., bueno, me dejó hace dos años sin explicación alguna.

—¿Cortó contigo?

—No, ese es el problema. Un viernes nos vimos y para el lunes ya no supe nada de él... Hasta el viernes pasado.

—¡Vaya bastardito!

Bufé graciosamente.

—Ha pasado tanto tiempo para que me importe su razón.

—¿En serio no quieres saber por qué te dejó?

—Sí, pero más que morirme por saber, es simple curiosidad. Realmente no soy una persona rencorosa... Tal vez cuando me decida hablar con él de eso, podremos volver a ser amigos.

—¿Me estás bromeando?

—No, Marlene. Él y yo éramos muy buenos amigos antes de que se me declarara.

—Eres rara... muy rara —comentó en medio de una risita y regresó a su trabajo.

El teléfono de mi escritorio sonó.

—Ally Knight —contesté.

—Hola, Ally. Soy Susan. El jefe quiere verte en su oficina.

—Voy en un momento.

Colgué.

—Marlene.

—¿Sí?

—¿Dónde está la oficina del jefe?

—¿Te habló Susan?

—Sí.

—Es su asistente... Su oficina está allá —me señaló al otro lado del piso—. ¿Quiere conocerte?

—Eso creo.

—Salúdalo de mi parte y dile que lo buscaré en el almuerzo.

—Okay —dije confundida por la familiaridad del mensaje. Pero recordé que así se llevaban todos aquí.

—Hola, soy Ally —me presenté ante la mujer a finales de sus veintes que estaba contemplando el monitor de su computadora.

—Hola, soy Susan —me extendió la mano—. Entra, te está esperando.

Le sonreí amigablemente.

Toqué primero antes de entrar. En seguida escuché un lejano “Adelante” que me llevó a abrir la puerta valientemente. Pero tan pronto como entré, quedé petrificada.

¡Matthew era “el jefe”!

—Por favor, cierra la puerta detrás de ti —me ordenó sin percatarse que aun tenía mis pies enterrados en ese lugar. Seguramente porque estaba revisando unos papeles, así que no prestó mucha atención a mi entrada torpe.

Finalmente logré despabilarme y caminé temblando de nervios, literalmente.

—Siéntate —me señaló con un cabeceo la silla frente a él.

El teléfono sonó y él contestó rápido. Estaba tan nerviosa que no pude verlo, por lo que me dediqué a revisar su oficina.

Era sencilla, decorada como todo el piso. A decir verdad, parecía más la oficina de un arquitecto que la de un mercadólogo. Excepto que un arquitecto tendría planos por todos lados, en cambio, Matthew tenía libros y figurillas de metal surrealistas.

—Bien —escuché que dijo a la par que colgó—. Entonces, eres nuestra nueva compañera.

—Sí —respondí tímidamente—. Y tu..., perdón, usted es el jefe.

Matthew rió entre dientes.

—Estás algo sorprendida —comentó.

¿Cómo no estarlo? ¡De pronto apareces en todos lados!, pensé.

—Lo estoy. Hasta donde sé los jefes no conviven con sus subalternos después del trabajo —respondí.

—No, creo que no lo hacen. Pero antes de ser *el jefe*, yo era su amigo. ¿Por qué tengo que romper mi amistad con ellos solo porque tengo un mejor puesto? —explicó recostándose en la silla, la cual rechinó calladamente. Apoyó el rostro en la mano, lo que le dio actitud de hombre inalcanzable. No sé cuántos metros estaba ya lejos de mí.

—Ya veo. Es por eso que Marlene lo presentó como un amigo cualquiera.

—Así es, y, por favor, hablame de *tú*. Me haces sentir viejo y solo tengo unos años más que tu —dijo con unas risita entre dientes.

Asentí encantada. Me estaba costando mucho hablarle de *usted*, cuando ha sido mi amante en todas mis fantasías.

Hubo un silencio en donde nos miramos.

—Bien, la razón por la que te llamé, además de introducirnos en un ambiente de trabajo, es para decirte que llegaste en un momento perfecto a la agencia. Marlene ha sido ascendida y tendrá que dejarnos en unos días.

—¿Va a irse?

—Sí, pero no te preocupes, no se va muy lejos. Se muda al edificio de enfrente, de hecho. Estará en otro departamento.

—Bien.

—Solo terminará el proyecto en el que están trabajando, y será todo para ella aquí —asentí—. Desafortunadamente, no tendrás un nuevo compañero por ahora. Tendrás que trabajar sola por un tiempo.

No dije nada.

—¿Hay algún problema para ti con eso?

—No.

Mi respuesta era sincera. No me molestaba trabajar sola; de hecho, me gustaba más porque trabajaba más rápido y con mejores resultados.

—Perfecto. Aun así, si llegas a necesitar una mano, avísame y veré como puedo ayudarte, ¿okay?

Asentí en lo que sonreía tímidamente.

Mi corazón latió exaltado por la idea de pasar tiempo a solas con él. Pero, así como me emocioné, sufrí una decepción mucho más grande al recordar que Matthew no era soltero.

—Bien, entonces eso es todo por ahora —me despidió con una sonrisa que fue respondida con otra.

Me puse de pie, temerosa de que aún me fallaran las piernas, y salí de la oficina sin cerrar la puerta.

Estaba reponiéndome de la sorpresa de que vería y hablaría con Matthew todos los días, que apenas si escuché mi nombre. Fue un agarre el que me sacó de mis pensamientos.

—Hola —dije sorprendida al ver a Mason. Para ocultarla un poco, me apresuré a saludarlo de besos en las mejillas.

—Así que *sí* estás trabajando aquí —dijo con una enorme sonrisa.

—Sí, ¿por qué te mentaría? —respondí extrañada por su comentario incrédulo.

—Yo estoy en el edificio de enfrente, en Branding.

—¡Qué bien! —dije sin interés.

—¡Mason! —lo llamó Matthew.

—¡Permíteme un minuto! —le dijo. No en un grito, pero si le denotó que no le alzaré la voz.

Volteé a ver a Matthew. Estaba en la puerta de su oficina con una pose muy rígida.

—Me alegra verte. Iba a llamarte pero Luke me dijo..., bueno, no importa lo que me dijo — volteó hacia Matthew con apuro—. ¿Podemos hablar?

—¿Ahora?

—No, no ahora. Vine a hablar con Matthew... Después del trabajo, ¿te parece?

—No sé —respondí nerviosa, porque empecé a sentir también como Matthew apuraba a Mason con esa mirada aniquiladora.

—¡Por favor! —suplicó con un pequeño puchero.

No pude resistirme. Además, ya era hora de que habláramos.

—Está bien —cedí finalmente.

—¡Bien! Te espero en *tu* lobby a las 5:15 p.m.

—Sí.

—Es un plan... No me dejes plantado —me advirtió con una sonrisa traviesa—. Te dejo, no vaya a explotar el sr. Neurasténico —se inclinó a mi oído para murmurarme lo último.

Reí sin querer.

—Entonces, te veo al rato —le dije en lo que me despedía de él más efusivamente de lo que debería ser.

—Nos vemos —dijo en lo que caminaba hacia Matthew.

Regresé a mi lugar. No quería voltear a la oficina de Matthew y divagar con qué podrían estar hablando. En cambio, tomé el celular y me alejé un poco de mi lugar para llamar a Vera.

—¿Qué pasó?

—Al parecer, el destino no tiene nadie a quien estar jodiendo —dije sin más.

—¡Te topaste con Mason! —su respuesta fue casi inmediata.

—Sí —respondí—. Me invitó a tomar un café después del trabajo para hablar. Pero eso no es todo. ¿Quién crees que es *mi jefe*? No tienes que pensar mucho para adivinar.

—¡No! ¿Matthew? —se carcajeó en seguida.

—Sí. Es oficial, no me recuerda —dije en un murmullo.

—¿Y para qué quieres que te recuerde? Dices que está saliendo con tu compañera, ¿no?

—Eso parece. Aun no lo he confirmado.

—No te metas en problemas, Ally. Además, vas a regresar con Mason.

—¿Quién te dijo que lo voy a perdonar? Solo acepté su invitación porque tengo curiosidad por saber qué pasó. Así cierro ya ese capítulo.

—Como tú digas —dijo sarcástica—. Ally, tengo que colgar pero hablamos en la casa.

—Bien. Nos vemos.

—Bye —dijo y colgó.

Suspiré profundo. Aun sorprendida de la situación.

—¿De dónde conoces a Mason? —me preguntó Marlene muy intrigada cuando me senté en mi silla. Incluso se asomó por un lado de su monitor.

—Él es mi ex.

—¿El ex que fuiste a ver el viernes?

—Sí. ¿Y tú cómo lo conoces? —le cuestioné confundida porque nunca le dije el nombre de mi ex.

—Lo conozco desde que trabajó en este departamento.

—¿En serio?

—Sí, somos buenos amigos. De hecho, él fue el que me ayudó a solicitar el ascenso en su departamento.

—¿Vas a trabajar con él?

Marlene asintió con una sonrisa.

Destino..., esto ya es más de lo que puedo manejar. Por favor, dame un respiro.

Guardé silencio.

—¿Y qué te pareció Matthew?

—Muy amable —respondí la verdad sin pensar—. Por cierto, ¿por qué no me dijiste que él era el jefe?

—Te iba a decir quién era él el viernes pero tuviste que irte.

—¿Puedo preguntarte algo que noté esa noche?

Me animé a sacarle la información de si tenía una relación con él o no.

—Es complicado —respondió.

—¿Por qué?

—Digamos que nuestro coqueteo está yendo hacia otra dirección más seria.

—O sea que no estás con él.

—No... Aun no, pero espero brincar a algo más serio tan pronto me vaya al otro departamento. Esa es una de las razones por la que le pedí a Mason que me ayudara.

—¿Él sabe de ustedes?

—Sí. Y me costó mucho trabajo convencerlo de que me ayudara para estar con Matthew.

—¿Por qué?

—Porque nunca se han llevado bien.

Al escuchar esa respuesta, voltéé de inmediato a la oficina de Matthew. Los vi en la puerta, terminando de hablar. No conocía muy bien a Matthew para leer sus gestos, pero podía asegurar que la actitud de Mason tenía dejos agresivos. Entonces, Mason alzó la voz demasiado, los demás voltearon a verlos, lo que llevó a Matthew pedirle que bajara la voz. Y estaba por decirle algo más cuando Mason lo despreció dándole la espalda. Matthew se quedó sorprendido porque lo dejó con la palabra en la boca pero no se lo reclamó, solo entró a su oficina y cerró la puerta con un poco más de efusividad.

Mientras tanto, Mason entró al elevador y, una vez terminado el show, todos regresaron a su trabajo como si nada hubiera pasado.

—Se nota —comenté sin querer. Al parecer, eran comunes sus discusiones públicas.

—¡En fin! Es hora de regresar al trabajo, o nunca me voy a ir de esta oficina —avisó Marlene entre una risita que me pareció irónica.

Regresé a los últimos cuestionarios. Quería apurarme para empezar a hacer las notas que usaría para el análisis final.

CAPPUCCINOS & MUFFINS

El resto de la jornada pasó muy rápido. Logré con mucho éxito concentrarme en el trabajo y no malgasté mi tiempo en estar volteando a la oficina de Matthew con la esperanza de verlo por un segundo o dos. Por supuesto, mi enfoque tenía un objetivo: entre más rápido terminara el proyecto, Marlene se marcharía.

No estaba siendo desleal. ¿Cómo serlo si apenas tenía dos días de conocerla? No era tanto tiempo para ser su amiga. Y mucho menos lo sería ahora que andaba con Matthew.

Cierto. Ha sido muy amable conmigo, pero tal vez ese era su carácter. Además, si lo veía desde otro punto de vista, tal vez me reveló su secreto para delimitar su terreno. Yo era la chica nueva, aún era una novedad en la oficina, así que también lo podría ser para Matthew.

Cada centímetro de mí deseaba que él se interesara en mí.

Dieron las cinco y guardé todo para encontrarme con Mason en el lobby. Estaba muy curiosa por conocer su explicación.

—Hasta mañana, Marlene... Brenda —me despedí apresurada mientras tomaba mi bolso.

—Hasta mañana y suerte con Mason —dijo Marlene.

Su deseo me dio un retorcijón de remordimiento, que ignoré severamente en segundos. No podía hacer a un lado mi ilusoria felicidad futura por alguien a quien apenas conocía.

Esperé a Mason en el lobby.

Escuché el tintineo del elevador una y otra vez trayendo consigo varios grupos de empleados. Entre ellos, vi a Marlene y Brenda, que platicaban aménamente. De seguro hablaban de Matthew, la sonrisa feliz de Marlene me lo gritaba a viva voz.

—Hola, preciosa —escuché que Mason me llamó abriéndose paso entre la gente.

—Hola —lo saludé de besos en mejillas e ignorando por completo su apodo cariñoso.

—¿Cómo te fue? —preguntó.

—Bien, muy bien... ¿Nos vamos?

—Sí, claro.

Las puertas del elevador se abrieron y salió Matthew solo. Nuestras miradas se encontraron fácilmente. Creí que me iba a sonreír, pero sencillamente me ignoró.

¡No! ¡No te vas a ir sin despedirte!, grité a mis adentros.

—Hasta mañana, *jefe* —dije con un tono alto que acentuó el nombre.

Mi llamado lo hizo voltear pero en lugar de darme su atención, miró a Mason y le dedicó una buena dosis de su indiferencia. Mason, por su parte, se lo regresó.

¿Por qué se miraban así? No lo entendía.

—Hasta mañana —respondió finalmente mirándome solo un par de segundos.

Siguió su camino en seguida.

—Vámonos —dijo Mason. Me dedicó una sonrisa coqueta que lo hizo ver completamente diferente.

Cuando salimos del edificio, nos volvimos a topar con Matthew; estaba esperando el semáforo en verde. Mason me hablaba de no sé qué, pero lo hacía con un tono tan alto que hizo que Matthew volteara a vernos. Apretó los labios y cruzó ignorándonos cuando el semáforo le indicó que ya podía avanzar. Mi curiosidad se incrementó, tenía que averiguar por qué no se soportaban.

Mason me abrió la puerta galantemente cuando llegamos al Starbucks. Nos sentamos en un sillón doble que estaba pegado a la pared.

—¿Lo de siempre? —me preguntó Mason.

—Sí, por favor.

Sonrió apenas y fue por nuestras bebidas.

No tardó en regresar con los cappuccinos y muffins.

Los dos estábamos nerviosos. Ninguno tenía el valor suficiente para iniciar la conversación que teníamos pendiente. Solo nos mirábamos y sonreíamos tímidamente.

—¿Por mi entraste a trabajar a la agencia? —preguntó titubeante.

—No.

—Pero sabías que yo...

—Sí, pero pasaron dos años y supuse que habías encontrado algo mejor —le interrumpí con tono reprobatorio.

—Respuesta válida.

—Y ya que tocaste el tema del trabajo... ¿Por qué tanta descortesía entre Matthew y tú?

—¡Matthew! Lo llamas por su nombre —balbuceó enfadado.

—Todo mundo lo hace. Después de todo, ese es su nombre, ¿no?

—Sí, todo el mundo está encantado con él —dijo con sorna.

—¿Vas a decirme qué sucede entre ustedes, o vas a seguir dando vueltas para no tocar el tema de por qué diablos me abandonaste?

Mason me miró serio.

—Curioso, tus dos dudas comparten una misma respuesta —balbuceó.

—Soy toda oídos.

—Bien... Ya no creía escapar de esto —comentó y se dejó caer en el respaldo—. Cuando entré a la agencia, trabajé en el departamento en el que estás ahora. En cuestión de días, hice amistad con Matthew, luego con Marlene y Brenda. Los cuatro nos llevábamos muy bien, tanto que nos echábamos la mano unos a otros cada vez que podíamos. Tenía con ellos el tipo de amistad que tuve con ustedes.

“A los pocos días, Marlene empezó a coquetear con Matthew. Ella ha estado enamorada de él desde la primera vez que lo vio. Según ella fue amor a primera vista. ¡Bah! Como si existiera tal cosa.

Iba a refutarle que entendía a Marlene, pues Matthew me había conquistado de igual forma, pero continuó:

—Con el tiempo, el trabajo se hizo más pesado y estresante. En ese entonces no existía ese sistema innovador del que todo mundo habla, el que Matthew implantó cuando se hizo jefe.

“Marlene se enfocó más en conquistar a Matthew que en trabajar. La acumulación de trabajo me tenía irritado la mayor parte del tiempo y tú no me ayudabas a relajarme con tus reclamos acerca de que no te dedicaba el tiempo al que estabas acostumbrada a tener de mí.

“Pronto Matthew y yo ascendimos a un nivel más alto que Marlene y Brenda.

—Sí, recuerdo cuando me diste la noticia por mensaje. Estabas feliz.

—Y lo estaba. Un nivel más y podríamos participar por una jefatura —tomó un respiro y siguió—: Pero con un puesto más alto, viene más trabajo y responsabilidades. La presión no disminuyó, y entonces Matthew dio alas a Marlene, lo que hizo que ella descuidara aún más su trabajo. Y como era mi amiga, tuve que cubrirla muchas veces con el jefe. Mientras que Matthew entregaba buenos reportes, los míos decayeron mucho.

Bebió un poco de su cappuccino para remojar la garganta.

—Hasta que llegó el día en que ya no pude más. Ya no tenía ganas de salir de casa los fines de semana, ni de verte... ¡Nada! Solo quería estar en mi cama descansando o viendo la televisión. Fue cuando decidí que tenía que poner mis prioridades en orden. No podía dejar el trabajo, pero podía dejarte a ti.

—Sí, hasta ahora lo entiendo. Pero ¿por qué demonios no terminaste conmigo como se debía?

—Ese era el problema, Ally. *Tenía* que dejarte, pero *no quería* hacerlo. ¿Me entiendes?

—La verdad no.

—Estaba en una disyuntiva. Me fue más fácil poner pausa a lo nuestro y que el tiempo aclarara mi futuro contigo.

“Me enfoqué solo en el trabajo, incluso mandé al diablo a Marlene y su estúpido enamoramiento.

“Entonces llegó el día que recompensaría todo el trabajo, y el haberte dejado atrás. Nuestro jefe anunció su retiro, y que había dos candidatos para cubrir su puesto: Matthew y yo. Trabajé aún más para ser yo quien lo obtuviera, pero finalmente Matthew y su mierdero encanto me lo arrebataron.

“Estaba encabronado. Di todo por una promoción rápida y solo terminé con una maldita gastritis que me mandó al hospital.

—Me hubieras buscado y explicado, hubiera estado ahí para ti —comenté.

—Quise hacerlo pero no creí que fueras a entenderme.

—Seguramente lo hubiera hecho.

Mason sonrió agradecido.

—Bien —dijo dentro de un suspiro—, salí del hospital y regresé a trabajar. Mi amistad con Matthew se deterioró hasta el punto en que lo vi como la piedra en mi zapato que me molestaba al caminar. Jamás podría destacar estando a su lado. Reconozco que es muy inteligente, pero es igual de manipulador.

“Me hice alguien solitario en la oficina y busqué otras oportunidades en la agencia. Algo que me alejara de ese departamento. Por suerte estaba disponible la jefatura que tengo ahora; no tuve mucha competencia al aplicar. Ahora solo veo a Matthew y *anexas* cuando nuestros departamentos tienen que compartir información, que, felizmente, no es muy seguido.

“Ya en mi nuevo puesto, me enteré por Brenda que Matthew había coqueteado con Marlene para molestarme... —calló de pronto.

—¿Por qué te molestó que él...?

—¡Perdón, ya ni sé que digo! — me interrumpió irritado por mis facciones que le insistían que no me evadiera—. Terminemos esto, así de mal me pone hablar de él.

—Bien, solo responde por qué él es manipulador.

—Porque manipuló a Marlene para mantenerme entretenido con su drama romántico mientras que él quedaba como el empleado perfecto.

Guardé silencio. No podía creer que Matthew fuera manipulador. No lo parecía.

—¿Eso aclara tus dos dudas? —inquirió recargándose en el respaldo del sofá en una pose que lo cerraba a mí.

—En parte, aunque creo que sigues sin dar mucha importancia a tu abandono.

—No.

—¡Claro que sí! De lo contrario, me hubieras buscado cuando obtuviste el nuevo puesto.

Se quedó callado y jugueteó con la servilleta que estaba junto a su cappuccino. Por supuesto no tenía una respuesta para eso.

—¿Me perdonas? —pidió tras un largo silencio mirándome.

—Te perdoné desde hace mucho tiempo, solo quería saber qué sucedió. Qué fue lo que hice mal para que desaparecieras de la noche a la mañana sin explicación alguna.

—Nunca has hecho nada mal. Siempre has sido perfecta en todos los aspectos —dijo en lo que se inclinaba un poco para sujetar mi mano.

Su toque me puso la piel de gallina. No la retiré porque, a pesar de todo, dejé de sentir esa soledad que traía acuestas desde que me abandonó. Pero también se sintió extraño. Una parte de mí me gritaba que no le abriera mi corazón nuevamente, porque volvería a ser lastimado. Y otra parte me recordaba los momentos agradables y divertidos que pasé a su lado.

Mason tenía razón, lo presioné demasiado cuando empezó a trabajar, exigía su atención tanto como si fuera una droga. Siempre me gustó que su mundo girara a mí alrededor, como me hacía feliz con tan solo ver su sonrisa. Y cuando ya no contestó mis llamadas ni mis mensajes e emails, o ya no me abría la puerta de su casa cuando iba a buscarlo, la ansiedad terminó conmigo como lo hace con un adicto cuando le retiran su droga.

Tanta obsesión fue porque me di cuenta que lo amaba y lo había perdido sin saber cómo.

Mi soledad durante esos siguientes meses fue porque me enfermaba ver la felicidad en otros. Me recordaba constantemente lo que había perdido.

Dicen que solo el tiempo puede curar un corazón roto. Así fue, el tiempo se encargó de dejarme ver el pasado con claridad y de remendar ese dolor hasta solo dejar la duda de por qué me había abandonado.

Es por eso que mi corazón estaba reacio a abrirse a él de nuevo. No quería averiguar si aún lo amaba o no. No cuando me he reencontrado con Matthew.

Finalmente retiré la mano.

—Entiendo —dijo Mason regresando a su posición original.

—Entiendo las razones por las que me dejaste, porque yo también estoy priorizando. Mi trabajo es lo más importante para mí en este momento.

—Válido. ¿Y en un futuro...?

—No lo sé. Puede que mis prioridades cambien o no.

—Bien, confío en el destino y sé que volverás a mí —dijo con seguridad.

—Yo en quien menos confío es en el destino —y era sincera. Sobre todo últimamente que me había convertido en su broma personal.

—Pues yo creo que el destino está de mi lado... —puse cara intrigante—. Te ha puesto de nuevo en mi camino. ¿O crees que es casualidad que estemos en la misma agencia? No —dijo torciendo los labios de un lado en lo que me pareció una sonrisa de suficiencia—, el destino me dio una segunda oportunidad contigo y no la voy a desperdiciar.

Me sorprendió su seguridad.

Yo, por el contrario, creía que nuestro reencuentro había sido obvio. Yo estaba muy consciente

de la alta probabilidad de que me toparía con él cuando analicé si aceptaba la propuesta de empleo o no.

Por otro lado, estaba muy segura de que el destino me había puesto en el camino de Matthew nuevamente. Misma agencia, mismo departamento. Nuestro encuentro no podía ser fortuito.

Sin embargo, algo me preocupaba: me asustaba que Mason tuviera razón y Matthew fuera un manipulador. Desafortunadamente, solo tratándolo podía averiguar si lo era. No quise tener una imagen de él predispuesta por alguien que lo odiaba.

—Lo único que puedo ofrecerte por ahora es mi amistad.

—La acepto. Algo es algo —dijo con una sonrisa torcida.

La tarde siguió y ya no hablamos de lo sucedido durante esos dos años. De hecho, ese momento a su lado se sintió como si fuéramos dos extraños que estaban conociéndose poco a poco.

En cierta forma me agradó que así fuera, que Mason no me presionara con algo que no quería.

RECUÉRDAME

Presioné el botón del elevador y esperé paciente a que le diera la gana recogerme. Estaba de malas. No dormí bien durante toda la noche porque tuve constantes pesadillas que se unían sin sentido y me despertaban a cada rato.

El elevador llegó y subí con paso agotado. Presioné el botón en lo que bostezaba audiblemente —estaba sola, gracias a dios—, luego tomé un gran sorbo de mi café del día. La puerta estaba a punto de cerrarse cuando alguien me gritó que lo detuviera. Presioné el botón atrabancadamente, derramando así el líquido caliente sobre mis dedos. Me quejé en lo que las puertas se abrían nuevamente. Era una mujer que llegó trotando, seguida por Matthew.

Mi corazón dio un respingo cuando nuestras miradas se encontraron sin tardar, y el mal humor desapareció por arte de magia.

—Buenos días —dijo Matthew poniéndose a un lado mío.

—Buenos días —respondimos las dos.

—¿Podrías presionar el segundo piso, por favor? —me pidió la mujer tras que las puertas se cerraron. Apenas si podía mantener las cosas que traía en los brazos.

Hice un poco de malabarismo y, sin esperarlo, Matthew presionó el botón. Me arrancó el respiro cuando se acercó demasiado a mí, tanto que pude seguir la estela de su loción.

La mujer le agradeció con una sonrisa coqueta y él le respondió con otra pero escondida. Puse los ojos en blanco porque no estaba siendo nada discreta, además de que gruñí de celos en mis adentros.

Llegamos al segundo piso y la mujer se despidió, pero en realidad fue exclusivo para Matthew. Yo solo fui un estorbo en su coqueteo.

Matthew se fijó en el panel de números que por alguna maravillosa razón paró en todos los pisos.

Estaba temblando. Matthew despedía un atracción incontrolable, era tan fuerte que me daba pequeñísimos estremecimientos sin siquiera tocarme.

—*Recuérdame, por favor, recuérdame* —repetí a mis adentros una y otra vez.

Tenía esa insaciable intensión de gritarle... ¡No! ¡De reclamarle por qué no me recordaba!

Yo no era la mujer más bonita del mundo, pero estaba muy segura de mi apariencia. Yo tenía un *algo* que hacía a los hombres voltear para echarme una segunda ojeada cuando se cruzaban conmigo en la calle.

¿Por qué él no lo hacía?

¿Por qué no podía recordarme?

¿Por qué?

Cada segundo a su lado era ya un latido atormentado porque él no podía escuchar mi reclamó.

El elevador se detuvo en nuestro piso y abrió las puertas escandalosamente, anunciando nuestra llegada a la recepcionista que levantó la vista a nosotros ligeramente sobre su elegante

escritorio.

Matthew me cedió el paso con una seña de mano, le agradecí con una sonrisa que no salió honesta.

Di vuelta a la izquierda y él a la derecha, tomando caminos diferentes una vez más. ¿Por qué la vida seguía jugando así conmigo?

—¡Ah, Ally! —escuché que me llamó a mis espaldas. El maldito café volvió a derramarse por mi abrupta parada. Matthew rió entre dientes al ver mis gestos exagerados de dolor—. Ten más cuidado.

¡Demonios! ¿No puedes decirme otra cosa que no me haga recordar lo torpe que soy cuando estoy contigo?

Acortó nuestra distancia. Volteé a ver a la recepcionista que estaba muy atenta a nosotros mientras que el teléfono sonaba como loco. ¿Espía de Marlene?

—Ven a mi oficina cuando tengas un tiempo libre —ordenó serio.

—Está bien —dije completamente confundida para qué me quería ver. Aun no terminaba el proyecto.

No le quité la mirada de encima mientras iba a su oficina, lamenté que aún me ignorara; hasta que saludó a Susan y entró cerrando la puerta detrás de sí.

Ya liberada de su encanto, fui a mi lugar. Marlene aun no llegaba, afortunadamente.

Agradecí que no hubiere estado presente porque seguramente me hubiera preguntado qué tanto estaba sucediendo entre su *futuro novio* y yo. ¿Por qué tanto embobamiento por mi parte?

No quería tener problemas con ella por su causa.

Durante la mañana, tuve momentos libres que me tomaba para descansar la vista del monitor, pero en ninguno de ellos tuve la decisión de ir a su oficina.

—Marlene —la llamé en lo que me ponía de pie para ir a su lado. Me senté apenas sobre su escritorio.

Me prestó atención.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro.

—Ayer hablé con mi ex...

—¡Ah, sí, Mason! Me habló anoche para contarme de ti.

—¿Te habló? —asintió con una sonrisa tonta. Creo que ya era su espía—. ¡Cómo sea! Me platicó de su amistad con *el jefe*.

—¿Y qué te dijo de Matt?

—Que... —las palabras de que si él era un manipulador fueron detenidas a tiempo— flirteó contigo desde el primer día... ¿Es cierto?

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno, no me lo imagino cortejando a alguien. Se ve que es muy reservado.

—Sí, lo es. Pero esa actitud la tomó desde que se convirtió en jefe. Aquí somos muy profesionales. Afuera, bueno, es otra historia —dijo añorando las malditas cogidas que ha tenido con él.

Me ardió el estómago de celos.

—Mason me dijo que ustedes dos iban a la misma universidad y que ahí fue donde se enamoraron.

—Sí.

—¿Te dije que Matthew también fue a la misma universidad?

¡Sí! Y lo conocí mucho antes que tú.

—¿En serio? —fingí asombro.

—Sí.

—El mundo es muy pequeño. Marlene... —hice una pausa dubitativa—, ¿lo has besado? Marlene rió nerviosa.

—¿Por qué te interesa saber eso?

—Porque su relación es muy extraña —respondí frunciendo confundida el ceño.

—Sí —volvió a soltar otro suspiro—. ¡Vaya que sabe besar!... y complacer en la cama. Celos otra vez.

El teléfono de Marlene sonó convenientemente, cortando esa conversación que ni siquiera sabía por qué había iniciado; de seguro, solo para flagelarme con los celos.

—Habla Marlene... Sí, voy en un segundo —dijo y colgó.

Revisó rápido su apariencia en un espejo que sacó de su bolso. No tuvo que decirme quién la había mandado a llamar.

Respiré profundo para desterrar ese pensamiento que me echaba en cara lo que iban a hacer los dos dentro de esa estúpida oficina, que a pesar de tener vidrios esmerilados, les daba toda la privacidad necesaria; incluso para tener sexo rápido.

Marlene se puso de pie y caminó con paso sexy hacia la oficina de su amado.

Como ya no podía con tantos celos, fui al Starbucks a comprar algo que me alejara de esa reunión algunos minutos. Pero para mí mala suerte, ¿o debería decir buena suerte?, me encontré a Mason en la fila.

—Hola —llamé su atención tocando su brazo.

Volteó de inmediato y su rostro serio se iluminó con esa sonrisa que me decía que le daba mucho gusto verme.

Mi ego subió varios niveles al reconocer que era importante para alguien; aunque no era quien yo deseaba. Pero era mejor eso que nada.

—¿Tomando un descanso? —me preguntó en lo que avanzó hasta el mostrador.

—Sí.

—¿Lo mismo de siempre? —me consultó en lo que le hizo una seña a la barista de que esperara unos segundos.

Asentí sonriente.

Después de que pidió nuestra orden, fue a la zona de espera mientras que yo fui por el endulzante para ambos. Lo alcancé justo en el momento en que le dieron las bebidas. Le extendí un billete de diez libras pero me dijo con un gesto que él invitaba.

—¿Puedes quedarte un rato? —me preguntó ansioso por mi respuesta.

—No, lo siento, no puedo —hizo gestos tristes que ganaron mi compasión—. Pero si quieres nos vemos a la salida.

Su sonrisa fue torcida, pero deleitada por mi sugerencia.

—Bien, entonces, te veo a las cinco en tu lobby —dijo en lo que retiraba cariñosamente un mechón de mi rostro para llevarlo detrás de mí oreja, luego me jaló por el hombro para darme un beso muy cerca de la comisura de mis labios.

—Perfecto, te veo en un rato —confirmé algo nerviosa y salí del Starbucks.

Regrese a la oficina. En el elevador, mientras sorbía mi café y vigilaba la numeración que se

iluminaba paulatinamente, me di cuenta que el vaso decía “Mason” y tenía un emoticon de un beso. Se me escapó una risita irónica al entender que ese beso no era para mí, sino para Mason. La barista había coqueteado con él con la esperanza de que cuando viera el mensaje encriptado, fuera con ella para conocerla, y tal vez intercambiar números telefónicos.

Me topé con Marlene cuando salí del elevador.

—Matthew quiere verte en su oficina ahora mismo —me avisó con una sonrisa llena de felicidad que me enfureció a mis adentros de inmediato. Me costó mucho trabajo ocultar que me irritaba que Matthew la hiciera feliz.

Marlene tenía que irse de esta oficina lo más pronto posible, o terminaría con la bilis derramada por tanto celos encorajados.

Fui directa a la oficina de Matthew. Susan me dejó pasar sin anunciarme.

—Siéntate, Ally —dijo Matthew.

El coraje que Marlene me había ocasionado con su sonrisa tonta, fue borrado por la sexy mirada de Matthew, que bajó para ver mi vaso. Su rostro se endureció al instante. Vi que el nombre de Mason y el emoticon daban hacia él.

—¿Cuánto falta para terminar el proyecto en el que estás trabajando? —inquirió recostándose en su cómoda silla de piel café oscuro. Rechinó graciosamente.

Ignoró que giré el vaso para que no siguiera viendo ese “coqueteo”.

—Casi he terminado lo que me ha tocado. Lo de Marlene aun es bastante —respondí y él se sorprendió de mi honestidad, pero era la verdad.

Marlene había estado trabajando lento con la esperanza de quedarse más días de lo planeado. Por supuesto para estar más tiempo cerca de Matthew. Aunque, irónicamente, eso iba a retrasar el hacer pública su relación.

—Bien —dijo Matthew, se inclinó un poco para recargarse ahora en su escritorio—. A partir de mañana te harás cargo del proyecto tu sola.

—¿Pero Marlene...?

—Hoy es su último día. Tu amigo Mason, no conforme con venir a alborotar la oficina, ha llamado para que ya la libere —aclaró con tono resentido.

¡Vaya! Estos dos sí se odian.

—Por mí no hay problema. Ella puede irse hoy mismo si así lo desea —dije con tono molesto.

—¿Acaso te cae mal? ¿Han tenido problemas? —me cuestionó con una miradita que buscaba una respuesta que no fuera en palabras. Tal vez él sabía, tan bien como yo, que los gestos de una persona no pueden mentir.

—No, por el contrario. Ha sido muy amable, pero es ella la que está urgida en irse —respondí indiferente.

Me molestó que él estuviera preocupado porque su chica no era amada por todos.

—Entonces, ¿no te preocupa la carga de trabajo?

—No, gracias a la universidad, aprendí a lidiar con la presión.

—¿Ah, sí? —exclamó curioso.

Asentí.

—Bien, entonces, ya no te quito tu tiempo. Marlene te ayudará lo más que pueda...

—Sí —le interrumpí para que ya no me siguiera hablando de ella—. ¿Eso era todo?

—Sí —dijo cortante. Puso toda su atención en tomar el mouse para activar su computadora.

Hice una mueca desilusionada y me paré dando un sorbo a mi café. El nombre de Mason

volvió a estar a la vista. Miré una vez más a Matthew para ver si le molestaba pero me ignoró por completo. Fue entonces que llegué a la conclusión de que era caso perdido, estaba tratando de inmiscuirme entre dos personas que estaban haciendo todo lo posible para estar juntas sin complicaciones.

No me moría por regresar con Mason, pero no descartaba que él pudiera volver a ser una *posibilidad* para sacarme a Matthew de la cabeza, ya que lo necesitaba urgentemente. No podría trabajar día con día, viéndolo constantemente y añorando algo que pudo ser.

—Matthew me dijo que hoy es tu último día —comenté a Marlene.

—Sí. Discúlpame que te deje con todo el trabajo botado pero, bueno, ya sabes cómo es Mason de impaciente.

—Sí, lo sé *muy* bien —dije con una sonrisa traviesa. Si ella me había delimitado su terreno, yo iba hacerlo con el mío.

Retomé el trabajo. De vez en tanto veía a Marlene y me di cuenta que ella y yo jamás podríamos ser amigas. No estaba escrito. A decir verdad, no tenía problemas con eso.

Las cinco de la tarde llegó y me preparé para irme. Marlene aún estaba en la ardua tarea de juntar sus cosas en una caja de cartón. Era increíble como parte de tu vida puede caber en una caja.

¡Ja! Incluso cuando uno muere, cabé en una caja.

—Bueno, fue un placer haber trabajado contigo. Es una lástima que te vayas —le dije en lo que aventaba el vaso de Starbucks en el cesto. Jamás había escupido tanta deshonestidad.

—Igualmente —dijo Marlene con una sonrisa torcida, la sentí igual de falsa. Siguió echando cosas.

Fui al elevador, y cuando estuvo a punto de cerrar las puertas, alcancé a ver a Matthew que pasó en dirección de Marlene.

Suspiré profundo. La idea de verme con Mason en unos minutos, controló mágicamente ese tonto malestar que ya me estaba cansando.

Las puertas se abrieron y vi a Mason esperando pacientemente.

¡Vaya diferencia de hombre!

Mi sonrisa se abrió de oreja a oreja porque en verdad me dio gusto verlo.

—Hola, de nuevo —dijo en lo que se inclinaba para saludarme de beso.

—Hola.

—¿Lista?

—Siempre.

Caminamos juntos.

—¿A dónde quieres ir? —me preguntó en lo que volteaba a todos lados cuando salimos del edificio.

—A donde tú quieras —mi respuesta atrajo su atención.

Rió entre dientes cual diablillo seducido. Sus gestos me dijeron que no le hubiere respondido eso.

—No, no a tu departamento.

—¡Oh! —hizo pucheros infantiles.

—¡No me presiones, Mason! —le advertí en lo que le daba un manotazo que fue rápidamente detenido, luego torció mi brazo hasta llevarlo a mi espalda y me jaló hasta quedar extremadamente cerca; tuve que arquearme para alejar sus labios que parecían buscar los míos.

Su mirada se adentró tanto en la mía que me hizo temblar, entonces mis labios se movieron inconscientemente para llamar a los suyos. En respuesta, sonrió muy travieso otra vez y me liberó. Estaba jugando.

—¿Qué te parece si vamos a tomar unas cervezas? —me preguntó, ofreciéndome su brazo doblado para que lo abrazara.

—No —respondí sin dudar—, mejor vamos a cenar... ¡Me estoy muriendo de hambre!

Mason rió entre dientes y asintió a mi cambio de plan; el cual era mucho mejor porque no sabía si podría seguir resistiendo sus insinuaciones de besarme cuando estuviera bajo la influencia del alcohol.

Fuimos a un nuevo restaurante que Mason estaba ansioso por conocer. Según él, yo era la excusa perfecta para no ir solo. Me sorprendió saber que a él aun le incomodaba ir a algunos lugares solo, como ir al cine, a un concierto, o simplemente a un museo.

Mason fue todo un caballero de ahí en adelante. Para ser honesta, me alagó mucho que me dijera con sus pequeños detalles que estaba agradecido porque acepté que estuviera a mi lado esa noche.

Al rato, su atención pasó a ser flirteo. Era el momento en que tenía que detenerlo, pero me sentía tan bien que dejé que tomará mi mano de vez en tanto entre platillos.

Salimos del restaurante cerca de las ocho de la noche. Mason quería ir al cine pero rechacé su invitación. No porque no quisiera ir a ver una película, sino porque estaba cansada y solo quería llegar a casa, tomar un rápido baño caliente y acostarme en mi cómoda cama y ver televisión hasta que cayera dormida.

Mason se ofreció llevarme a mi departamento. Una vez más acepté porque mis pies ya empezaban a palpar.

—¿Puedo verte mañana? —me preguntó tras que le dije donde estacionarse momentáneamente para que yo bajara.

—No creo que pueda —dije tomando mi bolso, busqué mis llaves.

—¿No quieres verme? —preguntó con tono infantil.

—No..., bueno... —balbuceé—. Háblame mañana y te doy una respuesta. Estoy tan cansada en este momento que no tengo fuerzas para esta conversación... Ni siquiera quiero ir a trabajar.

Sonrió resignado.

—Te hablo en la mañana... ¿Te parece?

—Sí.

Me jaló para despedirse en cuanto abrí la puerta, pero, tal vez por confusión, mis labios se plasmaron en los suyos. Sin dudar me separé rápido de él. Ninguno de los dos se excusó, seguramente porque nuestros subconscientes fueron los que nos empujaron a despedirnos así.

Al estar a punto de cerrar la puerta, Mason me recordó que me llamaría mañana.

Mientras subía a mi departamento, analicé lo que había hecho. Fue extraño pero no me recliné por besarlo, porque se sintió tan normal, como si nunca nos hubiéramos separado.

TRABAJANDO JUNTOS

No sé cómo logré levantarme para prepararme e ir a trabajar. Aún estaba cansada y solo quería hacerme la enferma para pasar el día en mi cómoda cama.

Y lo hubiera hecho sino fuera porque era nueva en la empresa.

Todo el camino en el metro fui dormitando. Tan pronto como salí de la estación, corrí literalmente al Starbucks. Necesitaba cafeína con urgencia.

Revisé cuidadosamente el lugar antes de formarme en la fila para ordenar mi café, no tenía cabeza para conversar con alguien. Mis pensamientos se limitaban a decir: *Yo. Cafeína. Ahora.*

La creación de pensamientos fue más constructiva a medida que el hirviente líquido hizo su recorrido por mi cuerpo.

Me apresuré a contestar el celular que sonó cuando salí del Starbucks.

—¿Bueno?

—¡Hola! ¿Cómo amaneciste en este soleado día? —me preguntó Mason de muy buen humor.

—¿Soleado? ¡Pero si está nublado! De hecho, estoy preocupada porque no traje paraguas. Parece que va a llover —contradije entre risas calladas. Caminé más aprisa.

—Siempre está soleado cuando escucho tu voz —dijo casi en un murmullo.

Me sonrojé mucho.

—Gracias.

—De nada. Es la verdad.

—No, no era para ti. Era para la persona que me abrió la puerta del edificio —contradije con tono burlón para contrarrestar la vergüenza que me dio su piropo.

Mason ríe entre dientes.

Me detuve un momento para acomodar mejor el auricular. El eco de personas entrando apresuradamente casi no me dejaba escucharlo.

—Y, bien, ¿cuál es el motivo de tu llamada? —pregunté volteando al elevador, estaba por cerrar sus puertas—. ¡Deténganlo, por favor! —grité y una mano alcanzó a detener las puertas.

—¡Gracias! —exclamé casi en un grito cuando entré trotando.

—De nada —dijo Matthew.

No oculté mi sorpresa por verlo y me situé en contra esquina. Por suerte, otra persona aprovechó que el elevador fue detenido y entró poniéndose en medio de los dos.

—Buenos días, Ally —dijo Matthew tardíamente.

—Buenos días —le respondí volteando sin querer a verlo.

—¿Ya puedo responder tu pregunta, o todavía van a seguir interrumpiéndome tus caballeros andantes? —preguntó Mason ligeramente molesto por tanta interrupción.

—Lo siento —dije. Vi de reojo que Matthew volteó a verme. Pasé el celular a mí otro oído para taparme con él—. Ahora sí puedes responderme.

—Bien, te hablé para preguntarte si nos íbamos a ver en la tarde.

—¡Mmm!, mi respuesta sigue siendo la misma de anoche: No lo sé. Esperaba que me hablaras alrededor de medio día.

—¡No hay problema! Te hablo entonces.

—Sí.

—No me despido.

—Bien... ¡Mason, espera! —exclamé exageradamente. Tanto el hombre a mi lado como Matthew voltearon a verme por mi efusión. La seriedad de Matthew se agravó al escuchar el nombre de su adversario.

—¿Qué pasó?

—Lo siento, se me olvidó que te iba a decir —respondí mirando a Matthew de reojo.

Mason rió por lo alto.

—No hay problema. ¡Mucho mejor! Así tienes una excusa para hablar conmigo.

Reí entre dientes.

—Te dejo, Ally, tengo que empezar a trabajar.

—Hasta luego —dije y colgué la llamada.

El elevador llegó a nuestro piso y el hombre salió apresurado. Volteé a ver a Matthew, quien me invitó a salir primero con una seña de mano.

—Gracias —le dije, saliendo apresuradamente de ahí.

Sentí que clavó su mirada en mi espalda, tal vez un poco más abajo.

Inicié mi día. Tuve que rehacer todo el trabajo que hizo Marlene. Había demasiada información sacada de la manga, conteos que no cuadraban, etcétera. Después de ver tanto error, mi primer pensamiento fue que ella quería perjudicar el reporte que sería entregado con mi nombre. Al irse ella del departamento, yo sería la responsable de dicha investigación.

Mi primera deducción fue que quería sabotearme para hacerme quedar mal. Nada más que no entendía por qué. No me conoció lo suficiente para reconocer que yo era una amenaza para ella en el ámbito laboral. Y, en todo caso, ¿qué le importaba que nuestro trabajo tuviera visto bueno! Yo no iba hacer caso omiso de su ayuda.

¡En fin! Tiré todo a la basura y reinicié.

Las horas pasaron y yo trabajaba cual hormiguita bajo el candente sol. Toda mi atención estuvo en un cien por ciento en terminar ese trabajo; tanto fue así que escuché mi celular sonar varias veces y simplemente lo ignoré. El único momento que me tomé para descansar los ojos y estirar los pies y la espalda, fue para comer un delicioso chocolate Cadbury. Mi droga personal.

En ese momento, solo existíamos yo, mi chocolate y la hermosa vista. Fue placentero no pensar en nada ni nadie.

Odié tener que regresar a trabajar cuando terminé.

—Ally —escuché a Brenda llamándome. Salí de mi trance para ponerle atención—. Son las 5:20, es hora de marcharnos.

—En un rato más —respondí.

—No, Matthew ya dio la orden de que continúes mañana.

—¡Oh, okay! —dije en lo que juntaba todo para guardarlo en el cajón de mi escritorio.

Por suerte soy una persona ordenada, así que no me tomó más de cinco minutos estar lista para retirarme. Brenda tuvo el detalle de esperarme.

Me fui retorciendo de camino al elevador. Mi espalda se quejaba con constantes tronidos.

—Hoy trabajaste duro —comentó Brenda cuando las puertas del elevador se abrieron y salimos.

—Sí, tengo que entregar todo para el viernes.

—Creí que Marlene te había ayudado.

—Decidí rehacer todo. Su análisis chocó mucho con el mío.

—¿Crees poder terminar?

—No importa si lo crea, tengo que hacerlo.

Brenda rió entre dientes.

—No te martirices tanto, Ally, o puedes enfermarte.

—Sí, bueno, solo tengo que tomar mi ritmo y estaré bien.

—Bien. Te veo mañana —se despidió y camino hacia la estación del metro.

Miré el cielo que se estaba poniendo muy negro, iba a caer un torrencial de un momento a otro. Me arrepentí de no haber contestado las llamadas de Mason, él pudo darme un aventón a mi casa. Suspiré cansada e hice la parada a un taxi. Iba a pagar bastante por el viaje pero no estaba físicamente bien para caminar de regreso a casa.

A la mañana siguiente, estaba un poco mejor. Tan pronto como llegué la noche anterior, tomé un baño caliente y fui directo a la cama. Dormí tanto como pude para reponerme.

Llegué a la oficina media hora antes de la hora de entrada y me puse a trabajar para tomarme un descanso a media mañana para desayunar algo. Volví a concentrarme tanto en lo que hacía que no me di cuenta cuando la oficina se llenó con mis compañeros.

Tal y como lo planeé, cerca de las once de la mañana me detuve y fui al Starbucks a desayunar un delicioso Panini y mi café del día.

Regresé a la media hora a retomar mi trabajo. Este día estaba siendo demasiado rutinario para mi gusto.

Al poco rato, sonó el teléfono de mi lugar.

—Ally Knight.

—Ally, soy Susan. Matthew quiere verte.

Se me escapó un gemido molesto.

¿Para qué me quiere? Solo me está atrasando en mi trabajo.

—¿Es urgente? —pregunté de mala gana.

Susan soltó una risita.

—Ally, no voy a preguntarle a Matthew si es urgente. Si el jefe te llama, tienes que venir... ¡Punto! —dijo con otra risita al final.

—¡Okay, okay! Voy para allá.

Tras que colgué, fui a la oficina de Matthew.

—Pasa, te está esperando —me dijo Susan con una sonrisa retraída y sacudiendo la cabeza.

No toqué y abrí la puerta sin más; después de todo, me esperaba.

Matthew me invitó a sentarme frente a su escritorio tan pronto como entré.

—¿Cómo estás? —me preguntó con real interés por mi respuesta.

—Bien... ¿Y ust... tú? —rectifiqué al recordar que me dijo que no le llamara de *usted*.

—Igual.

—¡Qué bien! —balbuceé impasible. Pero no porque no me interesara su estado apático, sino porque estaba tan aburrida que ya todo me parecía x.

Hubo un silencio incómodo que Matthew ocupó para mirarme profundamente. Logró ponerme nerviosa con su escrutinio.

—Disculpa, ¿para qué me mandaste a llamar?

—¡Ah, sí! —exclamó saliendo de sus pensamientos abruptamente—. ¿Cómo vas con la investigación?

—Bien.

—¿En serio? —cuestionó extrañado.

—Si... No... Bueno, la verdad es que no muy bien. Tuve que empezar de nuevo la parte de Marlene.

—¿Por qué? —me preguntó con gestos confundidos.

—Revisé su informe hasta donde me cedió el proyecto y hay demasiadas cosas que no tienen razón de ser y chocan con mi reporte. Así que consideré que perdería mucho tiempo buscando dónde están los errores. Lo mejor era rehacer todo.

—¿Marlene hizo un mal trabajo? —me preguntó como si no creyera tal cosa.

Asentí. No iba a sacrificarme por ella, no cuando estaba empezando en este trabajo.

—¿Decidiste rehacerlo a una semana de entregarlo?

—Sí.

—Ya veo —murmuro—. ¿Así que por eso estás trabajando como loca?

Asentí con una sonrisa retraída.

—¿Crees terminar a tiempo?

—Bueno, la respuesta es: ¡tengo que terminar a tiempo!

Matthew rió calladamente sin querer por mi aseguración.

El silencio volvió. Matthew se hundió en el respaldo de su cómoda silla —quise hacer lo mismo pero no me sentía en confianza para hacerlo— y acarició su barbilla en lo que me contemplaba todo el tiempo.

Traté de soportarle la mirada pero tuve que desviarla algunos grados debajo de la suya porque sentí que estaba incitándome a besarle.

Suspiró dándome entender que había tomado ya una decisión. Levanté la mirada.

—Voy a ayudarte —dijo seguro.

—¿Disculpa?

—Aunque te creas la mujer maravilla con tu traje sexy y lista para salvar al mundo —dijo con una sonrisita conquistadora. En su mente sí tenía puesto el traje sexy de heroína—, no vas a terminar el proyecto para la próxima semana. Apenas tienes dos días trabajando sola en él y ya te ves cansada.

—¿En serio? —pregunté muy preocupada por mi aspecto. Acaricé parte de mi rostro, como si la punta de mis dedos pudiera reanimar esas partes que a él le parecían ya cansadas.

—Sí.

—Pero... ¿y tu trabajo?

—¿Mi trabajo? —cuestionó con gracia—. No te preocupes por mis obligaciones.

—No puedo negarme, ¿verdad?

Matthew rió travieso al momento que decía “No”. Los dos nos levantamos de nuestros lugares al mismo tiempo, luego me invitó a acompañarlo. Lo seguí como borreguita confundida hasta mi escritorio.

—Bien —dijo viendo las dos pilas de cuestionarios—. ¿Cuáles son los que ya revisaste y

cuáles no?

Le señalé cuáles no y los tomó de inmediato.

—Trae tus cosas, trabajaremos en mi oficina.

—¿Pero los datos que ya he revisado están en mi computadora?

—No te preocupes por eso. Puedes acceder a ellos desde la mía, yo trabajaré en mi laptop.

—Está bien.

Tomé la libreta en donde tenía apuntadas mis observaciones y me dispuse a seguirlo de nuevo, pero él seguía ahí esperando algo.

—¿Sucede algo? —pregunté muy ingenua.

—Sí —dijo entre risitas—. Estás olvidando tus cosas.

—¡Oh, okay! —dije tomando mi bolso y saco rápidamente.

Cuando íbamos de regreso a su oficina, me di cuenta que casi todos nos siguieron con la mirada. Ya averiguaría después por qué lo hicieron.

Incluso Kayla, la recepcionista, se había quedado con el teléfono en la oreja y boquiabierta.

—Por favor, cierra la puerta —me ordenó cuando entramos a su oficina de nuevo.

—Bien —dijo, poniendo la pila de hojas en su escritorio que dividió en dos montones iguales —, revisaremos por separados cada montón. Haz tus acostumbradas anotaciones, y yo haré las mías también, y cuando terminemos haremos el reporte juntos.

Iba a decirle que eso lo podría hacer desde mi lugar, pero, siendo honesta, estaba en el cielo solo con la idea de trabajar junto a él. No iba a rechazar la oportunidad de solo levantar la mirada y verlo.

Tomó su laptop junto con la pila de hojas y fue a la pequeña sala que tenía a un lado.

—Cuelga tu bolso y saco en el perchero, junto a mi saco —indicó en lo que me señalaba una esquina.

Rápidamente fui a dejar mis cosas ahí. Quise acariciar la manga de su saco, como si fuera él. Ojalá se traspasara un poco de su fragancia a mis cosas, me haría fantasear mucho con él esta noche.

Regresé, pero me quedé en medio del camino entre el perchero y su escritorio.

—Disculpa, ¿voy a trabajar en tu escritorio? —le pregunté ingenuamente.

—Si, a menos que prefieras el suelo —respondió muy bromista.

—¿Pero...?

—¡Vamos, no muerde! —dijo con sonrisa pícar—. De hecho, el único que muerde soy yo —agregó en un susurro para sí. ¿Estaba coqueteando?—. Úsalo... No te vas a convertir en la jefa solo por sentarte ahí.

—Lo que tú digas —dije sentándome en su silla.

¡Wow! *Es muy cómoda*, pensé en lo que me hundía en el respaldo. Rápido me llegó su loción ya impregnada en la piel.

—¡Dios! —exclamé sin tapujos al sentir como cada una de esas odoríficas moléculas llegaron a mi cerebro para darme placer.

—Muy cómoda, ¿verdad? —comentó Matthew, creyendo que estaba disfrutando la comodidad de su silla, cuando en realidad me estaba imaginando cómo se sentiría estar protegida por sus brazos saturados con esa exquisita fragancia. También me lo imaginé desnudo, encima de mí, besándome amorosamente para iniciar el momento más increíble de mi vida.

—Si —respondí, regresando a la realidad.

Empezamos a trabajar.

UNOS MINUTOS PARA CONOCERTE

Después de algunas horas de estar revisando los cuestionarios por zonas, decidí usar la computadora de Matthew para empezar a meter datos en la hoja de cálculo que me facilitaría un rápido análisis.

Moví el mouse y se activó el monitor, pidiéndome una contraseña.

—¡Disculpa! —llamé a Matthew que estaba haciendo algo en su laptop. Me prestó atención de inmediato. Alguna vez deseé que me mirara con interés, esto era lo más cercano a lo que tendría —. Me está pidiendo una contraseña.

—¡Oh, sí! Espera, ya voy —se puso de pie con trabajos.

Se acercó al escritorio cual hombre conquistador. Iba a hacerme a un lado para dejarle el teclado libre pero me dijo que no era necesario, casi se encimó en mí para poder escribir.

—No espíes, ¿okay? —advirtió en broma.

Mi respuesta lógica fue soltar una risita tonta y reclinar me un poco hacia atrás porque él estaba tan cerca que podía oler su loción. También me dejó expuesto su cuello; pude ver que algunos pelillos de su barba ya estaban creciendo y trataban de ocultar dos lunares sexis, cual mordida de vampiro, que de inmediato me retaron a besarlos.

—¡Listo! —dijo volteándome a ver incómodamente. Me cachó seducida por su cuello.

Torció una sonrisa que parecía decirme que le agradaba cacharme embobada por él.

—Gracias.

Regresó al sillón en donde volvió a tomar esa posición cómoda que le permitía trabajar con los cuestionarios.

Muchos dicen que puedes conocer a una persona de acuerdo a los accesos rápidos que aparecen en el escritorio de su computador. Muestra sus intereses. Con Matthew no aplicaba esa teoría, porque todo lo que había eran accesos que llevaban a carpetas con nombres de proyectos.

Seguí escaneando rápidamente con la mirada.

También me di cuenta que había accesos con nombres de empleados. Ahí estaba el mío. Deduje rápido que en cada una de esas carpetas guardaba los reportes que se le entregaban. Era su forma de llevar un control del departamento.

Este hombre es súper ordenado.

En conclusión, todo era muy profesional. Excepto su fondo de pantalla que era un poster del videojuego *Call of Duty*.

Otro hombre que cayó en las garras de los videojuegos de guerritas. Nota a la mente: comprar... No, no voy a gastar dinero en algo innecesario para impresionarlo.

Dejé mi fisgoneo a un lado y abrí el programa que me permitía entrar a mí computadora.

—¿Hay algún problema si creo una carpeta temporal en donde pueda poner los archivos con los que estoy trabajando? —le pregunté mirándolo casualmente.

—En mi escritorio hay una carpeta con tu nombre, úsalo —me respondió sin despegar la vista

de su laptop, que ahora tenía sobre su regazo.

Volví a adentrarme en el trabajo; aunque, de vez en tanto, le echaba un pequeño vistazo para reclamarle cómo era posible que no me recordara. Bien podría mencionárselo, pero no tenía el valor para hacerlo, porque eso le haría saber que me había deslumbrado tanto para recordarlo después de dos años.

No. Decidí que nunca le hablaría de eso. Ni aun cuando saliera el tema de que los dos habíamos asistido a la misma universidad. Me haría la desentendida.

Dentro de mi tribulación, escuché que estaba tarareando una canción que poco a poco fue subiendo de volumen y claridad.

Cuando volteé a verlo, no tardó en sentir mi mirada inquisitiva, y sonrió cuando se dio cuenta que estaba curiosa por su canturreo.

—Lo siento, ¿te molesta? —preguntó.

—No, para nada.

—No puedo evitarlo. He traído esa canción en la cabeza toda la mañana.

—Me suena a... —dije sin saber realmente a quién me sonaba. Solo quería alimentar una relación más informal con él.

—Carolina Liar... *Something to die for* —dijo rápidamente.

Sonreí al reconocer el grupo.

—Todos los días siempre hay una canción que se atora en mi cabeza y suelo cantarla cuando estoy concentrado en algo.

—Interesante —balbuceé.

Sonrió y regresó a lo que estaba haciendo. Por supuesto, siguió tarareando la canción, hasta que fue interrumpido por el gruñido de mi estómago que fue tan escandaloso que me dio pena.

—Lo siento —me excusé con una sonrisa tonta—. No he comido nada desde anoche. Iba a tomar un descanso a medio día para salir por algo a Starbucks.

Matthew vio su reloj.

—Bueno, eso debió ser hace dos horas.

—¿Te molesta si salgo a comer algo?

—No, yo también tengo hambre. ¡Vamos!, te acompaño —dijo cerrando su laptop.

Su celular sonó durante su ida al perchero. Sonó tan escandalosamente con un tono de antaño que me hizo brincar.

—¿Hola? —respondió la llamada mientras hacía malabares, estaba poniéndose el saco—. Sí... Veo que ya te fueron con el chisme... ¡Wow, wow, wow! ¡Tranquilízate! —dijo al interlocutor con tono muy severo.

Iba a tomar mi saco pero él me pidió amablemente que lo dejara a solas unos minutos.

—No hay problema —dije y salí de la oficina rápido.

Él no siguió con la llamada hasta que cerré la puerta detrás de mí. Por lo que alcancé a entender, no me gustó esa llamada.

Iba a esperarlo afuera pero decidí ir al sanitario antes de que Susan iniciara su interrogatorio de por qué estaba pasando el día en la oficina de Matthew.

Retoqué mi maquillaje y cabello como pude, mi bolso se había quedado en la oficina de Matthew.

Mientras me lavaba las manos, me dio curiosidad saber quién le había llamado. No tardé en dar con la respuesta: Marlene. Por el inicio de la llamada, tal vez ella le estaba reclamando que

me estuviera ayudando y, por la reacción de Matthew, no le gustaba que le hicieran escenas de celos.

Mi ego se elevó hasta las alturas. Si ella tenía celos y le había llamado para exigirle una explicación por su repentino interés en ayudarme, significaba que ella me consideraba atractiva y temía que pasara tanto tiempo con Matthew. Me había puesto en la categoría de rival.

Regresé a la oficina. Ya había dejado pasar un tiempo considerable para que él hablara con ella y, sobre todo, que le demostrara que no estaba interesada en sus llamadas.

Para cuando llegué, él ya me esperaba junto al escritorio de Susan. Alcancé a escuchar que le avisaba que nos tomaríamos una hora para comer y descansar un poco. Susan, lógicamente, me echó una miradita asombrada.

Matthew me entregó mi saco y mi bolso.

Una vez más la mirada de todos nos siguieron hasta el elevador. Cuando llegó, Matthew galantemente me dejó pasar primero.

No sé qué poder sobrenatural ejercen los elevadores sobre la gente pero, tan pronto como entramos, cada uno tomó una esquina y plantamos nuestras miradas en el panel de números que no avanzaba. La tensión podía cortarse con un cuchillo.

Nunca he tenido una fantasía sexy que incluya este lugar, porque soy un poco claustrofóbica. Bueno, no la había tenido hasta el momento en que nuestras miradas se encontraron y la fantasía de un manoseo muy sexual con él se fecundó por sí sola.

—Creo que tienes que presionar el botón de planta baja para que avance —me indicó muy bromista.

—¡Oh, perdón! —dije tontamente. Yo era la que estaba a un lado del panel, por lo tanto, me correspondía tener el control del elevador.

Matthew sonrió algo divertido.

El silencio volvió a acosarnos con su incomodidad. Afortunadamente, su encierro solo duró hasta que salimos del edificio.

—Bien, háblame de ti —dijo Matthew muy casual. Caminó a mi paso con sus manos en los bolsillos y su mirada parcialmente en mí.

—¿Para qué quieres saber de mí? —le cuestioné nerviosa.

—Bueno, quiero conocer a la persona con la que voy a trabajar los próximos días —respondió llevando su cuerpo hacia mí sin dejar de caminar.

Me gustó mucho con esa pose que parecía decir a todos que yo era la única que tenía su atención completa.

—No hay mucho que pueda decir.

—Yo creo que sí. No te conozco, así que todo lo que digas va a ser nuevo para mí.

Sonreí sin querer.

—Está bien. Supongo que empezaré con que soy nativa de la ciudad. Soy hija única, mis padres viven en el norte de la ciudad, a las afueras... —comencé. Él repetía “¡A-ha!” con cada dato obtenido.

—Tengo 25 años..., soy fanática del cine, bueno, por lo menos del género que me gusta.

—¿Romance?

—No, terror.

—¿Japonés o americano?

—Japonés... El japonés es clásico y el americano es sádico. No me gusta la sangre —hice

muecas de asco.

—Eso dice mucho de ti.

—¿En serio?

—Sí...—interrumpió su respuesta para abrirme la puerta galantemente.

El lugar nos calló por el momento.

Mientras esperábamos en la cola de la caja, Matthew fisgoneó el aparador de postres y le pedí que tomara un Panini portobello para mí; también agarró uno, pero de pastrami. Pedí mi cappuccino a la cajera y él unió el suyo a la orden. Iba a sacar mi monedero para pagar pero me dijo que esta vez el entremés corría por su cuenta. Le agradecí el detalle con una sonrisa algo coqueta.

Nuestra orden no tardó mucho y fuimos a sentarnos en una mesa para dos. Me estremecí cuando mis pies chocaron con los suyos al acomodarnos. Afortunadamente para mí, esa cercanía me dio la excusa perfecta para seguir tocándolo. ¡Amo esas mesas pequeñas!

—¿Por qué dice mucho de mí que me gusten las películas de terror clásico? —pregunté con expectación en lo que abría su Panini.

—Me dice que te gusta ser sorprendida y que aceptas lo desconocido con curiosidad. De seguro amas la magia... Mmm, no te importa perder la cordura por una buena dosis de adrenalina. ¡Ah!, y que eres muy ingeniosa.

—¿Ingeniosa?

—Sí. ¿Generalmente ves las películas solas?

—No —respondí tras un momento pensativo. Era curioso pero nunca he visto una película de terror sola.

—¿Ya lo ves? ¡Ingeniosa!

—No entiendo.

—Quizás, inconscientemente, sabes que nosotros, los hombres, no somos muy afectos a las películas románticas, pero nos agradan las de terror porque es el único momento en que podemos ser el caballero de reluciente armadura que protege a su acompañante cada vez que ella tiene miedo por lo que ve en la pantalla... ¡Ingeniosa! —terminó con una sonrisa traviesa.

—¡Culpable! —fue lo único que pude decir al verme sorprendida por la verdad que no había visto nunca. Y que tal vez era un secreto de los hombres.

Él tenía razón. Siempre he ido a ver películas de terror acompañada de algún prospecto en turno, y siempre terminaban tomándome de la mano o abrazándome para cubrirme de las cosas malas que sucedían en la pantalla. Aunque, ahora que lo pensaba, tal vez era una excusa perfecta para que nos pudieran manosear.

—¿Qué más me puedes decir de ti? —preguntó, sacándome de mi análisis.

—Mmm... Me gusta la música indie y amo leer.

—¿Terror?

—No. Curiosamente romance.

Matthew sonrió picaronamente.

—Creo que eso es lo básico. El resto solo lo puedes conocer cuando pasas más tiempo conmigo —Matthew hizo gestos inconformes—. ¿Qué hay de ti?

—¿De mí? —preguntó como si quisiera evadir hablarme de él.

—Sí..., de ti.

—Okay —dijo alargando.

Dio una mordida a su Panini, luego bebió su café y se dejó caer en el respaldo de la silla. Estaba volviéndome loca con su pausa dramática porque por fin iba a saber algo más que su nombre y su desafortunada unión con Marlene.

Aunque me recompensó cuando su pierna se pegó más a la mía por debajo de la mesa, mandando así una oleada de sensaciones que me dejaron sin aire por unos segundos.

Me clavó la mirada.

—Bueno, aunque mis padres son ingleses, nací en Francia... Paris...

—La cigüeña no tuvo que viajar mucho —comenté burlona.

Rió. No pudo resistir mi pequeña broma.

—Así es. Mis padres aún viven ahí... Tengo 28 años y tengo una hermana mayor, su nombre es Amelia. Lo que me hace él bebé de la familia. No soy tan fan del cine, pero lo soy de la música... Indie, también.

—Sí, eso quedó hoy demostrado—comenté, y él sonrió apenado.

—No leo mucho porque prefiero pasar mí tiempo libre relajándome con videojuegos que sean un reto para mí... ¿Qué más?... —torció sus labios graciosamente—. ¡Ah! Duermo del lado derecho de la cama, vistiendo bóxer solamente. Y si hace mucho calor, desnudo... Y en épocas de frío uso playera de algodón y pantalón de franela.

Reí nerviosa porque ya me estaba dando demasiada información. Muy íntima, de hecho.

Me miró curioso cuando vio que me sonrojé.

—¡Perfecto! Ya sabemos lo básico... Tendrás que descubrir el resto poco a poco —comentó vengativamente mientras volvía a dar una mordida a su Panini.

—Sí, será interesante saber más de ti —murmuré sin pensarlo.

—También de ti.

Nos miramos intermitentemente por un rato. Una pregunta me estaba carcomiendo, pero tenía miedo a formularla. Primero porque no era momento para hacerla, no me conocía lo suficiente para que me diera ese tipo de información, y segundo porque me aterraba saber la respuesta. Pues indudablemente me decaería si era afirmativa.

—¿Eres soltera? —me preguntó sin más.

Me dejó atónita, porque eso mismo era lo que le quería preguntar. Irónicamente, había caído en mi tribulación.

No supe qué responderle.

Un *no* lo llevaría a preguntarme entonces qué tipo de relación tenía con Mason. No tenía nada con él, esa era la verdad, pero, desafortunadamente, Matthew ha presenciado varios de mis encuentros con Mason que daban la apariencia de estar en la etapa de flirteo.

Un *sí*..., bueno, en relación a lo anterior, él creería que le estaba mintiendo.

Decidí jugármela.

—Sí —respondí, mirándolo directamente a los ojos para que descubriera en los míos que le estaba diciendo la verdad, a pesar de lo que ha presenciado.

No comentó nada.

Lo miré beber su cappuccino detenidamente, mientras que trataba de tragarme la pregunta que tenía atorada en la garganta: “¿Y tú... eres soltero?”

A diferencia de su sospecha, yo no quería aclarar la mía. En su caso había demasiadas cosas que me aseguraban que no era soltero. Además, Marlene ya me lo había dejado muy en claro.

Desenredé los pies y los alejé; estaba tan desanimada y frustrada. Me apresuré a terminar el

Panini a la par que él, quien miró el reloj cuando creyó que el silencio ya era muy incómodo.

—Creo que es hora de regresar a trabajar —dijo en lo que se limpiaba las manos y la boca con la servilleta reciclada.

—Sí..., claro —concordé. Me limpié la boca con elegancia.

Tomé mi bolso y me empujé para salir del pequeño cuarto privado que habíamos compartido por menos de una hora.

De regreso a la oficina, sacó su celular y dedicó parte del trayecto a escribir mensajes. No tenía que pensar mucho a quién le estaba escribiendo. Mis ánimos cayeron más.

Como deseé que Mason me escribiera también, por lo menos le haría saber que aun cuando era soltera, estaba muy próxima a no serlo más.

No sé si sentiría celos o no al saber. Seguramente no... ¿O sí? Solo saber que alguien sí estaba interesado en mí, me levantaría un poco el ego, que ya estaba arrastrando por la banqueta.

Antes de entrar a su oficina, Susan le dio algunos mensajes que debían ser atendidos de inmediato. Uno era que se comunicara con Marlene. Respiré sutilmente enfadada cuando Matthew le dijo que no era necesario hablarle, que la vería en un rato.

Tan pronto me senté en la cómoda silla y fui rodeada por esa loción que estaba fija ya ahí, entendí que Matthew y yo nunca tendríamos una relación fuera de jefe-empleada. Ni siquiera una amistad habría entre nosotros.

Matthew me gustaba mucho más de lo que quería admitir, por lo tanto, jamás podré tolerar que me hable de su novia.

Fue muy difícil seguir trabajando con él teniéndolo a unos cuantos pasos, sin la esperanza de que el proyecto hubiera sido la excusa perfecta para conocerlo más íntimamente. Y fue aún más difícil rechazar su ofrecimiento de llevarme a mi casa cuando salimos y estaba lloviendo a cantaros. La excusa que di fue tan sacada de la manga que dudo me haya creído. Su gesto indiferente, algo molesto por la mentira, me lo hizo saber.

Toda la noche tuve ese nudo en el estómago que hacia el nuevo día indeseado, porque vería a Matthew, estaría cerca de él una vez más y tendría que comportarme de manera indiferente.

Como odié sentirme así cuando debería estar brincando de felicidad.

Susan aun no ocupaba su lugar cuando llegué a la oficina de Matthew. Toqué tímidamente y escuché un “puedes pasar” apresurado. Lo encontré en el escritorio, revisando algo en su computadora.

—Buenos días —dije.

Me respondió con otro tímido “Buenos días”.

—¿No vas a tener junta hoy?

—Mandé a Susan en mi lugar, solo había que dar el reporte de esta semana.

Su sonrisa me dio permiso de colgar mi abrigo y mi bolso en su perchero.

—¿Empezamos a trabajar? —pregunté algo nerviosa.

—Tendrás que hacerlo tú por ahora, tengo que revisar y firmar unos documentos. No me tomará mucho, un par de horas nada más.

—Está bien. Entonces, voy a mi escritorio.

—¡No, no, no! —dijo apresurado para detenerme—. Trabaja en la sala, puedes usar mi laptop, ya la he enlazado con la red para que extraigas los archivos que necesitas. Recuerda crear una carpeta con tu nombre y desconectas la laptop de la red. Así no tendré la sorpresa de que trataron de entrar a mis cosas.

—¿Seguro?

—¡Sí! No hay problema. Confío en ti —concluyó guiñándome un ojo.

Me puse nerviosa de usar algo tan personal. La computadora de la oficina solo era para uso profesional; en cambio, su laptop era como una extensión de él. Esta vez era seguro que iba a descubrir algunas cosas de él.

Tomé la moderna laptop y la prendí. Prepararía esa carpeta y archivos para cuando los necesitase. Además, estaba ansiosa por curiosear en su “vida virtual”.

Al primer vistazo, descubrí, gracias a su escritorio repleto de accesos, que en verdad le gustaba mucho la música Indie. Era lo que más abundaba. También le gustaba viajar, tenía carpetas nombradas con países que se caracterizaban por tener ciudades muy antiguas. Tal vez dentro de esas carpetas había fotografías de él. ¡Cómo deseé robarme una!

Seguí el recorrido hasta que me topé con accesos que ya había visto en la computadora de la oficina. Los ignoré, y me decepcioné un poco cuando vi que ya era todo. Creí que averiguaría algo más interesante.

Suspiré decepcionada en lo que preparaba la carpeta donde iba a trabajar, luego cerré la laptop.

Tomé algunos cuestionarios y empecé a trabajar, mientras que Matthew revisaba documentos y

hacía y recibía llamadas. Todo ignorándome completamente.

Era muy duro estar ahí sin poder intercambiar palabras con él.

A la hora, ya me dolía la espalda. No es que el sillón fuera incómodo, era la tensión que tenía sobre los hombros por estar muy pendiente de cada movimiento de Matthew.

El simple hecho de que suspirara cansado, me refundía en la duda de si lo estaba porque se había cogido a la odiosa Marlene.

Si no recordaba mal, dijo que se verían después. De seguro tuvieron una maldita cita romántica que terminó con... ¡Arggg!

Caminé por el lugar con un cuestionario y pluma en mano, que mordisqueé con gusto. De pronto, su mirada penetrante me hizo voltear a verlo como no queriendo. No se cohibió porque lo caché mirándome mientras que acariciaba su barbilla seductoramente. Ni yo me cohibí, por el contrario, nos quedamos conectados por un largo rato, retándonos a ver quién era el primero que desviaba la mirada tímidamente... O se arrojaba a los labios del otro. Lo primero que sucediera.

¡Ah, mis fantasías!

No tengo que decir quién se acobardó al final. Pero no porque me haya cohibido, sino porque recordé que tenía que olvidarme de esa idea de tener algo con él.

Ya no sentí su mirada sobre mí cuando regresé a mi paseo. De seguro entendió que no estaba interesada en su juego.

Tal vez pasaron un par de minutos cuando mi celular sonó. Corrí para contestarlo sin ver primero quién llamaba.

—¿Bueno?

—¡Hola! —me saludó Vera con tono confabulador.

—Hola, ¿cómo estás?

—Estoy bien. Solo me preguntaba dónde has estado últimamente que no respondes las llamadas de nadie.

Reí calladamente. Me di cuenta que Matthew estaba muy pendiente de mi llamada.

—Permíteme un momento —dije a Vera y luego avisé a Matthew que saldría para no incomodarlo con mi llamada.

—Adelante —dijo muy serio, haciéndome una seña de que saliera de la oficina.

No retomé de inmediato la conversación con Vera hasta que llegué a las escaleras de emergencia. No quería que nadie me oyera.

—¡Bien! —exclamé entre un suspiro—. No he respondido las llamadas porque he estado trabajando como loca. He llegado a casa tan cansada que solo tengo ánimos para tomar un baño y acostarme a ver televisión.

—Fue lo que supuse. Pero Mason está como energúmeno porque ni siquiera le envías un mensaje.

—No tengo por qué. Claramente le dije que para mí el trabajo es primero en este momento.

—¿Le estás dando una probada de su propia medicina?

—No, intencionalmente.

—Pues te chismeo que si quieres tener algo con él se lo hagas saber porque, según Luke, ha estado saliendo con tu *amiga* Marlene últimamente —puso un tono burlón al adjetivo.

En un principio, Vera sintió celos de ella porque creyó que dejaríamos de ser amigas. Al menos obtuve los celos de mi amiga.

—No te preocupes. Ella solo quiere darle celos a Matthew. Creo que no le agrada que me esté

ayudando con el proyecto.

—¿¡Qué?! —exclamó Vera con entusiasmo, tanto que tuve que retirar el celular de mi oído—. ¿Es en serio? ¿Estás trabajando con él?

—Sí. De hecho, estaba en su oficina cuando llamaste.

—¿Y de qué han hablado?

—De nada. Él está trabajando en lo suyo ahora, pero me dijo que en un par de horas me seguiría ayudando... Aunque eso fue hace tres horas.

—¿Espera! Creo que entendí mal... ¿Cada quien trabaja en lo suyo pero comparten una misma oficina?

—Sí, eso fue lo que dije.

—¿Eso es extraño, no?

—¿Por qué lo es?

—Porque ¿para qué te quiere ahí mientras que él hace otras cosas? Bien pudo dejarte ir a tu escritorio a trabajar en lo tuyo y llamarte cuando él terminara con lo suyo.

Vera tenía razón. Era extraño. E iba a decirle que incluso me cedió su laptop pero ya no quise dar más fundamentos a su análisis que me daba una lejana esperanza de que él me quisiera ahí, a su lado, porque quería estar conmigo.

—No sé por qué lo hizo —comenté.

—Ally, ¿ya te recuerda? —preguntó cautelosa.

—No —respondí de inmediato muy desilusionada.

—No entiendo a ese hombre, pero creo que ya no tiene sentido buscar explicaciones a su comportamiento.

Vera derrumbó la pequeña esperanza que había construido segundos atrás.

—Sí. Y no tienes que restregármelo en la cara —Vera rió—. Tengo que irme pero, si quieres, podemos vernos para tomar un café y seguir platicando.

—Mmm, tengo una cita con Luke pero la pospondré para mañana.

—Muy bien. Entonces, te veo en la noche.

—Bye —dijo Vera y colgó.

Cuando regresé a la oficina, toqué la puerta y entré sin esperar respuesta, solo le avisaba que iba a entrar.

Matthew estaba sentado en la sala, revisando algo en su laptop. Levantó la mirada seca cuando me acerqué a la mesita frente a él y aventé mi celular.

—¿Todo bien? —me preguntó. Noté en su tono que quería saber quién me había llamado.

Por favor, ten un poco de celos.

Le respondí un seco “Sí” que le decía que no tenía la intención de revelarle quién me había llamado.

—Bien, entonces, retomemos el trabajo.

Asentí con la cabeza y tomé unos cuantos cuestionarios, la pluma, y fui a sentarme en el otro sillón.

Las horas pasaron y cerca de las tres de la tarde, Matthew pidió a Susan que nos llevaran comida; ya había regresado de la junta.

Comimos en silencio. A decir verdad, estaba muy incómoda por tanta indiferencia por parte de los dos. Nada que ver al día anterior que me hizo pasar un buen rato a su lado. Ahora, solo quería que dieran las cinco de la tarde para tomar mis cosas a irme a ver a Vera.

Cerca de la hora de salida, Matthew se puso de pie y se estiró como si acabara de despertar. Hizo uno que otro gemido que me pareció muy sexy.

—¿Terminaste? —me preguntó con voz cansada.

—Sí, solo falta el reporte. Trabajaré en él mañana —respondí con voz triste.

A pesar de que no cruzamos casi una palabra durante todo el día, me gustaba levantar la vista y verlo cuando yo quisiera.

—Bien... Ahora —dijo en lo que venía a sentarse a mi lado, muy cerca—, ¿acaso lees la mente?

—No —respondí confundida.

—Entonces, ¿puedes explicarme cómo vas a hacer el reporte sin conocer mi análisis?

Abrí la boca para dar una respuesta que nunca nació en mi cabeza.

—Tendremos que vernos mañana para hacer el reporte... ¿O quieres seguir hasta que terminemos? —expuso sus opciones con tono ligeramente autoritario.

—No, no puedo. Tengo una cita.

—¿Con tu novio? —preguntó haciendo un ligero puchero.

—No, no tengo novio. Con mi mejor amiga —respondí de inmediato.

—Está bien. Tómate la noche, descansa, diviértete... no mucho —comentó lo último en un susurro—, y nos vemos mañana en donde quieras.

—¿En el Starbucks de Leicester Square? —sugerí. No quería verlo en un lugar que fuera frecuentado por alguno de mis amigos o Mason.

—Si ahí te sientes más cómoda, me parece bien. Nos vemos en Leicester Square a las... ¿diez de la mañana?

Asentí con una sonrisa agradecida.

—Bien. No te preocupes por llevar laptop, llevaré la mía. Después de todo, tu trabajo está aquí. Ya le he echado un vistazo.

Volví a asentir estando totalmente de acuerdo.

—¡Perfecto! Entonces, recojamos y vámonos de aquí.

Le obedecí y salimos los dos de su oficina.

—Hasta luego, Ally —se despidió de mí en lo que sujetaba mi brazo para darme besos en las mejillas que me dejaron helada.

Creí que íbamos a bajar juntos pero fue directo a Susan para hablar con ella.

No me quedó de otra que tomar el elevador con algunos compañeros que me preguntaron cómo íbamos con el proyecto. Solo les dije que ya lo habíamos terminado y que la próxima semana regresaría a otras actividades que me correspondían del puesto.

A la mañana siguiente, me desperté con los nervios de punta. No sabía qué ponerme: jeans, pants, ¿o qué? Finalmente me decidí por un atuendo no muy abrigador. Eché todas mis notas a mi bolso y salí del departamento con una enorme sonrisa en el rostro porque iba a ver a Matthew.

Fui al centro en autobús. Me senté en el segundo piso hasta delante para tranquilizarme con la vista. Al menos lo estuve hasta que llegamos a Hyde Park, que fue cuando el nudo en mi estómago se apretó más con cada calle que me acercaba a Matthew.

Bajé cerca de la estación Oxford Circus y caminé a Leicester Square. El día se nubló más y amenazó con llover, lo cual era muy mala señal porque se me había olvidado el paraguas.

¡Cómo siempre!

A medida que me abría paso entre la gente, vi a Matthew a lo lejos. Me detuve un minuto para admirarlo, para verlo muy atractivo con sus jeans y abrigo oscuro. Traía la mochila de laptop colgando y volteaba a todos lados, tal vez buscándome. Sonreí feliz de que estuviera en mi vida y seguí caminando.

—Buenos días —dije para llamar su atención.

Volteó a verme apresurado. Sus labios se levantaron solo de un lado, creando una sonrisa provocativa.

—Buenos días —me dijo tomándome del brazo para jalarme y plantarme besos en las mejillas. Las estrellitas de mi estómago tintinearón alegremente.

—¡Entremos! —le sugerí entusiasta.

Caminé con la cabeza baja para no sonrojarme cuando nuestras miradas se encontraran. Solo necesitaba un poco más de tiempo a su lado para acostumbrarme a su atractivo y dejar de cohibirme.

Escogimos una mesa en donde sentarnos. En seguida se quitó el abrigo, traía puesto un sweater guinda y una playera gris claro con cuello V, y se arremangó el sweater tres cuartos para enseñarme sus antebrazos ligeramente marcados y velludos. Su reloj deportivo resaltó también.

—¿Almorzaste? —me preguntó con interés.

—Sí, pero quisiera un café para calentarme un poco.

—Bien, iré yo.

Fue a la caja y, mientras él esperaba en la cola, lo estudié de pies a cabeza. ¿Cómo le hacía para verse siempre tan bien? Ahora que vestía informal, se veía como alguien sacado del catálogo de Burberry. Matthew sencillamente era guapo, y de seguro no me defraudaría desnudo.

Sacudí la cabeza cuando mi mente me regaló esa seductora imagen.

No tardó en regresar con un Panini de pastrami colgando de la boca y los cafés en cada mano; me apresuré a ayudarlo. Se sentó frente a mí, e inmediatamente sus piernas me tocaron.

¡Escalofríos!

—¿Qué tal te fue con tu amiga anoche? —me preguntó en lo que abría su Panini.

—Bien —respondí pausadamente.

Este hombre me confundía mucho. Ayer apenas me dirigió la palabra, y ahora quería saber de mi vida fuera del trabajo.

—¿Fueron a algún lugar en especial?

—No, íbamos a vernos en una cafetería pero al final compré comida para llevar y comimos en casa. Platicamos largo y tendido mientras cenábamos.

—A-ha... —me invitó a continuar con un asentimiento de cabeza.

—Ya entrada la noche...

—Viste una película de terror —me interrumpió con obviedad.

—¡No! —dije entre una risita—, fui directo a la cama a dormir. Estaba muy cansada.

Matthew sonrió con gusto.

—Pues yo sí vi una película de terror y me acordé de ti —reveló como si nada.

—¿En serio? —pregunté realmente curiosa, y extasiada porque pensó en mí.

Sonreí como tonta.

—Sí. Tienes razón, las películas americanas son muy sangrientas... Vi *Hostel*. Bueno, decir que la vi es mucho, porque a la primera tortura cambié de canal.

—De seguro te preguntaste por qué a la gente le gusta ver a un loco, totalmente vivo,

torturando a una persona, ¿no?

Matthew soltó una risita que me encantó.

—Sí. Por cierto, no me explicaste por qué te gusta más el terror japonés.

—Sí lo dije.

—No, yo saqué mis conclusiones. Nunca las confirmaste.

—Pues no estabas perdido... Me gustan las historias de fantasmas en general, más que el terror en sí. La mayoría de las películas japonesas se basan en leyendas de fantasmas. Esa gente tiene en otro nivel de maldad.

Soltó una risa sin querer.

—Entiendo. *Sí* te gusta el miedo a lo desconocido, y los fantasmas se prestan a eso.

—Así es —dije con una sonrisita.

Matthew siguió comiendo su Panini en silencio. Al terminar, sacudió las manos y sacó su laptop de la mochila.

—Bien, empecemos. Después platicamos —dijo mientras que la encendía, luego la volteó hacia mí en lo que se ponía de pie para sacar sus notas de la mochila. Lo miré jalar su silla hasta quedar muy cerca de mí.

Intercambiamos puntos de vista del análisis, de acuerdo a nuestras notas. Luego me dijo que como era mi proyecto, yo era la encargada de escribirlo. Él me miró escribir hundido desde su silla.

De reojo me percaté que estaba muy atento entre mis dedos que se movían rápido y el monitor. Estaba nerviosa por la ortografía, tanto que entre más cuidado ponía, más errores me marcaba el procesador de palabras.

Al poco rato, cuando lo veía de reojo, me di cuenta que su mano descansaba relajadamente sobre su pierna. Pero ¿dónde estaba la otra? Cometí un error en el escrito para tener la excusa de voltear a verlo cuando me corrigiera; no tardó en hacerlo. Entonces descubrí que su otro brazo descansaba sobre el respaldo de mi silla, como si estuviera abrazándome. Como no estaba recargada, no podía sentirlo.

Sin más, me dejé caer al respaldo con la finalidad de sentir por tan solo un segundo lo que sería estar rodeada por su abrazo. No era uno verdadero, pero era lo más cercano que podría tener. Además, ¿cuándo volveríamos a estar así?

Fue un error no hacerlo despacio, porque el peso de mi cuerpo le apachurró la mano. Lo único que logré fue que se quejara y retirara la mano rápido.

—Lo siento —me excusé, poniendo una mano en su pierna.

Sentí como su músculo se contrajo con mi toque. A pesar de que volví a excusarme por mi atrevimiento, retiré la mano muy renuente; así le dije en silencio que me gustaba tocarlo ahí. Solo sonrió y me dijo que no me preocupara y que siguiera con el reporte.

¡Eres una torpe!

¿Por qué no podía tomar mi mano y volverla a poner ahí para que le sedujera enfrente de todos?

Seguí con el reporte, ya sin intentar otro acercamiento. Estaba claro que a él le incomodaba y yo no era nada sutil para hacerlo.

Terminamos cerca de las dos de la tarde. Matthew envió el archivo a mi correo, como copia, y dio por terminado el trabajo.

—Creí que íbamos a platicar... —comenté mirándolo mientras se ponía el abrigo.

—Lo siento, se me olvidó que tengo cosas que hacer.

Me resigné ya. Además, estaba tan apenada por todo que ya no insistí para que se quedara otro rato a platicar.

Salimos juntos de la cafetería y nos despedimos de besos sin prologar el contacto.

Regresé a mi casa muy decepcionada. Tuve una oportunidad y la desperdicié estúpidamente.

SECRETOS

Cuando entré a mi calle, vi a Mason sentado en el cofre de su auto.

—¡Hola! —le saludé jovial. Me dio gusto verlo.

—Hola —respondió en lo que se bajaba del auto para saludarme de beso.

En comparación con Matthew, que se despidió de mí casi sin querer tocarme, Mason se sujetó de mi cuello para plasmarme un beso tronador en la mejilla.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté en lo que le cabeceaba que me siguiera.

—Tuve que venir porque no respondes mis llamadas —respondió con tono reprensor.

—Y sabes muy bien por qué no te contesté —dije ligeramente molesta por su reproche—. Te dije que el trabajo está antes que todo.

—Querrás decir que Matthew está primero ante todo.

—Veo que ya te dijeron el chisme.

—Sí. Su mujer está inquieta con esa súbita decisión de ayudarte. No es de él ayudar a otros... ¿Estás saliendo con él? —su duda me sonó más a un celoso interrogatorio.

Lo invité a pasar.

—¿Su mujer? —pregunté en lo que arrojaba mis cosas en la sala. Averiguaría si se refería a Marlene.

—Sí, Marlene... ¿Estás o no saliendo con él?

—No, no estoy saliendo con él —respondí con un pesar que, por supuesto, oculté para que no se diera cuenta que en verdad me fastidiaba no estarlo.

—Ya no quiero hablar del bastardito —dijo casi en un murmullo—. Vine a invitarte al cine, ¿vamos?

—No, no tengo ganas de ver nada —dije en lo que me sentaba en el sillón.

—Entonces, te invito a comer algo —se sentó junto a mí. Dejó que su brazo descansara extendido sobre el respaldo del sillón, tal y como lo hizo Matthew con la silla, a excepción de que Mason sí tenía la intención de abrazarme y no solo de apoyarse para ver mejor.

Dejé que me abrazara.

—Y si mejor comemos aquí. Acabo de regresar de trabajar y no tengo ganas de volver a salir.

—¿Trabajaste hoy? —preguntó sorprendido.

—Sí, con Matthew —revelé como si nada. Mason apretó los labios hasta que desaparecieron. Continué—. Pero ya terminamos, así que ya puedes decirle a Marlene que ya no se preocupe.

Mason se movió un poco para estar más cerca de mí. Nuestras miradas se encontraron y, tal vez porque estaba tan frustrada por Matthew, acudí al llamado de sus labios.

Me besó lento, raro en él porque fue muy impetuoso en el pasado.

Ese beso se prolongó por algunos minutos, extrañamente disfrutamos uno del otro. Fue cómodo, como volver a ponerme unos jeans abandonados que creía que ya no me quedaban, pero, al probármelos, me entraron a la perfección.

—Tengo hambre —le comenté entre besos.

—Yo también —coincidió retirándose. Respiró profundo para reponerse.

Me hizo sonreír el efecto que aún tenía sobre él.

—¿Pizza?

Asentí con gusto.

Sacó el celular, escribió un mensaje antes y luego llamó a la pizzería. Tras pedir la orden, aventó el celular a la mesa de centro sin precaución.

—¿En qué estábamos? —comentó en lo que se inclinaba para tomarme de nuevo por el cuello. No quería que rechazara su beso.

No lo hice, por el contrario, me volví a entregar a ellos hasta que fuimos interrumpidos por el timbre del departamento.

—¿Tan rápido llegó la orden? —consulté extrañada. No creía que tuviéramos tanto tiempo besándonos.

—No creo, solo han pasado quince minutos —respondió en lo que se ponía de pie, acomodó su cabello un poco y fue a abrir.

Eran Vera y Luke.

—¡Lo siento! Se me olvidó la llave de nuevo —se excusó Vera con pesar infantil.

—Y a mí se me olvidó decirte que los había invitado ir al cine con nosotros —avisó Mason.

—Lo siento —dije poniéndome de pie—, cambio de planes. Comeremos pizza. ¿Se nos unen?

—Parece que no me conoces. ¡Ya sabes que nunca rechazo una pizza! —exclamó Luke.

—¿Tienes algo de beber? —me preguntó Mason, tomándome por la cintura para darme un beso en el tope de la cabeza.

—No, pero voy a la tienda por refrescos.

—¡No, no, no! —dijo Luke—. Mason y yo vamos por ellos.

Estuve de acuerdo con su ofrecimiento, que cayó como del cielo. Así podría conversar a solas con Vera.

Luke y Mason salieron.

—¡Bien! ¿Qué carajos estabas haciendo con Mason? —me cuestionó Vera realmente indignada por ese beso que presencié, y que no rechacé.

Me encogí de hombros, valiéndome que me hayan atrapado.

—Me dijiste que no querías tener nada con él.

—No... Bueno, no sé —dije en lo que iba a la cocina para tomar un poco de agua. Los besos de Mason me habían dejado reseca la boca.

—¿A qué estás jugando, Ally?

—A nada. Vi a Matthew hoy y...

—¡Ah, ya entiendo! —me interrumpió Vera, volteó los ojos cuando lo hizo.

—¿Crees que me estoy besuqueando con Mason solo porque Matthew no me hace caso? —le cuestioné indignada.

—¿Y no lo estás haciendo?

Guardé silencio por unos segundos.

—Tal vez sí —confesé finalmente—. Pero, Vera, Matthew realmente me gusta... ¡No! ¡Me encanta! Pero me desconcierta todo el tiempo... Me ofrece su ayuda que, según Mason, nunca lo hace. Me invita el almuerzo y me dice que me quiere conocer mejor, tan solo para ignorarme en su oficina al día siguiente. Y hoy me invita otra vez un café y me dice que pensó en mí cuando vio

una película, pero no quiso quedarse a platicar conmigo cuando terminamos el trabajo. ¡No lo entiendo!

Vera sonrió irónica.

—¿Qué no lo ves? Mason tiene razón, Matthew está jugando contigo para usarte no sé para qué.

—No —sacudí la cabeza fervientemente—, no creo que sea eso. ¿Para qué va a usarme? No soy ninguna amenaza profesional para él.

“En todo caso, lo único que está haciendo es arrojarme a los brazos de Mason cada vez que me trata indiferente.

—Quizás quiere darle celos a tu amiga Marlene.

—¿Para qué? Ya la tiene comiendo de la palma de su mano.

Vera no comentó nada. Entonces, suspiré profundo en lo que bajaba el rostro con pesar.

—¿Te gusta mucho, verdad?

—Sí —dije con un falso lloriqueo infantil.

—Díselo, Ally.

—No puedo, amiga.

—¿No quieres lastimar a Marlene?

—No, no la conozco tanto para que me importe. Lo que no quiero es que me lastimé él con su rechazo. No podría soportarlo.

—¿Y crees que Mason te hará olvidarte de él?

—No lo sé —respondí, encogiéndome de hombros—. Mason es un agradable respaldo.

—¿Ya lo perdonaste?

—No, totalmente, pero podría hacerlo.

—No lo sé, Ally. Creo que estás jugando con fuego al estar con Mason.

El timbre sonó.

—No te preocupes, ya veremos qué pasa. Además, no creo volver a trabajar con Matthew. Hoy terminamos el proyecto, así que ya no podrá frustrarme —le dije para terminar la conversación.

Abrí la puerta y Mason y Luke entraron conversando de algo que los hizo reír.

La pizza llegó no mucho después. Pasamos un buen momento comiéndola y conversando como en los viejos tiempos.

Mason se quedó un rato más después de que Luke y Vera se encerraron en el cuarto. Ya no me besó, solo pasó el rato conmigo viendo la televisión.

Me agradó que no me presionara en avanzar más en la relación que aún me resistía tener con él.

Una vez más estaba nerviosa por volver a ver a Matthew. Averiguar cómo me trataría después de ese fracasado intento de conocerlo mejor.

Si sigo así, terminaré en el hospital de tanto estrés que me causa verlo, pensé cuando salía del elevador para ir a mi lugar.

Pero no lo vi ese día. Y en los siguientes, coincidimos a veces en el elevador o en los pasillos. Pero solo me decía un formal “Hola” o “Buenos días, Ally” y seguía su camino. No me saludaba de beso como ya lo había empezado a hacer. De hecho, se perdió lo poco que avancé para conocerlo.

Nuestros trabajos nos mantuvieron casi todo el tiempo ocupados. Sobre todo a mí porque aún no tenía un compañero de trabajo, por lo que tenía que seguir una estricta agenda para terminar los proyectos que me tocaban.

A veces iba a verlo a su oficina para aclarar alguna duda respecto al proyecto en que trabajaba, pero solo eran unos cuantos minutos estrictamente profesionales. Al dejarlo, inmediatamente me ponía a platicar con Susan. En comparación con Matthew, nuestra amistad creció hasta ser la única persona a la que podía llamar amiga, y con la que realmente disfrutaba pasar mi tiempo libre en la oficina.

Rara vez hablé con Brenda. Deduje que ella le dijo a Marlene que Matthew me estaba ayudando con el proyecto. No creo que haya sido Kayla, la silenciosa recepcionista.

Quizás lo había hecho, quizás no. No importaba ya porque, al final de todo, perdí la confianza en ella.

Una que otra vez me topé con Marlene cuando venía a visitar a Brenda; su amiga solo era una excusa para vigilar a Matthew.

Me compadecí de él por tener esa novia tan desconfiada. Una cosa era que yo babeara por él, y otra que él estuviera coqueteando conmigo. Lo cual, desafortunadamente, no ha sucedido.

Pero también concluí que la quería, de lo contrario, ya hubiera roto con ella.

Con respecto a Mason, nuestra relación subía y bajaba. Después de algunas citas con besos, le aclaré que no quería tener novio por el momento y que aún no estaba lista para confiar en él completamente.

Entendió mi postura. Pero no tenía otra opción. Si él hubiera roto conmigo correctamente hace dos años, posiblemente le hubiera dado una segunda oportunidad sin pensarlo.

Pronto llegó la semana de mi cumpleaños. Mi día especial era el 22 de agosto. Generalmente no me gustaba celebrar mis cumpleaños, pero esta vez quise festejarlo con mis amigos. ¡Eran 26 años! Había sobrevivido el primer cuarto de siglo.

Susan planeó que lo celebráramos en *The Gathering*. Me pareció perfecto, me gustaba el lugar.

Salí del trabajo a la hora exacta para ir a casa a tomar un baño y arreglarme. Me tardé un poco más porque mis padres me llamaron para felicitarme. Querían que fuera a visitarlos el día siguiente porque me habían preparado una fiesta familiar. Les prometí que estaría con ellos muy temprano.

Mason pasó a recogerme a la hora acordada. Lo besé y abracé largamente cuando subí al auto, estaba realmente feliz por mi cumpleaños y muy entusiasmada por divertirme. Incluso si Mason jugaba bien sus cartas, me animaría a tener sexo con él esa noche. ¡Ya lo necesitaba!

Cuando llegamos al lugar, Mason entró como si siempre fuera esperado. Su seguridad arrancó la atención de una que otra mujer.

Susan, Luke y Vera ya estaban en la mesa que habían reservado para nosotros. Me recibieron con un escandaloso “¡Felicidades!”, y cada uno me dio un regalo que prometí abriría a solas. Esa era la única cosa que aún no me gustaba hacer: abrir regalos enfrente de todos.

Tras la segunda ronda, Brenda y otros compañeros de la oficina llegaron a la mesa. Me incomodó un poco que vinieran porque no los conocía lo bastante para pasar mi día especial con ellos. Pero, como también trajeron regalos, no les hice mala cara.

Mason me tenía abrazada por la cintura cuando vi a Marlene acercarse a la mesa, detrás de

ella venía Matthew, caminando con ese aire desinteresado. La respiración se me fue e inconscientemente me liberé del abrazo de Mason.

—¡Feliz cumpleaños, Ally! —me dijo Marlene mientras me daba un abrazo sincero.

—¡Feliz cumpleaños! —me felicitó Matthew también, pero sin abrazo.

Seguramente no se atrevió a dármele por Mason, quien ya despedía rencor. Sin embargo, me entregó un pequeño paquete envuelto tan elegantemente que todo el mundo se sorprendió al verlo.

—Gracias.

—Es de los dos —dijo Marlene, abrazó a Matthew por la cintura y sonrió de oreja a oreja.

—Lo abriré después —dije con una sonrisa retraída. Puse el regalo con los demás y, prácticamente, ignoré a Matthew.

—¿Quién lo invitó? —me inquirió Mason al oído muy enfadado.

—No lo sé. Supongo que tu amiga Marlene, quien seguramente fue invitada por Brenda, que a la vez fue invitada por Susan. Así que es a ella a quien tienes que reclamarle, no a mí —le respondí molesta. Me hice a un lado.

¿Por qué Marlene tenía que arruinar mi cumpleaños? Esa noche de sexo sin compromiso con Mason estaba asegurándose más.

—¡Ya, ya! No te enojés. Yo invité a Marlene porque creí que te caía bien —le clavé la mirada enojada—. ¡Olvídalos y vamos a bailar! —me sugirió jalándome de la mano.

Lo seguí a la pista de baile, pues era mejor que estar viendo a Marlene colgándose del cuello de Matthew, tratando todo el tiempo de robarle un beso.

Mi fantástico cumpleaños acababa de ser arruinado por los celos.

Tras media hora bailando, me dio sed y le dije a Mason que regresáramos a la mesa. Matthew y Marlene no estaban a la vista, supuse que se habían ido a algún lugar donde pudieran besuquearse a gusto.

Era mejor no verlos, aunque eso no evitó que se me retorciera el estómago con la idea.

—Ahora vengo, voy por un poco de agua al bar —avisé a Vera.

—No tardes.

Mason no se dio cuenta cuando me alejé porque estaba metido en la plática con Brenda.

—Una botella de agua, por favor —pedí al bartender en un grito.

En lo que esperaba, golpeteé la barra con los dedos al ritmo de la canción.

—¡Espero que no te haya molestado que haya venido! —alguien se acercó demasiado a mi oído para gritarme eso.

Brinqué por instinto en lo que volteé atrabancadamente cuando esa persona puso su mano en mi espalda baja.

¡Uff! Era Matthew.

—¡No, por supuesto que no! —le grité, pero no me escuchó. Entonces, se inclinó un poco hacia mí, señalándome con su dedo índice que le hablara más de cerca. Me acerqué temblando y repetí mis palabras que lo hicieron sonreír de inmediato.

—Hace tiempo que no platicamos —me dijo al oído una vez más en un grito.

—Porque hemos estado muy ocupados —le respondí con una sonrisa retraída.

Traté de no ponerme nerviosa con su cercanía. Pero fue imposible no hacerlo, porque Matthew no solo me sonreía, sino que también me desnudaba con la mirada.

Llevé la mano mucho a mi cabello para ocultar la incomodidad.

—Sobre todo tu —dijo, pero esta vez me tomó por el hombro para que no me alejara de él

cuando creyera que ya había terminado de hablar conmigo. Continuó—: Mason te tiene totalmente acaparada, tanto aquí como en la oficina.

Miré el contorno de su perfil y esos malditos lunares sexis me tentaron nuevamente a besarlo.

—No solo yo he sido acaparada. Marlene parece policía de la Gestapo, no te deja ni respirar.

Matthew soltó una risita en mi oído. Su cálido aliento me estremeció cuando acarició mi cuello, llamando a ese viejo cosquilleo sexual que estaba entusiasmado por celebrar un orgasmo con él.

—Sí, bueno, es su problema...

—¿Su problema? —le cuestioné confundida. Me retiré un poco para verlo a los ojos.

Volvió a jalarme.

—Sí, es su problema. Sería mío si fuera mi novia, pero no lo es —aclaró, pero al final me separó un poco para que viera en sus ojos que me estaba diciendo la verdad.

¡No puedo creerlo! ¡No son novios! Pero...

—Si no son novios, entonces, ¿qué demonios son? —pregunté.

—Supongo que lo mismo que tú y Mason.

—¿Amigos cariñosos? —le pregunté, mirándolo a los ojos.

Dudó en asentir.

—Más amigos que cariñosos —aclaró finalmente.

Mi corazón palpitó llenó de felicidad al escuchar que Marlene era la que vivía en un mundo de fantasía en donde Matthew era su novio. Terminé de confirmar que ella sí tuvo miedo de que Matthew y yo termináramos en la cama después de pasar juntos tanto tiempo.

¡Sí era su rival!

Algo debió ver en mi actitud cuando lo miraba para que creyera eso.

—¿En qué lugar estás con Mason? —preguntó otra vez en un grito, solo que ahora ya no inclinaba tanto la cabeza para escucharme porque estaba más atento a mi mirada.

—Lamento decir que no somos tan amigos —respondí con la verdad.

—¡Oh!... Entiendo —dijo con una sonrisa muy forzada. Se dio la vuelta hacia el bar y bebió de su cerveza Becks.

Irguió de nuevo un cuarto oscuro que me aisló completamente de él.

Mi corazón no paró de gritarme con su acelerado ritmo que no lo dejara irse con la idea de que Mason y yo estábamos juntos, porque, después de todo, no era así. Que hiciera caso a mis instintos que me decían que su escandaloso interrogatorio era para saber si él me atraía tanto como yo a él. ¡Ojalá así fuera!

Además, tenía que aprovechar que gracias a las cervezas el switch que me detenía de hablar de mis sentimientos estaba apagado.

—¿Te molesta que Mason y yo estemos juntos? —pregunté.

Matthew se encogió de hombros, diciéndome que no estaba interesado en dar una respuesta. Acentuó su pose cuando llevó la botella a sus labios indiferentemente.

¡Me estaba volviendo loca con su comportamiento! Mis esperanzas cayeron de nuevo gracias a su actitud indiferente a la conversación. Lo miré largamente, esperando que me dijera algo a fuerzas pero únicamente me veía de reojo de vez en tanto. Aún frío.

¿Si le molestaba que estuviera con Mason, por qué no me lo decía? A lo mejor solo estaba jugando conmigo para hacer enojar a Mason.

Gemí alto en lo que tomaba la botella de agua con un movimiento agresivo. Estaba muy

desilusionada.

Estaba a punto de retirarme cuando él me tomó del brazo. Sus ojos se posaron intermitentemente entre mis ojos y mis labios.

Tragué saliva. Estaba temblando.

—¿Puedo decirte un secreto? —alcancé a escuchar... Más bien lo leí en sus labios.

Asentí con la cabeza. Entonces, me jaló para tener mi oído cerca de sus labios nuevamente y su otra mano subió a mi cuello para perderse entre mi cabello, como si fuera a darme un beso posesivo. Se me erizó la piel cuando sentí el halo cálido y sexual de su cuerpo.

—Te recuerdo... Te recuerdo de la universidad —confesó.

No en un grito, como habíamos estado conversando, sino en un sugestivo susurro que escuché alto y claro.

Te recuerdo. Esa sencilla confesión siguió resonando una y otra vez en mi cabeza. Entusiasmándome..., enamorándome con la idea de que había conquistado a Matthew.

Estaba sorprendida. Mi sinfín de estrellas felices iluminaron todo.

Por fin pude reaccionar para robarle un beso pero él me tenía aún agarrada del cuello, así que lo único que pude hacer fue bajar un poco el rostro para que mis labios rozaran su barba de media tarde; de seguro sintió mi cálida respiración acelerada. Sujeté su mano para retenerlo, en caso de que se arrepintiera de lo que me dijo.

Entonces, sus cálidos labios besaron largamente mi oreja, causándome así un maravilloso escalofrío que recorrió mi espalda para que se me escapara un gemido hechizado.

—Búscame afuera —murmuró después de su extraño pero maravilloso beso.

Me liberó para que nuestras miradas se encontraran inmediatamente.

—Eres muy hermosa —dijo con sonrisa amorosa y en lo que llevaba mi flequillo detrás de mí oreja.

Seguí hiperventilando porque nuestros labios querían besarse, solo que ninguno de los dos se atrevía a hacerlo.

—No tardes —cuchicheó antes de irse.

Me tomó algunos segundos despegarme del suelo; estaba dudando que en verdad hubiere pasado eso. Pero cuando volteó al sentir mi mirada y sonrió, me confirmó que sí había sucedido.

Iba a hacer un baile triunfal y gritar emocionada, pero no podía seguir desperdiciando tiempo que podría pasar en los labios de Matthew. Regresé rápido a la mesa. Susan estaba platicando con Luke, mientras que Vera los veía con una mueca porque no la incluían en su conversación.

—¿Dónde está Mason? —le pregunté a Vera, tomé su brazo para alejarla un poco.

—Fue a buscarte pero se topó con Marlene y fueron a bailar... ¿Por qué?

Entre una canción acorde para lo que estaba viviendo, le relaté lo que pasó.

—¿En serio se acuerda de ti?

Asentí con una sonrisa tonta de oreja a oreja.

—¿Quieres ir hablar con él allá afuera?

Volví a asentir rápido.

—¡Ve! Yo me encargo de Mason... No puedo hacer nada con Marlene.

—Gracias —dije apresurada y me alejé.

Estaba tan nerviosa que si apenas me funcionaban las piernas. Desafortunadamente, eso me dio tiempo para que el recuerdo de la confesión se presentara de nuevo en mi mente. Me di cuenta que él estaba tomado, lo que quería decir que todo lo que me dijo fue bajo la influencia del

alcohol.

Mi paso bajó de ritmo.

Decidí olvidarme del beso, ya que era lo único que fue producto del momento, pero... ¡me recordaba! ¡Eso era lo importante! El alcohol no podía implantar recuerdos... Por lo menos eso quería creer.

Matthew me esperaba ya recargado sobre un auto cuando salí y volvió a dibujar esa tímida sonrisa en cuanto me vio, que a pesar de ser discreta, estaba llena de coquetería.

Toda mi felicidad futura dependía de lo que dijéramos en ese momento.

No me dejé llevar por ahora y solo me arrimé a él lo más cerca que mi corazón me lo permitió; se aceleraba a la par que acortaba la distancia.

Si Matthew se atrevía a besarme, era seguro que moriría en sus brazos.

—¿Cuánto has bebido? —le pregunté eso primero para cerciorarme cuán alcoholizado estaba.

—Lo suficiente para estar consciente de lo que digo, pero demasiado para manejar —me respondió mientras metía las manos a sus bolsillos.

Estaba muriéndome de ganas por abrazarlo, pero ahora tenía que ser racional.

—No podemos hablar ahora. No cuando no sé si estás consciente de lo que vas a decir. No quiero que el lunes me mandes a llamar a tu oficina para darme una disculpa por lo que has dicho y hecho esta noche... No podría soportarlo —murmuré al final.

—Está bien. Me parece justo... ¿Pero podemos hablar mañana?

—Sí.

—Ve a mi casa a medio día...

—No puedo ir a tu casa —le interrumpí de inmediato.

—¿No quieres o no te lo...? —preguntó con gestos molestos. Tal vez se imaginó que Mason no me lo permitiría.

—¡No puedo ir porque no tengo tu dirección! —volví a interrumpirlo.

Creo que también estaba un poco tomada porque estaba siendo muy tonta.

Suspiró aliviado en respuesta. No estaba tan equivocada.

—Dame tu celular —su mano extendida me ordenó que se lo diera rápido. Miró hacia la puerta de reojo, lo que me hizo voltear, quizás estaba cuidando que no saliera Marlene a buscarlo y arruinara todo.

Otro punto a aclarar en la lista que le tenía reservada para mañana.

Manejó mi celular por un rato.

—Listo —dijo con una sonrisa a medias. Cuando me entregó el celular, aprovechó para agarrarme de la mano y jalarme más a él—. ¿Vendrás, verdad?

Tragué saliva cuando acarició mi mejilla.

—Sí —prometí apresurada para que no me besara—. Regresemos ahora. Ya han de estar preguntándose dónde estamos.

No aquí. No ahora... ¡No así!

Matthew asintió y se empujó para caminar pero perdió un poco el equilibrio. Por suerte, alcancé a agarrarlo.

—Creo que fue mala idea salir. El aire me ha pegado un poco —dijo en lo que pasaba su brazo por mi cuello para usarme de muleta.

¡Escalofríos!

—¿Dónde está tu auto?

—Estaba recargado en él.

—Dame las llaves —le ordené en lo que lo apoyaba en el auto y, en cuanto me las dio, abrí la puerta y lo ayudé a sentarse en el asiento del pasajero.

—¿A dónde vas? —me gritó antes de que cerrara la puerta.

—A buscar a alguien que te lleve a casa.

—Gracias —dijo en lo que se hundió en el asiento.

Fui en un trote a la mesa donde estaban todos. Marlene ya estaba ahí.

Por mucho que lo odiara, iba a tener que pedirle que llevara a Matthew a su casa.

—¡Sí, sí, claro! —apenas dijo, tomó su bolso y se marchó sin despedirse.

—¿Estabas con Matthew? —me preguntó Mason ligeramente irritado.

—No, fui al sanitario y me topé con él. Me pidió que avisara a Marlene de que no se sentía bien —mentí tan desinteresadamente por Matthew que logré convencer a Mason.

Tuve que pasar el resto de la noche fingiendo y evitando el interrogatorio de Vera en relación a lo que hablé con Matthew.

Cerca de medianoche, Vera me avisó que ya era momento de irnos. Estaba muy agotada y ya no soportaba las zapatillas. Me despedí de todos con gusto, agradeciéndoles el detalle de los regalos y de haber asistido a mi pequeña celebración.

—¿Nos vemos mañana? —me preguntó Mason antes de que cerrara la puerta. Vera aun no subía al taxi porque estaba despidiéndose de Luke.

—Lo siento, no puedo. Tengo una...

¡Demonios! Se me olvidó la fiesta de mis papás. Tendré que ir con Matthew antes de mediodía.

—No hay problema. Entonces te hablo en la noche.

Quería decirle que ya no me buscara, que lo que teníamos ya no podía seguir, pero la incertidumbre que aún tenía por Matthew, me hizo decirle que esperaría su llamada.

Vera subió y el taxista arrancó. El trayecto a la casa fue tan corto que no me dio tiempo de platicar con ella. Solo hasta que llegamos le confesé lo que sentía respecto a todo.

No comentó nada. Tal vez porque, al igual que yo, no tenía una explicación que pudiera levantarme el ánimo.

No hasta hablar con Matthew.

No la mortifiqué porque no podía darme un consejo, y solo le dije que nos fuéramos a dormir, que mañana sería un nuevo día en donde podría pensar mejor las cosas.

LA DECISIÓN

Me desperté muy temprano, aun confundida por lo que tenía que hacer.

—Buenos días —me saludó Vera mientras se dirigía a la cocina.

—Buenos días —le respondí en lo que iba a la sala con taza en mano.

Alcancé a ver mis regalos en la mesa de centro de la sala, aun sin abrir. Fui directo al paquete que me habían dado Marlene y Matthew.

Me dio curiosidad por saber qué era, estaba tan perfectamente envuelto que me dio pena romper el hermoso papel. Vera llegó a sentarse en el sillón con los pies arriba, bebió cuidadosamente su humeante café mientras me veía con interés. También bostezaba constantemente.

Cuando abrí el regalo, me sorprendió ver que era un libro de fantasmas: La dama de negro. Lo abrí para ver si tenía alguna dedicatoria, como era costumbre que se hiciera.

La encontré.

Ally, mis brazos te protegerán siempre que leas este libro.

XXX

Matthew Raleigh

Mi corazón respingó, atorando un suspiro sorpresivo que preocupó a Vera, quien me arrebató el libro para leer esa irreal dedicatoria en voz alta.

—No entiendo —dijo.

Rápidamente le expliqué el significado de esa promesa.

—¡Olvida a Mason y ve con Matthew ahora!

—¿Pero...?

—Ally, tuviste la suerte de reencontrarlo, no lo dejes ir ahora. No dejes que ni Mason ni Marlene se interpongan en tu felicidad.

¡Tiene razón!... ¡Hazlo!, me gritó mi subconsciente.

Asentí sonriendo y fui rápido a mi cuarto por mis cosas para darme un baño rápido. Literalmente, estaba temblando de emoción, tanto que el shampoo se me resbaló cuando lo tomé.

Me vestí a velocidad luz.

Quince minutos después, ya estaba tomando mi bolso y saliendo del departamento. Vera me gritó un apresurado “¡Buena suerte!” antes de cerrar la puerta detrás de mí.

Bajé las escaleras corriendo, casi me voy de bruces cuando no pisé bien uno de los escalones.

—¡Tranquila! O te vas a matar antes de verlo —me reprendí en voz alta.

Di largas respiraciones para calmarme.

En cuanto hice la parada a un taxi y subí, busqué rápido a Matthew en mi celular para dar la dirección al taxista. Le pedí que por favor manejara lo más rápido que pudiera.

No nos tomó mucho llegar a donde vivía Matthew, cerca de la estación Victoria.

Antes de bajar, tomé un respiro largo para calmarme. Sin embargo, me quedé petrificada frente a la casa de dos pisos que, analizándola bien, y de acuerdo a la dirección que me dio, eran en si dos departamentos. Matthew vivía en el segundo piso.

Di un rápido respiro para darme valor a tocar el timbre. Me arreglé el cabello en lo que esperaba a que alguien me respondiera por el interfon.

Nadie respondió. Entonces, busqué su auto, pero no lo vi cerca. Volví a tocar y Matthew abrió la puerta unos segundos después; estaba secándose el cabello. Se sorprendió mucho al verme, y yo al verlo con el torso desnudo; traía puesto solo un pants azul. Matthew era como me lo había imaginado desnudo. No defraudó en absoluto mi fantasía, al menos no la mitad desnuda de su cuerpo.

Estaba hipnotizada por cada delicada línea que dibujaba su abdomen, el límite del pantalón me dio una pequeña muestra de lo que ocultaba traviesamente. Entonces recordé que tenía que concentrarme en su rostro.

—¿Te molesta que haya llegado más temprano de lo que me dijiste? Si quieres, puedo regresar después.

Matthew balbuceó algo que terminó siendo un “No, está bien... Pasa”, y abrió más la puerta para dejarme entrar.

Al pasar junto a él, noté una pequeña mancha en su brazo izquierdo, casi llegando al hombro. No tenía idea qué era, y me olvidé rápido de ella porque noté que mi mirada curiosa lo incomodó. Caminé el corto pasillo que terminaba en unas escaleras, algo inclinadas, seguido por otro corto pasillo que llevaba a una puerta blanca que estaba abierta.

—Creí que no estabas. No vi tu auto afuera —comenté durante el trayecto. De vez en tanto volteaba a verlo, aún seguía secándose el cabello.

—Se lo llevó Marlene anoche —dijo, y mi corazón cayó al suelo—. No estaba en condiciones para llevarla a su casa.

—Sí, lo sé —murmuré. Solo que mis palabras salieron totalmente molestas.

Generalmente no pongo atención a la decoración de las personas cuando entro a sus hogares, pero estaba tan nerviosa que en algo tenía que entretenerme para no devorarlo con la mirada.

Todo el lugar estaba pintado de blanco. La sala era de piel en color chocolate —se veía tan acogedora que quise correr y caer en ella en un brinco—, ahí había una manta guinda hecha bolas; una pantalla plana descansaba sobre un mueble dividido en dos secciones, en una había un PS4 y más abajo una pila de videojuegos. Una mesa de centro completaba el lugar, vi ahí varios libros que tenían post-its amarillos marcando algo importante.

Hasta el momento, sus hobbies eran ciertos.

Más allá había un comedor pequeño, del mismo estilo de la sala, ahí había una botella de aspirinas abiertas y un vaso con agua y hielos a medio tomar.

Estaba curándose la cruda.

—Siéntate. Voy a vestirme —dijo en lo que seguía secando el cabello.

Lo seguí con la mirada hasta que llegó a un pasillo entre el comedor y lo que supuse era la cocina, alcancé a ver que entró a un cuarto.

Tomé uno de los libros de la mesa de centro. Estaba en francés, pero me pareció chino cuando traté de leerlo, entonces lo dejé junto con mi bolso. Iba a sentarme pero en eso regresó Matthew ya peinado y con una playera blanca, aun descalzo.

—Si todo este tiempo sabías quién era yo, ¿por qué no me lo dijiste? —le solté mi

recriminación sin más, y tan pronto como se acercó a una distancia considerable en donde podía hablarle sin gritarle.

Aproveché el subidón de adrenalina que traía desde que salí de casa.

—Porque dudé que en realidad fueras tú.

—¡Matthew, no he cambiado nada en dos años!

—No me refiero a eso. Te reconocí tan pronto como Marlene nos presentó. Creí que ibas a decir que ya nos conocíamos de la universidad cuando estrechaste mi mano, pero no dijiste nada. Luego chocaste con el camarero, te dije que tuvieras cuidado, y me pareció que reaccionaste a un recuerdo conmigo, pero no volviste a decir nada. Dudé que fueras tú. Pasaron dos años desde que te vi, tu rostro pudo distorsionarse en mi memoria. Además, cometí el gran error de darme importancia frente a ti. Nunca supe cómo te llamabas.

“Luego fueron uniéndose pequeños detalles que en lugar de animarme a decirte que ya nos conocíamos, me alejaban de ti. Como cuando te vi con Mason y creí que te había conocido ese día que fue a la oficina y estaba flirteando contigo. Si conocieras a Mason de antes, créeme, no hubieras platicado con él.

“Entonces un día saliste a la conversación con Marlene y me comentó que Mason y tú fueron a la misma universidad que yo, y que eran novios desde entonces.

—¿Y cuándo fue eso? —le pregunté cruzándome de brazos.

—El lunes después de que terminamos el proyecto —respondió.

Fue a la mesa por su vaso, me ofreció algo de tomar pero le dije con la mano que estaba bien así. Entonces fue a sentarse a uno de los sillones, yo me quedé de pie. Aún estaba drogada por la adrenalina.

—¡Erás tú!... Pero no quise complicarte la vida con Mason. Como ya has de saber, no nos llevamos nada bien —confesó.

—Sí, ya lo sabía.

—Pero, entonces, saliste en una conversación que tuve con Susan y... ¡oh, bendita Susan!... —dijo entre un suspiro feliz—. Me dijo que no había nada entre tú y Mason... Bueno, nada serio en donde yo no pudiera interferir.

“Estuve pensando en una manera casual de decirte que me acordaba de ti... —torció sus labios picaronamente de un solo lado.

Me sonrojé al recordar esos momentos que compartimos juntos. No habían sido nada casuales; de hecho, solo le habían revelado que me gustaba... ¡y mucho!

—Pero no había ninguna manera que evitara que te avergonzaras como lo acabas de hacer.

Bajé el rostro hasta que el cabello lo escondió.

—Entonces, ayer por la mañana, antes de ir a junta, Marlene me invitó a un cumpleaños. No me dijo de quién. Pero cuando se fue, la vi platicando con Susan de que se verían en la noche en *The Gathering*. Llamé a Susan en cuanto Marlene se fue y la interrogué acerca de si sabía a quién íbamos a festejar para comprar un regalo. No quería llegar como cualquier gorrón.

Levanté la mirada mientras reía tímida.

—Me dijo que era tu cumpleaños. Apenas terminó la junta, fui a comprarte un regalo...

—El cual fue bastante ingenioso —comenté sin querer.

—Creí que cuando leyeras la dedicatoria, ibas a querer hablar conmigo a solas. Pero nada más hiciste a un lado el regalo y te concentraste en Mason.

—Lo hice a un lado porque “ella” —se me escapó un gruñido— se incluyó en el regalo.

—¿Se incluyó? —asentí—. No la escuché, la hubiera regañado por eso.

Suspiró fastidiado. Espero que no de mí.

—El plan A no funcionó. Tuve que ir al plan B, que era algo complicado de llevar a cabo porque Mason no te soltaba ni para respirar... ¡Me retorcí de celos, no solo esa noche, también cada maldita vez que se acercaba a ti! —comentó entre dientes.

Su intención era que no lo escuchara pero estaba tan atenta que no solo entendí todo lo que susurraba, sino que estaba grabando toda la conversación en mi memoria.

—Empecé a tomar y a tomar y, entonces, fuiste al bar. ¡Esa era la oportunidad que esperaba y estaba muy decidido a tomarla!

Guardó silencio en lo que se ponía de pie y venía hacia mí. Estábamos tan seducidos por el otro que no me percaté que llegó muy rápido.

—¿Aún te sigo gustando? —me preguntó intimidado. No me estaba tocando, pero ya me hacía temblar por lo que tenía planeado hacer de un segundo a otro.

Sus tentadores labios me dijeron que ya no podían esperar más. Apenas balbuceé un *sí* y Matthew sonrió mientras se sujetaba de mi cuello para jalarme rápido a sus labios. Tanto había idealizado este momento que ahora que lo estaba viviendo parecía que estaba viendo una película en donde se contaba la historia de alguien más y no la mía.

No me defraudó en lo absoluto. Gemí en su boca por lo perfecto que era ese beso. Le gustó tanto mi reacción que me tomó por la cintura para pegarme más a él mientras que me colgaba de su cuello para no desfallecer cuando su beso se hizo más ardiente y sus dedos se escabulleron por debajo de mi ropa, de seguro con la clara intención de llevarme a la cama. Sin embargo, interrumpió el beso un segundo.

—Siempre supe en el fondo que pensabas aun en mí... ¿Lo hiciste, Ally? —preguntó en un susurro anheloso por seguir besándome.

—Sí, no he dejado de hacerlo desde que te vi —respondí agitada. Toqué sus labios y estaban palpitando en deseo por mí.

—Me vuelves loco de deseo —me murmuró antes de volverme a besar.

Pude disfrutar aún más de sus labios, los cuales se amoldaron a la perfección con los míos en un beso que pasó por todas las etapas de seducción; todo el tiempo su lengua declaró suyo cada rincón de mi boca. Su sabor era celestial, y era tan cálido y lleno de nuevas experiencias.

Sentí un seductor cosquilleo en la espalda cuando sus manos bajaron a mi trasero. No quería que terminara, quería que me compensara cada pensamiento que usurpó con la única finalidad de no dejarme enamorar por nadie, a menos que fuera de él.

Sentí una ligera opresión en el estómago, ¡estaba excitándose! ¿Me atrevería a acostarme ya con él?

¡Sabes que sí!, me dijo mi corazón sumamente feliz.

Enrosqué una pierna en él para estimularlo aún más, fue algo que hice a propósito porque sí quería llegar al final con él; terminó alzándome para llevarme al sillón más cercano pero no me acostó porque mi estúpido celular le interrumpió.

Ignoré el odioso tono y seguí besándolo. Tenía miedo de que si me separaba de él, no volvería a besar sus labios jamás.

Matthew siguió complaciéndome y el celular insistiendo en que lo contestara. Él, en respuesta, me besó con más desesperación, como si cada nota del tono fuera el tic-tac de un cronómetro que le decía que tenía poco tiempo ya.

Pero al final se rindió ante el celular y me murmuró que contestara. Recuperé el aire que me había arrancado cuando su pasión estalló.

—¿Bueno? —contesté desfallecida.

—Hola, hija. Espero no estar interrumpiéndote en algo —dijo mi mamá con tono apresurado.

—No te preocupes... —Matthew me miró muy serio, tal vez se imaginaba que era Mason. Por supuesto, me apresuré a aclararle con quién hablaba—, mamá.

Sonrió complacido por que no era él. Se sentó en el sillón y movió algunos libros hasta que encontró una revista de Marketing. La hojeó desinteresadamente.

—Te hablo para confirmar si vas a venir en un rato.

Miré a Matthew. No quería separarme de él pero tampoco podía dejar a todos mis familiares plantados. Pensé en invitarlo, pero no era el momento para que conociera a mis padres. De hecho, primero quería hacerme a la idea de que habíamos brincado esa pared de conocidos que nos dividió por dos meses.

—Sí, mamá, no te preocupes. Llegaré a la hora que me dijiste.

—Muy bien, hija... Entonces, ya no te sigo entreteniendo. Te vemos en un rato.

—Te quiero, mamá.

—Yo también.

Colgué y regresé el celular al bolsillo.

—¿Todo bien? —me preguntó cerrando la revista, luego la aventó encima de los libros.

—Sí, pero tengo que irme.

—Pero acabas de llegar. Aún hay muchas cosas de las que quiero hablar contigo.

—Igual yo. Tengo una duda que me ha carcomido por dos años.

—Entonces quédate —dijo ofreciéndome su mano, la cual tomé para que me guiara el camino a él. No sé qué quería hacer pero terminé sentándome a su lado.

—Por cierto..., te debo un abrazo. Feliz cumpleaños... otra vez —dijo con una sonrisa que me derritió y un abrazo que me debilitó.

¡Sí! ¡Este era el mejor cumpleaños de mi vida!

Esta vez fui yo quien lo besó. Y lo subí tanto de tono que me empujó hasta que quedé tan reclinada que sentí el pellizco en mi espalda baja. Tal incomodidad era terrible pero me encantaba estar aprisionada con sus posesivos brazos. Que me siguiera arrancando el respiro hasta el punto de desmayarme.

¡Cuántas noches soñé que era domada por sus besos y caricias! ¡Cuántas veces fantaseé con tenerlo dentro de mí, despertando sentimientos que había guardado solo para él! ¡Cuántas veces desperté con la triste realidad acuestas! Había perdido la cuenta ya.

Seguí dejándome llevar por su ímpetu que variaba de acuerdo a mi respuesta. Sus manos acariciaban mis senos por encima de la ropa cuando me arqueaba, siempre mirándome a los ojos, siempre disfrutando mi agitación.

Desvió sus labios a mi cuello.

—No sabes cuánto quiero quedarme pero tengo que ir a ver a mis padres —aproveché para decirle entre jadeos demandantes de aire. Se detuvo para mirarme fijamente a los ojos—. Me han preparado una fiesta en su casa y no puedo dejar a todos plantados.

—¡Oh! —exclamó y me ayudó a erguirme.

—Me encantaría que fueras pero no creo...

—Que sea el momento de conocerlos —completó mis palabras. Asentí—. Sí, tampoco creo

que lo sea.

—¿Podemos vernos mañana? —sugerí.

Me acerqué a él hasta que pude acomodar su cabello ligeramente húmedo. Me encantó poder hacerle esa simple caricia que me ha frustrado desde que trabajamos juntos.

Matthew hizo una mueca negativa.

—Tengo trabajo que hacer.

—Matt, no vas a trabajar todo el día, ¿o sí? —le consulté en lo que me atrevía a besar su cuello. Sentí como se estremeció en cuanto mis labios lo acariciaron.

Otro día me encargaría de ese par de descarados que me tentaron siempre.

—Odio que me llamen Matt, pero se oye tan sexy con tu voz —comentó en lo que me tomaba del cuello otra vez para besarme.

Fue tan intenso que lo empujé para acostarme sobre él; era mi turno de tener el control del momento. Mis manos acariciaron su pecho lentamente hasta que llegué peligrosamente a su abdomen, entonces gimió dentro de mi boca.

—¿Nos vemos mañana? —dejé de besarlo para preguntarle.

Asintió sin dejar de ver mis labios.

—Trabajaré hoy como loco para estar libre mañana —respondió intentando besarme de nuevo.

—¡Es un plan! —dije poniéndome de pie, dejándolo con su beso en el aire.

—¿En serio me dejas así? —demandó totalmente asombrado por mi cortón. Me miró pidiendo una explicación que no le di, solo me arreglé un poco el cabello y tomé mi bolso.

—Te hablo mañana antes de venir.

—Mejor quédate hoy y me vengo en ti todas las veces que quieras —murmuró, su sonrisa fue traviesa al final.

Me quedé boquiabierta.

—Está bien —dijo, asintiendo aun dentro de su incredulidad. No podía creer que lo dejaba así: hambriento de mis besos... y otra cosa.

Iba acercarme a él para despedirme con un beso rápido en los labios, pero por sus gestos supe que no me iba a dejar ir. Volvería a jalarme para acorralarme hasta que él decidiera cuándo era suficiente.

Fui a la puerta diciéndole *Bye* con la mano.

Caminé a la estación Victoria. Iba a tomar el camino más largo a casa de mis padres. Quería recordar cada segundo de mi primer encuentro con “Matt”.

Llegué a la estación Cockfoster. Envié un texto a mi padre para avisarle que ya estaba afuera de la estación para que viniera a recogerme. No esperé una respuesta, porque nunca la daba.

Cerca de 10 minutos después, se estacionó enfrente de mí un auto. La puerta se abrió.

—Sube, Ally —me llamaron desde adentro.

No era el auto de mi padre, sino el de Mason, y esa voz era suya también. Me incliné un poco para verlo.

—¿Qué haces aquí? —le inquirí, ocultando con esfuerzo mi enojo por verlo. Más que sorprendida estaba cansada de su acoso.

—Jenny me invitó —respondió como si nada—. ¡Vamos, sube!

No me quedó de otra más que obedecerlo. Eché maldiciones a mi querida prima mientras iba al otro lado del auto. No iba a escaparse de mi regaño.

—Creí que te iba a dar gusto verme —comentó en lo que arrancaba.

—Me da gusto —mentí vilmente—. Es solo que no me gustan las sorpresas..., y lo sabes.

—Sí, lo sé, pero es tu cumpleaños así que vas a tener que soportarlas.

Refunfuñé, no quería que él me diera sorpresas.

Mi celular timbró, avisándome que tenía un email. Lo abrí al instante.

Para: Ally Knight <ally.knight@gmail.com>

De: Matthew Raleigh <mattew-raleigh@gmail.com>

Asunto: Solo trabajo y nada de Ally, hacen de Matthew un hombre aburrido.

Querida Ally:

Gracias por haber venido esta mañana. Para serte honesto, no creí que fueras a venir. No después de que me viste algo tomado anoche. Te confieso que perdí las esperanzas tras que llegué a casa, y maldije ciento de veces que hayas pensado que estaba jugando contigo. Sin embargo, no sabes cuánto agradezco haberte dado ese libro, porque creo que fue lo que terminó de convencerte de que lo te dije, e hice, no era el resultado de esas cervezas.

Sabes, me gustó abrazarte, y aún más me ENCANTÓ besarte. Espero que no sea la primera y última vez. :-)

¡Nunca imaginé que me estremecerías con solo tocarme!... Sé que lo notaste.

Okay, ya me estoy desviando de la razón de este email. Aunque, pensándolo bien, está muy relacionado con lo anterior.

Te escribo para pedirte, muy cortésmente (soy todo un caballero... Muy entusiasmado por ti, pero al fin y acabo caballero), ¡que salgas de mi cabeza! :-D

Quiero terminar este maldito trabajo para ser tuyo mañana completamente y no puedo avanzar de la primera hoja porque tu precioso rostro no se va de mi cabeza.

¡Bonita, oficialmente me has hechizado! Creo que tendré que buscar alguna App que me permita bloquearte en mi cabeza. ¡Solo por hoy! Prometo que mañana vuelves a tener libre acceso para hacerme lo que se te antoje. Usa tu imaginación como buena mercadóloga que eres. ;-)

En fin, buscaré la forma de terminar esto hoy. Solo quería decirte que estoy pensando MUCHO en ti. Y que quiero... Que ansío sentir una vez más como te pierdes en mis labios. Que me excites con tu precioso cuerpo pegado al mío... ¡Perdón!, ya me estoy entusiasmado de nuevo.

Por favor, bonita, ven mañana... a primera hora si es posible. No te preocupes si me despiertas.

Disfruta tu fiesta y a tu familia..., y piensa un poco en mí.

Muchos besos,
Matthew Raleigh

P.D. Ally, no tienes idea de cuánto te voy a besar mañana.

Me paralicé de felicidad al leer su email. ¿Podría considerarlo como una carta de amor?

No estaba escrita a mano, pero en esta época ya nadie escribía así, y mucho menos cartas. Tenía todo lo que podía considerar como una declaración de amor. Algo apresurado porque hacía solo una hora, más o menos, que nos habíamos besado por primera vez. Pero... ¡qué más daba! ¡Amé su carta!

¡Wow! *Mi primera carta de amor. ¡Y es de Matthew!*, pensé conteniendo una sonrisa feliz.

—¿Sucede algo malo? —preguntó Mason muy curioso por mi largo silencio.

—No. Es un email de trabajo de Matthew que responderé después.

Quise hacerlo inmediatamente, pero tenía miedo de que Mason pudiera alcanzar a leer lo que estaba escribiendo.

En minutos llegamos a la casa de mis padres. Todos mis familiares estaban ahí, por lo menos los que sentían aprecio por mí. Hubo felicitaciones, regalos y muchas risas.

Mason fue a hablar con uno de mis primos y conversaron amigablemente sin tardar. Entonces, mi querida prima, Jenny, se acercó a preguntarme si me había gustado su regalo. Obviamente le respondí que no sabía de qué hablaba.

—¡Mason! —aclaró dándome un codazo en las costillas, mientras lo veíamos.

—Sí —dije alargando mucho la palabra. Ella detectó la mentira ahí.

—¿Hice mal?

Asentí con la cabeza pausadamente.

—Yo... —balbuceó su confusión.

Le señalé con un cabeceo que me siguiera hasta lo que aún era mi cuarto. Cerré la puerta detrás de nosotras pensando no descargarle con ella.

—¿Y bien? ¿Qué hice mal? —preguntó.

—Mason no es mi novio. No regresé con él.

—Sí, ya lo sé, pero él dijo que están a punto de regresar.

—Eso creé él, pero no tengo ninguna intención de volver a tener algo con él.

—Entonces, ¿solo lo estás usando para no estar sola?

—¡No! —exclamé indignada—. ¡Por supuesto que no! ¿Cómo se te ocurre eso?

—Entonces, ¿no entiendo? —dijo rascándose la cabeza.

Jenny era un año mayor que yo, y aun hacía esos gestos infantiles que hacían a cualquiera rendirse a su ingenuidad, que era tan real como lo es el sol.

—Te confieso que había una posibilidad de regresar con él, no te voy a mentir en eso, pero esa posibilidad se desvaneció anoche.

—¿Por qué? ¿Hizo algo malo?

—No. En todo caso, yo hice algo “malo”... Aunque para mi es lo más genial, maravilloso, fantástico que me ha pasado en toda mi vida.

—No entiendo —murmuró. Sus rasgos se retorcieron en confusión.

—Hay alguien más en mi vida, y estamos iniciando algo... O eso creo.

—¿Quién es él? ¿Por qué no me has hablado de él? —reclamó Jenny enojada por hacerla a un lado en mi vida.

—Porque, como te dije, apenas anoche descubrí que le gustaba... Bueno, creo que le he

gustado desde hace dos años.

—¡Ally, por favor, deja de hablar en código, porque solo tú te entiendes!

—¡Matthew me recuerda!

—Okay —dijo pausadamente—. ¿Y quién carajos es Matthew? Nunca me has hablado de él.

—¡Sí lo hice! ¿Recuerdas al tipo de la universidad, del que te platiqué?

Jenny asintió y le mostró la carta.

Miré atentamente a cada uno de sus gestos, que crecieron de la indiferencia a una sonrisa feliz por mí.

—¿Ya te acostaste con él?

—No —le mostré mi decepción.

—Este tipo está fascinado contigo —comentó entregándome mi celular.

Escuchar eso me hizo sentir aún más feliz de lo que ya era.

Le relaté una rápida versión de todo lo que he pasado últimamente, y como todo culminó en esta maravillosa mañana.

—¡Wow! —exclamó realmente sorprendida—. Por eso me oliste a loción de hombre cuando te abracé... Creí que tú y Mason se habían detenido en el camino para una sesión de besitos —comentó en tono bromista, aunque luego se puso seria para agregar—. ¿Y qué vas a hacer con Mason?

—Decirle que se acabó lo que teníamos.

—¿Le vas a decir de Matthew?

—¡No! ¡Ni loca! —exclamé apresuradamente.

Ahora le relaté la enemistad que tenían ambos.

—Mi querida prima, acabas de meterte en un trio que no auguro que termine bien.

—No hay trio porque Mason me terminó hace dos años, y cuando nos reencontramos le puse muy en claro que no quería nada serio... Que primero...

—Estaba tu trabajo —terminó ella—. Sí, ya me platicó ese rollo que le echaste. Si lo vas a terminar, tienes que hacerlo ya, antes de que siga conviviendo con la familia. Antes de que siga creyendo que le vas a responder con un sí esta noche.

—¡¿Qué?!... ¡¿Qué lo voy a...?! ¡¿Qué?!—exclamé pasmada.

—Te va a pedir que vuelvas a ser su novia hoy... Bueno, de hecho, va a pedirte que te mudes con él.

Empecé a hiperventilar.

—Creo que mi sorpresa no fue nada agradable.

—¡No, para nada! Teniendo en cuenta que la que iba a hablar con él era yo para terminar este estúpido coqueteo... Has complicado esto —espeté con reprensión burlona.

—Discúlpame.

—No hay problema. Arreglaré esto de una vez —dije decidida.

Exhalé lentamente para retomar el valor de terminar esa pseudo relación. Pero, por Matthew, correría a la luna si se interponía entre nosotros.

—¿Te imaginas lo que hubiera pasado al recogerte Mason, si hubieras venido con Matthew? —supuso haciendo gesto de alivio, que fueron acompañados por los míos.

—Hazme un favor —ella asintió rápidamente—, baja y dile que necesito hablar a solas con él.

—¿Vas a terminarlo ahora?

—Sí.

—Bien, pensaré qué decir cuando pregunten por qué se marchó inmediatamente.

Jenny salió, dejándome muy nerviosa. Me troné los dedos como loca desquiciada y me preparé para una discusión que iba a ser muy difícil de terminar.

IT'S OVER, MY FRIEND

Matthew.

Suspiré añorándolo horriblemente. Unas horas separados y ya lo extrañaba mucho.

Miré el celular e iba a releer su carta cuando alguien tocó la puerta.

—Adelante —dije.

—Jenny me dijo que querías hablar conmigo —dijo Mason, entrando muy decidido hasta quedar a escasos centímetros de mí. Una de sus manos retiró un mechón de mi rostro sin dudar.

Mason estaba haciendo esto muy difícil.

—Sí —retrocedí un paso.

—Bien porque yo también quería hablar contigo...

—Quiero terminar esto —le interrumpí antes de que me pidiera mudarme con él.

Sus gestos confundidos se fruncieron más y balbuceó un por qué.

—Porque esta “relación” me está distrayendo del trabajo.

—Esa no es una excusa válida para terminar a alguien...

—Tú lo hiciste, ¿por qué yo no? —interrumpí para refutar su argumento.

—Porque realmente tú no estás rompiendo conmigo por el trabajo... ¡Es por Matthew! —respondió.

Tragué saliva y mi corazón palpité con miedo, me habían descubierto. Aun así fingí inocencia.

—No es por eso... Y aunque él estuviera inmiscuido, no tienes derecho a reclamarme nada. Yo puedo estar con quien se me dé la gana.

—No, porque aun eres mi novia. En realidad nunca terminamos —refutó muy serio—. ¡Yo nunca terminé contigo!

Bufé irónica.

¿Ahora sí soy tu novia?

—Sí... Tal vez tu tecnicismo tiene razón, pero aun así estoy terminando contigo en este momento.

—La relación solo se termina cuando yo diga.

El súbito enojo me descompuso el rostro.

—¿Ahora eres un macho alfa? —pregunté evidentemente indignada.

—No, perdón... Yo...

—¡Cómo sea! —le callé.

Ya no dijo nada, solo me miró directamente a los ojos, escudriñando, buscando algo... No sé qué.

—¿Sí es el bastardito de Matthew, verdad? —preguntó.

Puse los ojos en blanco.

—¿De dónde sacaste que Matthew y yo tenemos algo? —pregunté realmente curiosa, aunque lo oculté muy bien, así que mi pregunta salió con aires de evasión.

—Marlene...

—¡Ah, sí! Tu *querida amiga* Marlene —hice una pausa para mostrarme pensativa. Estaba buscando algo para voltear la conversación hacia ellos dos—. Creo que la que tiene que empezar a sospechar de ustedes dos, soy yo.

—¡No entiendo! —dijo cruzando los brazos. Creó una capsula que pudiera protegerlo de mis reclamos.

—No hay nada entre Matthew y yo. Él solo me ayudó en el proyecto porque tu *amiguita* hizo un trabajo tan malo que me hubieran corrido a la primera semana. No me conocía, ¿por qué hacerlo?

“Supongo que le hablaste de mi cuando la conociste, luego te vio platicando conmigo en mi segundo día, y vio la oportunidad de sacarme de la agencia para quedarse contigo. Por eso no dejaba de recordarme lo bien que te conocía.

—¡Ya estás desvariando! —contradijo con una risita irónica.

—No, no lo estoy —dije tranquilamente—. Si no, ¿por qué pidió su cambio a tu oficina?... ¡Para estar cerca de ti!

—Se cambió para poder estar con el imbécil de Matthew.

—A-ha, ¡cómo sea! Me importa un bledo la vida de Marlene...

—¿También la mía?

—No. Si no me importara, no estaría hablando contigo antes de que esto siguiera.

—¡Ves! Admites que tenemos algo.

—¡Mason, por favor, no y punto! —dije severa.

—¡Te quiero, Ally! —exclamó, me sujetó de la cintura para que no huyera de su revelación. Sentí un hoyo en el estómago, esto iba a ser más difícil y doloroso para él.

—Lo siento, Mason —dije, zafándome de sus manos—. No puedo ni quiero seguir con esto. Tú y yo estamos en caminos diferentes. Nuestras prioridades ya no concuerdan... Creo que nunca lo hicieron.

—Estás cometiendo un error, Ally. El amor está tocando a tu puerta y tú lo estás ignorando.

Desvié la mirada de la suya para que no viera que era todo lo contrario, estaba atendiendo su llamado, solo que no era el suyo.

Solamente pude excusarme por romperle el corazón.

Mason finalmente salió del cuarto sin decir más. Escuché a lo lejos la puerta de la calle cerrándose algo agresivo. Fui a la ventana rápido para alcanzar a verlo ir a su auto con paso apresurado; se marchó rechinando las llantas, llenas de frustración.

Me sentí mal. Yo no tenía el corazón malvado para cortar a alguien.

—Matthew —susurré con el corazón emocionado.

Pero por Matthew sería capaz de convertirme en la bruja del oeste.

Oí a alguien subiendo las escaleras con prisa. Jenny entró preocupada por mí.

—¿Estás bien? —preguntó acercándose para ver mi rostro plenamente.

Asentí con una sonrisa forzada.

—No podía terminar de otra manera. Es más, todos los rompimientos terminan mal.

—Sí, lo sé... Vamos, te sentirás mejor allá abajo.

Me esforcé por sentirme mejor, rodeada de mis seres queridos. Pero, la verdad, es que no era así. A medida que corría el día, me sentí peor por Mason; lo había lastimado. Si lo que Jenny me dijo era cierto, acerca de que él me iba a pedir que nos mudáramos juntos, él no me quería. ¡Me

amaba!

De pronto, empecé a cuestionarme si había hecho bien en romper con él. Me ofrecía una vida, un futuro, uno que no muchos se animan a tomar.

No dudes. Matthew no deja de pensar en ti.

Tomé el celular para releer su email. Me sentí mucho mejor con la decisión que había tomado. Quizás mi relación con Matthew aún estaba en su primera etapa, aún no me ofrecía un futuro, pero eso mismo me hacía sentir feliz, porque estaba ansiosa por descubrir que me tenía la vida preparada a su lado.

Estaba a punto de responder su email cuando mi madre me pidió que le ayudara con la botana que ya se había acabado.

Cerca de las ocho de la noche, les dije a mis padres que era hora de retirarme. Estaba cansada y quería disfrutar mi domingo haciendo absolutamente nada. Por supuesto, era una mentirijilla. Quería salir de ahí, responder el email de Matthew, y quizás adelantar nuestro encuentro.

Antes de irme, Jenny se disculpó de nuevo por el mal momento que me hizo pasar con Mason, y me ofreció su apoyo en caso de que necesitara hablar con alguien. Le respondí que no tenía nada que lamentar.

Sí, había metido un poco la pata dándole esperanzas, pero me había envalentonado en hacer algo que estaba postergando desde no sé cuándo.

Ya en el vagón del metro, iba a responder el email de Matthew, pero me di cuenta de que tenía otro de él.

Para: Ally Knight <ally.knight@gmail.com>

De: Matthew Raleigh <mattew-raleigh@gmail.com>

Asunto: Cambio de planes.

Ally:

No podré verte mañana.

Matthew Raleigh

—¿Qué pasó? —susurré.

¿Por qué ese cambio de planes? ¿Por qué ese cambio de actitud? En su primer email me decía prácticamente que era fabulosa y en el nuevo fue tan frío y profesional. ¿Acaso hice algo mal?

Busqué su número en mi agenda y le marqué de inmediato. Al tercer timbrado, una grabación me dijo que el número estaba fuera de área o estaba apagado. ¿Cómo podía estarlo si había entrado la llamada? Eso tenía más pinta de que había cancelado mi llamada.

Volví a marcar y tuve la misma respuesta, solo que al segundo tono.

Respondí su último correo.

Querido Matt:

Gracias por tu primer email. He vivido en una maravillosa irrealidad desde que leí tú dedicatoria. Tampoco he dejado de sonreír desde entonces. Por cierto, tienes toda la razón. Tus palabras me llevaron a ti, a tus brazos... y a tus besos. Ojalá pudiera estar ahí para besarte de nuevo. (Suspiro por ti..., y

mucho).

A pesar de que me has hecho inmensamente feliz al cumplir mi más grande sueño desde que te vi por primera vez, acabas de arrebatarme la felicidad con tu último email. ¿He hecho algo malo?

Por favor, hablemos... ¡Te lo suplico! Ya sea en persona o por teléfono, ¡cómo sea! Solo quiero saber qué fue lo que pasó en estas 9 horas.

No me alejes de ti, Matt.

Tu muy confundida,
Ally Knight

Presioné el botón de enviar con el corazón en la mano.

Mi email no había sido tan vasto y romántico como el de él, pero quizás era más poderoso porque no me importó desnudar mis sentimientos con tan pocas palabras.

Esperé algunos minutos su respuesta, con celular en mano y reactivándolo cada vez que el modo *stand by* entraba en acción. Llegué a la estación cercana a mi departamento y no recibí ninguna respuesta.

Me dolió reconocer que quizás se había arrepentido de lo que sucedió entre nosotros, y que seguramente al estar solo y pensativo se dio cuenta de que todo lo que me escribió fue producto de la cruda y su calentura. Que en realidad quería a Marlene.

Caminé cabizbaja a mi departamento.

Al entrar, Vera y Luke estaban en la sala viendo una película, muy acurrucados y comiendo palomitas de maíz. Me enfermé de envidia cuando vi que Luke le daba a mi amiga una palomita en la boca, luego la besaba y reían divertidos. Dos años juntos y seguían tan enamorados.

—Buenas noches —dije sin mirarlos mucho.

—Buenas noches —respondió Luke.

Por su tono tan descortés, deduje que Mason ya le había comentado que había roto con él. Ese show de la palomita fue solo para decirme que pude haber tenido lo mismo con Mason.

Fui a la cocina por un refresco y luego me encerré en mi cuarto. Aventé mis cosas a la cama, incluyendo mi celular. Quise revisar si me había respondido el email, pero me contuve de hacerlo, porque finalmente no quería conocer su explicación.

Me puse la pijama y tomé el celular para escuchar música animada hasta que Morfeo tocara a mi puerta.

Por supuesto, respondí a su llamado.

A la mañana desperté muy feliz, pero entonces recordé que no tenía por qué estarlo. Me habían conquistado y abandonado en menos de 48 horas. Seguramente era el karma que me había pasado la cuenta rápidamente, por ser tan dura y fría con los sentimientos de Mason.

Me quedé en cama un buen rato contemplando las nubes que podía ver desde mi ventana. Cerca de las nueve de la mañana, decidí tomar el celular y satisfacer esa duda que ya no podía soportar. Aunque su respuesta me aniquilara.

No había nada aun.

Aventé el celular a la mesa de noche y le di la espalda; me acurruqué con la cobija.

Al poco rato, escuché movimiento en la casa. Me levanté y salí para platicar con Vera, pero,

para mi sorpresa, era Luke en pijama —ya tenía una aquí que usaba siempre que se quedaba en la noche con Vera.

—Buenos días —dije y no obtuve respuesta—. Por lo menos puedes ser educado, ¿no? —le espeté molesta.

La falta de noticias ya empezaba a afectar mi humor.

—Buenos días —dijo Luke, pero su voz estaba tan cargada de desprecio que ya solo lo ignoré. Se sentó en el desayunador a tomar su té con leche.

Tomé un jugo del refrigerador y me dispuse a regresar a mi cama.

—¿Por qué fuiste tan dura con él? —me cuestionó Luke cuando estuve a punto de salir de la cocina. De seguro, Mason me hizo quedar frente a él como la bruja sin corazón.

—Para empezar —respondí dándole la cara—, no tenía que darle explicaciones de que ya no quería estar con él, porque, primero, no había n-a-d-a entre los dos... Tu amigo solo fue una conveniente compañía. Él lo sabía desde un principio y estuvo de acuerdo. Y segundo, si vamos a discutir quién fue más duro, entonces, te recuerdo que él no lo fue cuando me abandonó hace dos años.

“Tú bien sabes que no dejé de preguntarme cada maldito día qué había hecho mal para que me botara como... ¡como este maldito jugo! —le mostré el envase—. ¡Como si fuera un maldito artículo desechable!

“Yo al menos tuve la decencia de terminar... *esto*.

—¿Qué sucede? —preguntó Vera detrás de mí.

Me sobresalté al escuchar su voz, se había movido por la casa como gatita cazando.

—Nada. Los dejo... Voy a estar en mi cuarto. No estoy para nadie —avisé rodeando a mi amiga, aun con tono enojado.

Ya hablaría con ella de la razón de mi humor tan de perros.

Mi celular sonó en cuanto entré a mi cuarto. Era el tono de mensajes, pero aun así volcó mi corazón en esperanza.

Y murió cuando vi que era un mensaje de Mason.

¡No voy a dejarte ir tan fácilmente!

Admito que cometí un error hace dos años al hacerlo, pero es algo que puedo enmendar. Te amo y me ganaré tu corazón nuevamente.

Gruñí llena de frustración.

—¡Maldito, Matthew! ¡Escríbeme, carajo!... ¡O llámame! ¡Lo que sea! —espeté en un murmullo desesperado mientras aprisionaba el celular como si fuera una persona a la que quería hacer entrar en razón.

Me tumbé en la cama hiperventilando.

Quería llorar para sacar toda esa maldita frustración, pero entonces razoné que era muy temprano para hacerlo por Matthew.

Ya tranquila, me puse de pie y fui a mi clóset a seleccionar mi guardarropa, que terminó siendo mi pants.

Tomé una ducha. Se me despejó tanto la mente que recordé lo que me dijo Mason de Matthew. Mis entrañas ardieron y pronto decidí enviarle un mensaje exigiendo una explicación a su manipulación.

Tenía todo un monólogo escrito en mi cabeza, que daría la satisfacción que mi corazón roto

exigía. Era tan perfecto y justo.

Pero al final solo tecleé:

It's over, my dear friend.^[1]

Gracias por nada.

Dejé el celular sobre la mesa de noche con delicadeza, ya no podía soportar tanto maltrato injustificado. Mi aparatito solo era un mensajero que estuve a punto de acribillar.

A mediodía, me cambié de ropas y decidí salir a comer una hamburguesa, después compraría los víveres que faltaban en el refrigerador. Quería estar lejos de casa, porque ya no podía soportar a Luke y sus miradas recriminatorias, o sus arrumacos con Vera.

El aire frío del día me sentó de maravilla. Incluso disfruté la fuerte lluvia que era salpicada por mi paraguas. Mis botas fueron perfectas para pisar los charcos cual niña juguetona.

Me sentí mejor.

Llegué a la puerta de mi edificio, puse las bolsas en el suelo, en un lugar donde la lluvia no las tocara, y saqué las llaves.

—¡Ally! —escuché que alguien me llamó por encima de los truenos que caían de vez en cuando.

Volteé como si nada.

Tal fue mi sorpresa al ver a Matthew bajo la lluvia, totalmente empapado.

—¿Qué haces aquí? —inquirí en lo que corrí hacia él para cubrirlo con el paraguas. Lo hice por instinto.

—Vine a buscarte...

—¿Por qué no me esperaste allá adentro? Vera está en casa.

—Sí, al igual que Mason.

Volteé hacia las ventanas del departamento.

—¿Por qué me enviaste ese mensaje? —me inquirió, sujetó mi brazo para hacerme voltear.

—Porque... porque... —volví a voltear a las ventanas—. Vamos a tu departamento a hablar. No podemos hacerlo aquí.

—¿Temes que Mason te vea? —cuestionó con voz molesta.

Solté un bufido irónico en lo que me quitaba el abrigo para dárselo. Lo aceptó sin dudar y se lo echó sobre los hombros como si fuera una capa.

¡Pobre! Estaba titiritando de frío.

—¿Trajiste auto? —pregunté casualmente.

—No, por eso estoy empapado.

—¿Viniste en taxi?

—¡Soy un idiota! No se me ocurrió venir en uno. Vine en autobús. Empezó a llover a medio camino.

Puse los ojos en blanco en lo que regresaba por las dos bolsas de compras, luego volví a él y lo jalé para salir a la avenida en donde seguramente pasaría un taxi.

No hablamos en todo el trayecto a su casa.

Debería estar enojada, indignada con él, pero, a decir verdad, estaba tan tranquila. Ya había aceptado que los sueños lindos siempre terminan muy rápido.

Me invitó a pasar a su departamento en cuanto abrió la puerta.

Puso mis compras en el suelo, luego dejó sus llaves y celular en la mesa, teniendo cuidado de no maltratar los papeles regados alrededor de su laptop. Al menos no mintió con lo del trabajo pendiente.

—Siéntate. Regreso en un minuto, voy a cambiarme.

Asentí y lo vi desaparecer en la puerta de su cuarto.

Iba a sentarme, pero recordé que todo el lugar estaba impregnado con su aroma. No quise que me envolviera y despertara esos sentimientos que me llevarían a romper mi decisión.

Regresó vistiendo su pants guinda.

—¿Cómo supiste dónde vivo? —pregunté realmente curiosa.

—Susan me dio tu dirección...

—¿Susan?

—Sí, le dije que tenía que darte unos papeles que se habían colado entre los míos y que seguramente ibas a necesitar.

—Ah —exclamé.

—¿Por qué me enviaste ese mensaje tan...?

—¿Cortante? —terminé.

—Y enojado.

—Solo estaba teniendo la decencia de avistarte que...

—Pero de una manera muy ruda.

—Sí, cómo sea —dije indiferente.

—Ally, ¿por qué me enviaste ese mensaje? —reiteró su pregunta.

Se acercó, obligándome a retroceder el mismo número de pasos que él dio.

—Porque ya quería terminar lo nuestro y avanzar a otra cosa.

—¿Avanzar a Mason?

—No.

—Entonces, ¿por qué estaba en tu casa?

—No sé. Tal vez fue a ver a Vera y Luke.

—¿Por qué terminaste lo nuestro, si ni siquiera hemos empezado... formalmente? —preguntó reprimiendo una sonrisa.

—Porque es lo que quieres, ¿no?

—No. ¿Por qué iba a querer semejante estupidez?

—Eso es lo que dice tu email.

Hizo gestos llenos de confusión.

—Mi email solo dice que no podía verte hoy, lo cual era cierto... —señaló los papeles—. Por lo menos lo fue hasta mediodía.

—No respondiste mi email.

—¿Cuál email?

—El que te envié preguntándote si había hecho algo malo... ¡Te supliqué que habláramos! —mi reproche salió sin querer.

—No he recibido ningún email de ti... Solo me llegó el mensaje.

—¿Me vas a decir que no lo recibiste? ¿Quieres la prueba? —solté totalmente molesta.

Saqué el celular para buscar en mi inbox su email, pero, curiosamente, tenía uno nuevo. Lo

abrí y era el email que le había enviado. Estaba confundida, ¿por qué lo había recibido? Lo analicé detenidamente y, entonces, me di cuenta de que había puesto mi cuenta de correo en lugar de la de Matthew.

¡Me había escrito a mí misma! Yo y mi maldita maña de enviar nuevos emails, nunca aprieto el botón de *responder*.

—¿Y bien? —inquirió Matthew, curioso por mis gestos.

—¡Opps! Me escribí a mí misma —expliqué con una sonrisa tonta.

Matthew contuvo la risa.

—¿Puedo leer el email? —apenas pidió y llevé el celular a mi pecho para aprisionarlo fuertemente—. Para entender mejor todo este drama.

Le di el celular. Él tenía razón, solo leyendo podría entender porque estaba enojada.

Estuve atenta a sus gestos: primero sonrió, luego pareció confundido, y finalmente me entregó el celular sin expresión alguna. Esperó a que lo guardara en mi pantalón y entonces sujetó mi rostro con sus manos para besarme apresurado. Su efusión fue tal que me hizo chocar contra el respaldo del sillón, y poco a poco me dobló tanto que literalmente resbalé de su agarré y caí al otro lado.

Matthew rió a la par que me decía que lo sentía.

—Eres un poco intensa —comentó en lo que me ofrecía la mano para levantarme, pero lo jalé en lugar de impulsarme.

—Mira quién lo dice.

Aun cuando cayó sobre mí atrabancadamente, tuvo cuidado de no hacerme daño. Se acomodó hasta que me tuvo parcialmente acorralada.

—No lo soy, realmente —aclaré—. Fueron tantas cosas las que se juntaron ayer que no sé cómo me mantuve cuerda.

—¿No te puse en un dilema, o sí? —preguntó, retirando mi cabello de la cara.

Su caricia me dolió en el corazón. Creo que aún no aceptaba que todo había sido un malentendido y que él aun quería intentarlo conmigo.

—No. Fue Mason —hizo gestos de que no entendía.

Me apresuré a explicarle todo el drama con Mason. Su sonrisa tímida creció exponencialmente cuando le dije que ya era libre para estar con él.

—No fue nada agradable. Y menos cuando recibí... —le comenté aun sintiéndome decaída.

—No hiciste nada malo, Ally. Estaba frustrado cuando te escribí el segundo email. Quería terminar todo antes de la noche para hablarte y preguntarte si querías verme. Pero entre más rápido trabajaba, cometía error tras error.

Me besó la punta de la nariz y me abrazó fuerte.

—¿Por qué no contestaste mis llamadas? —pregunté. A pesar de que me sentía completamente feliz en sus brazos, necesitaba aclarar el malentendido.

—Porque creí que era Marlene. Estuvo hablándome todo el día para saber cuándo iba a ir por mi auto. Le dije que podía llevármelo mañana a la oficina, pero aun así insistió en que fuera a su casa.

—¿No recordaste que me diste tu teléfono y dirección?

—No, solo hasta que me enviaste el mensaje. Me volviste loco. Creí que Mason te había manipulado para quedarte con él... Por eso fui a tu casa para hablar.

—¿Por qué no tocaste? ¿Ibas a esperar a que saliera con esa lluvia?

Matthew rió entre dientes.

—No, más bien iba a esperar a que regresaras. Te vi subiendo al taxi cuando llegué. Mason no tardó en llegar después.

—¡Vaya fin de semana de malentendidos! —exclamé, tomando su mano para entrelazarla con la mía. Matthew sonrió y aprovechó ese agarre para besarla.

—Hay algo que quiero preguntarte, pero no creo que sea aún el momento —comentó.

—¡Vamos! Puedes decirme lo que quieras, soy toda oídos —dije. Lo obligué a acostarse para encimarme parcialmente en él, así mis dedos podrían jugar con sus perfilados labios rosas.

—No, aún no es el momento —refutó y alzó un poco la cabeza para besarme.

Matthew era un experto en cuanto a los besos y manoseos.

MALAS DEFENSAS

Desperté el lunes por la mañana sintiéndome la mujer más feliz del mundo. Tarareé canciones alegres mientras me bañaba, vestía y desayunaba. Vera, quien era una persona no-madrugadora, le molestó mi felicidad.

—No creas que porque estoy pensando más en ir a dormir, te vas a escapar de explicarme por qué tuvimos que soportar a Mason ayer toda la tarde y parte de la noche —dijo con cara somnolienta.

—No esperes una explicación porque, sencillamente, no quiero estropear mi felicidad —Vera hizo una mueca—. Es hora de irme, o llegaré tarde. Que tengas un buen día.

—Sí, sí..., igualmente —dijo regresando a su desayuno.

Todo el camino fui escuchando *Yellow* de Coldplay en mi celular una y otra vez. No dejé de pensar en Matthew.

La vida era misteriosa. En ese concierto mi corazón latió por Matthew con abatimiento porque creía que jamás podría estar con él. En cambio, ahora latía arrítmicamente porque estaba ansioso y muy feliz por llegar al trabajo y sentir toda su persona entregándose a mí en un abrazo..., o un beso a escondidas.

Al entrar al edificio, busqué casualmente a Matthew para subir juntos al elevador, pero no lo vi por ningún lado.

¡Demonios! Ahora que quería aprovechar ese maldito elevador.

Llegué a mi piso y tampoco lo vi por ahí. Supuse que estaba ya en su oficina porque Susan estaba en su escritorio preparando documentos que tenían que ser entregados a Matthew, como lo hacía todas las mañanas.

Había llegado un poco tarde porque, por estar divagando con la canción, me pasé dos estaciones y tuve que regresar.

Fui a mi lugar y he hice mi rutina de todos los días. De vez en tanto miré a su oficina mientras me mordía las uñas. Si tan solo tuviera una excusa plausible para ir con él.

¡Demonios! Tendré que dejar esto a él.

Las horas pasaron y Matthew no me mandó a llamar. Decidí ir a verlo sin más. ¿Mi excusa? Solo le diría a Susan que necesitaba hablar con *el jefe* acerca de unos datos que... Bueno, ya se me ocurriría algo.

Mi creatividad siempre ha salido a flote cuando estoy bajo presión.

Caminé nerviosa al escritorio de Susan, el guardián que se interponía en mi misión: ver al guapísimo Rey.

Di largas inhalaciones para despejar mi cabeza. Susan estaba subrayando algo en unos documentos por lo que no notó mi acercamiento.

—Hola, Susan —le saludé.

—Hola, Ally. ¿Cómo estás? —preguntó levantando la mirada.

—Bien, ¿y tú?

—De salud, bien. De ánimo, no tanto. Estoy muy ocupada.

—¡Ah! Por cierto, gracias por la fiesta.

—No hay porqué. Espero que te hayas divertido.

—Sí, no tienes idea de cuánto —dije con una sonrisa de oreja a oreja.

Se me aceleró el corazón con el recuerdo que inició todo ese maravilloso fin de semana.

—¿Puedo ver al jefe? Tengo que preguntarle algo acerca de la investigación que estoy haciendo.

—¿Problemas?

—Un poco.

—¿Te llevó a tu casa las hojas de tu proyecto que se traspapelaron?

¡Ahí estaba la excusa! Sonreí para mis adentros cuando me imaginé como una de esas caricaturas en donde se le prende un foquito luminoso encima de la cabeza.

—No... Y creo que por eso no me cuadra lo que estoy analizando —respondí en una risita obvia.

—Tendrás que arreglártelas hasta el miércoles porque Matthew no vino hoy.

—¿Por qué? ¿Qué le pasó? —inquirí apresurada, y algo angustiada. Me preocupé mucho porque se veía bien cuando lo dejé acostado en el sofá, suplicando que me quedara un rato más, que se prolongó hasta media noche. Me desvelé pero valió la pena.

—Está enfermo... Creo que algo de la garganta. Habló cuando llegué y me pidió que le enviara lo urgente con el mensajero. Que mañana lo revisaría, si es que se sentía mejor.

¿Se habrá sentido tan mal que hasta se olvidó de mí? ¿Por qué no me avisó? Habría faltado por él.

—¡Oh! —exclamé, apenas controlando mis deseos de salir corriendo a averiguar qué tan mal estaba.

—Si quieres puedo llevárselo. Tengo que ir por esas hojas que me faltan o voy a volver a estar ahorcada por la fecha de entrega. ¿Tienes su dirección? —pregunté casual para apoyar mi excusa.

—No puedo dártela, Ally. Pero, si no puedes esperar a que él vuelva, le puedo hablar para que envíe con el mensajero esas hojas que necesitas. ¿Te parece?

¡Demonios, no existen tales hojas! Ahora Matthew estará en un aprieto.

—Sí, claro. No hay problema —forcé una sonrisa que ocultaba mi frustración.

Ahora iba a tener que esperar hasta la hora de salida para ir a verlo.

Regresé a mi lugar y llamé a Matthew para decirle que había metido la pata hasta el fondo, que iba a tener que inventar algo respecto a esas hojas, pero no me contestó. Seguramente se sentía tan mal que no quiso contestar su celular, que posiblemente estaba abandonado en alguna parte de su departamento. Entonces, le mandé un mensaje. Esperaba que en algún momento del día se levantara a revisarlo.

Me enfoqué de nuevo en el trabajo.

Las horas pasaron y llegó el mensajero a mi escritorio. Me entregó un sobre amarillo sellado, que tenía mi nombre escrito en su cara superior.

—Gracias —agradecí al mensajero que solo me sonrió en respuesta.

Abrí el sobre y saqué varias hojas en blanco. Se me escapó una risita traviesa cuando descubrí que solo una de ellas decía:

Gracias por avisarme. Susan me hubiera agarrado de bajada sino es por ti. ¡Ya no me acordaba de ese pretexto!

Háblame cuando tengas un tiempo a solas. x

Pensé en llamarlo ya. Iba a hablar en clave para que nadie supiera con quién estaba hablando; era más sospechoso que me escondiera a hablar con alguien en susurros.

Estaba lista para la llamada pero decidí mejor ir a verlo en cuanto saliera del trabajo. Quería ver con mis propios ojos cuán enfermo estaba. Lo dejaría descansar por ahora.

Me apuré a trabajar para terminar con lo planeado para el día. Iba a salir corriendo del trabajo en cuanto dieran las cinco.

—Hola, Ally —escuché que me llamaron por la espalda.

Respondí el saludo por instinto y volteando superficialmente. Como era Marlene, regresé a mi trabajo.

Esperaba que con esa sugestiva indiferencia se diera cuenta que no tenía tiempo para platicar.

—¿Has visto a Matt? —me preguntó haciéndose a un lado en donde pudiera estar en mi campo de visión.

Se me retorció el estómago que le llamara así.

—No... No lo estoy cuidando —respondí sin mirarla, y seguí escribiendo en el teclado—. ¿Ya has preguntado a Susan?

—No, no está —respondió, solo entonces desvié la atención al escritorio de Susan. ¡Qué suerte que no estuviera porque le hubiera dicho por qué Matthew no vino a trabajar!—. Vine a entregarle a Matt su auto pero no hay nadie en su oficina. De hecho, parece que no vino.

—¿En serio? No tenía idea de que no había venido —la miré directa a los ojos para asegurar mi mentira.

—Mmm —gimió decaídamente—. Le he hablado a su celular pero no contesta.

Regresé al monitor, pero solo para ver que eran las 4:55 p.m.

Salvé el documento en el que estaba trabajando y empecé a cerrar todo.

—¿Vas a algún lado? ¿Por qué tanta prisa?

—Tengo una cita —respondí en lo que terminé de recoger mi escritorio.

—¿Con Mason?

—No, lo nuestro se ha acabado.

—¡Oh! ¿Y él lo sabe? Porque no parece saberlo. Habla de ti y de sus planes...

—La verdad es que no me interesa saber nada de él ya —le interrumpí fría—. Si no quiere entender, es su problema.

—Entonces, ¿a dónde vas?

—A que me torturen con agujas, taladros y una brillante luz que te encandila por un buen rato —Marlene hizo gestos de que no entendía—. Voy al dentista.

Vi mi reloj en lo que ella se carcajeaba, ya eran las cinco en punto.

—Bien, te dejo o pierdo mi turno en la cola de la sala de tortura.

—Nos vemos... Voy a esperar a Susan.

—Cuídate.

Salí como alma que lleva el diablo. Tenía que llegar a donde Matthew antes que Marlene, o ya no podría verlo hasta mañana.

Tomé un taxi.

La suerte me sonrió por esa tarde, no había nada de tráfico, por lo que llegué al departamento de Matthew en quince minutos.

Cuando bajé del auto, una joven estaba saliendo del edificio.

—¡Por favor, detén la puerta! —le grité apresurada.

—¿A quién buscas?

—A Matthew Raleigh. Le traigo unos papeles de la oficina.

—¡Oh! Adelante —dijo con una sonrisa rápida, invitándome a pasar.

Troté todo el camino a la puerta de Matthew. Ya ahí, me arreglé un poco y toqué la puerta. No hubo respuesta por un momento, entonces, volví a tocar un poco más fuerte y en segundos escuché a Matthew gritar que no me impacientara; dijo un nombre al final que no alcancé a entender.

Abrió la puerta y me vio sorprendido. Por el contrario, yo lo vi realmente enfermo. Tenía todo el cabello despeinado que, por cierto, se le veía muy bien así; estaba algo pálido, sus labios secos y la nariz empezaba a tomar un color rojizo como el de Rodolfo, el reno de Santa Claus. Traía puesta una pijama de playera de manga corta blanca y un pantalón de tela escocesa azul, verde y gris. Su rostro se veía ligeramente sudado.

—¿Qué tienes? —le pregunté entrando a la casa sin esperar su invitación.

—No te acerques. Tengo gripe y me duele la garganta —dijo con voz gangosa, a la vez que retrocedió y me marcó un alto.

—No te preocupes. Tengo buenas defensas —dije cerrando la puerta detrás de mí.

Lo tomé de la mano y lo jalé a donde supuse era su cuarto.

Se dejó guiar sin rezongar.

Me gustó mucho su cuarto, se veía cómodo. Por supuesto, tenía la misma decoración que el resto del departamento. No había televisión y tenía una cama matrimonial con un duvet azul y suaves sábanas blancas; estaba completamente destendida. En un rincón había un porta traje, y ahí estaba el traje perfectamente planchado que se suponía iba a vestir esa mañana. Cerca de la ventana había un sofá chico de dos plazas, ahí aventé mis cosas y luego lo llevé a la cama. Lo obligué a acostarse.

Me senté junto a él.

—¿Cómo te enfermaste, ayer estabas bien? —pregunté extrañada por esa súbita enfermedad. Peiné con los dedos un poco su cabello enmarañado por el sudor.

—No lo estaba realmente. Desde el viernes me dolía ligeramente la garganta, y creo que la empapada de ayer terminó de enfermarme.

—¿Estás enfermo por mí? —pregunté sintiéndome culpable.

—Sí. Y si no fuera por tus buenos anticuerpos, también estarías enferma por mí —aclaró con una risita traviesa, que, con esa apariencia enferma, no lo hizo verse nada sexy—. Imagina el chisme en la oficina si ambos hubiéramos faltado por enfermedad.

Tomó mi mano para besarla pero se contuvo y terminó sosteniéndola nada más. Acaricié su rostro y me di cuenta de que estaba muy caliente.

—¡Dios mío, estás caliente!

—Sí, por ti. Lo estoy desde no sé cuándo —dijo con esa voz nada sexy.

—Matthew, es en serio. ¿Ya te vio un doctor?

Asintió con la cabeza e hizo gestos como si tuviera dolor de cabeza.

—Por suerte tengo un primo que es doctor. Le hablé en la mañana y vino a verme antes de ir al hospital. Me dejó todo ese medicamento —me señaló un mueble en donde tenía algunas cosas de

uso personal.

Fui a revisar el medicamento; lógicamente, no tenía idea para qué servía cada cosa. Vi que le dejó un termómetro y rápido fui a tomarle la temperatura.

Esperamos en silencio a que el aparato hiciera bip.

—¡Tienes 38.1 grados! —exclamé cuando revisé la lectura, luego me incliné para besarle la frente; estaba más caliente de lo que creía.

—Mi mamá solía tomarme así la temperatura de niño —comentó con una sonrisa infantil.

—La mía también —dejé el termómetro en el mueble y regresé para darle otro beso—. ¿Tienes aspirinas?

—Sí, en la cocina.

Fui a la cocina a esculcar en cada mueble hasta que encontré la botella, luego fui al refrigerador por una Coca Cola, también tomé un bol y lo llené con agua fría.

Regresé al cuarto y puse todo en el buró.

—¿Y el baño?

—Al fondo del pasillo.

Fui por una toalla.

Al regresar, le di dos aspirinas y le dije que se las tomara con el refresco. Me senté a su lado con el bol en las piernas y empapé la toalla para ponerla en su frente. Me miró todo el tiempo abrumado por tanto cuidado, pero no me importó incomodarlo. Iba a bajarle esos grados extras como diera lugar.

—¿Tuviste un buen día? —me preguntó para hacerme plática.

—No.

—¿Por qué?

—Porque extrañé verte en la oficina.

Sonrió retraídamente.

—Por cierto, es seguro que Marlene viene a visitarte.

—¿Se enteró que estoy enfermo?

—No lo sé. No lo sabía cuando salí, pero si esperó a Susan, lo más seguro es que sí.

Apreté los labios inconscientemente para calmar mi enojo, porque ella si podía pregonar a los cinco vientos su interés por Matthew.

—¿Te molesta que no quiera terminar con Marlene?

Me encogí de hombros. ¡Por supuesto que me molestaba!, pero no iba a hacerle una escena de celos estando enfermo.

—Bonita, no lo he terminado porque, como te dije, no tengo que hacerlo. Si lo hago, estaría afirmándole que lo que sea que tuvimos era serio.

“Además, lo he analizado y ese coqueteo es conveniente para ti. Acabas de entrar a la agencia y si de pronto nos ven juntos... Creo que sabrás cuál será la opinión de todos acerca de ti.

“Yo saldré airoso pero tu... —soltó un suspiro intranquilo—. ¿Por qué crees que Marlene se cambió de oficina?

—No me importa lo que piensen de mí.

—Pero a mí sí, Ally —tomó mi mano—. No quiero que te cataloguen de “trepadora”.

Reí sin querer. No me imaginaba como tal.

—Eres muy buena en lo que haces y sé que pronto ascenderás. Quiero que todos crean que lo hiciste porque te lo merecías, no porque te acuestas con el jefe.

Volví a reír sin querer; aun no habíamos llegado a eso. La idea me sonrojó un poco.

—Está bien —acepté finalmente. Le puse la toalla húmeda en la frente—. Solo te pido algo.

—Sí, pídemelo lo que quieras.

—Que vas a alejarte de ella cada día más y vas a mostrar interés por mí ante los demás. Igual, poco a poco. Por mi parte, me haré un poco la difícil para “no dañar mi reputación”. ¿Te parece bien? —asintió sonriente—. No quiero ser *la otra* por mucho tiempo —rió entre dientes—. Bien, ¿has comido algo?

—No mucho. Comí fruta y yogurt.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—Te prepararé algo —avisé acariciando su cabello, algo sudado. Matthew suspiró, le gustó mi caricia—. Mientras tanto duerme para que haga efecto el remedio casero de mi mamá.

—Está bien.

—¿Puedes prestarme tus llaves por si tengo que salir a comprar algo?

—Sí. Deben estar aventadas en el comedor.

Le sonreí en lo que mojaba el trapo de nuevo para ponérselo en la frente, luego le quité las calientes cobijas y le dejé solo la sábana. Las plumas no permitían que le bajara la temperatura rápidamente.

Pobre de mi tierno Matt, se veía tan indefenso cuando se acurrucó buscando un poco del calor que le arrebaté. Deseé acostarme a su lado para compensarlo pero quería que durmiera un rato. Le quité el trapo para besar su frente a la par que le decía que descansara. Salí del cuarto, entrecerrando la puerta.

Fui a la cocina a buscar los ingredientes para prepararle un reconfortante caldo de pollo. La gente suele decir que es medicinal, yo no creía eso, pero era lo único que mi estómago aceptaba cuando enfermaba de cualquier cosa.

Para mi mala suerte, Matthew no tenía pollo en el congelador, por lo que tuve que salir al super.

Busqué mi bolso, hasta que recordé que estaba en su cuarto.

Cuando entré, Matthew ya estaba dormido. Fui por mi bolso sin hacer mucho ruido y luego me acerqué a él para darle otro beso en la frente.

MATCH POINT

Compré lo que faltaba contra reloj, aun creía que Marlene iba a ir a verlo. Quería que Matthew comiera algo antes para que se viera mejor y ella no se ofreciera a cuidarlo.

Sin embargo, por mucho que me apuré, y hasta fui grosera con el cajero porque una babosa se movía más rápido, Marlene ya había llegado. El auto de Matthew estaba estacionado frente a su casa.

¿Ahora qué hago?, pensé mientras caminaba con paso calmado por la calle.

Aguardé con la esperanza de que Matthew pudiera deshacerse de ella, pero no hubo señal de eso con los minutos. Entonces le llamé. Por supuesto él tendría que hablar en código para que ella no se diera cuenta que estaba hablando conmigo.

Esperé cuatro tonos.

Estaba a punto de colgar cuando Matthew contestó muy formal.

—Estoy afuera... ¿Qué hago? —le pregunté.

—Hola, Ally... —hizo una pausa como si esperara mi saludo que, por supuesto, no iba a recibir.

Entendí que yo era la excusa para sacar a Marlene de ese departamento. ¡Vaya ironía!

—Entiendo. Di lo que tengas que decir, aquí estaré escuchándote —le dije.

—¡Ay, caray! ¿En serio te mandé eso?... Discúlpame, el mensajero me tomó por sorpresa y el dolor de cabeza no me dejó pensar racionalmente... Sí, ya me siento mejor... Gracias... No, hasta el miércoles... ¡Tienes razón! —suspiró como si estuviera pensando qué hacer—. Mmm, haremos esto: ven a mi casa y aquí solucionamos el problema... No. Estoy enfermo, no manco... Sí, no hay problema. Tengo todo el día de mañana para dormir y recuperarme... Bien, no tardes.

Colgó. De acuerdo a su conversación imaginaria, quería que fuera al departamento... con Marlene ahí. Iba a tener que mentir como nunca antes lo he hecho.

—¿Y qué hago con las compras? —cuestioné en voz alta mientras miraba ambas bolsas de Tesco.

Esperé otro rato ahí, ideando alguna explicación para las compras.

Estaba buscando dónde dejarlas cuando vi a la vecina de Matthew, corrí hacia ella.

—Hola..., de nuevo —le dije algo agitada. Tardó en reconocermme—. ¿Podría dejar estas bolsas en tu departamento por unos diez minutos? —puso cara de que no entendía—. Matthew te explicará después.

—Está bien —cedió tras unos segundos pensando.

Abrió la puerta principal y luego la de su departamento. Lógicamente, no me dejó pasar y solo me pidió las bolsas.

—Muchas gracias. Regreso por ellas en un rato.

Subí al departamento de Matthew en una carrera.

¡Uff, esto parece película de los años veinte: corriendo por todos lados sin sentido!

Matthew me abrió e hizo ojitos de que estaba fastidiado por tener a Marlene ahí.

—¿Lo siento, Matthew, pero ha sido un caos tanto... —callé súbitamente cuando vi a Marlene sentada en el sillón. Por supuesto la esperaba, pero tuve que fingir sorpresa por verla ahí. Le saludé a mi pesar.

—¿No sabías que estaba enfermo? —me preguntó sin responder a mi saludo. Todo su semblante estaba encolerizado por verme ahí.

—No, creí que estuvo en junta todo el día —respondí en mi defensa, puse cara de inocente para apoyar mi mentira. Vi de reojo que Matthew contuvo su sonrisa burlona.

—El dentista te atendió rápido, ¿no? —comentó Marlene cruzándose de brazos y poniendo una geta de “Me mentiste”.

—No, me canceló a último momento. Fui a mi casa a trabajar y fue cuando tuve el problema...

—¿Y los papeles? —inquirió Marlene cuando vio mis manos vacías, solo mi bolso colgaba de mi hombro. ¡No se le escapaba una!

—Están en el auto de mi amiga Vera. Subí antes para ver si Matthew en verdad se sentía bien —volví a mentir.

Marlene suspiró frustrada y miró a Matthew. Reprimí una sonrisa tardía a todo lo que ella me reclamaba y yo respondía creíblemente. Al parecer, yo era más astuta.

—Matt, estás enfermo. Deja el trabajo para otro día —le suplicó con un tono exageradamente preocupado—. Me quedaré contigo para cuidarte toda la noche, si es necesario.

—Primero, no me llames Matt. Sabes que lo odio —le dijo algo molesto por el diminutivo. Apretó los dientes—. Segundo, esto es importante. Ya me siento mucho mejor y puedo trabajar por unas horas, mañana descanso todo el día.

—¿Puedo quedarme?

—¡No! Nada más nos vas a distraer —respondió él tajantemente. Marlene se entristeció.

Yo estaba en total silencio, viéndolos por turnos, como si viera un partido de tenis en donde Matthew respondía cada saque que le enviaba Marlene.

—Está bien —cedió Marlene entre un fastidioso suspiro—. Te vendré a ver mañana.

—No —rechazó Matthew su autoinvitación de inmediato—. Como te dije, voy a estar todo el día descansando.

—¿Y quién te va a hacer de comer?

—¡Marlene, ordeno comida y punto! ¡Se usar un maldito teléfono!

—¡Está bien! No me grites —le pidió haciendo un puchero tan infantil. Tomó su bolso y fue con Matthew, tuve que desviar la mirada cuando vi que se puso de puntas para despedirse de él.

Enseguida, pasó junto a mí.

—Hasta luego, Ally... No lo canses —me advirtió dentro de su despedida.

—No —respondí, pero se me escapó mi enojo dentro de mi tono.

Marlene se fue. No me moví o hice algún ruido hasta que escuché la puerta de la calle cerrándose; luego fui a la ventana para cerciorarme que sí se hubiere marchado.

—¡Argg! Ojalá que le dé la peor de las gripes —farfullé en mi camino a la puerta.

—¿A dónde vas? —me preguntó Matthew apresurado.

—Por las compras que dejé con tu vecina —respondí casi en un grito.

Dejé la puerta entre abierta para no volver a tocar, escuché su risa detrás de mí.

Cuando regresé, Matthew ya estaba acostado en el sillón.

—¿Aun te sientes mal? —le pregunté en lo que iba a él.

Asintió cansado. Me senté en la mesa de centro con cuidado, haciendo a un lado los libros, para tocarle la frente.

—Estás aun un poco caliente... Ven, te ayudo a llegar a tu cama —jalé su mano hasta que se puso de pie con trabajos y pasó su brazo sobre mi cuello. Su quejido exagerado me dijo que quería que lo mimara, y con gusto lo haría.

—Eres buena mintiendo —comentó con voz cansada.

—Igual que tú. Aunque, en mi caso, me costó contenerme para no arrancarla de tus labios.

Matthew soltó una risita mordaz.

—No te enojés. No me besó, desvié la cabeza a tiempo. Solo me besó la mejilla —explicó desenredando su abrazo cuando llegamos a la cama. Gateó hasta que pudo acostarse pesadamente.

Suspiró con alivio.

—Vuelve a dormir. Iré a prepararte el caldo —dije.

Asintió en lo que cerraba los ojos sin dudar y gimió encantado cuando le di un beso en la mejilla. Moje el trapo y se lo puse de nuevo.

Fui a la cocina y, ya con todos los ingredientes, preparé ese caldo con la sazón de mi madre.

Una hora después, el caldo ya estaba listo. Seguramente el aroma llegó hasta el cuarto porque Matthew entró a la cocina viéndose mucho mejor.

Sin dudar, me acerqué a él para tocar su frente.

—Ya me bajó la temperatura. Me la acabo de tomar.

Sonreí aliviada entonces.

Me jaló por la cintura para abrazarme fuerte, gemí por lo bien que se sintió estar de nuevo en sus brazos, aunque olier a cama y enfermedad.

—También te extrañé —susurró y luego me soltó para acercarse a la estufa—. Mmm, huele delicioso. ¡Me estoy muriendo de hambre! —comentó sobando su estómago para tranquilizarlo cuando rugió al percibir comida. También respiró profundo los vapores que salían de la olla.

—Siéntate —le ordené en lo que tomaba un plato para empezar a servir.

En cuanto se sentó a la mesa, le puse su plato enfrente y lo miré expectante cuando sorbió el caldo con cuidado, estaba muy caliente.

—¡Delicioso! —comentó con una sonrisa y volvió a comer más caldo.

Sonreí gustosa en lo que me sentaba también a comer. Mi madre ya podía estar orgullosa, porque su receta no pasaría al olvido cuando ella ya no estuviera.

—¡Ya estás lista para casarte! —diría.

Con gusto lo haría si fuera con este hombre.

—Estoy sorprendido —comentó en lo que se levantaba para ir por pan blanco.

—¿Por qué? —tomé la pieza que me ofreció.

—Eres increíblemente preciosa, inteligente, sexy..., muy buena enfermera y cocinera. No entiendo por qué Mason te dejó ir —dijo.

No lo hizo, ese es el problema que traigo a cuestas.

—Porque es un completo idiota.

—No te lo discuto —concordó entre sorbidas.

Lo miré en silencio mientras comía su sopa. ¿Cómo había llegado a este momento tan rápido y sin darme cuenta? Ya me había dado por vencida con él y ahora estaba mimándolo como una dulce enfermera... Como su amorosa esposa.

Sonreí cohibida.

Terminamos de comer e inmediatamente le ordené que regresara a la cama. Yo limpiaría todo.

—Gracias, bonita. Estuvo delicioso —dijo en lo que me daba un beso en la mejilla. Se le había olvidado que no debía tener contacto conmigo.

Sonreí en lo que tomaba el trapo para iniciar la limpieza, la parte aburrida.

Cuando terminé de limpiar la estufa, me di cuenta de que ya eran las nueve de la noche. No quería dejar a Matthew enfermo pero estaba molida. Ya no aguantaba el cuello.

Decidí irme a casa. Matthew ya no tenía temperatura y en un rato volvería a dormir. Podía dejarlo descansar plácidamente toda la noche.

—Matthew, me voy a casa —le avisé en cuanto entré al cuarto. Estaba recostado de lado, viendo a la nada.

—Sí. Has de estar muy cansada.

—Sí —no le mentí, porque efectivamente lo estaba.

Se sentó con trabajos, e iba a despedirme con un rápido beso en los labios pero él los apretó en señal de que no quería contagiarme.

—Descansa.

—Gracias por cuidarme —me dijo antes de que dejara el cuarto.

Volteé para preguntarle si quería que viniera mañana.

—Me encantaría mucho —dijo—, pero no quiero que enfermes. Estás agotada y ese es el estado perfecto para que los virus ataquen.

Suspiré triste porque quería verlo.

—¡Hey! Podemos hablar por Skype... Así no te contagio —sugirió levantando sus labios en una sonrisa pícara.

—No es lo mismo, pero... está bien —accedí con mejor ánimo.

—Te mando un mensaje a las ocho para que enciendas tu laptop.

—¿Por qué tan tarde?

—Porque quiero que llegues a casa tranquila y descanses un poco.

Sonreí de oreja a oreja porque el plan me pareció maravilloso.

Se despidió de mí con su voz gangosa.

—Hasta mañana, Matt —dije estando muy consciente de que se iba a enojar.

—¡Me debes un beso por llamarme Matt! —me gritó después de que salí.

Reí muy inocente, era cierto que le gustaba mucho que le llamara así. Me encantó saber que tenía ya una manera para que él me deseara siempre.

El siguiente día fue rutinario hasta cierto punto. Obviamente, Susan me preguntó cómo había conseguido la dirección de Matthew y por qué había osado ir a su casa, estando él enfermo. Marlene le había reclamado por violar la privacidad de Matthew.

Sagazmente le respondí que Matthew había escrito su dirección en el sobre que me envió con el mensajero. Que a lo mejor lo hizo inconscientemente y que era cierto que se equivocó de documentación.

También le comenté que para no atrasarme otra vez, me atreví a ir a su casa para obtener la documentación correcta esta vez, pero que le había hablado antes.

Mi mentira pareció convencerla.

—No sabes cuán mal me cae Marlene —comentó mientras tomábamos un café en la sala de descanso—. Ya estoy harta de sus llamadas para sacarme información de él cuando no le hace caso.

—Es un poco obsesiva —comenté tras una risita irónica.

—Siempre lo ha sido... Lo fue con Mason, ahora con Matthew.

Casi escupo el café al escuchar eso.

—¿Disculpa?

—Sí. ¿No sabías que tuvieron sus quereres? —estaba completamente asombrada. Mi boca abierta le dijo que no lo sabía. Susan continuó—. Sí. No sé por qué se aburrió de Mason y marcó a Matthew ahora.

—¿Me estás diciendo que Mason me abandonó por Marlene? —pregunté indignada.

Susan se me quedó viendo en silencio, algo confundida por mi reclamo, hasta que recordó que yo había sido novia de Mason en la universidad.

—¡Uy! Creo que metí la pata —se excusó frunciendo el rostro infantilmente en arrepentimiento.

—No, por el contrario. Me has abierto los ojos... ¡No puedo creerlo! ¡Es un bastardo y ella una cualquiera! —espeté apretando los dientes de coraje.

Hubo un silencio incómodo cuando recordé su explicación que al parecer fue una más de sus mentiras.

—Gastritis, ¡si cómo no! —farfullé. Susan aún me miraba confundida pero no se atrevió a preguntarme qué quería decir—. Por suerte, ya no hay nada entre los dos, pero has respondido una duda que me ha carcomido por dos años: ¿por qué Mason me abandonó de la noche a la mañana?

Mason, no eres una blanca palomita, pensé totalmente molesta.

—Bueno, ahora ella es la que sufre. En cierta forma, haces mis días mejores cuando ocasionas esos ataques de celos en Marlene.

—¿Yo? —pregunté inocentemente—. ¿Por qué tiene celos de mí? Solo veo o hablo con Matthew para cuestiones laborales.

—Sí, lo sé, pero ella no. Quizás no has notado que hay química entre ustedes dos.

—No entiendo —dije nerviosa. Por el momento, era mejor negar esa atracción.

—No sé cómo explicarlo —murmuró entre sorbidos. Se quedó un rato pensando en lo que yo temblaba de nervios. ¡Me había descubierto! Agregó—. A veces, uno puede embonar con la personalidad de otra persona sin saberlo. Si tú y Matthew siguen trabajando juntos, podrían llegar a ser muy buenos amigos... De esos que son para toda la vida.

Mis nervios explotaron finalmente en una risita.

—¿Un hombre y una mujer... amigos?

—Sí, ¿por qué no? —respondió con indignación por la poca fe en la idea—. Yo tengo un amigo así. Somos confidentes uno del otro. Él está totalmente enamorado de su novia y yo soy feliz por él.

—¿Y crees que Matthew y yo podemos llegar a eso?

—¡Sí! —respondió de inmediato, y con algo de emoción—. No te cierres a la idea, solo porque es *el jefe*. Deja que la amistad fluya.

Sonreí muy pero muy irónica. Si solo Susan supiera que la química que hay entre los dos no era fraternal sino afectuosa.

Me agradó escuchar su sugerencia. Así no sería muy raro para ella cuando supiera que Matthew y yo estamos construyendo una relación. Aún no sé de qué tipo pero definitivamente no era amistad.

También me di cuenta de que tenía que llevar una buena relación con ella, que era muy fácil porque me caía muy bien, pero seguía siendo el guardián que me daba acceso al castillo en donde se encontraba mi Rey resguardado.

El resto de la tarde pasó rapidísimo y pronto ya iba de camino a casa.

Vera no había llegado aun cuando cruce la puerta.

Fui a mi cuarto a ponerme más cómoda, luego a la cocina a prepararme algo de comer. Mi amiga llegó en el justo momento en que estaba sentándome a la mesa. Le ofrecí comida pero me dijo que no tenía hambre y que solo quería darse un baño y descansar un poco antes de que llegara Luke.

Ya comida, fui a la sala a ver un poco de televisión. Pero como estaba tan impaciente por hablar con Matthew, la apagué y rondé por mi cuarto buscando algo en que entretenerme.

Encontré el libro que me había regalado Matthew. Ya era momento de empezarlo.

Antes de iniciar, releí su dedicatoria varias veces, revocando lo que era estar en sus brazos.

¡Por fin realidad y nada de fantasías!

Tras suspirar con añoranza, me aventé a la cama y empecé a leer.

El libro era muy bueno, ambientado en la época victoriana, lo que le daba un aire más tétrico. Me adentré tanto en la lectura que no oí cuando Vera entró a mi cuarto. Me dio un tremendo susto al verla parada junto a mi cama, como la dama de negro del libro.

—¿Estás ocupada? —preguntó como si nada.

—No, estoy esperando que Matthew me envíe un mensaje... ¿Por qué?

—Luke ya está aquí, pero no vino solo —respondió gestionando sus rasgos en disculpa.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué brinque de emoción? —consulté sarcástica.

—No, que estés con nosotros.

—Lo siento, pero no puedo. Tengo una cita con Matthew —me excusé buscando algo con que marcar la página en donde me había quedado. Encontré un pedazo de papel.

—Pensé que no ibas a salir. Como estás de fachas.

—Mi cita es virtual. Vamos a platicar por Skype.

—Ally, por favor, envía a Matthew un mensaje diciéndole que no puedes y ven con nosotros. Mason nos va a hacer mal tercio de nuevo.

—Pues díganle que se vaya, que ya tienen suficiente de él.

—Le dije eso a Luke, pero me respondió que no podía dejar a su amigo después de que lo mandaras a volar.

—Lo siento, no es mi problema. Ya te platicaré por qué Mason se merece cada desilusión.

—De hecho, sí lo es —discrepó en una risita. Calló cuando le hice gestos de que no estaba para bromas relacionadas con Mason—. ¡Vamos, amiga, hazme este favor! Solo por hoy... Además, mañana podrás ver a Matthew.

Vera me hizo gestos suplicantes durante todo el tiempo que guardé silencio.

—Está bien. ¿Qué tienen planeado?

—Una partida de póker. Luke ya preparó la botana y Mason fue a la tienda por bebidas.

—Bien.

—Dame un momento para hablar con Matthew.

—No tardes —dijo.

La partida de póker no me sonó mal, pero no quería pasar parte de mi noche conviviendo con Mason. El problema era que mi amiga ya estaba harta de su compañía y, mientras fuera su amiga, tenía que apoyarlo también.

Llamé a Matthew pero no me contestó. Entonces, le envié un mensaje explicándole que no podría platicar con él porque Mason había venido a visitar a mi amiga y no quería que nos escuchara. Le prometí ir a verlo a su oficina en cuanto llegara. Le envié un beso virtual para asegurar mi promesa.

Ojalá no se enojara porque le estaba dejando plantado para estar con Mason.

Salí del cuarto con el celular en mano, esperaba que Matthew me respondiera el mensaje en algún momento de la noche.

Apenas estaba llegando al comedor cuando el timbre sonó. Luke fue a abrir, seguramente era Mason.

—Seguí tus órdenes, papá. Nada de bebidas alcohólicas —dijo Mason en tono bromista.

Su sonrisa se eclipsó en cuanto me vio. Le saludé como si nada porque no quise demostrarle ningún sentimiento que fuera malentendido.

—Hola —respondió, bajando la cabeza para llevar las bebidas a la mesa.

Mientras tanto, Vera llegó con portavasos para no maltratar la fina madera del comedor. Se sintió la tensión en el aire.

—Bien, empecemos —avisó Luke aplaudiendo una sola vez para llamar nuestra atención—. ¡Saquen su dinero!

Hice una mueca que a todos seguramente les pareció una sonrisa agradable. Mason se sentó frente a mí, lo que me incomodó bastante porque nos teníamos a la mano... Bueno, a un vistazo.

Las primeras partidas fueron muy aburridas, pero fue porque Mason y yo aún estábamos incómodos por estar en el mismo lugar. Solo fue hasta que Luke me retó en una partida, muy reñida, en donde Vera y Mason se unieron para apoyar a su contrincante favorito. Por supuesto, Mason me apoyó.

Al final perdí la partida pero no me importó, porque por fin la tensión se cortó. Conversamos y bromeamos amenamente, como en los viejos tiempos, cuando solo éramos amigos que gustaban de pasar juntos el rato.

Después de todo ya no sentía amor por Mason, la amistad era lo único que se resistía a desaparecer.

Los bowls de botanas fueron rellenos rápidamente. Mason, ya más a gusto, me preguntaba de vez en tanto si gustaba algo de la cocina, lo hacía cada vez que iba por más hielo o una servilleta.

Las horas corrieron y llegó el momento en que Luke y Mason tuvieron que irse.

—La pasé bien esta noche —me dijo tomándome del hombro para despedirse sin que yo me retirara.

—Sí —respondí su gesto—. Ya había olvidado lo bien que la pasábamos juntos... como amigos.

—Tenemos que planear la revancha —dijo Luke, despidiéndose de mí—. Tengo que recuperar el dinero que perdí o no llego al mes.

Todos nos carcajamos.

—No te preocupes. Si no te alcanza, siempre puedo prestarte una o dos libras —le dijo Mason en son de broma—. Bien, me vuelvo a despedir... Ahora si nos vamos —volvió a besarme la

mejilla.

—¡Sí, sí! Ya váyanse —exclamó Vera y, literalmente, empujó a ambos fuera del departamento. En lo que ella los acompañaba, recogí la basura y limpié la mesa.

Vera regresó cuando estaba acomodando una de las sillas del comedor. Se dejó caer pesadamente en el sillón.

—¿Fue una buena velada, no? —me preguntó casual.

—Sí, una vez que la tensión se rompió.

—Así debe ser, Ally. Solo tenían que recordar que fueron amigos antes de ese drama sentimental.

—Sí, creo que tienes razón —respondí estando de acuerdo con ella.

Más allá de todo lo que Mason y yo nos hicimos mutuamente, habíamos sido muy buenos amigos.

—¿No te llamó Matthew, verdad?

Mi corazón respingó por olvidar que estaba esperando la respuesta de Matthew. Era lógico, aun no me acostumbraba a la idea de que ya estaba saliendo con él.

Corrí al celular y lo revisé con ansias, pero no había nada. No me preocupé; después de todo, estaba enfermo. De seguro se le fue el tiempo durmiendo. Ya le hablaría en la mañana para saber cómo se sentía.

—Bien... Me voy a la cama —dijo Vera levantándose del sillón entre quejidos.

—Sí, yo también —coincidí en lo que le seguía.

Ambas nos deseamos buenas noches en lo que cerrábamos las puertas de los cuartos.

Esa noche me perdí rápidamente en mis sueños.

ROSAS

Salí del elevador e inmediatamente volteé a la oficina de Matthew, estaba abierta. Estiré un poco el cuello casual y pude verlo moviéndose por el lugar; estaba preparándose para iniciar su día. Tuve la intención de ir pero Susan también ya estaba en su lugar, se veía que acababa de llegar y estaba preparando todo para iniciar el día.

Con pesar, tuve que ir a mi lugar.

Esperé a que Matthew me mandara a llamar, pero las horas pasaron y no hubo señal de tal orden. A lo mejor tenía tanto trabajo que no tenía tiempo para verme. Revisé el celular para ver si me había respondido el mensaje de ayer.

Nada.

Tampoco nada en el email.

Ya te estás obsesionando con él, me reprendí para sacármelo de la cabeza.

Decidí tomar un descanso. Saqué el chocolate que compré en la mañana mientras esperaba el bus y fui al ventanal para devorarlo como si fuera la única cosa que me satisficiera sin preguntas ni remilgos ni nada por el estilo.

Estaba tan concentrada comiendo la barra dentro de mi burbuja ajena al mundo, que los tímidos golpecitos en mi hombro me hicieron brincar hasta estrellarme con el vidrio.

—¿Ally Knight? —me preguntó un joven que traía en sus brazos un ramo de rosas rojas en perfecta madurez. ¡Eran hermosas!

Asentí confundida y sin despegar la vista del ramo.

—Por favor, firme aquí —me entregó una nota que no me importó leer, solo firmé donde él me señaló.

Brenda se acercó con unas hojas en la mano cuando el joven se marchó sin aceptar mi propina.

—¿Quién te las envió? —preguntó oliéndolas, noté envidia en su voz.

Busqué una nota pero no había nada. Entonces, casi de inmediato, recibí un mensaje de Mason.

Si siguieron mis órdenes, ya has recibido mis flores. :-)

No hay suficientes rosas en el mundo para pedirte que me des una oportunidad. Que me vuelvas a amar.

Ally, regresa a mí.

—Son de Mason —respondí a Brenda tardíamente.

—Creo que no te agradó recibirlas —comentó, acarició una con las puntas de los dedos.

Negué con la cabeza, desilusionada porque creí que eran de Matthew.

—Cuídalas, Ally —dijo—. Ellas no tienen la culpa de no haber entibiado tu corazón.

Sonreí a medias. Desafortunadamente, tenía razón.

En cuanto Brenda me dejó, puse las flores en donde no fueran lastimadas, pero antes las olí, fue instintivo. Estaba a punto de sentarme cuando vi a Marlene con folder en mano salir del

elevador, y fue directo a la oficina de Matthew, sin siquiera hacer caso a la mirada vigilante de Kayla.

Sin embargo, tuvo que detenerse con Susan quien le ofreció una sonrisa falsa. Iba a tomar el auricular para avisar a Matthew de la visita, pero fue cuando él salió, sonrió a Marlene y la invitó a pasar; estuvo muy amigable. Vi toda la escena con el corazón atascado dentro de la confusión que pronto se convirtió en temor.

Desvié la mirada de esa oficina. Ya no podía más, era demasiado para mi corazón. Había aceptado que así serían las cosas por un tiempo, que sería paciente hasta que pudiéramos estar juntos sin habladurías, pero todo era muy difícil porque Marlene tenía la habilidad de hundirme en el desengaño sin saberlo.

Matthew me había demostrado que me prefería sobre ella, pero esa semilla de duda plantada por ella me hacía querer aclarar las cosas con él una y otra vez, o por lo menos cada vez que ella se le acercaba.

Estaba consciente de que nuestra “relación” no tenía ni una semana empezada, por lo tanto, no podía exigirle más de lo que hemos tenido hasta el momento. Además, no lo conocía lo suficiente para defenderlo por olvidarse de mí.

Ya ni quería pensar en la descripción que me dio Mason, que no ayudaba mucho tampoco. Aun me rehusaba fervientemente a creer que él fuera un manipulador y que solo estaba jugando conmigo. ¿Pero acaso no me había manipulado para mantener lo nuestro en secreto?

Sacudí la cabeza para desterrar esas ideas contradictorias y suspiré desilusionada.

Si tan solo me pidiera ser su novia, entonces sabría que lo nuestro no era solo un ardid para darle celos a Marlene. Podría confiar en él cada vez que ella se le acercara. Mi corazón podría descansar por fin de tanta desilusión.

Seguí trabajando, pero esta vez sin ánimo. Finalmente, no supe cuánto estuvo Marlene a solas con Matthew, ni me permití especular.

La hora de la salida llegó y tomé mis cosas y rosas a paso de tortuga. Bajé por las escaleras de emergencia para no toparme con alguien que me interrogara por qué me veía tan decaída cuando alguien me había regalado rosas.

Matthew no me buscó en todo el maldito día.

Al llegar a casa, puse las flores en un jarrón con agua. Brenda tenía razón, ellas no tenían la culpa de haber sido enviadas por el hombre equivocado.

Mi celular sonó al poco rato, era Vera que me avisaba que no iba a llegar a casa porque se quedaría con Luke. Mason por fin les había dado una noche libre.

De seguro los dejó en paz porque estaba más optimista, después de que lo traté bien y no rechacé sus flores.

Me pareció bien. Aún estaba de mal ánimo para analizar mi vida amorosa, cuando lo único que quería era ir a la tienda, comprar varias revistas, Doritos, una botella de refresco, y sentarme en la sala para leer y comer mientras escuchaba música que no me hiciera pensar en los dos hombres que me traían en un sube y baja de sentimientos.

Dieron las once de la noche y decidí terminar el día.

Llegué a la oficina un poco tarde.

No pude dormir bien por las terribles pesadillas que me despertaron a cada rato. Nada que ver

con Matthew o Mason, solo eran accidentes en donde me veía involucrada: avionazos, explosiones... choques de auto. Una gama de accidentes me mataban una y otra vez.

Siempre tenía pesadillas cuando las cosas en mi vida no estaban saliendo como quería. Alguna vez alguien me dijo que esas pesadillas eran por el temor a la vida misma. No lo sé.

Estaba tan cansada que si apenas saludé a Susan y Brenda.

Me senté en mi cómoda silla e inicié parte del reporte del proyecto en el que trabajaba. De vez en tanto, me detenía para clavar la mirada en el brillante monitor. Estaba tan cansada que mis ojos se cerraban inconscientemente, incluso dejé sonar el celular varias veces. No tenía las fuerzas ni el ánimo para estirarme a contestarlo rápido. Ya regresaría las llamadas después.

Me froté los ojos lentamente, esperando que así me despabilara un poco.

—¿Te sientes bien? —me preguntó una voz masculina que desconocí totalmente.

Levanté la mirada perezosamente y haciendo gesto de que no quería hablar con nadie.

Al parecer, tuve un lapso de amnesia porque tardé mucho en reconocer a Matthew.

Estaba tan apática.

—Solo estoy cansada —respondí con trabajos. Mis palabras se atoraron un poco en la garganta.

Regresé mi atención al monitor. Quería que me dejara en paz, no tenía ánimos para discutir.

—Ven a mi oficina —me ordenó con su actitud de jefe.

Asentí y me puse de pie como si trajera kilos encima. Lo seguí sin dejar de estirarme un poco para despabilarme completamente.

Saludé a mi amiga con sonrisa cansada.

—¿Te sientes bien? —bajó el auricular para mostrarme que estaba preocupada por mi apariencia.

Hice una mueca de que no le diera importancia a lo que me sucedía.

Matthew me dejó pasar pero no entró de inmediato porque le dijo algo a Susan que honestamente no me importó. Fui directo a la sala para dejarme caer en el cómodo sofá. Mi cuello se relajó placenteramente e inmediatamente cerré los ojos solo por un segundo.

Solo necesitaba un minuto para estar bien de nuevo.

Cuando los volví a abrir, estaba acostada con un saco fungiendo como manta y Matthew estaba en su escritorio hablando con alguien muy casual. Su vista estaba puesta en el monitor que mostraba una hoja de cálculo con graficas de barras y otras de pastel.

Gemí al tratar de incorporarme con la loción de Matthew sedándome. Volteó a verme y me hizo señas con la mano de que le diera un momento, que pronto estaría conmigo.

Perdí la vista en el librero con sus cosas.

—¿Ya te sientes mejor? —me preguntó tras colgar, luego vino a mí.

Se sentó a mi lado, pero no muy cerca. Antes de decirme algo, hizo a un lado su saco; no fue cuidadoso con él. Me quedé en silencio cuando noté que no lo había escuchado cerrar la puerta y caminar a su escritorio.

—Te quedaste dormida —me reveló cuando vio que estaba confundida.

—¿Cuánto tiempo?

—Casi una hora.

Abrí los ojos sorprendida. Por eso me sentía con mucha más energía, por lo menos la suficiente para funcionar mejor. Volteé hacia la puerta, preocupada por lo que Susan fuera a pensar.

—Tranquila. Susan fue la que me avisó que algo te pasaba. Cuando te vi, deduje que estabas enferma. Iba a decirte que te fueras a casa, pero ya estabas perdida cuando entré. Te acosté para que descansaras mejor.

“Susan entró hace un rato y te vio durmiendo. Le dije que no quisiste irte pero que me pediste descansar un rato en el sillón.

Vi a Matthew aun confundida. Solo había sido un cerrar de ojos.

—¿Qué tienes? ¿Estás enferma?... ¿Te contagié?

Negué con la cabeza cada una de sus preguntas.

—Tuve terrores nocturnos anoche y la desvelada se me juntó con el estrés que he tenido... —
callé al ver que Matthew ladeó su cabeza acongojado por la idea de que él me causaba estrés, que, en teoría, así era.

Mis gestos le dijeron que no diera importancia a mi malestar.

—¿Por qué has estado tan distante conmigo? —me preguntó tras un largo escrutinio.

Toda mi persona, absolutamente toda mi persona no podía creer que él me preguntara eso.

—¿Es una broma, verdad? —inquirí totalmente irónica.

—No.

Negué varias veces con la cabeza. No tenía ánimos para enfrascarme en una conversación llena de justificaciones por malentendidos.

—Me enteré que Mason te envió flores ayer —me reprochó.

—Y yo vi a Marlene ser recibida por ti con una enorme sonrisa —rematé.

Mojó sus labios con la lengua mientras que nos mirábamos mutuamente como si tuviéramos una lucha para decidir quién sería el primero que daría el brazo a torcer.

—¿Esto se acabó? —me preguntó dudoso.

—No sé, dímelo tú —respondí. Su penetrante mirada no me dejó cortar la conexión para que no viera mi desilusión.

Tomó mi mano, y agradecí que lo hiciera porque estaba a punto de salir corriendo para huir de su arrepentimiento.

—No —susurró.

Finalmente rompí el contacto y suspiré aliviada.

—¿Podrías abrazarme? —le pedí mirando nuestras manos unidas. Las traviesas se habían adelantado a nosotros.

Me soltó para abrazarme muy titubeante al principio.

—¡Por favor, te necesito! —supliqué, e hizo su abrazo más fuerte.

La calidez que sentí me dio el mismo bienestar que me daba un chocolate. ¡No!, era mil veces mejor. Descansé la cabeza en su pecho y su deliciosa loción me estremeció hasta los huesos.

El hombre de mis sueños me estaba abrazando.

Tuve cuidado de que mi labial no manchara su camisa azul claro cuando restregué tímidamente mi rostro contra su pecho. Cada uno de sus pacíficos latidos desapareció todas aquellas dudas que tenía de él.

Subí los labios a su cuello para besarlo, pero recordé el lápiz labial, entonces solo lo rocé. Sentí los pelillos de su barba que empezaban a crecer, también como se retorció ante mi caricia sexy. Seguí mi trayecto hasta que los puse a una altura en donde él entendió mi deseo.

Fue un beso tímido en realidad, como si fuera la primera vez, cuando uno apenas está aprendiendo a besar. Los dos recordábamos donde estábamos, por eso el beso recatado.

Fuimos interrumpidos por el teléfono de la oficina. Nos seguimos dando picoretos que deseaban transformarse en un beso real.

—Tengo que contestar —dijo entre cada uno.

Aparté los labios. Si era Susan, no quería que se preguntara por qué se tardaba en contestar.

Matthew dio una rápida carrera y contestó. No era Susan pero si me di cuenta de que era una llamada importante porque se sentó y movió el mouse para activar la computadora.

Fui a su lado y me atreví a hacerle una caricia en el cabello. Cuando me vio por momentos, noté que sus labios estaban limpios, lo que quería decir que yo ya no traía lápiz labial.

Siguió hablando en lo que tomaba un post-it para escribir algo.

Me lo entregó rápido.

Tengo que trabajar pero te recojo frente a Starbucks a la salida.

¡Ya te extraño!

xxx

Al mirarle, me sonrió de tal manera que me hizo más feliz.

Cuando salí de la oficina, Susan dejó lo que estaba haciendo para hablar conmigo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó con tono preocupante.

—Sí. El estrés me venció esta vez.

Susan negó algo con la cabeza.

—Tienes que buscar la manera de relajarte o vas a terminar en el hospital como Mason —recomendó con tono maternal.

—Solo tengo que adaptarme a la carga de trabajo, redefinir mis prioridades, y estaré bien —respondí sin dar más importancia a mi condición. Acompañé mis palabras con un guiño.

—Creo que le caes bien a Matthew —comentó casi en un susurro que no quería que llegara a oídos de alguien, mucho menos de Matthew.

—Pues es correspondido, él también me cae bien —dije casi en el mismo tono empleado por ella.

—¿Tienes algo que hacer después del trabajo? —me preguntó a un volumen normal.

—Sí, lo siento. ¿Querías hacer algo?

—Sí, quería tomar un café y distraerme. No quiero llegar a casa a lavar la ropa, pero... ¡No importa! Será otro día.

Me sentí mal porque tenía ganas de salir con ella, pero también quería estar con Matthew.

¡Es horrible estar entre la espada y la pared!

—¿Qué te parece si vamos a almorzar juntas mañana? —sugerí.

—Bien —aceptó con una sonrisa—. Entonces... ¡A trabajar! —agregó con un movimiento de mano que parecía correrme amablemente.

Solté una risita callada.

Fue asombroso como Matthew cambió mi día desolado y lo convirtió en uno radiante. Aunque la realidad era que el clima estaba nublado, ventoso y quería llover. Típico día de otoño.

A la salida, tuve que volver a bajar por las escaleras de emergencia. Si seguía así, iba a conseguir unas piernas y pompis de lujo, de tanto bajar a pie.

Apenas se cerró la puerta de emergencia y escuché pasos en el siguiente nivel. Mis latidos se dispararon al recordar una escena horrible de una película japonesa. Pero, entonces, Matthew apareció muy sonriente, y mis latidos cambiaron de miedo a excitación.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté sin dejar de ver como bajaba los escalones uno a uno, muy tranquilo.

No me respondió hasta que llegó a mí.

—Quiero besarte. He extrañado tus labios toda la maldita tarde.

—Pero nos besamos...

—No. ¡Quiero besarte bien! ¡Nada de besitos de niños de primaria! —aclaró en lo que me tomaba del cuello y la cintura para atacarme con un beso que me dejó tonta de inmediato.

Solté las cosas para aferrarme más a él por las solapas de su saco gris oxford. No me importaron las cámaras de seguridad. De hecho, me perdí tanto en sus labios que no sentí cuando me estampó contra la pared y su mano bajó a mi trasero para pegarme aún más a él. Sentí su deseo explícito de hacer algo más atrevido, e iba a dejarme llevar por él cuando, por alguna razón, terminó el beso y retrocedió como si yo fuera radioactiva.

—Bien —dijo tragando saliva—, te veo allá abajo.

—¿Eh?

Sonrió travieso y abrió la puerta de nuestro piso. Lo seguí con la mirada y la boca abierta, ese había sido el momento más sexy y atrevido de mi vida. Me dejó muy excitada.

Solo hasta que soltó la puerta exhalé toda la pasión que encendió y desperdició.

Tomé mis cosas y bajé al lobby con la mente aun perdida en el beso que nos dimos.

El ruido fue lo que me regresó al mundo. Rápido me escabullí entre los empleados de otros departamentos con la esperanza de no encontrarme a Mason. Divisé a Brenda con otro compañero y a Susan sacando su paraguas rojo con apuro antes de salir al viento, que no solo traía tierra y hojas secas, sino también una fastidiosa llovizna que caía de lado.

Tuve que correr al Starbucks porque, como siempre, se me había olvidado el paraguas. Compré dos chocolates calientes y esperé en la puerta, viendo a los autos pasar tras del cristal.

Unos minutos después, salí con paso rápido cuando reconocí el auto de Matthew, quien ya me tenía la puerta abierta y me gritó que entrara antes de que me mojara.

—¡Mmm! Justo lo que necesito ahora —exclamó entusiasta en cuanto le di el vaso, dio un trago largo y después lo puso en el portavasos. Entonces, me miró por un segundo—. Bueno, también necesito retomar otra cosa pero tendrá que esperar un poco —agregó torciendo coqueto su sonrisa.

—¿A dónde vamos? —pregunté casual.

—A tu casa a pasar el rato.

—¡No! —exclamé de inmediato, sobresaltando a Matthew—. Mi casa es terreno prohibido por ahora.

Me hizo gestos de que no entendía.

—Mi amiga Vera también es amiga de Mason.

—Entonces, ¿a mi casa?

—¿No hay problema para ti? —pregunté dudosa.

Aún estaba insegura. ¡Demonios!

—No, no lo creo... A menos que mi amigo imaginario también sea amigo de Mason —su broma nos hizo reír.

Matthew manejó tranquilo con Arcade Fire sonando de trasfondo todo el tiempo.

Veníamos muy callados, aunque me di cuenta de que en realidad él venía cantando en silencio mientras bebía su chocolate cada vez que nos tocaba un alto.

En una de esas, volteó a verme en lo que tomaba mi mano para ponerla en su muslo, peligrosamente cerca de sus partes. Me paralicé porque no supe qué hacer: retirarla, acariciarlo o simplemente no hacer nada.

Opté por acariciarlo. Ya lo había tocado ahí antes sin querer, ¿por qué no hacerlo bien esta vez?

En cuanto entramos a su departamento, dejé mis cosas en el sillón con confianza.

—¿Tienes hambre? —me preguntó en lo que arrojaba las llaves al comedor.

—¿De tus besos o de comida?

Rió nervioso.

—Puedo satisfacer ambas —respondió caminando rápido para tomarme por la cintura y besarme profundo. Si no es porque me estaba sujetando, hubiera caído al suelo estrepitosamente cuando mis piernas fallaron por la excitación.

En eso, su estómago gruñó tan fuerte que me hizo reír sin querer.

—Antes tendrás que satisfacer la de tu cuerpo —susurré entre pequeños besos.

—Creo que sí —concordó cuando su estómago volvió a rugir. Me soltó y dijo—. Pediré algo de comer.

Tomó el teléfono inalámbrico que estaba sobre la mesa de centro de la sala. Constantes bips me dijeron que estaba buscando un número.

—¿Vas a pedir pizza? —le pregunté en lo que me sentaba para quitarme las zapatillas. Mis pies agradecieron que la sangre corriera libremente.

—Sí —respondió, aunque dejó de buscar para preguntarme—. ¿O prefieres otra cosa?

—No, no... Pizza está bien —respondí con una sonrisa.

Últimamente he comido mucha pizza, voy a terminar odiándola.

Regresó a su búsqueda hasta que su sonrisa me dijo que por fin había encontrado el número. Escuché detenidamente su llamada, que fue rápida y al grano; arrojó el teléfono cerca de mis cosas cuando terminó. Y cuando empezó a ponerse demasiado cómodo, lo miré todo el tiempo como si ya se estuviera desnudando para *hacerlo*.

¿Cómo será estar en la cama con él?

—¿Gustas algo de tomar? —su pregunta me sacó de mi pensamiento.

—Agua, por favor.

Cuando regresó, me entregó uno de los vasos que traía y bebí ansiosa en lo que él se sentaba a mi lado. Dejé el vaso en la mesa y él se hundió en el respaldo cómodamente, suspirando lleno de satisfacción.

—Creo que hoy descubrí algo acerca de ti —comenté en lo que me acomodaba de lado para verlo mejor. Incluso me atreví a enroscar amorosamente mechones de su cabello entre mis dedos.

—¿Sí? ¿Y qué descubriste? —volteó a verme sin perder la comodidad.

—Te gusta la pizza de pepperoni con champiñones... y extra queso.

Asintió sonriente.

—¡Ves! Yo tenía razón. Te dije que lo demás lo descubriríamos poco a poco... Por cierto, ¿y a ti que te gusta? —preguntó curioso.

Puso su mano en mis piernas dobladas, su pulgar dibujó pequeños círculos que mandaron pequeñas chispas que me embriagaron poco a poco.

—Tendrás que descubrirlo.

—¡Vamos! Yo te revelé cómo dormía... Solo ese dato vale dos de los tuyos.

—No, tú lo revelaste porque sí. Yo no te pregunté.

—Aunque sea dame una a cambio.

Lo miré en silencio, apretando los labios para demostrarle que me resistía a confesar algo. Por supuesto se lo iba a decir, solo quería que su expectación creciera un poco más.

—Si no abres esos deliciosos labios sexys para revelarme algo, los voy a abrir a fuerzas con mi lengua... ¡Decide! —amenazó con una sonrisa conquistadora.

Me sorprendió lo mandón que se puso, pero también me encantaron sus directas sexuales.

—¡Está bien, tu ganas!... En verano, tú duermes en boxers... Yo lo hago con un micro short y una t-string —confesé en lo que me acercaba más a él. Arqueó las cejas y gimió sin querer, posiblemente me imaginó vestida así. O aún mejor para él, que también durmiera desnuda. Nunca lo he hecho porque Luke a veces entraba a mi cuarto después de tocar la puerta una sola vez—. En invierno, tú duermes con pantalón a cuadros y playera, yo con pijama de franela.

—Acabas de matar la visión —dijo reprobatoriamente—. Y solo por eso, te voy a besar cuánto y en dónde yo quiera.

Reí juguetona.

—Estamos a mano —comenté, y me adelanté a su amenaza.

Me tomó por la cintura para que me sentara sobre él a ahorcajadas. Me dejó el total control de los besos que fueron de todo tipo.

No sé por cuánto tiempo nos besamos, pero ha de haber sido bastante porque la pizza no tardó en llegar. Desafortunadamente, eso significaba que tenía que parar esto para comer.

Tras que recibió la pizza, fuimos al comedor. Matthew abrió una botella de Malbec para acompañar la comida. No me gustaba mucho el vino, pero no podía decirlo porque esa sería otra revelación que él tenía que averiguar por sí solo.

—¿Tienes planeado algo para mañana? —me consultó mientras comíamos.

—No, generalmente lavo la ropa para tener todo el fin de semana libre... ¿Por qué?

—Porque quiero tener una cita contigo —respondió como si nada.

Por supuesto me sorprendió la indiferencia, más que la sugerencia misma.

—¡Vaya, cuánto entusiasmo! —murmuré sin querer.

Él, en respuesta, rió entre dientes irónico.

—Me pones nervioso —alcancé a escuchar antes de que bajara el rostro para que no lo viera.

Sonreí deleitada. Así que usaba la indiferencia para ocultar su nerviosismo.

—Matt —tomé su mano como pude. Sus ojos brillaron de deseo cuando subieron a los míos—, me encantaría tener una cita contigo.

Sonrió tímidamente.

—Esas dos veces que salimos a almorzar fuera de la oficina, ¿podrían considerarse como citas? —pregunté inocentemente—. A mí me lo parecieron. Había comida de por medio y hablamos de nosotros. ¿Eso es lo que se hace en una cita, no?

—No —respondió tajante—. Yo no trabajo en mis citas.

—Pero me trabajaste —susurré ingenua.

Reímos tímidamente.

—Bien. Mañana hay junta, así que no te veré en todo el día —dijo en lo que tomaba una servilleta para jugar con ella—, pero haremos lo mismo que hoy: te recojo frente a Starbucks a la hora de la salida. Trata de estar a tiempo.

—Okay, no hay problema.

Terminó de jugar con la servilleta y me la entregó. La tomé extrañada, pero cuando la miré fijamente, me di cuenta de que era una estrella hecha con la técnica de origami.

¡Me encantó la coincidencia porque él era mi estrella! Y me hizo mucho más feliz que las rosas de Mason.

Lógicamente, me abalancé sobre él para besarlo. La silla retrocedió escandalosamente ante mi efusión. Matthew se puso de pie como pudo y me llevó al sillón para tener un faje tierno. Nunca pasó más allá de caricias por encima de la ropa. Nada atrevidas.

Cerca de las ocho de la noche, me llevó a mi departamento. Yo quería quedarme más tiempo con él, pero me dijo que tenía que descansar, porque, de acuerdo a lo que tenía planeado para mañana, me iba desvelar. Tenía planeado algo que esperaba me gustara mucho.

Algo que definitivamente recordaría con una sonrisa toda mi vida.

PRIMERA CITA

Al despertar por la mañana en mi cómoda cama y con la loción de Matthew aun impregnada en mí, supe de inmediato que el día iba a pasar muy lento. Ya lo extrañaba.

Salí de la casa con la esperanza de que si me aceleraba un poco, podría acelerar el día también. Una idea bastante estúpida porque lo único que logré fue que ya estuviera cansada para cuando llegué a la oficina.

Inicié mi día, como siempre, planeando el trabajo para que exactamente a las cinco ya estuviera libre.

No hice mucho en realidad, solo meter datos a la hoja de cálculo. Solo interrumpí mi trabajo para salir a almorzar con Susan a un pequeño brístó holandés.

Tuve un momento agradable con ella; conversamos de nuestros planes para el fin de semana. Ella pasaría los días en Brighton con unas amigas de la infancia, mientras que yo tuve que inventar algo; luego me preguntó de la relación de Luke y Vera. Me extrañó que estuviera interesada en ellos. Estaba a punto de preguntarle acerca de eso cuando sacó a Matthew a la plática y, por supuesto, me olvidé de mis amigos y puse toda mi atención a la información que podría sacarle.

—¿Siempre ha estado con Marlene? —le pregunté casual, como si solo quisiera chismear con ella.

—Sí. Bueno, no desde un principio. Creo que hubo alguien de la universidad antes de ella.

Por eso no me hizo caso entonces, estaba enamorado de alguien más.

—¿La conociste?

—No, nadie la conoció. Muchos decían que solo era una novia inventada, pero, seamos honestas, Matthew no tiene el físico para inventarse novias —respondió con una mirada pícara al final.

—Sí, es muy guapo —estuve de acuerdo sin querer, aunque lo hice carente de emociones, solo como un reconocimiento—. Te tengo una pregunta hipotética —agregué en lo que tomaba mi vaso.

—Dime —respondió Susan dando mordidas a su salchicha frita.

—Si Marlene no se hubiera cambiado de departamento y tuviera una relación abierta con Matthew, ¿qué pensarían los de la oficina?

—¿La verdad?

Asentí animada, y ansiosa por la respuesta.

—La verdad es que nada. Marlene ha andado detrás de sus huesos por tanto tiempo que nuestro primer pensamiento sería: “¡Vaya, Matthew cedió!”

—¡Ah!—exclamé indiferente. No era la respuesta que esperaba.

—Pero si fuera alguien nueva, como tú, el pensamiento sería diferente.

—¿Cuál sería?

—“¡Vaya, una trepadora!” —respondió con burla.

—¡Oh! —exclamé con pesar. Esperaba esa respuesta, pero no que me afectara tanto. Sin embargo, concordé que Matthew tenía razón. El plan planteado, y decidido, era el mejor para mi reputación.

—Háblame más de esa novia de la universidad —dije para desviar la conversación a algo que no la llevara a preguntar: ¿estás interesada en él?—. ¿Cómo era?... Bueno, ¿cómo la describía él?

Quizás su novia era esa chica con la que lo vi por primera vez... bueno, segunda vez. Tenía que serlo para ignorarme así entonces.

Susan me escrudiñó con la mirada, que luego cambió a confundida.

—¡Qué raro! La describía como tú.

—¿Cómo yo? —me sorprendió muchísimo.

Susan asintió con la mirada de regreso a su almuerzo.

Sonreí por la idea que me cruzó en ese momento. ¿Podría ser yo la novia imaginaria? Su amiga de entonces no se parecía nada a mí. Sería maravilloso que Matthew no solo me recordara como la torpe que lo ponía en ridículo, sino la que lo enamoró desde entonces. Tanto para usarme como novia ficticia.

—Dejemos al *jefe* a un lado —dijo—. Platícame... ¿Qué ha pasado con Mason?

—Nada —respondí frustrada. Quería seguir hablando de Matthew—. No sé nada de él desde el lunes.

—¿Nada? ¿No te ibas a ver ayer con él?

—No.

—Entonces, ¿con quién saliste?

La respiración se me fue con esa pregunta. Mi corazón recordó nuestra sesión de besos y gritó: “¡Con Matthew!”.

—Con mi prima Jenny —respondí rápido para que no sospechara nada.

Susan asintió muy satisfecha con mi respuesta.

—Creí que te había reconquistado con esas flores.

—No, no pienso regresar con él... No después de lo que me dijiste acerca de él y Marlene —se me retorció el estómago de coraje al recordar esas semanas que estaba yo hecha un lio, preguntándome qué había hecho mal. Cuando en realidad fui vilmente engañada.

—Sí, te hicieron una mala pasada. Sobre todo Marlene, porque sabía que Mason tenía novia y aun así lanzó su red. Por eso me cayó peor cuando entraste y me enteré quién eras.

De pronto, todo tuvo sentido. De por qué Marlene había hecho un mal trabajo para hacerme quedar mal. Tenía celos, pero no por Matthew, sino por Mason... ¿O ambos? ¡Vaya tipa que no se decide!

Sonreí sin querer, porque le salió el tiro por la culata y solo logró que Matthew y yo nos conectáramos más.

—Karma —murmuré sin querer.

—¿Disculpa?

—Que el karma le ha pasado la cuenta.

—¿Cómo?

—Ella se interpuso entre Mason y yo, y ahora la vida le está retribuyendo con la misma moneda.

—No entiendo —dijo ella. Hizo a un lado el plato ya vacío y jaló su café para degustar su

aroma más fácilmente.

Me di cuenta de que había metido la pata. Afortunadamente, era sagaz de mente.

—Mason al final regresó a mí. Aunque yo ya no lo quiera, pero regresó. Y Marlene está loca por Matthew pero, por lo poco que he visto y escuchado, él ya está cansado del coqueteo. Solo que quizás no encuentra la forma de deshacerse de ella. A lo mejor por eso facilitó su traslado.

Susan rió maléficamente.

—Sería mejor que la dejara por otra. Así la vida le pagó con la misma moneda... ¿Sabes que sería genial? —dijo entusiasmada al final.

—¿Qué?

—Que esa otra fueras tú... ¡Eso sí sería un buen ejemplo de karma!

Reí nerviosa sin querer, aunque Susan lo tomó como si me hubiera hecho una broma.

—No. Reconozco que Matthew es muy guapo pero no quiero nada con él en este momento —expliqué como si la sola idea me incomodara.

—Es una lástima, porque sigo insistiendo que hay una buena química entre los dos.

Me quedé muda. O Matthew y yo éramos muy malos para ocultar que nos gustábamos mucho, o ella era muy perspicaz.

—¡A-ha! Y luego me vas a odiar y me vas a llamar “trepadora” —dije en son de burla, que tenía un poco de verdad.

Susan rió pero no refutó mi comentario, tal vez porque lo tomó como broma.

Nuestra conversación quedó ahí, y regresamos a la oficina tras pagar la cuenta.

Cerca de las tres de la tarde, llegó Marlene con varios folders en mano.

Al parecer tu nuevo puesto es como mensajera, pensé burlona.

—Hola, Ally —saludó a unos cuantos pasos de mi escritorio.

Respondí su saludo sin prestarle atención y con tono molesto. ¿Y cómo no estarlo después de lo que me chismeó Susan? A pesar de que ya no sentía nada por Mason, aún tenía ganas de reclamarle lo ofrecida que fue con él.

—¿Has visto a Matthew?

Detuve lo que estaba haciendo para mirarla ahora sí con molestia.

—Por si no te has dado cuenta tengo bastante trabajo como para estar perdiendo el tiempo con tu novio —respondí molesta.

—Es que no está en su oficina.

—Ah, entonces vienes a cuestionarme si se dónde está.

—Susan no me quiere decir —dijo con voz infantil.

—Pues curiosamente sí sé dónde está —Marlene puso cara expectante—. Hoy es viernes —cada uno de mis rasgos le reprendía por ser tan tonta.

—¡Oh, tienes razón! ¡Qué tonta soy! —se amonestó—. Voy a buscarlo, luego te veo.

—Sí —regresé a mi trabajo.

—¡Ah!, se me olvidaba —dijo regresando—. ¿Le diste algo a Matthew para que se sintiera mejor cuando estuvieron trabajando en su casa? Lo que me recuerda... ¡Te extralimitaste al ir a su casa!

—Solo fui por trabajo y, sí, le di un remedio casero. ¿Por qué? —respondí como si nada mientras revisaba mis anotaciones.

—Porque se sintió mucho mejor al día siguiente. No sabes cuánto nos divertimos..., y lo dispuesto que estuvo para hacer algunas cosas.

—¿Fuiste a verlo? —traté de ocultar mi enojo por la entonación sexual que le dio al final.

—Sí, aunque él no quería.

—Si él no quería, entonces, ¿por qué fuiste a mortificarlo?

—¡Doooh! Porque soy su novia y tengo que cuidarlo.

—Entiendo. Y si tuviste un buen día con él, ¿por qué me estás reclamando?

—No es un reclamo —aclaró con una sonrisa tonta—, solo te pido que las cosas del trabajo las traten aquí.

—Eso díselo a él... Y si no te importa, tengo trabajo que hacer —terminé ya con tono cortante y dedicando mi atención al monitor.

—Está bien... Nos vemos —se despidió como si fuera inmune a mi frialdad.

Me dejé caer en el respaldo de la silla cuando se alejó. Respiré tranquila varias veces, recordándome que no tenía que enojarme por su verborrea de que tan maravillosa era su “relación” con Matthew. Aunque si tenía que aclarar con él qué hizo el miércoles que no lo vi ni respondió mi mensaje. No quería creer que entre todas esas sandeces que dijo Marlene, había una verdad escondida.

Vi el reloj de la computadora y me di cuenta de que ya eran las cuatro. Decidí apurarme para empezar a recoger mis cosas antes de las cinco. A pesar de la visita de Marlene, estaba entusiasmada por esa primera cita con Matthew.

No llegué al punto de reunión exactamente a las cinco, porque Brenda me detuvo un momento para invitarme a *The Gathering* con los demás. Tuve que volver a usar la excusa “Jenny”. Tenía que hablar con ella para que me cubriera con Mason, pues era seguro preguntaría por mí. Lo llevarían a Jenny tarde o temprano.

Esperé unos minutos y no había señal de Matthew. No quería creer que me había dejado plantada solo porque no estuve exactamente a la hora que me dijo.

—¿Esperas a alguien? —escuché su voz detrás de mí.

Volteé rápido para verlo salir del Starbucks con dos té.

—¡Matt! —exclamé llena de gusto al verlo.

Apretó los labios y soltó un gemido cuando me escuchó cómo lo llamé, quizás ya no quería que lo llamara así. Me desilusioné porque se me hacía muy tierno su diminutivo.

—Creí que me ibas a recoger rápido... —lo miré de pies a cabeza—. ¿Por qué vistes ropa de calle? ¿No viniste a trabajar?

—Sí, sí vine, pero terminamos temprano. Me dio tiempo de ir a casa, cambiarme y esperarte aquí —ambos estuvimos a punto de saludarnos de beso pero reaccionamos a tiempo y nos quedamos atorados en el intento; estábamos en la vía pública.

—Voy por el auto y te recojo.

—Sí.

Se fue con ambos vasos. Al parecer, tenía todo un plan establecido para que nuestro encuentro se viera casual en caso de que alguien conocido nos viera.

En cuestión de cinco minutos, su auto ya estaba frente a mí. Subí rápido.

—Por cierto —dijo en lo que se inclinaba para buscar mis labios. Me tomó por sorpresa pero finalmente lo besé.

—¿Y eso por qué fue?

—Porque me llamaste Matt.

Sonreí con gusto. El gemido que había escuchado no fue porque le molestara, bueno, más bien le molestó que no pudiera besarme en ese momento.

El auto avanzó pero fuimos detenidos dos semáforos más adelante, entonces, miré el té.

—Es para ti —dijo al ver que mi atención estaba en el vaso.

—Roiboos, mi té favorito —dije después de un sorbo.

—¿En serio atiné el tipo?

Asentí muy sonriente.

—¡Bien! Una nueva cosa que sé de ti.

Sonreí.

—¿Y a dónde vamos?

—Primero, a tu casa a que te cambies.

Miré el reloj. Si Matthew era rápido manejando podríamos llegar a casa y cambiarme antes de que Vera llegara. No es que no quisiera que mi amiga se encontrara con Matthew en el departamento, sino que no sabía si llegaría con Luke o no.

Afortunadamente, no hubo tanto tráfico y llegamos al departamento veinte minutos después.

Lo invité a subir.

No le ofrecí algo de tomar porque traía el té en mano. Le dije que se sintiera cómodo y que no tardaba.

Tomé un baño rápido y salí ya con respiración desfallecida. Generalmente, me tardo algo en escoger que ponerme, pero la vestimenta de Matthew me dio una pista a dónde iríamos. Así que me puse unos jeans, una playera blanca de manga larga, un sweater cárdigan guinda —al parecer era su color favorito—, y bailarinas. Me veía linda.

Estaba maquillándome un poco cuando escuché la puerta del departamento. Paré oreja para reconocer los sonidos que me dijeran con quién venía Vera.

—¡Oh!... ¿Quién eres tú? —escuché a mi amiga preguntar, su voz sonó temerosa. ¡Qué buena actriz!

—Hola, soy Matthew —respondió él.

—¡Ah! ¡Hola! —dijo mi amiga, ya con voz más amigable. De hecho, se escuchó muy obvia al reconocer el nombre.

—¿Tú eres Vera, verdad? Amiga de Ally de la universidad.

—¡Sí! ¿Te habló de mí?

—No, pero te recuerdo.

—¿En serio? ¡Wow! ¡Vaya memoria que tienes! —Matthew soltó una risita entre dientes—. ¿Ally ya te ofreció algo?

—No, gracias, tengo un té.

—¡Bien! Entonces... Siéntate como en casa. Voy a ver a Ally.

—Adelante.

Escuché el taconeo de Vera, y casi en seguida la puerta se abrió. En cuanto me vio, contuvo un grito. Estaba entusiasmada por mí.

—Me hubieras avisado que su cita iba a ser aquí, casi traigo a Luke al departamento.

—No, no va a ser aquí. Solo me trajo para que me cambiara —refuté.

Corrí al clóset para sacar una de mis bolsas casuales y empecé a echar todo lo que podría necesitar.

—¿Te vas a quedar con él esta noche? —preguntó traviesamente Vera.

El mariposeo en mi estómago me detuvo ipso facto. No había considerado la posibilidad de pasar la noche con él. Eché mi cepilló de dientes y el desodorante..., y unas pantis extras. Uno nunca sabe que puede pasar durante los besos.

—No, no lo creo —dije incierta. Regresé a lo que estaba haciendo.

—¿Pero es posible que llegues muy noche? —me consultó Vera.

—¿Quieres que llegue tarde?

—Bueno, Luke no viene hoy. Partida de póker con Mason y amigos... Te pregunto porque si no vas a venir, podría llamarle para que venga en cuanto termine su farra.

—Lo más probable es que... ¡No sé!

Vera rió, pero calló cuando recordó que Matthew podría reconocer en esa risita que estábamos hablando de él.

—Bien... Si no llegas a media noche, como Cenicienta, voy a dar por entendido que te quedaste con él.

—Sí —respondí estando de acuerdo. Tomé el bolso, me di una última checada en el espejo y dije—. Te dejo. Deséame suerte.

—No creo que la necesites. Matthew nos recuerda, lo que quiere decir que está loquito por ti —comentó con tono burlón y luego rió escandalosa.

—¡Ya basta! —la regañé calladamente y salí del cuarto.

Matthew se puso de pie en cuanto me vio y se acercó para tomarme por la cintura.

—Me gustas mucho como oficinista, pero esos jeans te quedan perfectos —dijo en lo que se inclinaba para besarme.

—Hasta luego, Matthew —escuchamos detrás de nosotros.

Vera interrumpió el beso a propósito para burlarse de mí a escondidas.

Matthew me soltó para decirle hasta luego.

Ya en el auto, en donde Matthew me abrió la puerta galantemente, le pregunté a dónde iríamos. No me respondió pero se estiró un poco a la guantera para sacar un sobre del tamaño de un billete y me lo entregó.

Eran boletos para el concierto de Coldplay. Lógicamente, sonreí de oreja a oreja. Uno de mis sueños estaba haciéndose realidad.

Deseé con todas mis ganas que el grupo tocara *Yellow*, ¡haría mi noche perfecta!

—Matt... —le llamé así por instinto.

—Me debes un beso —me interrumpió rápido.

—Apúntalo en mi cuenta —dije bromista y él rió entre dientes. Continué—. ¿Qué vamos a hacer en lo que el concierto empieza?

—Vamos ir a comer algo... ¿Qué te gustaría?

—Algo que no sea pizza.

—Creí que te gustaba.

—Sí, pero no comerla toda una semana —esclarecí con obviedad.

—¿Entonces?

Guardé silencio para pensar en algún tipo de comida que no me hiciera vomitar en el concierto. Pero todo lo que se me ocurría era demasiado pesado para digerir. Al final, terminé sugiriendo la pizza.

Matthew me llevó a una pizzería en donde servían autentica pizza italiana, tal y como se come en ese país. Pidió una al estilo Margarita y, debo admitir, que estuvo exquisita. Muy diferente a

esas pre-hechas que se piden por teléfono.

Mientras comíamos, le platicué de lo que Susan y yo hablamos.

—Por eso me cae muy bien. Creo que se merece un aumento —comentó con una sonrisa de oreja a oreja cuando le relaté que ella me había sugerido que saliera con él.

—Muy aparte de que me quiere emparejar contigo, Susan es una buena compañera..., y amiga —dije con honestidad al reconocer que ya la consideraba mi amiga. Aún no lo era como Vera pero podría llegar a serlo.

Después saqué el lado malo de mi día: la visita de Marlene.

—Ya no debe importarte lo que te diga.

—Entonces, ¿todo es mentira?

—No, es verdad que fue a mi casa. Faltó al trabajo.

Apreté la quijada molesta, dolida por saber que él pasó su día con ella.

—No pienses nada malo. Eso sí fue invención suya. Fue a llevarme un remedio disque natural —se interrumpió para bufar mordazmente—. Sus malditos chochitos me hicieron dormir todo el día. Creo que se la pasó metida en la cocina preparando un bufet que, obviamente, no pude comer. La corrí en un momento de lucidez, cerca de las cuatro de la tarde, y volví a caer dormido en cuanto se fue. Por eso no te respondí el mensaje, ¡estaba completamente drogado!

“Como enfermera, se muere de hambre.

No supe si reír o no.

—Bonita...

—Me debes un beso —le interrumpí como él le hizo cuando le llamé Matt.

—Apúntalo en mi cuenta —dijo en tono bromista.

Saqué mi celular del bolso para apuntar en el calendario que Matthew me debía un beso. Él no paró de reír. Cuando terminé, le invité a continuar lo que me iba a decir.

—Es hora de irnos —avisó en lo que se ponía de pie y tomó la cuenta que había que pagar a la salida.

Lo seguí.

Mientras esperábamos en la caja, lo abracé por la cintura y me puse de puntas para besar su barbilla, ligeramente rasposa. Me encantaba como se veía así, le daba ese toque desaliñado sexy.

—¿Puedo pagar mi cuenta? —le pregunté en un murmullo.

—No, yo te invité. Yo pago —respondió mirándome a los ojos, muy serio.

—No, me refería a la *otra* cuenta —rectifiqué mordiéndome el labio.

Matthew sonrió pícaro al entender tardíamente a qué me refería; me acercó sus labios para que los besara a placer. Tuvo que ser un beso casto porque teníamos público presente.

EN VIVO

Llegamos al estadio a tiempo. El grupo abridor aún estaba sonando por todo lo alto; al parecer, fue del agrado del público porque lo ovacionaban con entusiasmo.

Minutos después, el grupo se despidió y las luces se encendieron. El griterío bajó hasta un zumbido de un enjambre que nos permitió platicar a un volumen casi normal.

—¿No te pregunté si te gustaba Coldplay? —me preguntó Matthew.

—Sí, me gustan mucho —respondí.

—¡Qué bueno! —suspiró aliviado.

—¿Cómo conseguiste los boletos?... Estaban ya agotados cuando intenté comprar uno en línea hace meses.

—Sí, igual yo... Corrí con la suerte de que un amigo me ofreció los boletos cuando tomamos un descanso durante la junta. No sé qué tenía que hacer con su novia y ya no los iba a usar.

“Tenía planeado otra cosa para nuestra cita pero me pareció genial escuchar en vivo a uno de mis grupos favoritos contigo a mi lado —dijo tomándose de la cintura para jalarme y poder abrazarme por atrás, luego bajó sus labios a mi cuello, en donde empezó su recorrido a mis labios.

—La cuenta ha quedado saldada y empezamos de nuevo —comentó muy risueño—. Por cierto, cuando estábamos en la pizzería, no te comenté que he terminado toda relación con Marlene —agregó.

Me retiré para verlo asombrada.

—Como te había dicho, no tenía que hacerlo. No había nada que terminar. Pero recordé que tú terminaste con Mason, e igualmente no tenías que hacerlo. Por eso seguí tu ejemplo.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté extrañada, pues Marlene, hasta esta tarde, seguía restregándose su relación con Matthew.

—El día que fue a drogarme... Por eso la corrí, porque hizo un drama que ni al caso.

Pensé por un momento por qué ella seguía empeñada en hacerme ver que Matthew era suyo.

—¡Ay Dios! —exclamé cuando me llegó la verdad de todo—. Marlene sospecha de nosotros.

Me torció para verme mejor.

—¿Por qué lo dices?

—Por las escenitas que me ha estado haciendo. Ya sabes, limitando su terreno. ¡Literalmente me prohibió ir a tu casa!

—Mmm, pues allá ella. Es su problema si quiere quedar como una ragona, porque, a partir del lunes, voy a empezar a cortejarte en la oficina.

Reí casi a pierna suelta en lo que él me miraba confundido, no entendía mi explosión de júbilo.

—Me dio risa lo de cortejarme. Se oyó muy anticuado.

—Pues prepárate porque soy algo anticuado.

—¿En serio?

—Bastante. A veces rozo en lo Georgiano, milady —respondió, tomando mi mano para besarla.

Reí otra vez.

El público gritó exageradamente cuando las luces se apagaron súbitamente, pero solo para que las del escenario se encendieran y las notas de un órgano sonaran armoniosamente creando poco a poco la introducción de la primera canción. El grupo salió, y fue recibido por gritos llenos de emoción. Se acomodaron en sus lugares e iniciaron la primera canción con entusiasmo.

Estaba perdida en el escenario, maravillada con las luces alumbrando solamente a Chris Martin tocando el piano mientras cantaba con sentimiento desbordado.

Terminó la primera canción y siguieron el concierto con mucha vivacidad. De vez en tanto, volteaba a ver a Matthew cantando a todo pulmón mientras llevaba el ritmo con la cabeza. Cuando me cachaba que lo estaba viendo, me invitaba a unírmele en el canto también. En verdad estaba pasando un rato maravilloso a lado de este hombre “anticuado”. Solo faltaba una cosa que haría esta noche perfecta.

Yellow.

Tenían que tocarla, era una de las clásicas. Si no estaba en el set list, era seguro que la demandaríamos a gritos.

Cuál fue mi sorpresa al escuchar el solo del piano que lentamente formaba la armonía para que Chris pudiera iniciar el primer verso. Estaba tan extasiada que tuve que llevar las manos a la boca para atrapar el grito de emoción que quería dar. Matthew me vio y, quizás entusiasmado por la canción, me tomó por la cintura para besarme, solo por unos segundos, y después me atrajo a él en un abrazo que le permitió cantarme al oído. Unas luces amarillas alumbraron el estadio súbitamente haciendo el momento aún más mágico.

Tuve un micro orgasmo cósmico que me llevó a las estrellas, por así decirlo. Más que sexual fue que casi me da un infarto de emoción, porque me di cuenta de que me estaba enamorando de Matthew. Si no, ya lo estaba desde hace tiempo.

—Has traído magia a mi vida, Matt —le dije cuando me torcí un poco para mirarlo. Su respuesta fue un beso suave que terminó con sonrisas y un *Look how they shine for you*^[2]. Ambos éramos muy felices.

Mi deseo fue cumplido, y lo mejor de todo fue que no tuve que esperar años para vivir el recuerdo que destacaría sin dificultad de entre los demás.

La canción terminó y aplaudí aun extasiada. Matthew me dio un beso en la mejilla antes de que la siguiente lo obligara a soltarme para aplaudir mientras que daba brincos de gusto.

En una de esas, el sistema de iluminación fue exagerado, tanto que alumbró perfectamente todo. Tal vez la emoción me hizo ver mal pero estaba segura que algunas filas adelante, del lado derecho, estaba Mason. Mi corazón palpitó sorprendido, no porque me preocupaba que sintiera mi mirada y volteara, sino porque creí ver a Marlene a su lado.

Volteé a ver a Matthew pero estaba tratando de adivinar que canción seguía, tenía la oreja un poco parada. Le jalé el sweater y me puse de puntas para alcanzar su oído.

—¿Estoy alucinando, o esos que están por allá son Mason y Marlene? —le pregunté.

Volteó inmediatamente a donde le señalé, olvidándose un segundo del concierto. Nuestras miradas estaban fijas en esas dos personas que se parecían tanto a ellos. Yo batallaba un poco en verlos por la altura pero Matthew no tuvo problema en vigilarlos. Hubo otro cambio de luces

fuertes y comprobamos mis dudas. ¡Sí eran Marlene y Mason! Y lo que era aún más confuso, ¡se estaban besando!

—¡Qué rápido nos olvidaron! —me comentó al oído.

—Tendremos que salir antes para que no nos vean.

Matthew asintió. Seguramente, al igual que yo, no quería que nuestra noche se echara a perder por reclamos. Nos harían una escena de celos, cuando era muy obvio que no tenían ya que hacerla. No después de ese tremendo beso que se dieron.

En el encore del concierto, Matthew me señaló con un cabeceo que nos fuéramos. Tomó mi mano y me jaló detrás de él, abriéndome paso entre el público que se confundió un poco por que dejábamos el concierto.

Tardamos un poco en salir, pero a tiempo para encontrar el estacionamiento aun solo.

Quería agradecerle por haberme traído al concierto, pero estaba completamente sorda. Escuchaba todo como debajo del agua, y los únicos sonidos perceptibles eran mi respiración y mi corazón palpitando aun emocionado.

Llegamos al auto y Matthew me abrió la puerta, pero me detuvo antes de subir.

—Recuerdas que había algo que quería preguntarte —me dijo levantando un poco la voz. Creo que él también estaba un poco sordo.

Asentí varias veces rápido. ¡Cómo olvidarlo!

—¿Recuerdas que te dije que soy anticuado?

Volví a asentir. Entonces me jaló por la cintura y bajó un poco a mi oído.

—¿Quieres ser mi novia? —me susurró.

Me quedé muda por varios segundos. A pesar de estar aún un poco sorda, escuché la pregunta alto y claro. Cuatro sencillas palabras lograron estremecerme hasta tener un orgasmo súbito, solo para él.

Matthew creyó que no le había escuchado bien, y por eso estaba tan callada. Repitió la pregunta, luego me miró a los ojos. Mi corazón palpó emocionado cuando vi la espera ansiosa en sus ojos.

—Sí —respondí de camino a sus labios.

Nuestros cálidos alientos ya habían chocado cuando un tipo cantando a gritos nos interrumpió.

—¡Vámonos! —ordenó Matthew apresurado.

Me abrió más la puerta para que me subiera, luego pegó carrera a su lado y arrancó rápido para salir de ahí.

No hablamos en el camino, aun estábamos lo bastante sordos para platicar. Además, al fallarle ese sentido, él venía con toda su atención en el camino mojado. Llovió fuerte en algún momento del concierto.

Llegamos a mi departamento, y miré el segundo piso con pesar. Casualmente divisé una figura masculina que me hizo pegar más a la ventana. Era Luke sin camisa.

Bufé fastidiada porque iba a ser una larga noche de escuchar música para callar la pasión de mis amigos.

—¿Qué sucede? —preguntó Matthew, regulando su voz para que no se oyera como un grito.

—Vera está teniendo una noche de pasión con Luke —Matthew rió—. Ni modo. Se les acabó la fiesta —comenté en lo que me quitaba el cinturón de seguridad.

—¡No! —me detuvo—. Déjalos.

—¿Y dónde voy a dormir?

—En mi casa —respondió con una amplia sonrisa.

—Gracias, pero realmente estoy cansada —dije, denotando que había entendido que si iba a su casa, lo menos que iba a hacer era dormir.

No creía que pudiera manejar nuestra primera vez estando cansada; toda la noche ha sido un sinfín de emociones.

—Creo que no recuerdas que soy anticuado —dijo con tono burlón—. Siempre respetaré tu decisión de dormir... A menos que sea una excusa para no estar conmigo. Ya sabes, como la del clásico dolor de cabeza.

Lo miré en silencio, aun dudaba.

—Puedes quedarte en mi cama y yo me voy al sillón —sugirió cuando entendió que me asustó un poco su primera advertencia.

—¿Seguro?

—Sí, no te preocupes —se acercó para darme un beso, que fue solo un roce de labios.

—Está bien. Vamos —cedí, acomodándome en el asiento.

Matthew arrancó para ir a su departamento.

En cuanto entramos, Matthew revisó si tenía mensajes, mientras tanto fui a sentarme. Al parecer, no tenía ninguno. ¡Qué bueno! No soportaría uno de Marlene.

—¿Quieres algo de beber..., o comer? —preguntó algo nervioso, jugueteó con sus llaves antes de aventarlas en la mesa de centro. Creo que también estaba nervioso por lo que podía pasar al momento de besarnos. Iba a ser una larga noche en donde todo podía pasar.

—Me gustaría cenar algo ligero.

—¿Qué te gustaría?

—Un café y pan..., tal vez.

—No hay problema —fue a la cocina pero se detuvo a medio camino, y volteó a verme extrañado por algo—. ¿No vienes conmigo?

—¡Oh, claro! —respondí yendo rápido hacia él.

En la cocina, de un impecable color blanco y muebles color chocolate, había una pequeña mesa con dos sillas. Me senté y lo miré ir y venir preparando café y sacando dos muffins de zarzamora que puso en un plato. Luego fue a apagar la chirriante tetera y sirvió el agua lentamente en las tazas.

Le ayudé rápido cuando vino a la mesa haciendo un poco de malabarismo, me agradeció con una sonrisita. Se sentó frente a mí, la mesa era tan pequeña que nuestras piernas se tocaron sin problema. Sigo amando las mesas pequeñas.

—¿Qué te pareció el concierto? —preguntó después de beber su café.

Noté que quería romper el silencio que no tenía razón de existir entre los dos.

—¡Me encantó! —respondí entusiasmada, también quería romper la incomodidad—. ¿Cuál fue tu canción favorita?

—Todas me gustaron, pero definitivamente *Yellow* destacará más de ahora en adelante... Pensaré en ti cada vez que la escuche.

Me sonrojé y él soltó una risita encantada por ponerme así. *Yellow* ha sido siempre nuestra canción.

Terminamos nuestra cena ligera y me llevó a su cuarto y, en cuanto vi la cama, temblé sin control. Quería hacer el amor con él desde que reentró a mi vida pero, así como lo deseaba tanto,

también tenía miedo de no ser lo suficientemente buena para él en la cama. Que sus expectativas fueran tan altas que no las alcanzaría jamás.

Matthew sacó un pijama que, al verla, tendría que doblar.

—¿Quieres cambiarte aquí o en el baño? —me preguntó en lo que tomaba su pijama de debajo de su almohada.

—¡En el baño! —respondí apresuradamente.

Él sonrió y me hizo una seña de que fuera. Pero antes, tomé mi bolso.

Fui al baño, que incongruentemente era muy tradicional; de hecho, hasta se parecía un poco al del departamento de Vera.

Me vi en el espejo y reconocí que aún me veía bien para la hora. Era una lástima que tuviera que lavarme el rostro, pero en verdad odiaba dormir con maquillaje.

En seguida de que me cepillé los dientes, me vestí muy nerviosa por usar *su* ropa. Tuve que arremangar el pantalón tanto de arriba como abajo porque me quedó enorme.

Salí del baño con todas mis cosas protegiéndome de la que vendría después. Matthew ya estaba en pijama y acostado revisando su celular con desinterés.

—¡E-jem! —exclamé exageradamente para que me viera.

Se sentó de inmediato para contemplarme bien de pies a cabeza, contuvo una risita que ignoré y fui a poner mis cosas encima de la cama.

—Te quedas aquí —dijo, tomándome del brazo para que lo viera un momento. Mi corazón palpité asustado por compartir la cama con él.

—Está bien —acepté con voz trémula.

—Yo me quedo en el sofá.

Me sentí aliviada, aunque noté que estaba diciendo entre líneas que le sugiriera compartir la cama conmigo, pero no lo haría. No niego que me estaba portando como una mojigata, pero aún estaba tan cansada de tantas emociones que seguramente no podría dormir con él a mi lado.

No le objeté y solo vi como tomó su almohada y sacó una sábana y cobija del clóset.

—Buenas noches —dijo al pasar junto a mí.

—Que descanses —tomé su mano para detenerlo un segundo. Me puse de puntas para darle un besito de buenas noches en los labios.

Salió del cuarto cerrando la puerta detrás de sí.

Al quedarme sola, recorrí el cuarto hasta que dos portarretratos demandaron mi atención. Me acerqué a la cómoda para ver las fotos de sus padres y su hermana mayor, la cual, por cierto, era muy guapa. Junto a esos dos portarretratos estaba la loción que tal vez usó ese día; la abrí para aspirar su esencia. Olía a *Matthew*, por así decirlo.

Finalmente me metí en la cama, apagué la lámpara y traté de dormir, pero no pude. Estuve algunos minutos con la mirada perdida en la oscuridad, y otros con los ojos cerrados contando ruidosos borreguitos.

Nada.

El cansancio desapareció por arte de magia.

Al cabo de quizás veinte minutos, entendí por qué no podía dormir. Estaba en la cama de Matthew, con su aroma impregnada en toda ella, y su ropa me abrazaba. Todo era perfecto, de hecho. Excepto que no estaba él a mi lado, otorgándome ese calor que sus cosas me daban artificialmente.

Lo quería a mi lado, abrazándome hasta caer dormidos.

Me senté en la oscuridad y paré oreja para averiguar si era el televisor el que escuchaba de fondo.

Ya que no podía dormir, decidí ir con él y ver algo juntos, tal vez satisfaciendo mi frustración podría conciliar el sueño lo suficiente para regresar y perderme en algún ilógico sueño.

Fui a la sala sin hacer ruido, aunque un tablón de la duela me traicionó. Matthew volteó a verme y de inmediato frunció el ceño confundido.

—¿Sucede algo? —preguntó bajando un poco el volumen del televisor.

—No puedo dormir.

—¿Cama extraña?

Asentí. Eso era mejor que decirle que lo extrañaba.

Sonrió, extendiéndome la mano para que fuera a él. Di una corta carrera y, literalmente, brinqué a su lado. Me compartió su cobija.

—¿Y qué estás viendo?

—History Channel... Un programa acerca de cómo Marte pudo albergar vida hace miles y miles de años —respondió como si nada.

—¡Wow! Interesante —exclamé falsamente, lo que ocasionó que él riera sin querer entre dientes.

—¡Lo es!, aunque no lo parezca.

—Bien, entonces, averigüemos si alguna vez hubo hombrecitos verdes ahí.

Matthew rió.

Me acerqué más a él, tanto que entendió que quería que me abrazara. Me sentí mejor al estar de nuevo en sus cálidos brazos.

Quince minutos después, me alejé de él para hacerle una caricia en el cabello, divisé su sonrisa tímida. Con tanto dato físico, mi mente divagó en la duda de por qué no ha hecho nada para *estar* conmigo. Mason, en su lugar, no hubiera desperdiciado la oportunidad. De hecho, él me hubiera asaltado con besos y caricias tan pronto como hubiéremos entrado al departamento, y me hubiera cogido en el suelo frío. Por el contrario, Matthew era todo un caballero: me dio ropa, me cedió su cama y me protegía con su compañía para que pudiera conciliar el sueño rápido.

Creo que sí era anticuado, después de todo.

—¿Por qué vas muy despacio con..., ya sabes, *nosotros*... la cama? —pregunté sin más.

Volteó a verme confundido, no esperaba la pregunta.

CHOCOLATE

—¿Crees que voy muy despacio? —preguntó en lo que apagaba la televisión.

—Algo —respondí cohibida. No sé cómo me atreví a preguntarle tal cosa, pero ya lo había hecho y solo quedaba seguir—. Lo único que has querido hacer es besarme y besarme y besarme...

Me dejé caer de lado en el respaldo y apoyé la cabeza en mi brazo doblado. Matthew sonrió irónico en lo que sea acomodaba de lado también para vernos cara a cara.

—¿Y te molesta que solo quiero besarte?

—Bueno... —me sonrojé.

Besaba maravilloso y, a pesar de mi miedo, ya empezaba a necesitar más. Sobre todo cuando hablaba “sucio”. Y este momento, que estaba de anticuado, me excitaba sin siquiera saberlo.

Mis deseos eran la representación viva de la palabra contradicción.

Sonrió.

—Algunas cosas deben catarse delicadamente y con paciencia.

—No entiendo.

—Bien. Te explicaré de otra forma —se acercó más a mí, tanto que pude sentir su respiración tibia—. ¿Cuál es tu golosina favorita?

Lo miré confundida. ¿Íbamos a hablar de comida?

—Por lo que he visto en la oficina es el chocolate, ¿verdad? —consultó.

—¿Me has espiado?

No respondió, pero sonrió picarón.

—¿Entonces si es el chocolate? —preguntó.

—Sí, me vuelve loca comerlos —respondí pausadamente. No entendía por qué importaba eso en ese momento.

—¡Mmm!, te lo explicaré con el chocolate —me acerqué para escucharlo mejor porque estaba hablando casi en un murmullo—. Cada vez que tienes tú descanso, he visto que te recuestas en la silla y tomas el chocolate, y lo estudias una y otra vez. Seguramente postergas tu antojo —dijo en lo que hacía a un lado algunos mechones que caían casualmente en mi rostro.

Asentí que así era.

—Antes de abrirlo, primero lo hueles en lo que cierras tus ojos llena de placer... —su nariz se acercó a mi mejilla y bajó hasta mi cuello. Escuché su inhalación profunda mientras que la punta de su nariz acarició mi piel seductoramente— por bastante tiempo.

Siguió inhalando hasta que logró que un escalofrío me recorriera la espalda. Gemí.

—Luego desenvuelves una parte con mucho cuidado —su mano levantó un poco la playera para tener libre acceso a mi cintura. Continuó—. Disfrutas la expectación de encontrarte con la golosina. Vuelves a cerrar los ojos mientras inhalas la esencia dulce que despide.

Cerré los ojos inconscientemente cuando me llegó otro estremecimiento al sentir que sacó la

mano para tomar mejor el borde de la playera y desnudarme.

Abrí los ojos para verlo desvestirse también sin dejar de ver mi busto erguido.

—Tras que llegas al límite de tu antojo, entonces, lo metes a tu boca y lo saboreas —siguió. Acarició mi mejilla lentamente hasta que pudo sujetarse de mi cuello para jalarme más a él.

Sus labios me apresaron, moviéndose tan lentamente que me di cuenta de que me estaba saboreando. Gimió como si en verdad estuviera deleitándose con un chocolate. Me empujó hasta que pudo aprisionarme acostada para dejarme sentir su cuerpo ansioso por el mío.

Trasladó sus besos a mi cuello y su mano acarició uno de mis senos con vehemencia, después bajó hasta escabullirse a mi vagina, en donde sus dedos fueron delicados al hacerme gozar. Me arrancó un gemido orgásmico.

—De vez en tanto, lo lames —susurró, dejándome de tocar.

En seguida sentí la punta de su lengua casi tocándome un seno. Logró soltar pequeñas descargas de placer a su paso que me llevaron a gemir quedo.

—Y chupas otras tantas.

Succionó mi seno cual infante hambriento —me arqueé por el gozo—, luego subió a mi clavícula con besos delicados.

—¿Qué más hago? —pregunté entre gemidos callados que me cortaban la respiración. Correspondí acariciando su espalda que se contorsionaba ligeramente excitado ya; estaba embonándose a mí.

—Te detienes un momento y observas el chocolate por un rato, postergando nuevamente el deseo de devorarlo.

Se alzó un poco para verme a los ojos, los suyos estaban encendidos, su tono avellana refulgía ahora en un tono verduzco. Estaba totalmente drogada por las infinitas sensaciones que creaban sus palabras junto con sus actos.

—Jugueteas un poco con su envoltorio —dijo.

La punta de sus dedos acarició mis labios deseosamente, luego siguieron un recorrido que endureció todo a su paso, y se detuvieron en el resorte del cálido pantalón de franela. Apenas si sentí que removió todo lo que me cubría abajo.

Me recorrió con la mirada, embrujado por lo que veía. No podía esperar para hacerme suya.

Mi respiración se agitó cuando se bajó el pantalón de la pijama y se acomodó mejor encima de mí para sentirnos piel a piel.

—Y vuelves a atacar con voracidad.

Me besó desenfrenadamente, degustándome y llevándome a un frenesí insaciable cuando sentí que se desplazó dentro de mí una y otra vez. Le pedí más y más. Rápido... lento... ¡Cómo fuera!, pero que se entregara a mí sin restricciones.

El placer fue sofocante todo el tiempo.

Matthew era el tercer hombre con el que tenía sexo, y esperaba que fuera el último porque después de él, no quería que ningún hombre me tocara para que no borrara las marcas que estaban dejando sus besos y caricias por todo mi cuerpo.

A la distancia, las sonrojadas estrellas fueron testigos de nuestros jadeos e impaciencia por el amor del otro, y de cómo Matthew me pidió llegar junto con él al éxtasis. Sus palabras siempre serán el último ingrediente de mi orgasmo perfecto.

Segundos después, me abrazó para que ambos pudiéramos seguir sintiendo como nuestros cuerpos aun demandaban al otro. Lo apreté más, no quería que saliera de mí porque su semilla

amenazaba con irse también. Además, estaba teniendo un oportuno micro orgasmo. No pude evitar contraer las piernas para ocultarlo.

—¿Estás teniendo un...? —no terminó su pregunta porque me besó rápido y volvió a atacarme con su cadera para hacer más fuerte mi orgasmo.

—¡Matt, eso fue perfecto! —afirmé cuando terminó todo.

Entre risitas cohibidas, finalmente se dejó caer a un lado mío incómodamente y me abrazó posesivamente para descansar, tal y como yo tomaba al chocolate entre mis manos para que nadie me lo arrebatara.

—Creo que el placer de comer chocolate ya no volverá a ser lo mismo después de esto —comenté tontamente.

—Y yo querré hacer esto cada vez que te vea comer chocolate —reveló entre risitas traviesas—. ¿Aún te preguntas por qué fui lento contigo?

Reí avergonzada, después nos quedamos en silencio por un rato, disfrutando la cercanía del otro. Hasta que se quejó por algo.

—Ven, vamos a la cama. Este sillón es algo incómodo —me ordenó poniéndose de pie, rompiendo horriblemente el momento. Luego me ofreció la mano como todo un caballero para ayudarme a levantar.

Se puso los bóxer y me dio mis pantis y la playera para que me vistiera, y me jaló hasta su cuarto.

Pensé en lo que habíamos hecho. Matthew se había sacado un diez en creatividad.

Lo detuve sin querer a medio camino.

—¿Sucede algo? —preguntó temeroso. De seguro pensó que me había arrepentido de todo, pero lo abracé tan fuerte que soltó una risita confundida—. ¿Estás bien?

—Solo necesitaba comprobar que esto es verdad. Que en realidad estás conmigo.

—¿No te lo acabo de comprobar? Estuve contigo por completo cada segundo —solté una risita que le decía que aun creía que estaba perdida en mi fantasía.

Matthew me alejó un poco solo para tomar mi rostro entre sus manos con delicadeza.

—Bonita, no es un sueño, en verdad estamos juntos —aseguró muy sonriente—. ¡Ven, vamos! —agregó animado.

Ya a un lado de su cama, me tomó de la cintura y me acercó sus labios. Quería retomar nuestra noche juntos.

—Es seguro que me odies por esto, pero... —susurré antes de que me besara— ¿te has acostado con Marlene últimamente? —pregunté sin más.

—¿Disculpa? —respondió confundido por mi pregunta fuera de lugar.

—Ya me escuchaste.

Alejó sus labios.

—No —respondió sentándose con la espalda recargada en la pared. Iba a costarme a su lado pero terminé sentándome en flor de loto, muy cerca de él.

—Dudaste en responder.

—¡Claro que dudé! No siempre me preguntan si me he acostado con ella después de hacer el amor tan creativamente.

—Te pregunto porque no usaste protección y, bueno, ya pasado un poco el furor, me ha poseído un poco la paranoia.

Rió nervioso. En ese momento me gustó que no usara condón.

—No te preocupes. No me he acostado con ella o con alguien más. He sido casi un célibe desde la última vez que me hice un chequeo.

No pude evitar que se me escapara un suspiro de alivio.

—¿En serio eres anticuado? Yo creí que era una táctica para conquistarme.

Rió.

—No, no lo fue. Pero, fuera de eso, seguramente me van a patear las bolas los de mi género por lo que voy a revelarte —respondió con tono de broma—: no todos los hombres somos adictos al sexo. No con tanta enfermedad que hay por ahí.

Reí entre dientes.

—¿Y tú? —preguntó cauteloso.

—No te preocupes. *Nadie* —hice un énfasis que se refería a Mason— me ha tocado últimamente, y tuve mi chequeo anual con mi ginecóloga hace dos meses... Todo normal —terminé con un guiño coqueto.

—Muy bien. Entonces... —dijo seductivamente en lo que la punta de sus dedos caminó por mi pierna descubierta.

Se inclinó para buscar mis labios que lo recibían siempre felices.

—Entonces la próxima vez será con protección —aclaré antes de que su beso siguiera su camino.

—¡Pero estamos limpios!

—Sí, pero la protección no es solo para eso.

—¡Oh! —exclamó al entender mi indirecta y resopló con fastidio.

—¡Hey! Sin globos no hay fiesta —bromeé para terminar su frustración.

Se carcajeó sin pudor.

—Creí que como ya eras mi novia, y yo no soy de los que andan de cama en cama, era mejor así... Al natural. Pero veo que no —aceptó finalmente.

Sonreí algo abochornada.

—Sabes, no es muy romántico que hablemos de métodos de anticoncepción cuando estamos conociéndonos de “esa” manera —comentó.

—No, pero era un tema que debíamos tocar tarde o temprano para divertirnos sin temor. Y entre más rápido, mejor.

—Me sorprende que seas muy directa en la materia... Aunque, ahora que recuerdo, no debería. No cuando me miraste embobada la primera vez y no te importó que te descubriera.

—No es que no me importara, sencillamente estaba perdida en tu embrujo.

Se sonrojó.

—¿Y qué hay de ese encuentro en el pasillo? Supongo que me viste pasar y saliste corriendo detrás de mí, ¿verdad? —inquirió.

—¿Cómo lo supiste?

—Te vi hacerlo. Estaba entrando a uno de los salones para hablar con un profesor cuando te vi corriendo y buscando a alguien. Supuse que era yo, por ese antecedente. Además no había nadie a la redonda.

—¿Así que planeaste ese choque?

Sonrió malicioso.

—Tenía que vengarme del ridículo que me hiciste pasar con mis amigos. ¡Tuve que soportarlos por semanas! Además, quería ver como salías de esa. Eras, ¡no!, aun eres una niña torpe muy

encantadora... y sexy —acercó sus labios de nuevo.

Iba a ceder pero entonces retrocedió.

—¡Ja! Pues dejame decirte que no fuiste lindo conmigo —le reprimí con un puchero.

—Sí, bueno, te confieso que no fuiste el único nervioso. Quería preguntarte tu nombre pero no quise romper tu misticismo. Además, tenía la idea de que volveríamos a encontrarnos.

—Y eso que no te acuerdas de la primera vez que nos vimos realmente.

—¿Cuándo fue? —preguntó. Se acercó para que sus piernas pudieran abrazarme, no podía escapar de él.

—Mason me estaba molestando y retrocedí imprudentemente hasta que choqué contigo. Tiraste lo que traías en las manos por detenerme de la cintura y no te pisara, lo cual terminé haciendo.

—¿En serio? —preguntó curioso.

—Sí. Me disculpé contigo pero solo me aniquilaste con tu miradita.

—No lo recuerdo, en serio —se excusó frunciendo el ceño y rascándose la cabeza. Tras algunos segundos de no encontrar ese recuerdo entre miles, dijo—. Así que tu torpeza siempre nos ha tratado de juntar.

Contuvo una risita.

—¡Ya basta de ridiculizarme! Y no cambies el tema, lo que estamos tratando es serio. Es mejor poner las cosas en claro ahora para que no haya sorpresas después.

—¡Hum!... Entonces, ¿quieres seguir “divirtiéndote” conmigo en la fiesta? —preguntó retirando mi cabello para atacar mi cuello en cuanto aceptara.

—¿Hay globos?

—No —torció sus labios.

—Lo siento, tendremos que esperar —dije en seco.

—¿Y si me vengo fuera de ti? —sugirió con sus labios llegando a mi cuello. Su aliento cálido fue tentador.

—No, me gusta tu orgasmo dentro de mí.

—Entonces, no lo hago —dijo antes de su lamida.

—Matthew —susurré con un tono que lo detenía ya. Resopló en lo que regresaba a la pared para poner de nuevo ese espacio entre los dos que ya no me gustó.

No, no quiero arriesgarme.

Recorrí todo su cuerpo con la mirada, anhelando tocarlo, hasta que llegué a su brazo en donde tenía esa mancha que había notado cuando lo vi con el torso desnudo por primera vez. Me acomodé de tal manera que inconscientemente quedé más cerca de él para averiguar qué era.

Era un delicado tatuaje de un cuervo que daba la idea de haber sido dibujado con tinta china; algunas de sus plumas se escurrían como si fueran pinceladas. No resistí la tentación de acariciar cada una de sus líneas. Su delicadeza y perfección me dijeron que fue un tatuaje caro.

Al tacto, cada músculo que tenía a la vista se contrajo y detuvo su respiración abruptamente en un gemido sofocado.

Sentí placer cuando vi que lo estremecí con tan solo un roce.

—¿Te gusta? —me preguntó levantando su brazo un poco, en una mejor posición para que lo viera.

Matthew ya tenía la piel erizada porque no retiraba mi roce.

—En realidad no me gustan los tatuajes —respondí, y él gimió desconcertado—. Pero este, en especial, me está incitando a... —callé cuando subí la mirada a la suya.

Dejé de tocarlo cuando su color avellana había alcanzado otra vez esa tonalidad verduzca que me gritaba que estaba excitado.

—¿Tienes más? —le pregunté casual. Recorrí de nuevo su cuerpo con mirada lasciva en busca de otro “dibujito”.

—No me veas así —masculló para sí.

Volteé a verlo, creyendo que le había molestado mi escrutinio, pero estaba frustrado porque no me podía tener.

—No, es el único que tengo —respondió, ocultando su sonrisa pícaro que me decía que estaba conteniéndose en besarme.

—¿Por qué? Generalmente cuando te haces uno, te haces más.

—No en mi caso. La verdad es que fue tan doloroso que juré sería el primero y último que me haría.

—¿Por qué te lo hiciste?

—Por impulsivo —puse cara curiosa, a lo que prosiguió—. Me lo hice en un momento de rebeldía, cuando cumplí los 18 años. Creía que un tatuaje demostraría a todo el mundo, por lo menos a aquel que lo viera, que yo tenía el control de mi vida.

Reí sin querer. La mayoría del mundo solía hacerse un tatuaje por la misma razón.

—Me gusta. Te hace ver peligroso... y tan sexy —dije en lo que volvía a tocarlo sensualmente. Matthew volvió a estremecerse hasta el punto en que me hizo desearlo.

—Ese tatuaje va a ser mi perdición —murmuré en lo que me inclinaba para besarlo.

Gimió seducido por mi comentario, y en el justo momento en que su aliento chocó contra el mío, me retiré. La situación se me estaba saliendo de las manos.

—¡No, no huyas! —ordenó. Alcanzó a sujetarme del cuello y me besó.

Cuando reaccioné, ya estábamos acostados de nuevo. Besando y acariciando partes que estaban prohibidas tocar hasta nuevo aviso.

—¿Me detengo? —preguntó tras que bajé un poco sus boxers para apretar su trasero contra mí, sentir la dureza de su excitación.

Nos miramos fijamente, rogando continuar. No podía dejarme llevar; respiré profundo para regresar a mis cabales.

—Sí —respondí desfallecida.

Solo tuve que decir eso para que él se retirara y cayera boca arriba en lo que también respiraba tranquilo.

Ya que no podía estar con él en la cama, me levanté para ir por lo que faltaba de mi pijama provisional. Tenía que poner ropa de por medio para no caer de nuevo en las garras del dichoso cuervo.

—¿A dónde vas? —me gritó confundido por mi alejamiento.

Escuché que se levantó de la cama como de rayo.

—A vestirme.

—¡Espera! —me alcanzó finalmente en la sala. Me detuvo del brazo para voltearme hacia él—. Que no podamos volver hacerlo, no quiere decir que no podamos besuquearnos... de nuevo.

—Demasiada tentación —objeté con la mirada perdida. Aunque mi voz se escurrió ante su seductiva presencia.

Ya habíamos tirado la barrera que nos detenía de los besos al sexo.

No quise ver al cuervo y me concentré en su pecho, que tampoco me ayudó mucho porque

quise tocarlo de inmediato.

—Sí, creo que tienes razón... Demasiada tentación —dijo en lo que me tomaba por la cintura, estrellándome contra él. Sentí que ya estaba listo para retomar lo que dejamos a medias en la cama.

—¡Decidido! Duermo en la sala —solté en lo que me soltaba con trabajos. Tomé el pantalón y me lo puse rápido.

Matthew rió jocosamente.

—¡Vamos, estoy bromeando! Sabes que puedo resistir. Si pude esperar todo este tiempo, puedo esperar una noche.

—¿Seguro? —asintió con la cabeza un par de veces—. No lo estabas hace unos minutos.

Rió travieso.

—Sí. No te preocupes... Célibe, ¿recuerdas? —dijo en lo que tomaba la almohada, su ropa y me jaló al cuarto.

Ya ahí, deshizo más la cama para que me acostara del otro lado, apagó la luz y me abrazó como pudo. Sentí su protección y me encantó.

Alejó el mundo y solo dejó la felicidad.

Nos quedamos dormidos sin esperarlo.

Desperté cuando un rayo de sol colándose entre las persianas cayó sobre mi rostro. Me desorienté por un segundo o dos, y solo hasta que vi a Matthew a mi lado boca arriba —en algún momento de la noche me había soltado—, recordé que había pasado la noche con él.

El cuervo me dio los buenos días animosamente. ¡Qué más daba! Besé a Matthew en los labios delicadamente, luego lo abracé. De inmediato, gimió como si me reclamara que lo hubiere despertado; sin embargo, lo contradijo su mano que me ordenó regresar a su tibio cobijo. Su brazo masculino, algo velludo, que me abrazaba, me dio una extraordinaria promesa de protegerme siempre. Tenía a mi lado a un valioso hombre por el que sacrificaría todo, solo para seguir disfrutando el amor que me daba silenciosamente.

Así estuve un rato admirándolo, acariciándolo y desviviendo felicidad por él. El recuerdo que estábamos construyendo era tan perfecto.

Hasta que mi estómago me demandó que fuera a la cocina a preparar una taza de café.

Al poco rato, y supongo que a causa del chirrido que dio la tetera, Matthew llegó estirándose y bostezando. Se preparó su café.

No me habló aun. Supuse que él era una de esas personas que necesitaban unos minutos para cavilar correctamente después de despertar.

—Buenos días —dije moviendo la cuchara en la taza.

Respondió el saludo en lo que terminaba de echar el café en la taza.

—Voy ir a mi departamento —avisé.

—¿Para qué?

—Porque quiero darme un baño, cambiarme de ropa y...

—¿Huyes de mí? —preguntó en lo se rascaba la cabeza y bostezaba.

—Huyo del cuervo —refuté.

Se estiró entre bostezos.

—Ya que aún no podemos estar en la fiesta —dijo mirando el reloj del microondas—, podemos... ¡No sé! ¿Ir a caminar?

Algunas tiendas ya estaban abiertas para vendernos condones, pero creo que no quería que pensara que solo quería acostarse conmigo todo el día.

Me recargué en el mueble de la cocina. Me estaba costando mucho resistir su mirada deseosa que ya no podía ocultar.

—¿Y a dónde quieres ir? —le pregunté ignorando su deseo silencioso de regresar a la cama.

—¿Te gustan los museos? —inquirió desde lejos. Creo que no quería estar cerca de la tentación de mis labios.

—Depende del museo —me hizo gesto de que no entendía—. El museo de Ciencia y Tecnología es aburridísimo.

—¿Qué te parece el de Historia Natural?

—¡Me encanta!

—¿Quieres ir?

—Sí, pero no creo que esté abierto aun.

—Podemos ir caminando para hacer tiempo.

—Bien, me gusta el plan. Vamos a vestirnos.

No tenía sentido que fuera a vestirme al baño, cuando ya me había visto desnuda, pero lo hice para arreglarme un poco.

No salí del baño sin antes echarme un poco de perfume para no oler a sexo. Cuando regresé al cuarto con la piyama doblada perfectamente, Matthew ya estaba vestido. Su cabello estaba ligeramente despeinado y también se había puesto loción.

Estaba embobada por lo bien que se veía con esos jeans y playera guinda.

—Vámonos, bonita —dijo con un cabeceo para que lo siguiera.

Salí del embobamiento, solo para tener unas ganas enormes de arrojarme a sus brazos y besarlo en cuanto me llamó *bonita*. Y me excité aún más cuando descubrí que las patitas del cuervo se asomaron sigilosamente.

Solté un respiro frustrado y me eché la bolsa al hombro sin dejar de ver el tatuaje. Mientras tanto, Matthew tomó su sudadera gris y se la puso antes de salir del cuarto, encerrando a su cuervo por ahora.

El museo de Historia Natural no estaba lejos de donde él vivía. Se podía ir hasta allá caminando, lo cual, en otro momento, hubiera rezongado —no soy una persona que le gusté caminar—, pero esta vez me quedé callada solo por el placer de que Matthew me siguiera agarrando la mano.

Lo solté hasta que entramos a la exhibición de los dinosaurios, pero solo para ver algunos especímenes que no me llamaron la atención.

Subí al nivel superior en donde estaban algunos especímenes pequeños pero rápidos. Estaba muy concentrada leyendo la información de un velociraptor cuando sentí que me abrazaron por detrás. Me sobresalté un poco, pero al reconocer su loción, acaricié sus brazos que me cruzaban por delante.

Se inclinó un poco hasta que sus labios quedaron muy cerca de mi oído y leyó la información del espécimen con tono delicado. Me estremecí un poco.

Matthew tenía un don especial para que algo tan científico sonara muy sexy.

Al terminar, me besó en la mejilla.

¿Cómo es que este hombre puede ser tan sexy y cariñoso al mismo tiempo?, cuestioné a mis

adentro. *Creo que me saqué la lotería con él.*

—Ven, vamos a ver mi exhibición favorita —me sugirió en lo que me soltaba.

Me llevó a la exhibición Visiones de la Tierra. Coincidió con él, era una de las mejores de todo el museo.

De inmediato me dio toda una cátedra de las teorías de la creación de la tierra y, por su entusiasmo, deduje que la de Gaia era la que más le gustaba.

Mientras íbamos subiendo la escalera eléctrica para entrar a la tierra con la cúpula del universo resguardándonos, Matthew quedó algunos escalones abajo, lo que me permitió agarrar su rostro para besarlo.

Reí sin querer cuando me llegó un pensamiento loco al ver que las constelaciones de las estrellas nos rodeaban aun.

—¿Qué sucede? —me preguntó curioso.

—Te estoy besando bajo las estrellas —respondí tan infantilmente que él rió también.

—Espero que no sea la única vez que lo hagas. ¡Es más, síguelo haciendo! —comentó picarón.

Cumplí su orden.

—Me gusta mucho besarte en público —le susurré entre besos.

—¿Eres exhibicionista? —terminó el beso para preguntar, y sonreír travieso.

—Sí —respondí. Enarcó las cejas sorprendido—. Me gusta exhibir que soy tuya y de nadie más.

Rió calladamente antes de señalarme que las escaleras estaban por terminar.

Tras un largo rato en el museo, me dio hambre. Lo único que traía era una taza de café en mi estómago, y eso fue a las nueve de la mañana.

—¿Te molestaría si te invito a comer? —le pregunté, retorciendo el rostro en espera de un *sí*.

—Claro que no.

—¿Qué te gustaría comer?

—Lo que se te antoje.

—¿Una hamburguesa?

—Hamburguesa será.

Esta vez fui yo quien lo tomó de la mano.

—¿También te apasionan las hamburguesas como el chocolate? —preguntó seductivamente.

—No.

—¡Oh! —hizo un puchero de que no le agradó mi respuesta.

Aún no descubría nada nuevo acerca de mí... Bueno, sí lo hizo. Anoche me descubrió como nadie lo ha hecho. A esa mujer que tenía micro orgasmos con solo una palabra suya.

Me gustó compartir este momento tan casual con él.

BAJO LAS ESTRELLAS

Tras comer la hamburguesa, paseamos por la zona. No conversamos de nada serio, solo tonteábamos y disfrutábamos de presumir que ya éramos una pareja. El amor es hermoso cuando por fin lo consigues de la persona que ha estremecido tu mundo desde la primera mirada.

Cerca de las tres, comenté a Matthew que tenía que ir a mi departamento y, una vez más, me dijo que no tenía que hacerlo, que si lo deseaba podía quedarme con él todo el fin de semana.

—Acepto tu invitación, pero aun así tengo que ir por ropa —respondí entusiasmada. No quería separarme de él tampoco, no después de esa fantástica noche.

—¿Para qué? No la vas a necesitar, ¡te lo aseguro! —me asombró su comentario sagaz—. ¡Está bien! Pero primero me gustaría que me acompañes a Sainsbury's a comprar algo sano para cenar. Vamos a engordar si seguimos pidiendo comida para llevar —sugirió entre risitas.

—Está bien.

Matthew paró un taxi y le pidió que nos llevara al Sainsbury's más cercano. No nos tocamos frente al chófer, supongo que él, igual que yo, estaba guardando todo para cuando estuviéremos solos.

Llegamos al super y rápido tomó un carrito.

—¿Vas a cocinar algo? —pregunté curiosa al ver cómo empezó a echar cosas.

—Sí. En mi casa, yo cocino. Cuando estemos en la tuya, tú cocinas.

No objeté la idea porque me pareció perfecta. Yo no era una experta chef pero estaba segura que disfrutaría mis sándwiches.

Pasamos cerca del stand de preservativos. Quizás ya había olvidado que no tenía en casa porque los pasó de largo, y como era seguro que los íbamos a necesitar, y no quería volver a pasar el bochorno de rechazarlo, me detuve para escoger rápido tres tipos.

—¿Cuáles te gustan? —le pregunté mostrándole las pequeñas cajas negras.

Me miró sin entender a qué me refería. Moví las cajas de adelante a atrás en señal de que tenía que escoger rápido. Pronto le cayó el veinte y balbuceó avergonzado algo que no entendí. Ignoró los que yo tenía y fue al stand donde escogió rápido unos que echó al carrito despreocupadamente.

Creo que esta vez me extralimité con lo de ser abierta, pensé en lo que dejaba las cajitas en su lugar. ¡Vaya par!

Tras pagar, paramos a un taxi y le dio al taxista mi dirección. Me iba a acompañar a casa, pero, al llegar, no bajó conmigo, solo me dio un beso rápido y me dijo que le llamara cuando ya quisiera que viniera por mí.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa? —grité al entrar para avisar a mi amiga de mi llegada, para que no se llevará una abochornada sorpresa.

Luke salió de la cocina en pants y Vera salió de su cuarto en shorts y playera, y traía un bol de palomas.

—Hola, Luke —le saludé de camino a mi cuarto.

Vera entró detrás de mí. De inmediato le dije que cerrara la puerta, pues era seguro que me iba a preguntar de mi cita con Matthew y no quería que Luke nos escuchara. No le platicué de Marlene y Mason por ahora, lo haría después con más calma, cuando me pidiera otro recuento más detallado de la cita.

Le di una versión corta de lo que pasó.

Vera estaba muy emocionada por mí, tanto que tuve que callarla con un *shhh* para que no chismeara a Luke que algo bueno me había pasado.

Tomé una maleta pequeña y eché un cambio de ropa, una pijama limpia y otras cosas. Nada sexy porque el departamento de Matthew era algo frío.

—¿Te vas a quedar con él hasta mañana? —consultó Vera sentada en la cama.

—Sí, regresaré en la tarde. Quiero descansar un poco porque si no estaré molida el lunes —respondí en lo que seguí echando cosas—. Así que tienes el departamento para ti sola... y Luke.

Al acercarme a Vera para tomar mi libro y cerrar la maleta, me dijo que olía a loción de hombre; lo que me recordó que quería darme un baño.

Tan pronto como salí de bañarme, envié un mensaje a Matthew diciéndole que ya estaba lista. Fue rápidamente respondido con un: “Te recojo en 15”.

Este primer día como novios se sentía cada vez más natural, como si siempre hubiéramos estado juntos. Tal y como Luke y Vera se veían ya.

Salí del cuarto con la maleta. Luke estaba en la sala viendo la televisión con el bol de palomas entre las piernas. Bueno, decir que estaba viendo es exagerado, porque el video estaba en pausa. Supongo que esperaba a Vera, quien escuché en la cocina preparando algo.

—¿Te vas? —me preguntó serio, aunque su entonación estaba ligeramente cargada con curiosidad.

—Sí —respondí. Dejé la maleta en el suelo y fui a sentarme.

Mis dedos jugaron nerviosos mientras que volteaba a todos lados para evitar su mirada inquisitiva.

—¿Dónde estuviste anoche... y todo el día?

—Afuera —respondí, evadiendo estúpidamente su interrogatorio.

—¡Obvio! —exclamó molesto. No le gustó mi evasiva.

—Luke, eres mi amigo y te aprecio mucho, pero no te permito que me cuestiones si vengo o no a la casa.

—Y porque eres mi amiga me preocupa con quién andas.

No era cierto, más bien estaba sacando información para Mason. ¡Quién sabe que le habrá dicho para que Luke estuviera de su lado totalmente!

—Agradezco tu preocupación —dije con una sonrisa falsa—, pero hay cosas que ni a Vera le cuento, mucho menos a ti.

—¿No me tienes confianza?

—No es eso...

—No la sigas interrogando, Luke —intervino Vera muy oportunamente.

Luke le aventó tremenda mirada que le decía que no se metiera. Como no quise ser motivo de una pelea, les dije que mejor esperaría allá abajo a que me recogieran.

Salí casi corriendo para evitar el inicio de la discusión.

Matthew no tardó mucho en llegar, afortunadamente. Cuando abrí la puerta trasera para echar

mi maleta, alcancé a ver a Luke figoneando por la ventana. Subí rápido y pedí a Matthew que arrancara, teníamos un chismoso vigilando.

Al llegar al departamento, Matthew llevó mi maleta a su cuarto mientras que yo me eché en el sofá, estaba cansada de tanto caminar. Regresó y se echó junto a mí, tomó el control para marear un rato la televisión, hasta que encontró la película *Otros* con Nicole Kidman. Entonces, se quitó rápido los tenis, subió los pies a la mesa de centro y me jaló para abrazarme. Soltó una risita irónica y me sugirió que la viéramos.

—Queda asentado que yo no escogí la película —dejé claro.

—Y que quede asentado que pienso aprovecharme de tu miedo —agregó.

Aunque ya había visto la película docenas de veces, no pude evitar sobresaltarme con algunas escenas. Y, sí, exageré el susto para esconderme en su abrazo.

—Esa maldita escena del piano siempre me pone los nervios de punta —comentó.

—Creo que no soy la única que necesita protección —dije, abrazándolo como pude.

Cuando la película terminó, Matthew fue a preparar la cena. Pero antes fue por su celular y lo conectó a la bocina que estaba en el mueble junto al televisor. Tarareó esa canción desconocida todo el camino a la cocina.

Me acosté en el sillón para escuchar la canción detenidamente. No estaba mal. Le siguió *I want you now* de The Feelings, cuyo ritmo era tan pegajoso que siempre me ponía de pie para brincar como loca en lo que cantaba a todo pulmón. Supongo que Matthew me escuchó porque vino corriendo con un trapo en la mano para verme hacer el ridículo.

—¡Ven, Matt! —le dije en lo que le hacía señas coquetas con los dedos para que viniera a bailar conmigo. Irónicamente, la canción también le decía que lo quería... ¡ahora!

No rechazó mi invitación, y aventó el trapo al comedor para bailar conmigo. Las risas juguetonas y el restriego sensual acompañaron nuestro canto a viva voz. Otro recuerdo que atesoraré.

Tan pronto como la canción terminó, me colgué de su cuello entre risitas divertidas para besarlo desenfrenada, incluso lo jalé al sillón para iniciar un faje cómodo.

—Estoy cocinando —me recordó como pudo, mis labios no lo soltaban.

—¡A-ha!

—Se está quemando la comida.

—Sí, la comida quemada sabe bien —respondí en lo que escurría mis manos por su pantalón para acariciar su miembro y arrancarle un gemido sorprendido.

Matthew tomó mi rostro y por fin pudo separarse de mi invitación a un acostón rápido.

Ya provistos de condones, podíamos hacerlo cuantas veces quisiéramos. Y quería que me repusiera cada día separados.

Mi mirada le exigió una explicación. No era momento de ser georgiano, bueno, a menos de que fuera al estilo de Marqués de Sade ligero.

—Mantén esa efusión para después de cenar, por favor. Si no como algo, voy a desmayarme dentro de ti —pidió sonriendo con gusto. Me dio un último apretón en el trasero y tomó el trapo para regresar a cocinar.

Reí entre dientes; tenía más hambre que yo. Regresé al sillón a escuchar la música, que ya fue más tranquila. Tomé una revista y me puse a leerla ya sin otra explosión de baile y canto.

Cerca de la media hora, Matthew salió de la cocina con dos platos rebosando de comida. Los puso en la mesa y fue y regresó con una botella de vino, copas, cubiertos y servilletas.

Me senté sin que me lo pidiera.

—Espero que te guste —dijo en lo que me servía vino.

Tendré que acostumbrarme al vino.

—Yo creo que si... Tus cafés y tés son deliciosos, al igual que el agua —respondí con tono de burla.

Él solo sonrió y empezamos a comer.

—Creo que descubrí algo nuevo de ti —dijo—. ¡Bueno!, dos cosas acerca de ti.

—Dime.

—La primera es que eres muy creativa a la hora de...

—No, ese eres tú. ¡Créeme! Anoche me sorprendiste mucho, fue una primera vez *inolvidable* —le interrumpí.

—Creo que me equivoque. No es creativa, sino romántica —rectificó entre una risita callada—. De alguna manera ves el momento desde afuera e inmediatamente le pones la etiqueta romántica... Me gusta eso.

—¿A qué te refieres? —pregunté curiosa.

—A lo de las estrellas.

Me sonrojé.

—Y la segunda es que cuando una canción te gusta... —no terminó la frase, pero sabía a qué se refería. Perdía la compostura con la música, pero solo si me llegaba al corazón.

—Yo también descubrí algo de ti —dije como si nada.

Di un mordisco a una de las frutas que puso en la ensalada y me hizo gesto de que le dijera ya lo que había descubierto.

—Eres muy buen cocinero —respondí. Era tan sexy que un hombre cocinara.

Rió entre dientes, satisfecho por mí alago.

Cuando terminamos de comer, le ayudé a llevar los trastos a la cocina. Después me dijo que tomara las copas y la botella en lo que él agarraba la manta de la sala y dos cojines. Su hermosa sonrisa que me hipnotizó de inmediato me invitó a que lo siguiera; lo haría hasta el fin del universo.

Pasamos su cuarto y entramos a otro pequeño. Era su estudio, en donde seguramente trabajaba horas extras. Había un librero con muchos libros y marcos con fotografías de sus viajes, también una caminadora. Un escritorio minimalista estaba casi en medio del cuarto y un sofá de dos plazas estaba pegado en la pared.

¿Por qué si tenía este acogedor estudio prefería trabajar en el comedor? De seguro porque quedaba más cerca de la cocina.

Matthew acomodó las cosas en sus brazos y abrió una puerta de vidrio. Salimos a una pequeña terraza adornada con algunas macetas. Los techos sobresalían con sus chimeneas antiguas como en la película de Mary Poppins. Mi niña interior tarareó *Chim Chim Cher-ee* como siempre lo hacía cuando veía los techos londinenses desde las alturas. En cierta forma, era romántico.

Tuve cuidado en no pisar una manta gruesa que estaba extendida en el suelo, presentí que era de lana. Matthew se echó, usando el cojín como respaldo, y me invitó a sentarme a su lado con palmaditas en el suelo. Le di su copa antes de sentarme entre gemidos exagerados.

Nos cubrió con la manta que tomó del sofá. Estaba haciendo un poco de frío pero era soportable. Respiré profundo para disfrutar el aire frío que rápido relajó cada parte de mi cuerpo y mente.

No hablamos, solo compartimos juntos la tranquilidad, y de nuestra hermosa ciudad que vivía cada historia romántica como si fuera suya. Hasta que sintió mi mirada cuando volteé a verlo y entendió que mis labios lo llamaban ansiosos, era hora de retomar la idea de hacer el amor.

Nos besamos, primero devotamente y luego desenfundados; nuestras lenguas estaban tan ansiosas por excitar al otro. Otra vez traté de meter las manos a sus jeans para averiguar qué tan listo estaba y, una vez más, le arranqué un gemidito sorprendido que me llevó a sentarme encima de él.

Se liberó solo un segundo para mirar el deseo marcado en mis labios, ojos y jadeos callados. Si seguía besándome así, ya sería muy tarde para llevarme a adentro porque ya estaba en ese punto cerca del orgasmo.

Matthew era el primer hombre que me llevaba a esa locura sin esforzarse mucho, quizás porque aún seguía siendo mi perfecta fantasía.

Sonrió satisfecho por algo en lo que se alzaba un poco para retirar las copas de vino, poniéndolas lo más alejadas de nosotros, y me rodó para someterme con su cuerpo.

—Mira el cielo —me dijo unos segundos después, entre besos.

Lo hice renuente, lo único que quería ver era el brillo de sus ojos. El cielo estaba cubierto de nubes, pero hubo un momento en que se abrió un poco y nos dejó ver las estrellas. Bueno, las pocas que la contaminación lumínica permitía ver. Aun así fue espectacular.

—Te estoy besando bajos las estrellas —murmuró con una sonrisa traviesa.

Mi corazón se desbocó para arrojarme a sus labios de nuevo y suplicarle que ya no siguiera tentándome más con la espera de sentirlo dentro. ¡Por dios, íbamos a hacerlo de nuevo!

—Bonita, eres mi estrella —susurró a mi oído e inmediatamente bajó a mi cuello en donde me dio besos cariñosos. Ya era tanto lo que sentía que no pude detener las palabras que salieron tan naturalmente de mis labios.

—Me estoy enamorando de ti —confesé en su oído cuando empezó a morder mi cuello. Al instante, se irguió un poco para verme directamente a los ojos, su sorpresa se fue transformando en una sonrisa. No deleitada o llena de ego, sino feliz.

—También me estoy enamorando de ti.

No era un te amo, pero seguramente se sentiría igual. O por lo menos así creía que se iba asentar cuando por fin lo escuchara de él.

Me había elevado al cielo con sus besos, y sus palabras me hicieron tocar esas estrellas que eran testigos de cómo le pedía al oído, en un dulce susurro, que me llevara a su cuarto. Que me hiciera suya... completamente y de nadie más.

Iba a demostrarle cuán enamorada estaba de él.

UN POCO DE AYUDA

Matthew aún no llegaba.

Susan trataba de hacer entender a la asistente de nuestro cliente más importante que su representante tenía que venir para una junta en la tarde.

Tras algunos minutos, finalmente logró que esa mujer concertara la junta.

—¿Qué tan difícil puede ser acordar una cita? —me preguntó.

—Al parecer —hice ruiditos con la boca en lo que veía mi reloj—, siete minutos.

Rió muy sarcástica.

—¿Señorita Knight? —me llamó un joven que traía en sus brazos una canasta, no muy grande, con chocolates Cadbury. Se me hizo agua la boca de solo ver la canasta repleta.

—Sí, soy yo.

—Esto es para usted —me entregó la canasta—. Por favor, firme de recibido.

Puse la canasta sobre el escritorio de Susan y me apresuré a firmar digitalmente la entrega. El joven revisó que hubiere firmado donde debía y se retiró cortésmente.

—¿Quién te los envió? —me preguntó Susan ya junto a mí.

Tomé el sobre, que era muy elegante, y lo abrí con expectación.

Para tu antojo, para mi deleite.

Se me escapó una risita.

—¿De quién son? —volvió a preguntar Susan.

—No lo sé. No está firmado —mentí guardando la pequeña tarjeta en la canasta.

Por supuesto, Matthew los había enviado, pero no iba a ponerlo en evidencia.

—La persona que te los envió te conoce muy bien, o te quiere mucho para que no le importe que engordes con todas esas calorías.

Sonreí con gusto. Esperaba que fuera la segunda opción.

Ofrecí a Susan los chocolates que quisiera.

—Te dejo aquí los papeles que necesito que Matthew me firme —dije.

—¿Hay algo que explicarle? —preguntó desenvolviendo casual el chocolate.

—Hablaré con él en cuanto llegue.

—Bien.

Regresé a mi lugar con la canasta de chocolates.

Tomé uno y lo olí para enloquecerme con su delicioso aroma, pero el teléfono de mi escritorio sonó y tuve que posponer mi ataque a la ansiosa golosina.

—Ally Knight —contesté apresurada.

—Señorita Knight, hay un joven que la está buscando —dijo un hombre, seguramente era uno de los guardias de seguridad del edificio.

Estaba confundida. No esperaba a nadie, ¿quién podría buscarme? No podía ser Mason porque

él era parte de la compañía y podía ir y venir a placer.

Bajé.

—Soy Ally Knight —dije al guardia de seguridad.

—Sí, señorita. Ese joven la busca —me señaló a un hombre trajeado en gris Oxford. Se veía uno o dos años menor que yo.

Caminé hacia él.

—Hola, soy Ally Knight —me presenté extendiéndole la mano.

—Hola, soy Josh O'Neill —estrechó mi mano.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Soy tu becario —respondió en pausas. Extrañado de que no lo reconociera.

—¿Mi becario?... ¿Quién te entrevistó y contrató?

—Matthew Raleigh.

—¡Oh!... Bien, sígueme —dije con una sonrisa. Matthew había olvidado decirme algo.

Subimos a la oficina en silencio y, tan pronto como salimos del elevador, Susan me dijo que Matthew ya había llegado y que quería hablar con el becario antes de que empezara a trabajar. Le hice una seña a Josh de que siguiera a Susan.

Regresé a mi lugar a seguir trabajando, pero apenas me senté y vi los chocolates, recordé ese magnífico fin de semana que pasé con Matthew. La piel se me erizó con solo pensar en todo lo que hicimos tras besarnos bajo las estrellas. Mi parte favorita fue cuando fui por agua para los dos y de regreso me recibió desnudo y listo para hacérmelo acorralada en la pared.

Tomé de nuevo el chocolate y lo comí mientras evocaba cada una de sus palabras cuando me hizo el amor por primera vez.

Mi recuerdo favorito.

—¿Ally? —me llamó Josh, lamentando sacarme de mis pensamientos. Le puse atención—. El jefe quiere verte en su oficina.

—Voy enseguida —dejé el chocolate en el escritorio, luego limpié los restos que se habían derretido en mi mano con un pedazo de servilleta que me encontré en el cajón.

Cuando me puse de pie, Josh me miró extraño.

—Puedes usar ese lugar por mientras —le señalé el antiguo lugar de Marlene.

Arreglé mi facha un poco sin ver que hizo Josh y caminé totalmente nerviosa hacia la oficina de Matthew.

Susan estaba al teléfono, solo me indicó que pasara sin interrumpir su conversación.

Tan pronto toqué la puerta muy nerviosa, escuché a Matthew diciéndome en la distancia que pasara. Entré dejando la puerta abierta.

—Ciérrala, por favor —pidió rápido.

Lo hice con mucho cuidado sin dejar de respirar pausado para desterrar mi nerviosismo. ¿Cómo era posible que aún me pusiera nerviosa por estar a solas con él? Por lo menos en la oficina. Creo que aquí todavía lo veía como mi guapísimo jefe que era inalcanzable... y prohibido. . ¡Quién diría que debajo de ese formal traje había un hombre muy sensual!

Algún día le pediré que nos quedemos horas extras solo para cumplir esa fantasía de hacerlo en el escritorio con mi jefe.

—¿Hay alguna duda con el reporte que te entregué? —le consulté muy profesional.

—Acércate —me indicó con una mano que pasará a la pequeña sala.

Tomó el reporte de la investigación de mercado y lo aventó a la mesita de centro en lo que

terminaba de ponérseme enfrente con una sonrisa deleitada por algo.

—¿Qué sucede? —pregunté un poco molesta por la forma en que parecía burlarse de mí.

—Tienes chocolate en la comisura de tus labios.

—¡Oh!—exclamé en lo que busqué algo con que limpiarme. Pero como no traía nada, iba a retirar la mancha con mis dedos y chuparlos. ¿Qué más podía hacer?

—¡No! Permíteme ayudarte —soltó apurado.

Creí que iba sacar un pañuelo de su pantalón, eso pareció decir el movimiento de su mano, pero solo tomó mi cuello delicadamente para retenerme a su lado. Su loción despertó un sin fin de escalofríos que me recordaron lo maravilloso que era hacer el amor con él. Cerré los ojos para gozar más y sentir a la punta de su lengua retirando lentamente los restos de chocolate mientras gemía seducido.

Podría decir que por instinto desvié los labios a los suyos para besarlos, pero... ¡era mentira! La verdad era que me pareció tan sensual que quise premiarlo con un beso.

Lo jalé más por las solapas de su saco para que nuestras lenguas profundizaran hasta llevarnos a esos jadeos que rápido aumentaron en frecuencia. Entonces, me volteó para besarme el cuello mientras embarraba su miembro en mi trasero, también me subió un poco la falda, muy dispuesto a tener sexo rápido por detrás.

—Quiero cogerte aquí... rápido —susurró en mi oído con aliento jadeante.

Lo detuve volteándome, el terreno en donde estábamos no era *nada* seguro; sin embargo, él no se conformó y me besó, metiéndome la lengua con la clara intención de que me rindiera. Lo cual hice.

Pegó su frente a la mía, respirando mi tímido jadeo. Acaricié su pecho y bajé lentamente hasta que toqué su miembro por encima del pantalón, pero la retiré cuando se encorvó por la sorpresa; noté que ya estaba algo duro.

—No, no. Sigue —susurró en mi boca en lo que me empujaba a tuestas hasta que tropecé con el sillón y caí sentada; me siguió hasta que quedó reclinado. Sentí la fuerza de sus labios que me ordenaban acostarme, pero ahora sí detuve sus intentos aun cuando no quería.

—Aquí no —rechacé que siguiera.

—Por favor... —suplicó sin cortar el beso.

Su mano se escabulló a mi seno y, así, me rendí a él. Al menos hasta que sentí que ya me estaba acostando de nuevo y su mano llegó a mi vientre, entonces, terminé todo de una vez por todas.

Se retiró dentro de un frustrado gimoteo. Fue a su escritorio por una pluma y regresó jugueteando con ella, estaba nervioso porque lo miraba hipnotizada.

—No te molestes, pero ¿qué crees que van a decir si salgo oliendo a ti? Ya no digo con apariencia de haber tenido un acostón rápido.

Se sentó a mi lado.

—Si no se dieron cuenta que traías chocolate en la boca, no creo que noten que hueles a mí.

Recordé esa cara rara de Josh, él sí se había dado cuenta.

—Por cierto, gracias por los chocolates.

—No es nada —dijo con una sonrisita.

Reí entre dientes por la forma en que se apenó. Tal vez era la primera vez que enviaba algo a una chica.

—Bien, ¿qué problema hay con el reporte?

—¿Cuál reporte? —preguntó.

—Por el que me mandaste a llamar.

—¡Ah, sí! —dijo con una sonrisa retraída—. No hay problema, todo está bien. Por el contrario, hiciste un buen trabajo —agregó orgulloso de mi.

Obviamente me gustó su alago, aunque hice gestos de que no entendía entonces por qué me había mandado a llamar. Al parecer, leyó mis gestos bien.

—Quería besarte... —susurró.

—Yo tampoco podía esperar hasta la salida —completé su deseo.

—Me di cuenta de eso —sonrió y se acercó a mis labios, pero solo me dio un beso rápido—. ¡Bien! También te mandé a llamar para decirte que te conseguí ayuda.

—¿Josh?

—Sí... ¿Qué te parece?

—Guapo —respondí casual.

—¿Disculpa? —me inquirió con una sonrisa indignada.

Reí tontamente al darme cuenta que no debí haber respondido eso.

—¡Oh!, te referías como compañero de trabajo. No puedo darte mi opinión porque tiene escasos 30 minutos que lo conozco.

—No, ya metiste la pata. Explícame eso de que te parece guapo, porque si es así lo corro en este instante —amenazó intentando ponerse de pie.

—¡Estoy bromeando! —le jalé del brazo para volverlo a sentar.

—Pues no me hagas ese tipo de bromitas. No quiero compartirte con nadie, ni siquiera tu mirada —dijo haciendo pucheros enojados.

—¡Vamos! No te enojés —me arrimé a él para poner mi mano sobre su pierna; la apretujé un poco—. Llevamos dos días y contando de novios, ¿en verdad crees que ya te voy a cambiar por un modelo más nuevo?

—Ja-ja-ja —dijo con risa falsa que fui callando con besos que empezaron en su cuello y terminaron en sus labios.

—Ya en serio —me retiré—, ¿para qué lo contrataste?

—Para que te ayude. No trabajaré horas completas pero algo es algo. Fue lo mejor que pude encontrar rápido.

—¿Crees que no puedo con el trabajo?

—No, al contrario, pero no quiero que estés presionada todo el tiempo y me canceles porque tienes trabajo pendiente o estás muy agotada. Recuerda que no acepto excusas de “Me duele la cabeza” o “Estoy estresada”. Es más, la única que voy a aceptar es “No hay globos para la fiesta”. Y en tu caso, la acepto con muchos trabajos porque es sublime verme en ti sin barreras.

Enarqué las cejas.

—Claro que si no quieres hacer pública nuestra relación en la oficina, entonces, lo mando a llamar y le digo que su pasantía no se autorizó.

—No, no. Me va a venir bien su ayuda —dije rápido, poniendo mi mano en su muslo de nuevo. Matthew la sujetó y la subió hasta llegar a su entrepierna.

—No tienes idea de las ganas que tengo aun de tomarte aquí y ahora —confesó muy seductor.

—No tanto como yo.

—¡Maldita oficina! —susurró cerca de mis labios para devorar mi aliento—. Al menos dame algo para pasar el día.

No me separé ni lo besé, solo me mordí el labio a la par que soltaba un gemidito seductor.

—Dime Matt..., por favor —suplicó.

—No —susurré.

Matt se alejó dentro de un suspiro frustrado.

—Eres buena..., muy buena —reconoció en un murmullo y sonrisa coqueta—. Muy bien. Ya que no te voy a sacar nada, ni un manoseo —reí traviesa porque ya lo había hecho dos veces—, ve con él y explícale cómo trabajamos aquí y en qué quieres que te ayude.

Me ofreció su mano para levantarme.

—¿Nos vemos hoy? —le consulté antes de ir a la puerta.

—Sí, no te vas a escapar tan fácilmente. En verdad te deseo... mucho —suspiró devorándome con la mirada, ya me tenía desnuda en su mente. Sonreí intimidada por su deseo—. Ya sabes dónde te recojo.

“Por cierto, las fiestas son mejor cuando son improvisadas. Contigo los globos son solo una decoración innecesaria.

Me quedé boquiabierta. No supe que responder porque tenía razón, sobre todo cuando él era el anfitrión.

Salí de la oficina sin decirle nada.

Pasé casi dos horas explicando a Josh lo que tenía que hacer.

Mientras trabajaba y lo veía tras mi monitor, me di cuenta de que no era guapo, no de esos que te quitan la respiración... ¡Vamos! Tipo Matthew. No, él tenía un atractivo natural, de los que te deslumbran en ciertas posiciones. Sus ojos verdes me eran un poco familiares.

Lo dejé trabajar con lo que podía, ya agarraría el ritmo poco a poco.

Cerca de las cinco de la tarde, recibí un mensaje de Matthew diciéndome que saliera yo primero y lo esperara donde siempre. Marlene le había amenazado con esperarlo en el lobby y no quería que yo tuviera un mal rato. De hecho, iba a hacer todo un acto de magia para no verla. Le respondí que no había problema. Aunque, por supuesto, sí lo había. Ya me molestaba todo lo referente a ella.

¡Cómo podía ser tan rogona y fácil!

Finalmente salí primero, acompañada de Josh. Desafortunadamente, al salir me encontré con Mason frente a la acera; fingí que no lo había visto y caminé rápido hacia el metro. Tuve que enviar un mensaje a Matthew diciéndole que me recogiera ahí.

Tal vez cinco minutos de esperar impacientemente, llegó y me abrió la puerta para que subiera deprisa. Arrancó tan pronto como cerré la puerta, tuve que ponerme el cinturón atrabancadamente.

Ambos suspiramos muy aliviados y luego reímos.

—¿Marlene te encontró? —pregunté en lo que posaba mi mano en su muslo.

Volteó a verme inmediatamente con una pequeña sonrisa, ya era mi caricia de cuando íbamos en el auto.

—Sí, pero le dije que tenía una cita con mi doctor y no podía llegar tarde. Literalmente la dejé con la palabra en la boca.

Sonreí vengativamente. Esta noche, Matthew era mío.

Durante el camino conversamos acerca de Josh. No fue interesante pero si tranquilizaba mi desespero por llegar a su departamento, en donde, tan pronto como abrió la puerta, aventé la bolsa en el sofá y troté a su cuarto. Fui directo al cajón en donde guardaba la caja de condones. Me desvestí rápido, quedando solo en brassiere y pantis, y tomé un condón que guardé en la copa

del brassiere, ligeramente visible.

Salí al pasillo con paso calmado y corazón desbocado, era la primera vez que hacía esto. Pero me sentía tan sexy.

Matthew ya se había quitado la corbata y ahora estaba arremangándose rápido las mangas de la camisa.

—Matt —le llamé para atraer su atención. Cuando volteó a verme tranquilamente, le sonreí muy coqueta.

Sonrió de oreja a oreja.

—¡Uff! ¡Wow!... ¡En serio, wow! —exclamó asombrado—. Amo tu iniciativa —murmuró, seguido de un gemido seductor que me hizo correr a sus brazos. Me alzó hasta que pude enroscar las piernas en su cintura y me manoseó obscenamente el trasero.

Lo besé... y lo besé bien, disfrutando todo el tiempo el sabor de su saliva.

Matthew me estampó contra la pared. Desvestir a un trajeado es igual de sexy que besarlo en el cubo de las escaleras de emergencia. Y es aún más cuando se trata del jefe.

Lo que siguió fue un acostón en donde se entremezcló el desespero y la tranquilidad. Solo por esa vez, le complacé con no usar condón. Tenía razón, se sentían bien sus orgasmos sin mascarar.

Después fuimos a la cama, en donde cumplí otros deseos que tuve durante el día, y que no pude tener porque eran algo subidos de tonos para hacerlos en la sala de su oficina. Hubo chocolate incluido.

Por su parte, él hizo lo mismo conmigo. Hubo una larga sesión de besos.

También fue la primera vez que tuvimos sexo oral. Jamás había sentido tanto poder sobre un hombre como cuando se retorció bajo mi demandante boca. Simplemente... ¡sin palabras!

Ya satisfechos por el momento, fuimos a la cocina a preparar algo para comer. No comimos algo complicado; de hecho, solo fue fruta picada, sándwiches bien preparados, galletas y refrescos.

Luego nos echamos en la sala a ver la televisión; los dos solo vestíamos la ropa interior. Aunque realmente no vimos mucho, pues nos la pasamos besándonos, retándonos o haciéndonos bromas tontas, o solo explorando parte de nuestros cuerpos con caricias tímidas. No tocamos aquellos lugares que nos llevarían a la cama otra vez... Al menos no por el momento.

A ambos nos gustó retardar ese deseo por hacer el amor. Fue un gran cambio a Mason, con quien nunca compartí ese tipo de intimidad inocente.

Era como si ambos supiéramos que tendríamos muchos encuentros sexuales por delante. No había razón para apresurar las cosas y hartarnos del otro.

Cerca de las once de la noche, Matthew me llevó a mi departamento. Me invitó a quedarme pero rechacé su ofrecimiento gentilmente porque no tenía ropa ahí. Si me quedaba, tendría que levantarme muy temprano para ir a mi departamento a prepararme para ir al trabajo. Lo mejor era que cada quien durmiera en sus respectivas camas. Le propuse que podría tenerme para él solo desde el viernes hasta el domingo en la tarde.

Estuvo de acuerdo. Fácil negociación.

Cuando entré al departamento, lo primero que vi fue un arreglo de rosas no muy grande. Todo estaba muy callado, lo que significaba que Vera ya estaba encerrada en su cuarto tratando de dormir o se había quedado con Luke. Cuando me acerqué a ver las rosas detenidamente, vi un pequeño sobre que tenía mi nombre. Saqué la tarjeta.

Ni una de estas rosas podrá opacar tu belleza... jamás.

Mason

xoxo

Suspiré fastidiada. ¿Cómo podía hacerle entender que no quería ya nada de él sin sacar a la luz mi noviazgo con Matthew?

Sabía que tarde o temprano se enteraría, pero aun así era difícil encontrar esas palabras que no lo lastimaran. A diferencia de él, yo sí tenía en cuenta sus sentimientos, y no quería que después odiara a las mujeres por mi culpa. Quería un corte limpio. Además, ya tenía a Marlene.

Fui a mi cuarto y guardé la nota en el buró.

DESQUITE

TRES SEMANAS DESPUÉS

Mi noviazgo con Matthew ha sido un sueño hecho realidad.

Cuando llegué a la oficina el jueves, me encontré con Susan en el elevador y no perdí la oportunidad para interrogarme acerca de Josh. Siempre había creído que le gustaba Luke pero ahora me daba cuenta que estaba en modo pesca. Es decir, que era agente libre para cualquier hombre que le gustara y correspondiera. Seguramente desistió con Luke tras ver que estaba muy unido a Vera. Mis amigos se amaban mucho.

Me pareció mucho mejor que pusiera su mira sobre Josh, eso me evitaría muchos problemas con mis dos amigos.

A Susan no le importó que Josh fuera cuatro años menor que ella, por el contrario, le pareció todo un reto.

—Buenos días, Ally... Susan —nos saludó Matthew cuando salió del elevador.

Ambas respondimos el saludo al unísono. Aunque el saludo de Susan fue normal, el mío, en cambio, salió como si reprimiera un suspiro. Pero es que Matthew traía una barba de media tarde que lo hacía lucir ¡muy delicioso! Matthew era un hombre pulcro, que viniera así quería decir que aún estaba agotado de nuestro fin de semana.

Oculté mi inoportuna sonrisa traviesa.

—¿Vamos por un café? ¡Estoy durmiéndome! —sugirió Susan, codeándome en las costillas para que le prestara atención.

—¡Sí, claro! —respondí conteniéndome en dar una miradita a Matthew.

—Matthew, ¿quieres un café? —le gritó Susan desde la puerta.

—Sí —respondió él sin levantar mucho la voz.

Tomamos el elevador.

Estábamos muy silenciosas, contemplando como la numeración bajaba paulatinamente. Incluso con una mujer a mi lado, ese cubo me intimidaba.

De la nada, Susan soltó una risita extraña.

—¿Qué sucede? —le pregunté asombrada por lo que me pareció locura.

—Voy a volver a repetírtelo, pero Matthew y tú tienen mucha química que están desperdiciando. Él en Marlene y tú en Mason —respondió con una sonrisa torcida, llena de confabulación.

Bufé nerviosa. Incluso reí falsamente para completar la idea de que su observación me pareció una broma.

—Soy muy observadora, Ally. Puedo percibir las chispas que brincan cuando se ven, ya ni hablar de cuando están juntos. ¡Una supernova en el cuarto!

Solté una risita callada.

—Creí que podría ser amistad pero, no, esto es más intenso —agregó.

—Sí, bueno, quizás tengas razón pero no hay nada que yo pueda hacer. ¿Recuerdas que ya hemos hablado de esto?

—Sí, sí, ya lo sé —respondió mientras abría la puerta para salir del edificio.

—Ahora, que si tu idea de “trepadora” ha cambiado..., tal vez podría hacer algo —comenté como si nada.

Susan rió por la forma en que me hice la inocente.

Caminamos unos metros en silencio.

—Si te gusta, ¡ánimate a tener algo con él! Ya te conozco más y sé que eres muy responsable con tu trabajo para ser una trepadora —comentó en lo que esquivaba a los oficinistas apresurados.

—Te confieso que sí me gusta... ¡y mucho!, pero no soy de ese tipo, Susan. Los hombres guapos me intimidan mucho a la hora de confesarles que me gustan. Así que si él quiere algo conmigo, entonces, él tendrá que “animarse” —respondí con algo de burla para aligerar la confesión escondida.

Abrí la puerta de la cafetería.

—Si yo me “animo” con Matthew, entonces, tú tienes que “animarte” con Josh —sugerí.

—¿De dónde sacas que me gusta?

—¡Chispas, Susan, chispas!

—¡Cómo sea!... ¿Es un trato? —preguntó como si no quisiera perder la oportunidad de apostar. Por supuesto, leí sus intenciones y no quise hacer eso.

—No, no, nada de apuestas. Nunca apuestes con el amor porque siempre perderás. Si vamos a “animarnos”, es porque nos gustan y queremos estar con ellos. ¡Punto!

—¡Eso quise decir! —aclaró entre risas.

La conversación terminó porque nuestro turno en la caja llegó. Susan pidió su bebida y la de Matthew y fue a esperar por ellas mientras yo compraba la mía.

Todo el tiempo pensé en lo que me había dicho Susan. Al parecer, me había forjado de una buena reputación rápidamente en la oficina. Tendría que comentarlo con Matthew.

Sería maravilloso ya no escondernos, poder trabajar con mi novio sin frustrarme porque no podía siquiera guiñarle un ojo.

De regreso a la oficina, hablamos de otras cosas. Susan estaba planeando una salida a *The Gathering* para el fin de semana. Me entusiasmé con la reunión porque era seguro que iría Matthew. Sería una buena oportunidad para coquetear fuera de la oficina, sentar las bases que dirían a los demás que nos gustábamos mucho.

Desafortunadamente, no podía invitar a Vera y Luke porque seguramente llevarían a Mason, y no quería que me arruinara la noche con su falsa carita de cachorro abandonado.

Fui directo a mi lugar. Josh ya estaba trabajando y Susan fue con Matthew a entregarle su café. No seguimos platicando durante el día y tampoco vi a Matthew hasta cerca de la hora de salida; y solo porque fui a su oficina para saber qué planes tenía.

—Cierra la puerta, por favor —me ordenó con tono seco en lo que se ponía de pie para ir a la sala. Nuestra maravillosa cueva.

Se sentó con los brazos estirados en el respaldo y me acarició sensualmente con la mirada mientras me acercaba a él. Me metí entre sus piernas y tomé su corbata para jalarlo y besarlo; me apoyé con una rodilla para no perder el equilibrio.

No me tocó, solo se dejó seducir.

—No voy a poder estar contigo hoy —avisó entre besos.

Me retiré para sentarme a su lado.

—¿Por qué no? —pregunté algo asustada. Necesitaba mi dosis diaria de Matthew.

—Voy a quedarme un rato para terminar el trabajo que tengo pendiente. Mañana son las juntas...

Bufé.

—Bonita —me dijo en lo que retiró mi cabello que le ocultaba mi rostro—, me vas a tener todo el fin de semana.

—¿No te voy a ver mañana?

—No, voy a estar con mis amigos... Pub y partido de futbol.

Abrí la boca indignada porque me estaba cambiando por un estúpido balón. ¿Tan rápido habíamos llegado a esa etapa en donde se recordaba que los amigos existían?

—¡Ah! Eres uno de esos —farfullé.

—Tengo que verlos, Ally. Ya me están reclamando porque ya no los veo.

Refunfuñé de nuevo, pero finalmente acepté su plan. Entendía su posición, pero también quería estar con él cada segundo de nuestro tiempo libre.

Matthew iba a besarme para contentarme pero alguien tocando la puerta lo interrumpió.

Nos pusimos de pie muy reacios. Matt tomó unas hojas que estaban en la mesita para aparentar que estábamos trabajando.

Ya estaba enojada con sus planes que no me incluían, pues ese enojo se multiplicó cuando Matthew le dijo a Marlene que podía entrar.

—Entonces..., mañana seguimos trabajando en la encuesta. Tiene que estar lista para el lunes —mintió Matthew con desinterés.

—Bien —dije, me esforcé para que mi voz no se oyera molesta. Me acerqué a él para despedirme de beso en la mejilla.

Para todos, ya éramos amigos, por lo tanto, me despediría como tal.

Di la media vuelta y me crucé con Marlene.

—Hola, Ally —me detuvo para saludarme de beso en la mejilla. Detesté su saludo, pero aun así le saludé desganada.

—¿Por qué tan apresurada? ¿Tienes una cita?

—No, pero... —vi a Matthew de reojo, que ya estaba sentado en el escritorio, fingiendo que estaba trabajando. Levantó la mirada para estar atento a lo que iba a decir— quiero llegar a mi casa para salir a trotar o caminar, estoy un poco estresada. Luego buscaré a alguien que quiera ir al cine conmigo.

—Llama a Mason. Ha querido hablar contigo desde hace días —sugirió Marlene como si nada.

Le miré un segundo con desconfianza. ¿En serio iba a seguir uniéndome a su... amante?

—Creo que lo haré. Él siempre ha sido un buen compañero de películas —respondí con tono vengativo.

Volteé a ver a Matthew, quien bajó la mirada apresuradamente cuando Marlene también volteó a verlo.

—No te retengo —dijo Marlene. Me jaló para despedirse como Judas.

—Hasta mañana, Matt —rematé aun mirándolo y enfatizando burlescamente su diminutivo.

Él no me respondió, ni siquiera me regresó la mirada.

Salí de su oficina para ir rápido por mis cosas. Bajé por el elevador muy enfadada por todo.

Matthew me había cambiado por un balón, y no le dijo a Marlene inmediatamente cuando entró que no podía atenderla; por el contrario, me corrió. Lógicamente, me desquité abofeteándolo con la idea de salir con Mason. No lo iba a hacer, pero estaba dolida y había hablado sin pensar.

Ya estaba en el metro, a medio camino de mi casa, cuando recibí un mensaje de Matthew.

Primero te enojas porque quiero pasar un rato con mis amigos, luego me restriegas en la cara que vas ir al cine con Mason y, para terminar de encabronarme, me llamaste Matt con ese maldito tono irónico. Me debes una jodida disculpa.

Bufé molesta sin querer. El pasajero a mi lado volteó a verme.

Ya estaba tranquila antes de recibir su mensaje. Tenía la mente clara e iba a hablarle al llegar a la casa para solucionar las cosas, pero sus indignadas palabras volvieron a alterarme. Aventé el celular dentro de mi bolso y me concentré en lo poco que veía del periódico del pasajero de enfrente.

Al llegar a la casa, lo primero que hice fue ponerme el pants y tenis, luego enfundé mi celular dentro de la sudadera, en su compartimiento especial, y salí a trotar con música a un volumen que me permitiera escuchar los autos.

Di varias vueltas al parque cerca del departamento, hasta que mis piernas desfallecieron. No fueron horas, de hecho, solo fue media, pero hacía tanto tiempo que no me ejercitaba que estaba ya fuera de forma. A pesar de lo que dicen, el sexo no te mantiene en forma.

Regresé al departamento, aun con la música en mis oídos. Evité a Coldplay a toda costa.

Al llegar, me encontré a Mason sentado en el cofre de su auto. Vestía jeans oscuros, playera blanca con cuello en V, y una chamarra de cuero, de esas que usan los motociclistas. Me dejó con la boca abierta, nunca lo había visto así, tan guapo y con un toque de hombre malo, aunque su rostro contradecía lo que realmente era.

Matthew ya se había vestido así una vez, y en un segundo terminó desnudo y debajo de mí. Me lo cogí como nunca.

—Hola —me saludó en cuanto me vio. Brincó del auto en lo que aplaudía para limpiar las manos.

Me acerqué a él retirándome los audífonos para regresarle el saludo y pronto le pregunté a qué había venido.

—No me has llamado —respondió sin sonar reprensorio.

—Lo siento, he estado ocupada —mentí.

—¿Lo estás ahora?

Iba a decirle *sí*, pero, por mi facha, la respuesta tuvo que ser *no*.

—¿Ya comiste?

—No.

—Vamos, cámbiate y te llevo a cenar algo —dijo encaminándose a mi edificio.

Asentí. No me quedó de otra que aceptar su invitación. No podía seguir evadiendo hablar con él. ¿De qué? No sé, pero era seguro que lo averiguaría pronto.

Le dije que me esperara viendo televisión en lo que me daba un baño rápido y me arreglaba muy casual. No me preocupó que viniera Matthew porque sus amigos eran más importantes esta noche.

Media hora después, salimos de mi departamento en silencio.

La radio era lo único que se escuchaba en el auto mientras manejaba. Nada más me preguntó en todo el camino si quería comer comida japonesa. Acepté, hacía mucho que no la comía.

Cuando llegamos al restaurante, se comportó como todo un caballero.

—¿Cómo has estado? —preguntó casual.

—Bien. Un poco ocupada, pero es normal. Algún día tendré un compañero a quien le pueda dejar todo el trabajo... ¿Y tú? —traté de que el inicio de la conversación sonara lo más casual posible.

—Bien —respondió con sonrisa falsa. Agregó—. Te he extrañado mucho.

Sonreí retraída, no sabía qué responder. Por fortuna, nos interrumpió el mesero. Ordenamos rápido, me estaba muriendo de hambre.

—He pensado mucho en ti —retomó Mason la conversación que ya me era incómoda, porque estaba completamente dirigida a *esa* relación que él aun quería forzar; a pesar de tener ya algo con Marlene.

—¿Ah, sí?

—Sí, fui al concierto de Coldplay y...

—¿En serio? ¡Yo también fui! —le interrumpí.

Y te vi con Marlene, continué mi revelación en silencio.

Lógicamente, Mason se puso nervioso. Trató de ocultarlo, pero yo lo conocía muy bien para saber que siempre que apretaba un poco los labios era porque se sentía atrapado.

—Tocaron muy bien, ¿no lo crees? —comenté.

Asintió varias veces, aun nervioso.

Seguí hablando del concierto, mientras disfrutaba su silencio. Quise desenmascararlo, decirle que lo había visto besuqueándose con Marlene, pero convine que para decir eso tendría que confesarle que fui con alguien, y no se me ocurría quién pudiera cubrirme sin dificultad.

Callé cuando el mesero regresó.

—¿Y de qué querías que habláramos? —pregunté después de que el mesero nos sirvió algo de beber.

—De nosotros —respondió tranquilamente, viéndome directo a los ojos.

No hay “nosotros” si estás saliendo con Marlene, lo acabas de confirmar con tu nerviosismo.

—¿Nosotros? —pregunté ingenua.

—Sí. Tu..., yo..., una relación... ¡Nosotros! —respondió entre pausas que decían mucho.

—Mason, lo que tú y yo tuvimos fue muy excitante pero ya está en el pasado —aclaré con tono suave. Aunque ya me parecía una cantaleta.

¿Cuándo entenderás que no quiero nada contigo? ¿Acaso tengo que ser grosera ya para que desistas?, pensé.

—Pero, Ally, quiero volver contigo —me interrumpió casi suplicando.

—Eso ya no es posible —dije rápido, aun manteniendo la suavidad en mi voz—. En esta etapa de mi vida no hay cabida para un noviazgo. Te lo he dicho muchas veces.

Se dejó caer en el respaldo e hizo a un lado la cara, cansado de escuchar la excusa que no dejaría de repetirle.

—Me estás perdiendo y te vas a arrepentir, tarde o temprano —farfulló.

—Mason, te perdí desde hace dos años, porque tú lo quisiste así —aclaré.

—¿Cómo te hago entender que fui un estúpido entonces? —exclamó alzando la voz. No quise averiguar si los comensales notaron su desespero—. Puedo estar con muchas pero al final eres la única que necesito.

“La única que me conoce realmente.

Lo miré en silencio. Mentía completamente.

—Tienes que aprender a vivir con tus decisiones —fue lo único que pude decir. Una vez más quería echarle en cara su relación con Marlene, pero, por su actitud, era seguro que lo iba a negar e iba a huir.

Suspiró desconcertado porque no cedía.

El mesero llegó con nuestras órdenes.

—¡Bien! Respetaré tu decisión por ahora, pero quiero seguir en tu vida. Ser tu amigo de nuevo —dijo tras que el mesero se retiró.

—Está bien, si eso te es suficiente —cedí en lo que preparaba mis palillos.

No iba a ser suficiente, Mason no iba a dejarme en paz jamás porque él era del tipo de persona que quiere devorar el mundo de un solo bocado. Más sexo, rápido e intrépido; más noches de pub... más de todo. Por eso era infeliz porque la vida misma era poca para él.

Ya me había convertido en su reto personal.

Mason torció su sonrisa traviesamente, como si ya hubiera planeado algo que me llevaría a sus brazos pronto. Ignoré su gesto, aun reprimiendo el deseo de asegurarle que solo perdería su tiempo.

No corté toda relación con él porque quería conservar su amistad. Mason fue un mal novio, pero nunca fue un mal amigo. Tenía confianza de que mi amigo regresara una vez que sus sentimientos se concentraran solo en Marlene.

Empezamos a comer ya en silencio.

Tras que salimos del restaurante, irónicamente Mason me invitó al cine. Acepté porque no quería llegar a casa a esperar junto al celular a que Matthew me llamara para solucionar nuestro desacuerdo. Alguno de los dos tenía que dar el brazo a torcer primero, pero no iba a ser yo.

Como no alcanzamos función, entonces fuimos a tomar un café. Ya no volvió a tocar el tema.

A pesar de todo, pasé un buen rato con él. Había salido con *mi amigo*, y no con el hombre que me presionaba para regresar con él. Bromeamos tontamente, como en los viejos tiempos.

Me llevó a casa cerca de las diez de la noche. No hizo el intento por que lo invitara a pasar y solo se despidió con una sonrisa y besos en las mejillas. Ambos prometimos que nos hablaríamos en la mañana para organizar una partida de póker con Vera y Luke.

—¿Por qué aceptaste su amistad? —me preguntó Vera confundida cuando le relaté mi cena con Mason.

—Porque siempre me gustó nuestra amistad, Vera —respondí con obviedad.

—¿Crees que Matthew va a aceptar que continúes esa amistad?

—Seguramente no —respondí desconcertada. No había pensado en que Matthew iba a prohibirme esa amistad—. Por cierto, ¿no me ha hablado?

—No —respondió Vera tranquila.

Tomé el celular del bolso y revisé sus mensajes. Nada. Solo estaba el que me reclamó por

haberme enojado.

—¿Se enojaron? —me preguntó Vera curiosa.

No respondí nada y solo le aventé el celular.

—Eso explica por qué saliste con Mason. Te estás desquitando con Matthew.

Negué con la cabeza tal cosa, aunque me di cuenta de que tenía razón. En cierta forma, le estaba diciendo a Matthew con esta salida, y amistad renovada, que no iba a esperar a que me diera mi lugar con terceros.

—Espero que no salgas dañada de esto —comentó Vera.

—No lo creo. Admito que tiene justa razón de enojarse conmigo porque no quería que fuera a ver a sus amigos, pero mi enojo es justificado... ¡Me corrió para estar con Marlene!

—No mencionó eso —dijo Vera revisando el mensaje nuevamente.

Le relaté rápido como vi la situación.

—¿Así que lo castigaste?

Asentí.

—No manejes así las cosas, Ally. No lo hagas con Matthew. Por lo poco que me has contado de él, he hecho su perfil y no es un hombre que le guste este tipo de cosas. Si lo defraudas, lo harás para siempre —opinó sensatamente.

Vera tenía una habilidad nata para hacerme ver las cosas desde afuera con tan solo un comentario.

Tenía razón. No podía manejar a Matt así.

—Está bien. Hablaré con él en la mañana —respondí ya dando por terminada la conversación.

Me fui a dormir.

VIERNES

No tuve noticias de Matthew en todo el día. A pesar de que Josh me hizo agradable el día, era un hombre muy gracioso, pensé muy seguido en ser la primera en dar el brazo a torcer. Las palabras de Vera me martillaron la cabeza hasta el punto que me dio terror perderlo.

No podía hablarle estando en junta, la única que podía hacerlo era Susan. Quise pedirle que me comunicara con él pero no tenía una excusa plausible que justificara la interrupción. Tenía que esperar hasta la hora de salida para hablar con él.

—Ally, no me vayas a dejar plantada mañana —me advirtió Susan cuando llegó para esperar el elevador junto conmigo—. Di a Vera y Jenny que es mi turno de salir contigo esta noche.

Solté una risita traviesa porque se escuchó muy celosa. Ya quería ver su expresión cuando le dijera que Matthew siempre trajo la máscara de Vera y Jenny.

—¡Claro que no!... ¿Quién va a ir, por cierto? —pregunté casual mientras presionaba el botón una vez más.

—Todos, menos Marlene.

Volteé a verla sin querer. No sé qué cara puse porque de inmediato sonrió muy confabuladora y me aseguró que Matthew también iría.

Reprimí mi sonrisa gustosa, porque no tenía idea de que iba a ir. Tenía que arreglar las cosas ya para que mi plan con Susan pudiera empezar esa noche. No podía desperdiciar esa oportunidad.

Entramos al elevador.

Iba a enviarle un mensaje, pero no pude hacerlo porque Susan no paró de hablar acerca de su plan que tenía para dar un avance con Josh. Solo la escuché pacientemente.

Al salir del edificio, le marqué pero mi llamada fue cortada a los dos timbrazos.

El miedo retorció mi estómago, no quería hablar conmigo. Sentí que lo estaba perdiendo.

Iba a parar un taxi e ir a su departamento para averiguar qué sucedía, cuando se detuvo un auto que inmediatamente reconocí.

—Mason —murmuré cuando vi que se estiró para abrirme la puerta del pasajero desde adentro.

—¡Vamos, sube! Luke me llamó para que pasáramos por botanas antes —dijo como si nada.

Se me había olvidado que había hecho planes con ellos.

Volteé a todos lados con la esperanza de ver a Matthew para que me salvara de ese compromiso, pero no lo vi entre la gente. Finalmente, subí al auto dentro de un suspiro desconcertado.

Mason venía escuchando a Placebo, otro de sus grupos favoritos. *Every me, every you* sonó con ímpetu para llenar a Mason de adrenalina, quien subió el volumen y aceleró un poco más. En otra ocasión me hubiera puesto a cantar con él, pero mis pensamientos estaban perdidos en Matthew.

¿En verdad estaba muy enojado para cortar mi llamada así, agresivamente? ¿Qué no le era obvio que yo había dado el brazo a torcer?

¡Por dios! ¡No quería perderlo por una idiotez!

Revisé el celular. Nada aún.

Sentí un dolor terrible en el corazón, como si estuviera muriendo lentamente.

—¿Todo bien? —me preguntó Mason por encima de la música.

Volteé a verlo con cara de que no lo escuchaba, aunque si lo había hecho. Bajó el volumen y volvió a preguntarme si estaba bien. Le hice gestos de que no lo estaba del todo.

—¿Qué sucede? —preguntó con su atención intermitente.

—Un problema en el trabajo. Necesito ver a Matthew para arreglarlo, pero no me contesta —respondí sin darme cuenta que le había expresado mi deseo.

—Tal vez no te habla porque está con Marlene —comentó Mason desinteresadamente. No noté ni una pizca de celos.

No entendía por qué seguía uniendo a Matthew y Marlene, cuando era claro que él tenía algo con ella. Quizás eran amigos con beneficios. Más bien, ¿qué se traía este par? ¿Estaban juntos o no?

¡Bah! No importaba qué hacían juntos, para mi tenían una relación y punto.

—Sí, bueno, tendrá que dedicarme un segundo o, de lo contrario, estaremos en problemas los dos.

Mason rió por algo.

—Olvida el trabajo, ya arreglarás el problema con él el lunes —sugirió con una sonrisa que me fue difícil no replicar.

Me sorprendió que no hablara mal de Matthew.

Pasamos a un Tesco y compramos todo lo necesario para la noche de póker. Sorprendentemente, Mason me hizo sentir mejor con su compañía. Aun quería hablar con Matthew, pero ya no sentía mi corazón morir porque él no me había contestado.

—*Me estoy enamorando de ti* —me recordó que tenía el amor de Matthew y seguiría

insistiendo hasta que habláramos.

Cuando llegamos, Vera y Luke ya habían preparado todo. Comimos primero algo antes de sentarnos a la mesa a jugar.

Una vez más tuve una noche agradable con mis amigos. Perdí cerca de 30 libras pero me divertí mucho.

Mason se fue cerca de la media noche y Vera y Luke no tardaron en irse seguidamente, dejándome en compañía de mis pensamientos que me llevaron de nuevo a Matthew. Le marqué sin dudar.

Me senté en el sillón a esperar a que contestara. Sonó y sonó hasta que entró su buzón de voz. No dejé ningún mensaje y solo colgué y abrí Whatsapp para enviarle una carita triste. Nada más.

Así me sentía en ese momento.

Tomé un baño rápido para relajarme y me fui directo a la cama. No recibí una respuesta de Matthew en toda la noche.

Al parecer, lo nuestro ya había terminado.

Desperté por la mañana muy consciente de que había echado a perder la única relación en toda mi vida que me había llevado a las estrellas.

—¡Eres una idiota! —fue lo primero que me dije cuando recordé todo.

Fui al baño desilusionada e hice mi rutina mañanera, pero lo hacía con tanta lentitud que cualquiera se hubiera desesperado.

Tomé el celular en lo que iba a la cocina a prepararme un té. Quería regresar a la cama a seguir durmiendo porque solo en mis sueños podía escapar de la tristeza que reprimía por el momento.

Le mandé un mensaje:

Aún estoy enamorada de ti. :’-(

Dejé el celular en el comedor y lo contemplé un par de segundos, demandando en silencio que me llamara.

Nada.

¿Qué podía hacer para hablar con Matthew? ¿Ir a su departamento y rogarle de rodillas que me escuchara?

—¡Bien! Si eso es lo que tengo que hacer para recuperarte, lo haré —espeté decidida.

Estaba de camino a mi cuarto cuando el timbre sonó, me extrañó que fuera el de la puerta del departamento y no el del edificio. Lo más lógico era que Vera había olvidado las llaves y había conseguido que el vecino le abriera allá abajo.

Dejé la taza en la mesita que estaba en el pequeñísimo hall y ahí vi las llaves de Vera. Efectivamente, las había olvidado.

—Agradece que ya me haya levantado, si no te recibiría con... —solté en voz alta en lo que abría la puerta. Sin embargo, lo que vi frente a mí me dejó con la boca abierta.

—Matthew —susurré aun asombrada.

—¿Puedo pasar? —me preguntó cuando vio que no decía nada más.

No le respondí, pero me hice a un lado para que pasara. Aún sorprendida por verlo, lo seguí, tallándome los ojos en todo el camino a la sala; no podía creer que estuviera aquí. Pero tras el doloroso restriego me di cuenta de que no alucinaba.

Volteó a verme, e iba abrazarlo pero su actitud seria me detuvo decididamente.

—¿Así va ser esto, Ally? —me preguntó después de suspirar fastidiado—. ¿Me vas a castigar cada vez que no pueda verte?

—¿Castigarte?... ¿Cómo? —respondí confundida. Seguramente se refería a mi “amenaza” de salir con Mason.

—¡Largándote con Mason a no sé dónde!

—¿Solo fue una amenaza tonta? —me excusé sin dar importancia a lo que dije esa vez.

—¡No soy idiota, Ally, y no me lo niegues! ¡Te vi subiéndote a su auto! —exclamó enfadado.

—¡Oh! —lamenté que me hubiere descubierto.

—¿Oh? —repitió, pero con indignación.

—¿Qué querías que hiciera? ¡Me corríste de la oficina! —espeté molesta, aunque se notó en mi voz que tenía miedo por cómo iba la discusión.

¡Por favor, no rompas conmigo!, dije a mis adentros con miedo, a pesar de que mostraba fortaleza en el exterior.

—¿Y tienes idea de por qué lo hice?

—Para estar con Marlene —respondí en lo que lo barría con la mirada.

—¡No! ¡Para que no te hiciera enojar con su verborrea ponzoñosa!

—¡Oh! —volví a exclamar, pero ahora con pesar.

Tenía razón. Marlene siempre tenía las palabras correctas para hacerme enojar. Y eso que aún no sabía que Matthew me gustaba mucho. No quise pensar en lo ponzoñosa que sería cuando se enterara.

—Corrí a alcanzarte cuando supuse que Marlene había logrado su cometido, que por eso no habías respondido mi mensaje. Pero ya no te encontré.

“Y luego, ¿qué me encuentro al salir el viernes?”

—¡Solo me subí a su auto porque estaba molesta contigo! —me excusé—. Necesitaba distraerme.

“No me culpes porque él estaba precisamente ahí en el momento en que necesitaba hablar contigo. Me trajo a casa y...”

—¡¿Necesitabas a alguien tanto que lo invitaste a quedarse anoche?! —me interrumpió gritando. Estaba muy celoso.

—¿Cómo supiste que él...?

—¡Estoy tan estúpidamente enamorado de ti que vine a solucionar las cosas contigo y vi su jodido auto afuera! —siguió gritando.

—No estaba sola con él. Vera y Luke también estaban aquí. Jugamos póker hasta las once. “Noche de amigos” —espeté mordaz, para decirle entre líneas que yo también tenía derecho a divertirme con mis amigos—. Mason se fue a su casa antes de medianoche. Vera y Luke huyeron a no sé dónde casi de inmediato. ¡He estado sola desde entonces! —expliqué ansiosa de que me creyera.

A pesar de que estábamos molestos, no quería que pensara que había pasado la noche con Mason. No quería que sus celos crecieran tanto hasta el punto en que ya no creyera mis explicaciones. ¡Tenía que solucionar esto!

Matthew recorrió el departamento con la mirada para verificar que efectivamente estuviera sola.

—Ve a mi cuarto y verás que te estoy diciendo la verdad —le dije tranquila en lo que le señalaba el pasillo.

Matthew volteó a verme.

—No, te creo —dijo ya calmado.

Iba ir a sentarme al sillón, pero él tomó mi mano y me detuvo.

—No quiero seguir molesto contigo —dijo con mirada triste.

Al percibir sinceridad en sus palabras, suspiré aliviada.

—Yo tampoco —concordé, y al fin me abalancé para abrazarlo fuertemente—. Perdóname. A

veces me dan ataques de inseguridad.

No quería seguir esa pelea sin sentido. Además, ¿por qué demonios estábamos dejando que los ex nos separaran?

Buscó mis labios poco a poco para besarme tranquilamente; volví a ser feliz. Sin dudar lo llevé a mi cuarto, quería echarme a su lado para que me besara cómodo, que me amara inocentemente.

—Mmm, tu cama sigue oliendo a ti —murmuró cuando se acostó.

—¡Obvio! —dije sarcástica—. Pero quisiera que oliera mejor a ti.

Iba a sentarme a horcajadas sobre él pero preferí brincar y sentarme a su lado. Se dio cuenta que no quería iniciar algo romántico aun, así que solo llevó sus brazos detrás de su cabeza en una posición cómoda.

—¿Te divertiste con tus amigos? —pregunté inocentemente, a lo que él hizo muecas molestas sin dudar.

—¡No! No los vi porque me pasé dos días odiándote —respondió con falsa indignación—. No tenía cabeza para perder dinero con ellos.

No supe si reír o no.

—¡No te quejes! Yo perdí 30 libras por tu culpa —le rebatí en lo que le daba un manotazo en el pecho.

Rió.

—No es una cantidad que justifique mi mal humor... —resopló—. Ya no hablemos de eso, por favor —me pidió, irguiéndose hasta que su rostro quedó muy cerca del mío—. Ya no quiero pensar en esos dos. Solo quiero besarte y besarte... besarte y escabullirme dentro de ti. Quiero que te vengas en mi boca —agregó en lo que me tomaba del cuello para que sus labios encontraran los míos con facilidad.

Me llevó con él cuando se acostó de nuevo, y me dejó al mando de los besos al principio. Después, bueno, será un recuerdo censurado.

Jamás creí que diría esto pero retozar me cansó. No sentía los labios y tenía mucha sed.

Me levanté de la cama sin decirle que iba a la cocina.

—¿Por qué te encanta dejarme siempre así? —me reclamó irguiéndose un poco.

Salí riendo del cuarto. Escuché como se levantó apresurado para seguirme y, casi enseguida, me detuvo con un abrazo y me besó el cuello mientras que me manoseaba el busto. Lo dejé, pero como no busqué sus labios, me liberó para que fuera a la cocina. Me dio una nalgada que me hizo reír.

Saqué dos latas de Coca-Cola del refrigerador, le aventé una que abrió y bebió de inmediato.

—¿Vas ir a *The Gathering* en la noche? —pregunté como si nada.

Asintió con la cabeza mientras bebía de nuevo.

—¿Tu?

—Sí —respondí—. Estaba pensando que sería una buena oportunidad para revelar que nos gustamos.

—¿Susan sigue alentándote a conquistarme? —preguntó en lo que ponía la lata a un lado para subirse al mueble de la cocina, luego me extendió la mano para que fuera a él. Me abrazó con sus piernas, lo que me permitió frotar sus fuertes muslos hasta su entrepierna; sentí como sus músculos se contrajeron de vez en tanto.

—Creo que tendrá que ser al revés —respondí, ahora tomando sus manos para entrelazarlas con

las mías, como si estuviéramos jugando luchas.

—No. Si yo lo hago, será acoso sexual —explicó, volteando mi mano para besarla entre los nudillos.

—Trepadora... Acoso sexual —repetí en lo que inclinaba la cabeza de un lado a otro con cada palabra, como si fuera una balanza que trataba de equilibrarse a toda costa.

—Te va a costar un poco de trabajo conquistarme —dijo entrecerrando los ojos.

—¿Por qué?

—No eres muy... ¿cómo decirlo?..., *sutil* cuando alguien te gusta —dijo mordiéndose el labio al final, también gimió.

—¡Eres un tonto! —me liberé del agarre para darle un manotazo en la pierna.

Rió sin pudor.

—¡Está bien! —dijo agarrando mi mano de nuevo para jugar un poco más con ellas—. ¿Qué te parece si lo hacemos los dos? Empezamos con una que otra miradita y vamos subiendo el tono del coqueteo durante la noche.

—¡Suena genial! —exclamé en lo que me ponía de puntas para besarlo—. Lo que me recuerda... ¿Puedo preguntarte algo que todavía me intriga? —le cuestioné entre esos besitos que se dan después de uno muy apasionado.

—¿Qué?

—¡En serio, ¿por qué te gusta mucho besarme?!

Sonrió travieso en lo que echó la cabeza hacia atrás, vanagloriándose con mi eterna duda.

—Ya te expliqué por qué. Y si no recuerdo mal, fue el momento más creativo en toda mi vida. Fue una de esas ideas que no se dan fácilmente.

Se me escapó una risita nerviosa. El mejor sexo que he tenido, definitivamente.

—Creo que esa explicación fue una excusa para llevarme a la cama.

—No recuerdo haberlo hecho ahí —rectificó entre risitas. Le piqué las costillas y luego le saqué la lengua infantilmente, que rápido atrapó con la boca para un beso obsceno.

—¡Mmm! ¿Realmente quieres saber por qué? —preguntó soltándose un poco.

—¡Sí!

—Porque eres todo un enigma cuando me besas.

—No entiendo.

—Lo que quiero decir es que me di cuenta de que me hablas con tus besos —fruncí el ceño totalmente confundida—. El problema es que no entiendo qué me dices. Por eso te beso y te beso porque estoy tratando de aprender tu idioma para hablarlo contigo. Quizás, solo así, podremos *entendernos* mejor.

—¿Me estás diciendo que te diste cuenta que no somos compatibles y estás forzando que la relación funcione?

—¡No, tontita! —dijo. Soltó mi mano para darme un golpecito tierno en la punta de la nariz con su dedo—. Lo que trato de decir es que me dices tus deseos y sentimientos a través de tus besos, y yo quiero expresarte los míos de igual manera. Estoy aprendiendo a hacerlo.

—¡Ahhh! Creí que ya lo hacías —balbuceé.

No me escuchó pero aun así estuve muy satisfecha con la explicación. Lo jalé de la mano para besarle.

Tenía razón. Cada vez que me besaba, le quería decir que me volvía loca de amor, que quería estar a su lado por siempre, que no existía nadie más para mí... Que toda mi persona le

pertenecía... Que iba a ser eternamente feliz cuando me dijera que me amaba.

—¡Carajo! —exclamó maravillado en lo que se separaba de mí—. Volviste a hablar atrabancadamente, pero creo que entendí algo de todo lo que me dijiste.

Suspiré profundo para tranquilizar a mi corazón agitado.

—Veamos si me entiendes —dijo en lo que sujetaba mi rostro para que no me alejara.

Durante su beso, sentí su ardor, su corazón palpitando alegremente, su respiración detenida... Sentí toda su persona eclipsada por mí. ¡Y le gustaba sentirse así!

—¿Qué fue lo que te dije? —me preguntó tras que me liberó.

—No, primero dime qué fue lo que alcanzaste a entender en mi beso.

—Que serías feliz si yo hiciera... No sé qué, estoy un poco dudoso. Tendrás que seguir dándome clases de tu idioma —se rascó la barbilla, se vio como alguien intelectual.

Reí entre dientes.

—¿Y qué fue lo que te dije? —me preguntó.

—Que me desees —respondí sonrojada.

—No necesitas que mis besos te lo digan porque siempre te lo he dicho con palabras —aclaró con tono conquistador, echándome una miradita excitada que me hizo sonrojar más. En eso tenía razón.

Se contuvo en reír.

No dije nada porque me sucedió lo mismo que a él. No supe completamente qué me había dicho con su beso.

—¿No lo sabes? —me preguntó buscando mi mirada.

Negué en lo que levantaba el rostro bien, solo para verlo sonreír travieso por algo.

—¿Quieres saber?

—Sí —susurré.

Mojó sus labios, creí que me lo iba a decir con otro beso, pero solo se acercó a mi oído. Su sutil cercanía me sofocó, como siempre lo hacía cuando iba a decirme un secreto, y oleadas de corrientes eléctricas corrieron por todo mi cuerpo, debilitándome tanto que estuve a punto de desfallecer en sus piernas.

—Te amo —susurró finalmente.

Me sorprendió... mucho. Pero una vez que me retiré para verlo directamente a los ojos, vi que su sonrisa traviesa seguía ahí, diciéndome que era verdad lo que me había dicho como un secreto. Entonces todo lo que mantenía mi cuerpo funcionando se detuvo —metafóricamente, por supuesto— para que pudiera sentir por completo esa felicidad que él me estaba ofreciendo.

Me abalancé sobre él para besarlo. No le dije un montón de cosas, solo esas dos palabras que quería que entendiera sin problemas.

—¿En serio? —me inquirió cuando terminé el beso. Su sonrisita estaba expectante a mi respuesta verbal para abrirse plenamente.

—Sí. Te amo —respondí.

Buscamos nuestros labios desesperados. No hubo necesidad de que nuestros besos nos comunicaran lo que nuestros cuerpos estaban ansiosos por hacer. Lo obligué a bajar del mueble y le quité la playera como novata. Él rápido me estampó contra la pared.

—Aquí no —le murmuré agitada.

—¿En la sala?... No creo aguantar hasta la cama.

—No, no en esta pared. Tengo vecinos metiches —respondí besando su cuello mientras que

frotaba su miembro. No quería que se enfriara—. En el pasillo..., por favor.

Su sonrisa se levantó de una esquina, me cargó para sacarme de la cocina y me estampó en la primera pared que no diera con una ventana.

No me desvistió, solo me bajó el pantalón de la pijama y se desabrochó los jeans para ponerse el condón con movimientos torpes. Lo hicimos ansiosos, muy rápido y sin juego previo. Solo apetito carnal.

Fue tan sexy... ¡Tan primitivo!

¡Ja! El georgiano sí que sabía satisfacer rápido a una mujer.

Cuando terminamos, me llevó cargando al cuarto con mis labios haciéndole cosquillas en el cuello. Y esta vez fue gentil al desvestirme para hacer el amor... sin prisa.

QUE LO SEPA EL MUNDO

Te amo.

¿Acaso hay otras palabras, igual de cortas, que te acurruquen entre cada letra para hacerte la persona más feliz y completa del mundo? Porque así me sentía desde que Matthew me dijo que me amaba.

—Sí las hay: te recuerdo —murmuré sin dejar de sonreír muy enamorada.

Matthew ya no podía hacer la vida a su lado más maravillosa... ¿O sí?

Tal vez esta noche podría hacerlo.

Salí de tomar un baño. Matthew se había ido a su departamento hacía tres horas para descansar un poco antes de vernos en el lounge. Escogí todo mi guardarropa pensando solo en él: pantalones entallados de algodón negro, una blusita blanca muy ligera, mi saco negro, y mis zapatillas de satín estilo princesa, que tenían un bonito moño en la punta. Ondulé mi cabello hasta lograr una caída romántica y humeé mis ojos de negro. Me encantó el resultado final cuando me vi en el espejo: sexy, atrevida y un poco coqueta.

Estaba escogiendo un bolso cuando mi celular sonó, corrí a contestarlo pensando que era Matthew.

—Hola, Ally. ¿Cómo amaneciste? —me decepcioné cuando reconocí a Mason.

—Bien —respondí, regresando a escoger el bolso

—¿Podemos salir a comer algo? —me preguntó sin tanto rodeo.

—Lo siento, Mason, pero no puedo. Voy a ver a mis amigas.

Gimoteó decepcionado.

—Supongo que no puedo ir, ¿o sí?

—No, lo siento. Es noche de chicas.

—Entonces, ¿paso mañana por ti para ir a desayunar? —preguntó un poco más optimista.

—No, lo siento. Voy a trabajar con Matthew.

—¡Ah! —exclamó como si nada, aunque alcancé a percibir que se estaba reprimiendo en hacerme una escena de celos.

Mi celular me avisó que me había llegado un mensaje.

—Hablamos en la semana, ¿te parece? Ya se me hace tarde.

—¡Ya qué! Diviértete — antes de colgar, alcancé a escuchar que dijo molesto.

Revisé el mensaje que me llegó.

Amor, ya voy de salida. Te veo allá, no tardes.

Por supuesto, sonreí al leer el mensaje de Matthew. Ahora me llamaba “amor”.

También voy saliendo, amor. :-x

¡Estoy emocionada por coquetear contigo! Es más, déjame intentarlo primero. He madurado desde que te vi por primera vez y no creo ser ya tan atolondrada.

Envié el mensaje y eché el celular junto con todo lo que había separado para llevar. Al final, escogí el bolso de siempre.

Escuché el pitido del celular cuando estaba subiendo al taxi.

¡Ja, ja, ja! Una vez atolondrada, siempre atolondrada. Cariño, no me respondas este mensaje. Estoy manejando y sabes que no puedo escribir textos mientras tanto. Te seguiré ridiculizando cuando te vea.

¡Ah! Ese beso me lo tienes que dar en persona. ;-)

Volví a echar el celular al bolso y me concentré en las luces de la ciudad. Me pareció tan hermosa, tan elegante y perfecta. Todo era maravilloso desde que Matthew me dijo que me amaba.

Quince minutos después llegamos, estaba muy nerviosa por cómo iba a resultar la noche.

—¡Ally! —me gritó Brenda con John y Mark a su lado, quienes eran otros compañeros de oficina.

—¡Ah, hola! —los saludé con falsa emoción, por lo menos para con Brenda.

No es que me cayera mal; por el contrario, me parecía muy carismática para odiarla. El problema era que ella era la mejor amiga de Marlene, y donde estaba Brenda, siempre estaba Marlene, y viceversa.

Ojalá que no la haya invitado.

—¿Ya llegaron los demás? —pregunté en lo que los saludaba.

—Solo Josh —me respondió Mark—, ya está adentro. Susan avisó que llegaba en 15 minutos. Nos dijo que la esperaríamos adentro.

—¿Y Matthew? —pregunté casualmente. Esa sencilla pregunta iniciaba mi coqueteo.

—Habló con Susan y que ya no tarda —me respondió John sin importarle mi interés.

Entramos al lounge, que estaba atiborrado de personas y la música sonaba más alto de lo que recordaba. Fuimos abriéndonos paso hasta que vimos a Josh señalándonos su posición con su brazo ondeando por lo alto.

Nos saludó con una sonrisa de oreja a oreja.

Un mesero se acercó e inmediatamente pedimos nuestras bebidas. Siempre pedía cerveza, pero mi look era diferente esta vez y me vería mal bebiendo de la botella, así que pedí un vodka & tonic. Siempre quise probar uno.

Matthew llegó al poco rato, pero no venía solo, su amigo Damon estaba a su lado saludando a todo mundo.

Como era de esperarse, no tuve ojos más que para Matthew. Quizás exageraba, o ya alucinaba, ¡no sé!, pero me pareció mucho más guapo después de que me dijo que me amaba.

Vestía sus jeans oscuros, una playera blanca en V y una chaqueta corta algo ceñida, al estilo militar ruso en color azul. No se había rasurado y su cabello estaba ligeramente alborotado. Se veía tan guapo que no podía creer que un hombre de su calibre me amara.

También tuvo ojos solo para mí, lo supe porque su mirada no se despegó de mí y su sonrisa era

reprimida con trabajos.

Ambos llegaron y nos saludaron entre bromas y risas.

—Hola, Ally —me dijo Matthew. Se sujetó de mi cuello para besarme en la mejilla, luego se paró junto a mí.

¡Estaba muy nerviosa! No sé si ya estaba bajo la influencia del vodka o qué, pero aparte de que me sentía muy débil, mi estómago mariposeaba extrañamente por tenerlo tan cerca. Me sentía como si en verdad no hubiera nada aun entre nosotros y quería coquetearle, que se diera cuenta que lo deseaba.

No participé en la conversación comunal porque estaba pensando cómo iniciar el coqueteo. Cada vez que volteaba a ver a Matthew, me preguntaba con la mirada cuándo iba a comenzar el show.

Susan llegó y, a decir verdad, me sentí más confiada cuando me echó una miradita confabuladora tras ver a Matthew a mi lado. En cierta forma ya tenía a mi cómplice a la mano.

—¡Salud! ¡Apenas los conozco pero me caen muy bien! —dijo Damon muy entusiasta; lo acompañamos en su júbilo.

Sin querer, derramé un poco de mi bebida en la chaqueta de Matthew.

—¡Por Dios! ¡Lo siento! —exclamé exageradamente en lo que tomaba una servilleta y trataba de secarlo.

—¡No más bebidas para mi pareja, perdón, compañera! —gritó Josh burlón.

Todos rieron y regresaron a sus bromas. Matthew se quitó la chaqueta y la colocó en el respaldo de la silla.

—Una vez atolondrada, siempre atolondrada —me susurró después, tuvo que inclinarse a mi oído para que nadie lo escuchara.

Tenía razón. Siempre lo sería, pero tal y como pasó en la primera vez, me sirvió para *romper el hielo* entre los dos.

—En compensación, déjame invitarte otra bebida —le sugerí casi en un grito.

Mark, que estaba frente a nosotros, nos puso atención.

—No, gracias. Soy conductor designado —respondió Matthew con una sonrisa resignada.

—¿Qué estás tomando?

—Creo que lo mismo que tú, solo que sin el vodka —respondió tomando mi bebida para olerla.

Me sorprendí. Creí que, al igual que yo, necesitaba un poco de alcohol para darse valor esa noche.

Volteé a ver a Mark.

—¡Está bebiendo solo tonic! —le chismeé como si estuviera indignada por tal cosa.

—¡Sí! ¡Viene de aguafiestas! —gritó Mark, se inclinó un poco hacia mí.

—¡No lo soy! No tengo ganas de beber... Además, Mark, tengo que manejar —se excusó Matthew entre risas.

—¡Mmm! Entonces, al menos déjame invitarte un “tonic doble” —le dije burlándome de su bebida.

Matthew apretó los labios para no reír. En un principio no entendí por qué no quería beber, pero, dado lo que íbamos a hacer, era mejor así porque los demás no pensarían que estábamos coqueteando a causa del alcohol. Aunque hubiera sido una excusa perfecta para irme con él. Ser su conductora designada.

—¡Sí! Vamos por mi bebida a la barra... Tal vez se me antoje algo diferente en el camino — dijo.

Puso su mano en mi cintura para guiarme y protegerme en el camino de posibles seductores.

Al llegar a la barra, Matthew le pidió una Coca-Cola clásica al bar tender.

—Al final usaste tu táctica de siempre —me dijo al oído. Su mano seguía en mi cintura.

Ladeé la cabeza hacia la mesa en donde estaban nuestros amigos. Mark nos veía atentamente, estudiando por qué no podíamos dejar de tocarnos.

El flirteo ya había empezado.

—Ya están notando que estamos coqueteando —le comenté en lo que me sujetaba de su brazo para ponerme de puntas y susurrarle al oído.

Matthew sonrió tan pícaro que ciertamente no iba a pasar desapercibido que él estaba aceptando mis coqueteos.

—Siempre son despistados. Me alegra que hoy no vengan en ese plan. Va a acelerar esto — dijo señalándonos al final—. Por cierto... ¡Te ves muy, pero muy bien! —agregó arrastrando seductivamente cada “muy”.

Me cohibí tanto que escondí mi sonrisita de oreja a oreja.

—No sabes cuántas ganas me dieron de correr a ti y arrancarte la ropa en cuanto te vi — comentó cuando subí la mirada.

Me puse de puntas y él se acercó al leer mi movimiento.

—Me vestí solo para ti..., y podrás hacerlo en cuanto salgamos de aquí —le prometí al oído.

Una sonrisa conquistadora me respondió que no podía esperar a que eso sucediera.

—Lo que me recuerda, lamento no poder ver a mi amigo... el lindo cuervo —comenté en lo que acariciaba su brazo en donde estaba su tatuaje. Su playera en V era de manga larga.

Sonrió seducido.

—Cada vez que hablas de mi tatuaje de esa manera, creo que estás hablando de mi pene — comentó bajando la mirada a su entrepierna.

¡Matthew “el indecoroso” está presente!

—Bueno, tu tatuaje es cómplice de... —no terminé mi confesión, pero mi suspiro y mirada baja terminaron de decirle que, sí, estaba hablando de *allá abajo* en este momento.

Ladeó su cabeza confundido cuando subí la mirada a él. Quería una explicación.

—Tu tatuaje confabula contigo para que yo esté muy dispuesta a las órdenes del *otro pajarito*.

Matthew soltó una risita sorprendida. Ya estaba hablando igual de indecorosa que él, bueno, a mi estilo.

—¿Solo has bebido una copa?

Asentí mordiéndome el labio inferior, como una invitación a que me besara. Quería que acelerara más este coqueteo.

—Estás muy desinhibida. Eso no me lo hubieras dicho estando sobria... Y mucho menos en público.

—¿Fui muy lejos?

—No, pero me molesta refrenarme en este momento, porque me gustaría llevarte al cuarto en brazos para conocer ese lado sensual que estás dejando libre en este momento.

—Bueno, quizás lo conozcas esta noche —prometí.

Acaricié esa parte de su pecho descubierto con el dedo índice, mientras que Matthew sonreía deleitado por la “promesa”. ¡Mmm! Queríamos besarnos tanto.

—Estuve a punto de tener un micro orgasmo cuando me trajiste a la barra —le comenté.

—Mmm, cualquiera te diría que vayas a ver a un ginecólogo porque no es normal. Pero, carajo, me la pones dura cada vez que veo que los tienes... —un cuchicheo interrumpió nuestro vulgar coqueteo, volteamos hacia donde todas las miradas se concentraban.

A escasos metros de nosotros, estaba el Príncipe que tanto deseaba ver en persona. Todos trataban de darle su espacio e ignorarlo como si fuera alguien más, pero a algunos les costaba trabajo. Él, acostumbrado a ese tipo de recibimiento, saludó como si nada al grupo de amigos que lo esperaba. Curiosamente estaban a un lado de nuestra mesa. Creo que alcancé a ver a Nathan Bates con ellos, un actor famoso que ya no me pareció tan guapo a lado de *mi* Matt.

El Príncipe Harry era atractivo en su propio estilo. Las publicaciones y televisión no le hacían justicia. Era alto y jamás creí que su cabello fuera tan rojo en persona, y tenía ese porte elegante, a pesar de que vestía una playera blanca con un cárdigan gris arremangado y jeans oscuros. Estaba demasiado informal para el lugar. Incluso su informalidad en las revistas era muy formal a comparación a como vestía en este momento.

—¡Vamos! ¡Ya nos hemos quedado aquí mucho tiempo! —dijo Matthew para sacarme de mi embobamiento. Tomó mi brazo para sugerirme que regresáramos.

Volvió a guiarme con su mano en mi cintura a través de la multitud. Hubo un momento en que un hombre me cortó el paso que se acababa de abrir.

—¡Qué hay, guapa! ¿Quieres bailar? —me preguntó con una sonrisa de oreja a oreja. Se veía animado, tal vez por la bebida.

—¡Disculpa, amigo, pero ella viene conmigo! —le advirtió Matthew sin levantar la voz más de lo que la música lo obligó.

No había un tono posesivo ni nada por el estilo, por el contrario, su suavidad solo le hizo saber al hombre que no estaba sola y que por favor respetara.

El hombre puso los brazos en alto, aceptando la advertencia de Matthew sin problemas.

Vi a Matthew con otros ojos, aun cuando me estaba empujando a que siguiera caminando.

—A pesar de que hay un Príncipe real presente, tú te acabas de ganar el título con solo una observación... Ojalá estuviéramos a solas. Quiero que mi Príncipe georgiano se salte el protocolo —comenté.

Matthew rió y me cabeceó que siguiéramos caminando.

Nadie pareció extrañar nuestra ausencia, excepto Mark.

—¿Ahora vas a dedicarte a rescatar damiselas en peligro? —preguntó Mark a Matthew burlonamente.

—Tal vez, pero solo a las más bonitas —respondió Matthew con el mismo tono empleado por Mark.

Mark rió socarronamente y siguieron platicando de no sé qué. Lo dejé en buenas manos y fui a donde Susan y Brenda.

—¿Cómo vas? —le pregunté a Susan.

—No tan bien como tú —me respondió, señalando a Matthew con un cabeceo.

—¿A qué te refieres? —pregunté ingenuamente.

—A que le estás coqueteando y él no es indiferente.

—¡No estoy coqueteando! —exclamé indignada y riendo por lo alto.

Ella reprimió una sonrisa que seguramente me quería decir que no me hiciera la ingenua.

—¡Susan, ¿bailamos?! —le preguntó Josh desde su lugar, solo que tuvo que inclinarse a un

lado de John para tocar el brazo de Susan.

Ella volteó a verlo con una sonrisa de aceptación, luego me miró.

—Vas mucho mejor que yo —le dije guiñándole un ojo.

Josh se acercó y le ofreció su mano, todo en un ademán muy galante y anticuado. Ella la tomó sin dudar.

Traté de integrarme a la conversación de John, Damon y Brenda. La cual realmente no me interesaba, solo era una táctica que me alejaba de Matthew para poder aventarle miraditas coquetas, de esas que ponen nervioso a cualquiera.

Táctica que funcionó porque Matthew volteaba a verme furtivamente, siempre reprimiendo una sonrisita.

Una joven se acercó a Mark y le hizo la plática sin importarle que estaba interrumpiendo. Mark, seguramente al ver que no era nada fea, se olvidó de Matthew, quien no tuvo de otra que venir a mí.

—¿Quieres bailar? —me preguntó casi en un grito. John, Damon y Brenda voltearon a verlo.

Asentí y me dejé guiar por su mano que no nos adentró mucho en la zona de baile.

Nuestro baile fue tímido al principio, hasta algo incómodo. El sentir era verdadero porque está era la primera vez que bailábamos frente a muchos. Además, la canción no terminaba de prenderme.

La siguiente atrajo más gente que empezó a empujarnos y rodearnos hasta que estuvimos prácticamente fuera de la vista de nuestro grupo. Ya sin miradas encima, la cercanía finalmente me hizo disfrutar bailar con él.

Tras tres canciones regresamos al grupo. Lógicamente, Brenda me echó una miradita reprobadora cuando llegué riendo como loca por la observación que Matthew me hizo acerca de que no se explicaba cómo no era torpe para bailar.

La ignoré. Tenía claro que debía demostrar a John, Mark y Josh que Matthew y yo teníamos química. No a ella, porque sería como obtener el permiso de Marlene para besar a Matthew.

Para despistar un poco, acepté enseguida la invitación de Damon para bailar. Al ser pocas mujeres en el grupo, tuvimos que dividirnos para que nuestros amigos también se divirtieran.

Así estuvimos por una o dos horas: bailando sin descansar. Lo más lógico era que nuestros amigos buscaran con quien bailar en los alrededores, como ya lo habían hecho con Mark, pero supongo que no venían en plan de ligue.

Tras que bailé con Damon, fui recibida por una miradita celosa de Matthew; ya se había arremangado las mangas de la playera. Supongo que el rumor del Príncipe había traído más gente al lugar, haciéndolo caluroso.

—¡Ven, vamos a bailar! —me ordenó si apenas llegué a la mesa.

—¡Espera! —le grité en lo que tomé su vaso torpemente para refrescarme.

Matthew no me soltó.

—¡Vas a tener que seguir partiéndote en dos, Ally! —me gritó Josh riéndose.

—¿Qué hay de Brenda y Susan?

—Es mi turno con Susan —respondió Josh con tono cautivador—. Solo estoy esperando a que termine su bebida.

—Y yo aún estoy esperando a Brenda —agregó John.

—No tendría que hacerlo si fueran como Mark y buscaran a otras personas con quien bailar —le reprendí sin dejar de clavarles una mirada cansada.

Brenda rió por lo alto.

—¡Qué flojera! —gritó John—. ¡No, querida amiga, las tres tendrán que dividirse y mantenernos contentos toda la noche!

—¡John, eso se escuchó muy machista! —le reprendió Susan, dándole un manotazo en el pecho.

—¡Y sexista! —agregó Brenda.

Todos rieron, incluso la joven que Mark había ligado.

Di otro sorbo y me solté de Matthew para quitarme el saco.

—¡Ally, lo de dividirse era una broma! —dijo Damon entre risas.

—¡No, no! ¡Yo tomo en serio mi trabajo! —respondí bromista y volteé a ver a Matthew—. ¡Soy toda tuya, *jefe*! —me ofrecí en lo que le extendía la mano.

Matthew la tomó entre risas.

—¡Ya la oyeron! ¡Ya es mía, así que búsquense a alguien más con quien bailar! —les grito Matthew a modo de orden y me jaló.

Por supuesto, hubo todo un barullo de aullidos, aplausos y risas tras de nosotros.

Matthew se escuchó machista, pero era la verdad. Yo era suya... Siempre lo he sido.

Me arrastró hasta el centro de la pista, en donde me sujetó de la cintura y me atrajo, haciéndome chocar atrabancadamente contra él.

—Ya no voy a compartirte el resto de la noche, amor —me dijo con mirada devoradora.

Desvié la mía porque no pude resistirla. Fue como si quisiera hacerme el amor ahí mismo para que todos entendieran de una vez por todas que le pertenecía.

—¿Ni siquiera con él? —le consulté tras que vi al Príncipe bailando junto a nosotros.

—No, no lo haría ni por mandato Real —respondió tras que barrió al Príncipe con la mirada.

Por supuesto, él estaba muy ajeno a lo que sucedía a su alrededor, toda su concentración estaba puesta en la joven que se le acercaba muy coqueta.

Consciente de que estábamos cubiertos, me colgué de su cuello para besarlo. Fue uno atrabancado, guiado totalmente por el momento, y por la excitación que mantenía enjaulada desde que lo vi entrar al lounge.

—Mmm, todavía me sorprendes —farfulló entre el beso.

Tras el beso, bailamos como si fuéramos Fred Astaire y Ginger Rogers. Bueno, en realidad éramos una mala copia. Hacíamos los pasos exagerados en un espacio muy reducido, a modo de broma. Matthew me daba vueltas, me extendía para volverme acercarme a él y finalmente me inclinaba para besarme traviesamente.

Humorismo andando. Reíamos llenos de felicidad por estar juntos en público.

Incluso el Príncipe volteó a vernos y le hizo una señal de aprobación.

Regresamos a la mesa tras divertinos como locos durante esas cuatro canciones. Esta vez me guió de la mano, sin soltarme en ningún momento, y ya sin aparentar que solo éramos amigos. De hecho, por la mirada que nos echaron, sabían que *algo* había pasado entre Matthew y yo en medio de la pista.

—¿Quieres otro vodka & tonic? —me preguntó Matthew muy caballeroso, y aun consiente de que todos nos miraban con la boca abierta.

—No. Quiero agua, por favor —respondí, lo detuve con la mano y una mirada amorosa.

Matthew me sonrió de igual manera y fue a la barra. Sin dudar, Mark y Damon se le unieron en una carrera. De seguro para chismear lo que había pasado en la pista.

Josh hablaba de algo con Brenda, no se veían nada felices. Parecían tener una discusión en donde se echaban en cara algo. John los escuchaba disimuladamente. Susan me distrajo cuando vino a mí efusivamente.

—¿Qué sucedió?! —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Digamos que ayudó mucho el tener que dividirnos... Cumplimos tu deseo —le respondí en código, que fue fácilmente descifrado por ella.

Susan se quedó boquiabierta de que Matthew fuera el que reaccionara primero. Fue una buena idea que él no bebiera. Yo solo había bebido una copa, y estaba a punto de empezar a beber agua, lo que les dijo a todos que lo sucedido entre ambos fue porque así lo queríamos y no por el alcohol.

—Me alegro por ti, Ally. Se ven *muy bien* juntos —comentó Susan muy confabuladora.

—Gracias... Ahora solo faltas tú —dije en lo que señalaba a Josh con la mirada. No sé qué le seguía diciendo a Brenda, quien ahora lo ignoraba porque estaba escribiendo un mensaje en su celular. De seguro estaba chismeando a Marlene de lo que acababa de enterarse.

No me importó en lo absoluto. Ya era hora de que se enterara quién era la verdadera novia de Matthew.

—Estoy aún en pleno flirteo... Si tengo suerte, sucederá algo con él al final de la noche.

Hice un puchero infantil que le decía que lamentaba que no fuera igual de rápido.

—No te preocupes, yo apenas tengo dos semanas de conocerlo. No tengo mucha prisa..., bueno, sí, pero puedo esperar —dijo con una sonrisita resignada.

Matthew regresó solo y me entregó el vaso con una sonrisa. John y Mark se quedaron en la barra conversando con unas mujeres muy dispuestas a divertirse con ellos.

Bebí todo el líquido sin parar.

—¡Tranquila! —me susurró Matthew al oído.

En el proceso, retiró amorosamente el mechón de cabello que caía sobre mis hombros.

—Estaba muy sedienta.

—Cuidala, Matthew —le gritó Susan, a lo que Matthew le sonrió amigable

—Definitivo, se merece un aumento —me comentó Matthew al oído.

Reí sin querer.

Susan regresó con Josh, Brenda y John, y platicaron de algo. Sus expresiones eran muy variadas para adivinar de qué hablaban. Bueno, obviamente de nosotros, pero no sabía si sus opiniones eran positivas o negativas.

Entonces, Matthew se sentó en el alto banquillo a mi lado con todo su cuerpo hacia mí, también me torcí para platicar con él.

—Todo salió muy bien, ¿no crees? —me preguntó, ya sin recatar su mirada y contacto.

—Sí, sobre todo que ahora tú fuiste el atolondrado —le dije con una sonrisa irónica.

Matthew se quedó con la boca abierta por mi observación, pero finalmente asintió estando de acuerdo.

—¡Tuve que hacerlo! Estos ineptos en el arte del ligue me estaban arrebatando el tiempo que tenía destinado para ti.

Reí entre dientes.

—¿Vamos a ir a tu casa o a la mía? —me preguntó.

—Déjame investigar si está Vera en casa —respondí en lo que tomaba mi bolso para sacar el celular.

Quizás a él no le importaba encontrarse con Mason, pero a mí sí.

Mandé un mensaje a mi amiga, que respondió de inmediato. Estaba en casa.

Le mostré la pantalla, y rápido entrecerró un poco los ojos para enfocar las diminutas letras.

—¡Bien! Mi casa será —decidió con una sonrisa coqueta.

—¿No podemos irnos ahora? —le consulté inclinándome un poco para aprovechar su pose y sentirme abrazada por él.

—Es mejor que esperemos un poco más. Dimos un buen avance, pero si nos vamos ahora, les estaremos diciendo que fuimos a... —reprimió una sonrisita traviesa—, ¡ya sabes!..., a buscar globitos para nuestra fiesta.

Acaricié mi mejilla con devoción mientras seguía conteniendo mi risa completamente apenada.

—¡Bien! —acepté entre refunfuños. Sin pensarlo, puse mi mano en su muslo, lo que lo llevó a bajar la mirada de inmediato para sujetarla, luego se acercó a mi oído.

—Quiero besarte —susurró.

—Yo también quiero hacerlo..., una y otra vez hasta que incomodemos a todos —respondí, igual en un susurro.

Nos miramos por un segundo, pero en lugar de besarle, me acerqué a su oído.

—Te amo —le dije. Me gustó poder decírselo sin temor a que iba muy rápido.

Matthew tomó mi barbilla delicadamente para dirigir mis labios a los suyos.

¡Al demonio si nos veían besándonos! Nuestros besos eran cada vez más deliciosos para interrumpirlos por extraños. Sin embargo, supimos cuándo cortar el beso; exactamente segundos antes de que Mark y Damon regresaran.

—¿Qué pasó? ¿Se dejaron o no? —les preguntó Matthew deshaciendo nuestra cercanía tranquilamente.

—¡Nada! ¡No bailan! —exclamó Damon indignado. Guardó silencio y buscó a los demás.

Me sorprendí, no me había dado cuenta en que momento fueron a bailar. Busqué en la pista y vi a Susan aprovechando el poco espacio para acercarse a Josh, quien ya no le era del todo indiferente. Brenda y John estaban cerca también pero bailaban normal. Noté un poco de tensión entre ellos.

—¿Te molestaría si te la robo una canción? —pidió Damon a Matthew amablemente.

Yo era la única pareja de baile disponible.

Fue entonces que confirmamos finalmente que ellos ya entendían que habíamos empezado una relación afectuosa.

Matthew se rascó la barbilla muy pensativo y volteó a verme.

—No, baila con ella. ¡Nada más cuídala mucho! ¡El Principito ya le echó el ojo! —encomendó burlón.

—¡No es cierto! ¡No me inventes galanes que no existen! —le refuté dándole un manotazo en el brazo.

Matthew reaccionó encogiéndose de hombros, sin dejar de reír.

—¡Vamos, Damon! —dije poniéndome de pie—. Por cierto, no tenías que pedirle permiso. ¡Yo bailo con quien yo quiera!

Matthew alcanzó a agarrarme de la mano apresuradamente, casi caigo porque perdí el equilibrio con los tacones. Se puso de pie lentamente, haciéndome sentir empequeñecida con su mirada que no se despegó de la mía. Jamás lo había visto tan alto y gallardo. Me tomó por la cintura y me estampó contra él, sentí que se estremeció al igual que yo, luego se inclinó para

decirme algo, pero no me dijo nada y solo besó mi oído. Me provocó un suspiro cortado.

—Por favor, bésame —susurré antes de que me soltara, pero no me escuchó.

Una sonrisa de total complacencia estaba dibujada en su rostro mientras volvía a sentarse para tomar su bebida.

Mark y Damon estaban atónitos por lo que presenciaron. Tal vez nunca lo habían visto teniendo esa clase de interés en alguien. Me encogí de hombros para decirles que también estaba igual de sorprendida.

—¡Vamos, Damon! —dije en lo que le extendía la mano amigablemente. Lo liberé una vez que lo jalé un poco, cuando salió por fin de su sorpresa.

Damon bailó conmigo, pero teniendo muchísimo cuidado de que nuestro acercamiento no fuera comprometedor.

—Matthew ya me había dicho que le gustabas, pero no sabía cuánto —me confesó al oído sin acercarse demasiado.

No me sorprendió su comentario. Damon era amigo de Matthew de no sé dónde, y tampoco desde cuándo. Él no trabajaba en la agencia, pero siempre andaba con Matthew. Era algo como su mejor amigo; por lo tanto, e indudablemente, él era el único que quizás conocía toda nuestra travesía.

—Estoy sorprendido porque me acabas de mostrar un Matthew que no conocía —me comentó. Hice gestos de que no sabía a qué se refería—. Si lo conoces, sabes que es muy reservado en cuanto a su vida amorosa... En realidad, es muy seco en ese aspecto. No sé cómo le hiciste para que no pudiera ocultar en público que estaba celoso.

“Esa escena del secretito fue un recordatorio de una advertencia que me dio antes de entrar aquí: de que no me acercara a ti.

—¿Tenias planeado conquistarme?

Damon se carcajeó nervioso.

—¡No, claro que no! Respeto mucho a mi amigo. Pero así como él es reservado, yo, bueno..., yo arrojé siempre mi carnada. No es mi culpa que algo bueno pique de vez en cuando.

Guardó silencio unos segundos y volvió a inclinarse a mí.

—Creo que él es muy feliz contigo —completó, regalándome un guiño al final.

La canción terminó.

—Es mejor que te regresé o me va a golpear por raptarte —dijo muy bromista. Puso su mano en mi espalda alta para guiarme de regreso a la mesa.

—Aquí la tienes. Te la regreso entera —dijo bromista Damon.

Matthew se sobresaltó cuando escuchó su voz, no nos esperaba tan pronto. Me senté a su lado sin dejar de quejarme, ya me dolían los pies y la espalda me estaba matando.

—¿Ya estás cansada? —me preguntó Mark.

—Sí, un poco —respondí en lo que miraba el reloj, eran la una y media de la madrugada.

No era muy tarde, o temprano, como se quiera ver, pero había sido otro día tan lleno de emociones y muy difícil de asimilar completamente.

—Te acompaño a esperar un taxi —dijo Mark galantemente.

Me puse el saco, tomé mi bolso y me levanté, e iba a contestarle que no era necesario cuando Matthew se ofreció en llevarme.

—¿No es problema para ti? —le consulté inocentemente.

—No, para nada —respondió poniéndose de pie, tomó su chaqueta.

—Bien.

Nos despedimos de Mark y Damon. No teníamos idea de a dónde se habían ido los demás. Además, no quería esperarlos porque ya no podría soportar esas miradas confusas que nos echarían cuando vieran que nos íbamos juntos. Apenas pude soportar las de Matt y Damon muy cómplices.

—Yo me quedo otro rato —le avisó Damon, despidiéndose con un juego raro de manos—. Me voy en Uber.

—Bien, nos vemos después. Kyle me dijo en la mañana que le debemos una partida de fútbol —dijo Matthew.

—Está bien... Descansa, Ally —me dijo Damon.

—Nos vemos.

Ya en el auto, antes de abrirme la puerta, Matthew me acorraló para besarme. Aún estaba esa sensación de hacer algo prohibido, lo que hizo el beso extremadamente sensual.

—¿Algún día dejarás de arrancarme el latido y de darme estos micro orgasmos? —inquirí en un susurro.

Su risa contenida me dijo que lo cohibí, no respondió y me abrió la puerta. No me importó su silencio porque mi observación había logrado su cometido: quería que supiera cuánto estremecía mi mundo.

Se sintió muy bien cuando me hundí en el cómodo asiento del auto. Me quité las zapatillas y mis pies palpitaron gustosamente al recibir un suministro abundante de sangre.

Paranoid Android de Radiohead sonaba tímidamente en el iPod que estaba conectado al estéreo. Tenía el tono exacto para interrumpir el silencio sin alterarnos.

Matthew manejó tranquilo de ida a su departamento.

Casi al llegar a la estación Victoria, suspiré muy fatigada.

—¿Sí estás cansada? —me preguntó, mirándome de reojo intermitentemente.

—Un poco, pero no te preocupes, estaré en un ochenta por ciento mejor cuando lleguemos —le dije con una sonrisita cansada—. ¡Jamás le fallaría a mi amigo el cuervo!... Hoy será sin globos.

Matt rió cohibido.

MENTIRA O VERDAD

Llegamos a su departamento.

Matthew bajó para abrirme la puerta en lo que me ponía las zapatillas. Me detuve un segundo para que se me escapara un bostezo, estaba más cansada de lo que creía. El cuervo tendría que esperar hasta mañana.

Tomé la mano que me ofreció para salir quejumbrosamente. Apenas dimos un paso para ir al departamento cuando alguien lo llamó. Tardé algo en voltear a donde escuché el llamado, y solo para ver como Matthew se tambaleó y retrocedió hasta estrellarse contra su auto.

—¡Matt! —exclamé alarmada cuando vi un hilillo de sangre corriendo por su barbilla. Me apresuré a auxiliarlo.

Matthew tenía la mirada fija en su agresor, estaba muy confundido y asustado.

—¡Marlene, mi puesto..., Ally! ¿Creías que te ibas a salir con la tuya tan fácilmente, cabrón? —reconocí la voz de Mason llena de odio. Volteé a verlo, era una furia andante.

—¿Por qué no, imbécil? Al final logré quitarte lo que más te importaba, ¿no? —le respondió Matthew sin gritar, pero con un tono muy mordaz.

Se irguió como pudo.

No tenía idea de qué estaban hablando. Y no me importó averiguarlo porque solo quería detener a Mason que se preparaba para volver a golpear a Matthew.

Me interpuse en el camino de su puño, y cerré los ojos al ver que era posible que Mason no alcanzara a detener su golpe, pero entonces sentí que me hicieron a un lado y escuché que algo cayó al suelo pesadamente.

El golpe no llegó. Volví a abrir los ojos y grité a Mason que se largara, que no tenía nada que hacer ahí.

Matthew estaba en el suelo, cubriéndose la quijada. Mason estaba a punto de rematarlo en el suelo, pero logré empujarlo como pude. Estaba igual de furiosa que Mason, además de indignada. ¿Con qué derecho venía a reclamar a Matthew?

Mason me miró con el puño atorado a medio camino. Sus fosas nasales se abrían y cerraban precariamente y sus labios se apretaron hasta hacer un puchero encolerizado. Temí que descargara toda su frustración conmigo.

Finalmente, tras algunos segundos, quizás vio en mis ojos que ya solo tenía odio para él y se retiró dando una última advertencia a Matthew de que esto no se iba a quedar así. Que se cuidara las espaldas.

Mason se marchó; las manos aún me temblaban de miedo. Me hiqué junto a Matthew, quien se irguió dolorosamente en lo que limpiaba la sangre con el dorso de la mano. Le pregunté si estaba bien, aunque no se veía que lo estuviera.

Asintió solo una vez.

—Entremos —me dijo en lo que se levantaba, usándome de apoyo.

Sacó las llaves y se apresuró a abrir la puerta.

En cuanto entramos, aventó las llaves en la mesa de centro y fue directo a la cocina. Yo me quedé vagando en la sala asimilando lo que había pasado.

—*Logré quitarte lo que más te importaba* —llegó a mi mente nítidamente.

¿Acaso hablaban de mí? ¿Acaso este romance solo era una treta de Matthew para alejarme de Mason? ¿Me había engañado? ¿Realmente no me amaba?

Matthew regresó con un trapo, supongo que con hielos, cubriendo parte de sus labios y mejilla. Aun se preguntaba qué demonios había pasado.

—¿Me enamoraste para vengarte de Mason? —le pregunté temerosa de su respuesta.

Se confundió por una fracción de segundo con mi pregunta.

—¡No! ¡Por supuesto que no! —espetó angustiado en lo que se acercaba a mí con paso apresurado.

Soltó el trapo y vi que tenía el labio roto y la mejilla algo roja. Sujetó mi rostro para que lo viera directo a los ojos.

—Nuestra relación no tiene nada que ver con mis broncas con Mason. Tú me gustas desde la universidad, ¡y lo sabes bien! Que seas su exnovia es solo una maldita mancha en tu vida, que por más que quiera, no puedo borrarla. Dije eso porque, al igual que te pasa con Marlene, Mason sabe sacarme de quicio con solo abrir la jodida boca.

“¡Mason es un cabrón, un manipulador nato! ¿Por qué crees que es muy bueno en publicidad? —agregó.

Desvié la mirada de la suya para que no me distrajera en mi cavilación. Recordé cada versión contada de la enemistad entre Matthew y Mason. Todas era tan contradictorias que no sabía a quién creer. Ambos decían que el otro era un manipulador.

Como no iba a llegar a nada, entonces recordé mis momentos con cada uno.

A decir verdad, Matthew ha demostrado con sus detalles que todo lo que se decía de él era mentira, por lo menos lo que me dijo Mason.

Si él en verdad me estaba usando para una venganza que no alcanzo a comprender —ya que ninguno de los dos ha revelado realmente qué pasó entre ellos—, entonces, ¿por qué demostró a todos esta noche que yo le gustaba? No le importó que Brenda fuera con el chisme —seguramente por ella vino Mason a golpear a Matthew—, y Damon me dijo que desconoció a su amigo. También me confesó que yo lo hacía feliz.

Mason le había roto la boca, pero el golpe de Matthew había sido más fuerte, porque era uno emocional, que sería muy difícil de superar. Matthew me tenía completamente, ya no era necesario que siguiera actuando.

Sentí toda su angustia en su mirada por que le creyera.

No, él nunca ha mentado en lo nuestro.

Retrocedí un paso. No sé por qué lo hice, tal vez todavía había una diminuta parte de mí que no estaba convencida totalmente. Era lógico, no todos los días uno se entera que el hombre por el que siempre deseaste ser amada, te estaba usando para una estúpida venganza.

—¡No, no, no! —repitió Matthew, apresándome más con sus manos—. ¡Te lo suplico! ¡Por favor, amor, no me dejes!

Su respiración vaciló. Levanté la mirada y esa diminuta parte terminó por convencerse de que él decía la verdad. La tristeza en sus ojos me dijo que ya me daba por pérdida.

No quería saber cuál era mi verdadero papel en esa disputa, y quizás era mejor nunca saberlo.

Tal vez fui el típico caso de alguien que estuvo en el lugar incorrecto, a la hora incorrecta. Por lo menos respecto a Mason.

Mi tímida sonrisa le dijo que le creía totalmente. Entonces, me abrazó tan fuerte que sentí su miedo aun descomponiendo su corazón, temí que le diera un ataque.

—Te amo, te amo —le repetí firmemente para tranquilizarlo.

—Yo te amo aún más —me respondió.

Deshizo nuestro abrazo para besarme, pero tuvo que interrumpirlo casi en seguida porque le dolió la fricción de nuestros labios.

—Vuelve a ponerte el hielo o mañana vas a amanecer hinchado y todo morado —le ordené en lo que tomaba el trapo.

Suspiré cansada de la situación en lo que él fue a sentarse al sillón. Se quitó la playera manchada de sangre, luego los zapatos y siguió aplicándose el hielo.

¿Por qué Marlene siempre arruinaba nuestros momentos felices?

—¿Aun quieres que me quede? —le consulté desde detrás del sillón.

Retiró el trapo para que lo viera bien. Mojó los labios, seguramente para limpiar las pequeñas gotas de sangre que aun salía de su cortada, y me miró.

—Quisiera que te quedaras aquí conmigo para siempre, pero ahora no importa lo que yo quiero, sino lo que tú quieres. Respetaré cualquiera que sea tu decisión.

—¿Incluso si no quiero estar contigo?

¿Por qué esa estúpida pregunta escapó de mis labios? Ya había decidido que quería estar con él; sin embargo, esperé ansiosa su respuesta.

Tras un largo silencio, bajó la mirada y jugueteó con el trapo.

—No quiero... —resopló quedo—. Si amas algo, déjalo ir... —dijo para sí en lo que me miraba—. Te amo mucho, Ally. Te has convertido en, bueno, prácticamente eres el latido de mi corazón. Eres mi primera sonrisa del día. Mi sueño de todas las noches. Mi brillante estrella a seguir... ¡Eres el amor de mi vida! Pero si eso es lo que quieres... —bajó la mirada para suspirar desconsoladamente y agregó con tristeza—, respetaré tu decisión.

Fui a sentarme a su lado.

—Si regresa, es tuyo —le dije tomando su mano—. Siempre he sido tuya, Matt. No me hagas caso, no sé por qué te pregunté eso.

—Yo sí sé por qué. La duda que Mason te metió sigue luchando por sobrevivir en tu cabeza.

—No, no es eso. Creo que esa pregunta salió por esa incredulidad que he tenido desde que me besaste por primera vez.

—No entiendo.

—Bien, esta es una confesión que te va a levantar el ego hasta el cielo —respiré profundo—. ¡Eres mi primero en todo! —confesé sonrojándome.

—¿En todo? —preguntó enarcando las cejas. Quiso sonreír también pero se contuvo para no verse como un macho alfa que me había arrancado la virginidad.

—Bueno, no en eso. Aunque me hubiera encantado que lo fueras —ahora él se sonrojó—. Lo que quiero decir es que eres, valga la redundancia, mi primer *amor a primera vista*. Bueno, a segunda vista por que la primera vez no te vi bien —soltó una risita—. Eres el primer hombre que sintió una atracción instantánea conmigo.

—¿De dónde sacaste que me gustaste desde que me dejaste en ridículo? —preguntó curioso.

—¡Vamos, Matt! ¿Crees que no hice mi tarea? No lo ocultes ya... Fui tu “novia” imaginaria

por dos años. Me hubiera gustado que no fuera una farsa —sonrió avergonzado—. Sabes, es curioso. Todo el mundo estuvo muy dispuesto a hablarme bien de ti sin que yo les preguntara —murmuré. Otra prueba de que Matthew no era el mentiroso.

Rió entre dientes para ocultar que le dio pena ser descubierto.

Al recordar eso, me di cuenta otra vez que era cierto que yo estaba fuera de su pelea con Mason.

—Eres el primer hombre al que le dije que lo amaba. Eres mi estrella a admirar.

—Ya que estamos con confesiones, también eres la primera a la que se lo digo —reveló, pasó su lengua por sus labios para limpiarlos. Haciendo a un lado la sangre, me pareció una invitación a besarlo.

Me esforcé por dejar de ver sus labios.

—Es muy difícil creer que soy amada así por el hombre que amo... ¿Me entiendes?

—Como no tienes idea —concordó rápido. Sonreí feliz en lo que tomaba mi mano—. Entonces, tu ilógica pregunta, de acuerdo a tu confesión, fue una prueba para cerciorar si realmente te amo.

Asentí.

—¡Mmm!... ¿Pasé?

Volví a asentir y él rápido me estrechó entre sus brazos, fue reconfortante su calidez. Matthew no solo estaba aprendiendo a hablarme con sus besos, sino también con sus abrazos. ¡Y me amaba mucho!

En ese instante, me di cuenta que iba a amar a este hombre para siempre. Le había entregado mi corazón sin saber desde el segundo mismo en que me miró. Le pertenecía, y solo él me completaba. Quería ser amada solo por él, y que me siguiera haciendo tan feliz como hasta ahora.

—Te necesito —dije.

Su mano en mi barbilla dirigió mis labios a los suyos, ya sin rastros de sangre, y me besó dulcemente. Pero yo quería más, quería sentirlo tanto como sentía la fuerza de su abrazo, y que me amara infinitamente una y otra vez.

Me senté sobre él a horcajadas y subí la efusión de mis besos mientras mis manos bajaron a su cinturón.

—¡Ouch! —exclamó cuando friccioné mis labios agresivamente contra los suyos. Retiró mis manos y sus labios.

—¡Perdón! —me excusé en lo que me quitaba de encima, estaba insatisfecha.

Le pasé el trapo, ahora empapado por el hielo. Se me había olvidado que estaba lastimado.

—¿Ese estúpido cree que me arruinó la noche? —monologó tras un bufido risorio. Se puso de pie y me ofreció la mano para levantarme, como todo un caballero—. ¡No, no se lo voy a permitir! —aseguró en lo que me cargaba como si fuera un costal—. Hoy prometiste hacerlo sin condón y te quiero ya.

Me llevó al cuarto entre risas traviesas. No hay nada como el miedo a perder a alguien para despertarte.

Hicimos el amor lo más delicado que sus golpes nos lo permitieron.

—Tengo un regalo para ti —dijo entusiasmado tras que terminamos de amarnos. Se puso sus boxers y fue a su clóset, en donde sacó una caja de Harrods que abrí sin dudar. Inmediatamente

me quedé boquiabierta cuando vi una pijama que, al parecer, podía usar tanto en invierno como en verano. No era nada sexy, por el contrario, se veía muy cómoda para dormir. A su lado había unas pantuflas que se veían coquetas y muy calentitas, y un cepillo de dientes con el mango rosita.

Era un regalo extraño.

—No entiendo...

—Es para que la uses aquí cuando te quedes. Me excita que uses mi ropa, es muy sexy, pero sé que no te hace sentir completamente en casa.

Tenía razón.

—Todo esto se quedará aquí para que lo uses cuando te quedes..., como hoy —volteó a su clóset—. Ya te dejé un cajón libre por si quieres traer también, no sé, ropa interior sexy. No me gusta el encaje pero sí el negro —agregó con mirada lasciva.

Reí nerviosa. No tenía pero me compraría algo sexy para complacerlo.

—Gracias —dije acercándome a él sin pudor para regresarlo a la cama, aún estaba desnuda.

Iba a recompensarlo con la única cosa que podía ofrecer en ese momento: yo.

¡ABRAZAME!

Me sentía segura en sus brazos, por lo menos así lo era cuando estaba despierta. En mis sueños estaba totalmente indefensa.

—¡Ally, despierta! —me gritó una voz muy asustada.

Quería despertar, pero algo me retenía en esa pesadilla. Lastimándome con sus terribles garras imaginarias que me enseñaban cómo Matthew moría frente a mí, sin que yo pudiera hacer nada.

Perderlo era tan doloroso que gritaba que alguien me arrancara el corazón para no seguir sintiendo. Deseé hundirme en un abismo en donde todos mis recuerdos desaparecieran para no seguir sufriendo su pérdida.

—¡Ally..., amor, me estás asustando! —su voz se escuchó a mi alrededor.

Dentro de la inconciencia de mi sueño, no entendía por qué podía escucharlo vívidamente mientras su cuerpo, totalmente sin vida, estaba tendido frente a mí.

Lloré y lloré, suplicándole que no se fuera.

—¡Ally! —escuché su voz mucho más fuerte. Por fin me liberó de esas garras tóxicas.

Desperté con un sobresalto que me llevó a sentar, mientras sujetaba mi corazón desbocado. Mis ojos apenas pudieron reconocer a Matthew sentado a mi lado, mirándome aterrado. Era él, no había duda, pero como aún estaba atorada entre la realidad y la pesadilla, tardé un poco más en asimilar que estaba vivo.

Que todo había sido una horrible pesadilla.

Había ya suficiente luz para vernos, pero aun así prendió la lámpara.

—¡Abrazame! —le supliqué con lágrimas intentando brotar de mis adormilados ojos.

Lo hizo rápido y siseó para tranquilizarme en lo que escuchaba su sereno latido en mi oído, certificándome una y otra vez que no había ya peligro.

—Estás a salvo... Solo fue una pesadilla —murmuró.

Sí, estaba a salvo, pero él no.

Dicen que para que una pesadilla no se cumpla, se tiene que contar a alguien inmediatamente después de despertar. No sé si ese dicho era verdad o no, nunca he hablado de mis sueños con alguien, pero no me iba a arriesgar.

Nunca lo haría cuando Matthew estuviera de por medio.

—Te vi morir —le murmuré.

—¿Me viste muerto?

Asentí en lo que me separaba de él para limpiar mis lágrimas. Como era de esperarse, se asustó.

Creo que a nadie le gustaría saber que murió en el sueño de otra persona. Era lógico tener miedo.

Mientras que un psicólogo diría que los sueños son las representaciones gráficas de nuestros miedos, otros dirían que son visiones del futuro. ¿Quién tenía la razón?

—Bonita, no te asustes. Solo fue una pesadilla —dijo finalmente.

Aunque seguía insistiendo que el sueño era una ilusión, nada más, sus ojos estaban alarmados.

—Fue muy real, Matt —murmuré.

Mi preocupación se dibujó en mi rostro, que acarició amorosamente.

—Sé que tus pesadillas son muy reales —ladeé la cabeza confundida. ¿Cómo lo sabía?—.

Tuviste una cuando te quedaste conmigo por primera vez. Esa vez me despertaste cuando gritaste mi nombre entre sueños. Me asusté, creí que alguien había entrado al departamento, pero luego caíste en una incomprensible paz.

“No hay nada que temer. No me vas a perder nunca... Te lo prometo.

Me abrazó de nuevo, y entendí sus palabras escondidas sin dificultad. Aún tenía miedo, pero también estaba muy decidido en no dejar que alguien nos separara.

Ya sintiéndome un poco mejor, se recostó de nuevo.

—Salgamos a dar un paseo —le sugerí. Me hizo gestos de flojera—. Por favor.

—Está bien, pero quedémonos en la cama un rato más —cedió acariciando mi pierna desnuda.

Me pareció una buena idea. Iba a acomodarme en sus brazos pero entonces noté la cortada en su labio y el golpe ya comenzaba a tornarse morado.

—¿Cómo vamos a explicar eso en la oficina? —le pregunté señalando sus heridas.

—¿Estoy muy mal?

—¿Quieres ver?

Asintió con la cabeza.

Brinqué sobre él para ir por mi bolso, y le tomé una foto rápido con el celular, la cual revisé antes de enseñársela. ¡Increíble! Se veía guapo aun golpeado, y tomado desprevenido.

Le enseñé la foto que miró detenidamente en lo que acarició delicadamente con la punta de los dedos esas partes que seguramente vio más dramáticas en su imagen.

—¿Es eso un chupetón? —preguntó acercándose más el celular.

—¿Dónde? —le pregunté aventándome a un lado para ver la imagen con él.

—¡Ahí! —me señaló la imagen entre el hueco de su cuello y la clavícula.

Alcancé a ver una mancha, lo que me llevó a revisar el original.

—¡Opps!

—Es el primero que me hacen —comentó en lo que reía divertido—. Otra cosa que explicar.

—Esa es bastante obvia, pero ¿qué diremos de la paliza que Mason te dio?

—Pues eso, que Mason me golpeó. Todos saben que no estamos en buenos términos. Tarde o temprano nos íbamos a romper la cara.

—¡Hum! Brenda me debe una buena explicación.

—¿Por qué?

—¡Es obvio que ella le chismeó! No creo que Mason se haya levantado ayer, revisó su agenda y leyó: Romperle la cara a Matthew a la 1:30 de la mañana.

Matthew rió.

—No lo hagas, ya no le des más importancia a todo esto. Mason ya tuvo lo que quería, punto y aparte.

Suspiré profundo. No quería poner punto y aparte, por el contrario, quería defenderlo.

¡Ya pondré las cosas en claro con Brenda!

Nos recostamos y estuvimos un buen rato disfrutando el calorcito del otro. Dormimos un rato y despertamos cuando ya había mucho ruido proveniente de la calle.

—Bien, preparémonos para salir —sugirió en lo que se levantaba tras darnos los buenos días. Fue a su clóset—. ¿De veras quieres salir?

—¡Sí! Quiero olvidarme de todos los estúpidos que no nos dejan ser felices —respondí, guiñándole exageradamente coqueta.

Reprimió una sonrisa.

—¿Te bañas conmigo? —preguntó casualmente en lo que sacaba ropa limpia.

Gemí en lo que recorría su lindo cuerpecito con mirada anhelante.

—No, el cuervo está muy tentador esta mañana —respondí mirando su miembro. De pronto, me tronó los dedos para llamar mi atención, entonces sacudí un poco la cabeza para liberarme de su encanto—. Tengo que ir a mi casa a cambiarme... Me baño allá.

—Está bien. Entonces me baño rápido y te llevo.

Lo seguí con la mirada; cada día me parecía más bueno. Sé que lo puse nervioso porque tropezó como Goofy y rió tontamente.

Fui a donde estaba mi regalo para ponerme las pantuflas, luego llevé la pijama al cajón que me había cedido y regresé para tomar el cepillo de dientes.

Matthew aún se estaba duchando cuando entré al baño. Cantaba algo que no reconocí sin destacarse mucho del sonido del agua.

—Voy a lavarme los dientes —le avisé abriendo la llave del lavabo.

No dijo nada y empezó a cantar *Buck Rogers* de Feeder. Me recargué en el mueble para contemplarlo, desafortunadamente la cortina nebulizaba su figura, pero aun así percibí cada caricia privada que se dio. Me excitó, pero dejé que tuviera su momento privado. Cuando tarareé un poco su canción mientras me cepillaba los dientes, hice que se asomara, cubriéndose púdicamente con la cortina. Me enjuagué rápido la boca para darle un beso.

—Entra, por favor —suplicó sin soltar mis labios.

—No —me zafé a tiempo de que su mano me sujetara—. ¡Vamos, se hace tarde! Te recompenso en la noche.

—¿Lo haremos en el baño?

—Sí, Matt.

Gritó emocionado en lo que yo salía.

En lo que él terminaba de bañarse, me puse mi ropa sucia y recogí mi cabello como pude. Hacia algo de calor, el día estaba ilógicamente soleado, así que los pantalones entallados fueron una tortura.

A los pocos minutos, entró Matthew vistiendo casual, aun no me acostumbraba a verlo en jeans. Lo miré terminar de arreglarse desde la cama, me pareció sensual que estuviera arreglándose para mí.

—Listo —dijo cuando tomó sus lentes oscuros y los colgó en el cuello de la playera.

Lo admiré de pies a cabeza con la boca abierta.

—¿Qué sucede? —me preguntó al verme aun perdida en él.

—¿Cómo le haces?

—¿Cómo le hago para qué?

—Para verte como modelo masculino de diseñador. Y no me refiero de uno cualquiera, sino de esos que su ropa te cuesta todo un mes de salario.

Rió por todo lo alto.

—¡Sí! Brincas de Hugo Boss a Burberry con tal facilidad.

—Me ves así porque te gusto mucho. Pero te aseguro que luzco común y corriente para cualquiera. Además, la que sí se ve como modelo eres tú... Esos pantalones te sientan de maravilla —dijo en lo que me ayudó a ponerme de pie, luego me jaló para manosearme desde la cintura hasta las pompis.

—¿En serio? —le pregunté curiosa.

—Sí.

—¿Cómo los ángeles de Victoria Secret?

Matthew se carcajeó en lo que me decía que no, que la ropa me sentaba tan bien como a una modelo. Me desilusionó su respuesta. Sabía que no tenía el cuerpazo de una de ellas pero esperaba que me dijera que sí de inmediato, solo para levantarme el ego.

Bajé el rostro decepcionada.

—¡Hey! —llamó mi atención—. Estás delgada pero nada plana —me sonrojé cuando desvió su mirada a mi busto—. Pero tampoco quiero que seas como un ángel de Victoria Secret, porque la perfección que tienen esas mujeres me da miedo y me hace desconfiar.

“Pero si reconozco que definitivamente ¡eres un ángel!

Retiró algunos mechones que se soltaron de la pinza.

—Mi precioso ángel que robó la más hermosa de las estrellas como muestra de su amor por mí —terminó acercando sus labios a los míos.

Lo aventé a la cama y rápido me senté encima de él, enseguida le subí la playera dentro de una caricia que tenía toda la intención de estremecerlo. Le arranqué un suspiro que me llevó a sus labios en donde le planté un beso casi pornográfico, también me restregué contra su miembro.

Estaba demostrándole que su ángel era más sexy que las modelos de Victoria Secret.

Matthew se quejó, aun le dolía la cortada, pero no hizo nada para retirarme. Solo hasta que sentí el sabor ferroso de la sangre lo solté. Me disculpé mientras sacaba el paquetito de kleenex de mi bolso. De inmediato trató de detener la pequeña hemorragia.

—La cortada va tardar en sanar si sigues atacándome así —comentó en lo que se ponía de pie.

Estaba muy nerviosa cuando abrí la puerta de mi departamento. Seguramente Luke estaría aun ahí con Vera.

—¡Hola-hola! —entré gritando como siempre para no sorprenderla en un momento incómodo.

Como no había nadie a la vista, invité a Matthew a pasar.

—¡Estamos en la cocina! —me gritó Luke.

Suspiré renegando que estuviera él aquí. Decidí actuar normal, ya no dar más importancia a lo sucedido con Mason.

Vera y Luke estaban desayunando.

—Buenos días —me dijeron, tratando de actuar normal cuando vieron a Matthew detrás de mí.

—Buenos días —respondimos descoordinados.

—¿Gustan desayunar? —preguntó Vera.

—No, gracias. Desayunaremos fuera —le respondió Matthew.

—Sí. Solo vine a bañarme y a cambiarme —agregué. Pero al oler el aromático café, se me antojó una taza—. ¿Quieres café? —pregunté a Matthew en lo que fui a sacar dos tazas.

Asintió.

—Siéntate —le dijo Vera con una sonrisa amable.

Matthew se sentó frente a Luke, quien lo miraba de una manera que no podía descifrar. No era odio, pero tampoco era amigable. Aunque sí su mirada estaba puesta mucho tiempo en los golpes. A lo mejor se preguntaba si todo lo que Mason le ha dicho de Matthew era verdad.

Di a Matthew su café, y le acerqué todo para que se lo preparara a su gusto.

—Bien, me voy a dar un baño.

Matthew me volteó a ver, creí que me iba a suplicar que no lo dejara con mis amigos pero solo me dijo que no tardara.

Me bañé y vestí lo más rápido que pude. No quería tentar a la suerte con Luke. Pero cuando salí, Matthew estaba echado en mi cama, jugando con su celular: escuché la fastidiosa musiquita de un juego.

—¿Te asustaron?

—No. Fueron a cambiarse.

—¡Oh!

Desvió la mirada del juego para admirarme de pies a cabeza.

—¡Bien, vámonos! Tu vestimenta y tu cama me están dando hambre —dijo levantándose trabajosamente.

Lo miré confundida.

—Y no precisamente de comida —concluyó pícaro.

Lo tomé por la cintura sin dejar de sonreír sonrojada.

—Te doy diez segundos para que hagas conmigo lo que quieras —dije.

Apenas terminé de decir eso y me volteó para manosearme por debajo de la ropa mientras besaba mi cuello. Mi respiración se agitó y busqué sus labios desesperada de su aliento, pero no me besó.

—Te recompensaré en la noche —dijo vengativo en lo que me soltaba—. Voy a aprovechar que estás muy complaciente conmigo.

Solté una risita nerviosa.

—Eres bueno —le comenté en un murmullo.

—Aprendí de una buena maestra —respondió con una sonrisa contenida que al final me invitó a que nos marcháramos. Reí parte del camino a la puerta.

—Vera... Luke, ya nos vamos —grité.

Vera salió para despedirse desde lejos.

—¡Nos vemos, Luke! —gritó Matthew.

—Hasta luego..., y cuida a Ally —le respondió Luke.

Me quedé atónita. O Luke aún no sabía de la golpiza que le dio Mason a Matthew, o sencillamente no quiso inmiscuirse en el asunto.

Luke nunca dejaba de sorprenderme.

Pasamos el resto de la mañana en la calle, paseando y comprando algunas cosas que Matthew necesitaba para su departamento. Regresamos a su casa cerca de las tres de la tarde y nos tumbamos en el sofá largo para ver la televisión en silencio.

Me sentía tan bien que podría pasar toda mi vida haciéndole cariñitos de todos los tonos.

Cerca de las cinco, me enderecé un poco y le miré detenidamente para llamar su atención.

—¿Qué pasa? —me preguntó bajando el volumen del televisor.

—Tengo que irme a casa a prepararme para mañana.

—Quédate —suplicó con un tierno puchero infantil.

—Sí. Solo que voy a necesitar que me prestes un traje —dije en lo que me acosté de nuevo, le arrebaté el control.

Matthew se carcajeó.

—Está bien, te llevo.

Quise levantarme de un brinco pero terminé cayendo sobre él. Nuestros rostros quedaron tan cerca que solo tuvo que alzarse un poco para besarme.

—Por favor, quédate —suplicó de nuevo entre besos.

—No —dije rotundamente y me levanté—. A menos que me des el día libre.

Me puse los tenis y esperé a que él también se pusiera los suyos.

—¡Está bien! Pero de castigo vas a complacerme toda la semana... Dónde y cómo yo quiera —amenazó.

—¿Qué hice para merecer tal castigo? —pregunté falsamente horrorizada.

—Me estás dando excusas tontas.

—¿Ir a trabajar es una excusa tonta? —pregunté entre risitas.

—¡Sí! Además, prometí compensarte y no lo he hecho —arqueó las cejas traviesamente.

—Tú eres el jefe. Tú tienes la última decisión.

Resopló molesto, resignado a llevarme a casa, tanto que no habló mucho en el camino. Supongo que sí estaba molesto porque no quise quedarme, pero de verdad necesitaba descansar. Aun me cansaba el estrés de estar con Matthew a escondidas.

—¿Te recojo en la mañana? —me preguntó antes de que bajara del auto.

—No, no quiero que te levantes más temprano solo para venir por mí. Descansa y nos vemos en la oficina —le respondí en lo que lo besaba en los labios, teniendo cuidado de no abrirle la herida de nuevo.

—Mmm... ¡Sueña conmigo!

—¡Siempre lo hago! —le respondí antes de cerrar la puerta.

Antes de abrir la puerta principal, me volteeé para mandarle un beso. Matthew sonrió muy feliz y se marchó.

No había nadie en el departamento, lo cual me pareció maravilloso. No tendría que explicar por qué traje a Matthew estando Luke aquí.

Me preparé algo de comer mientras escuchaba *I want you now* a todo volumen, seguida de *Yellow*. Las dos canciones que siempre me recordarán a Matthew. Bueno, toda aquella canción que él cantara me lo recordará, pero tenía más apego a esas dos.

Cerca de las seis y media recibí un mensaje de Matthew.

Mi invitación sigue en pie. Ya solucioné nuestro problemita: pon tu ropa de mañana, del martes, del miércoles..., en una maleta y quédate conmigo toda la semana.

Te extraño ya, amor.

Solo dime sí y voy por ti de inmediato. Bueno, solo me cambio y voy. ;-)

Puse el celular en standby. No era una mala idea, la verdad era que yo también lo extrañaba ya. Decidí aceptar su invitación; después de todo, Matthew siempre me ha demostrado que puedo descansar a su lado. Él no era como Mason que cualquier caricia o cercanía fue una excusa para

tener sexo.

No, Matthew no era así. Era un hombre sincero que encontraba la felicidad en las cosas pequeñas, la vida era enorme para él y siempre tenía mucho por ofrecer. Por esa actitud, la vida le recompensaba siempre con cosas buenas.

Tal vez por eso Mason no soportaba a Matthew, porque él nació con estrella, mientras que Mason nació estrellado.

Le llamé.

—¿Aceptas? —me contestó con esa urgente pregunta.

—¿Eres bueno en publicidad?

—No, soy pésimo... ¿Por qué la pregunta?

—Porque eres un perfecto manipulador —le respondí con tono sarcástico.

—¿Te convencí? —preguntó entre risitas traviesas.

—Siempre lo haces. Si no, no hubiera caído en tus redes, Matt.

—¡Mmm! Ya voy a hacer una lista en mi celular con todos los besos que me debes, ¡bonita! —reí traviesa—. Entonces, ¿si te quedas conmigo toda la semana? ¿O quieres que yo me quede contigo?

—No. Por alguna razón, que entiendo perfectamente, me siento más cómoda en tu casa. Me siento libre.

—Se cuál es esa razón..., bueno, dos razones: Vera y Luke.

—Sí. Sé que no te trataron mal esta mañana, pero ellos son amiguísimos de Mason...

—Entiendo. No te preocupes, sé que, sobre todo, son tus amigos y no quiero ser un motivo para que termines tu amistad con ellos.

—Por eso te amo, ¿sabías?

Soltó un suspiro jocoso.

—Soy todo un partido, ¿verdad? —dijo muy bromista.

—Ya bájate de tu nube y ven por mí en una hora y media. Dame tiempo para preparar mis cosas.

—¿Tanto tiempo? No, no puedo esperar tanto... ¿Estás sola?

—Sí.

—Entonces, voy para allá en cuanto me vuelva a vestir.

—Está bien. Te veo en un rato, Matt —dije, alargando su nombre provocativamente.

—Dos besos ya, más los de ayer... Creo que van cinco —dijo con voz reflexiva—. Me cobro esos dos en tu cama, porque no voy a aguantar... Te hago el amor rápido y luego te ayudo a empacar. Y me cobro aquí los que salgan.

Reí traviesa y me despedí de él por el momento.

ACOSO

Apenas eché el celular al bolsillo de mi short y tocaron la puerta.

Estaba confundida. ¿Acaso Matthew sabía que no rechazaría su invitación y me había enviado el mensaje desde allá abajo? Era lo más lógico. Como se lo había dicho, no podía resistirme a él.

—¡Vaya! ¿Acaso tu identidad secreta es Flash? De lo contrario, ¿cómo...? —dije en voz alta en lo que abría la puerta.

Pero cuál fue mi sorpresa que no era Matthew, ni siquiera era Vera y Luke —a mi amiga siempre se le olvidaban las llaves—, sino Mason y Marlene.

Mi rostro inmensamente feliz fue trasmutado bruscamente en enojo.

—¿Quién les abrió allá abajo? —pregunté con voz agresiva.

—Tu vecino...

—¿Qué carajos quieren? —interrumpí a Marlene en un grito.

—Venimos a hablar contigo. Ya que *el bastardo* no quiere entender —respondió Mason.

—¡Tú eres el único bastardo que conozco! —le espeté con odio.

Iba a cerrarles la puerta en la cara pero Mason se adelantó y entró empujándome sin miramientos.

—¡Largo de aquí! —le espeté en lo que lo correteaba.

Marlene entró después, cerró la puerta detrás de si con cuidado.

—¡Cállate! —me gritó alzando la mano, reaccioné como si fuera a golpearme.

—¡Matthew está en camino! —revelé como advertencia para que no se atreviera a tocarme.

—¿En serio? —inquirió Mason deleitado por mi advertencia—. Entonces vamos a hacer esto rápido para que tenga una buena bienvenida de tu parte.

“Marlene, dile lo que sucede —se dirigió a ella, pero su tono de voz cambió radicalmente, era más sedoso. Más amoroso, de hecho.

—Ally, estoy embarazada —reveló ella sin más.

—¡Y eso a mí que carajos me importa!

—¡El bebé es de Matthew! —me espetó Mason en su fase del Señor Hyde. Se hizo a un lado, con brazos cruzados, y dejó que Marlene me hablara.

Se me fue la respiración.

—No, no lo es —negué decididamente una vez que recordé que tenía que seguir respirando—. ¿Cuándo...?

—El día que lo cuidé... O pudo ser la noche que lo conociste. ¡No sé! Es por esas fechas.

Recordé que Matthew me dijo que se la pasó durmiendo todo el día, que el medicamento que Marlene le dio lo drogó.

—¡Drogaste a Matthew para acostarte con él! —grité escandalizada.

—¡No! Pero la medicina lo desinhibió y... —me hizo gestos de que adivinara lo qué había pasado.

El estómago se me revolvió tanto que tuve que tocarlo para calmarlo.

—¡No! ¡Ese bebé no es suyo! —refuté apretando los dientes.

—¡Sí lo es! —me gritó Marlene enfadada. Actuaba como niña berrinchuda.

—¡Quieres que te crea que es de Matthew cuando te vi besuqueándote con Mason!

Mason reaccionó. El señor Hyde cambió a un inocente Jekyll que fingía no saber de qué estaba hablando.

—De seguro te embarazaste de él —señalé a Mason— y, como es todo un hombre *responsable*, quieres enjaretar ese estúpido bebé a Matthew.

Mason no dijo nada, por el contrario, salió del departamento azotando la puerta. No sé qué habré dicho que lo hizo darse cuenta de algo. ¿Ahora con quién estaba enojado?

Marlene volteó a verlo pero no hizo nada por detenerlo o ir detrás de él. No le importó haberle lastimado.

—Pues estás muy equivocada. ¡Mi bebé es de Matthew y punto! —me espetó.

—¡Sigue convenciéndote de eso!

—¡Basta! ¡No vine a justificarme contigo!

—Entonces, ¿qué demonios haces aquí?

—Ya que Matthew no me quiere escuchar, entonces, te escuchará a ti.

—¿Cuándo hablaste...? —callé cuando recordé que Matthew ha estado huyendo de ella cada vez que la veía. ¿Era por esto?

No, Matthew no me mentiría con algo tan importante. Marlene estaba manipulándome.

—¿Eres tan estúpida que crees que voy a ayudarte a quitarme a *mi novio*?! —le reclamé en un grito, enfatizando fuertemente las palabras para hacerle entender que era mío, no suyo.

—Pues tendrás que dejarlo, porque mi bebé no se va a quedar sin su padre —dijo con mordacidad enfermiza.

—¡Estás loca! No voy a dejarlo solo porque va a tener un bebé con otra mujer.

—¿Entonces aceptas que es de él?

—¡No! ¡Jamás lo aceptaré!

—¡Bien! Ya que no quieres cooperar, entonces, te obligaré a que lo dejes a la fuerza —me advirtió apretando los dientes.

—¿Sí? ¿Y cómo piensas hacer eso, estúpida?

—Si no lo dejas, levantaré una demanda contra él por acoso sexual.

—¿Qué? ¡Tú eres la que lo acosó! ¡Tú eres la mujerzuela!... En todo caso, él puede demandarte por violación —contradije por lo alto.

Marlene rió enfermizamente.

—No puede demostrarlo. En cambio, el acoso sí puedo demostrarlo. ¡Tengo toda una oficina llena de testigos!

Estaba atónita. Tenía razón. Y lo peor de todo era que si ella cumplía su amenaza, la carrera profesional de Matthew quedaría dañada para siempre, por no mencionar su reputación.

—¿De veras serías capaz de lastimarlo? ¿Creí que lo amabas?

—El amor no tiene nada que ver y, sí, lo lastimaré hasta que me suplique de rodillas, porque ¡por mi bebé soy capaz de todo! —respondió sinceramente.

Le creí.

Fui a sentarme al sillón, y me restregué la frente con la mano. No podía creer todo esto. No podía creer que tan solo minutos atrás rebosaba de felicidad porque iba a pasar toda una semana

con Matthew, y ahora estaba en una horrible realidad alterna en donde tendría que vivir sin él para siempre.

Mi mundo estaba siendo derrumbado por un nonato.

Era cierto lo que dije acerca de que no me importaba que él tuviera un bebé con otra mujer. Lo amaba tanto para dejarlo ir por un “pequeño” inconveniente. Pero, por lo mismo, no quería que sufriera las consecuencias de mi egoísmo.

Iba a llorar porque *no* quería separarme de él, pero tuve que contenerme porque tenía encima la mirada inquisidora de Marlene, que era acompañada por esa maldita sonrisa de *no-rompo-un-plato*. Disfrutaba de mi corazón roto.

—Sí acepto alejarme de él, tendrá que ser con una condición —dije entera. No quise demostrarle que estaba admitiendo que ella era la vencedora.

—No creo que estés en posición de poner condiciones —aseguró con una sonrisita sarcástica.

—Lo estoy, porque si no diré a Matthew todo esto... —Marlene volteó los ojos— y, créeme, a él no le importará tu estúpida amenaza.

—¡Ash! ¿Qué demandas?

—Tu estúpido bebé tendrá a su padre, pero tú *no* tendrás a Matthew —me apresuré a hacer mi proposición.

—¿Qué quieres decir?

—Que Matthew reconocerá a tu bebé, pero no se casará contigo... ni lo forzaras a hacer algo que tu mente perturbada deseé de él.

—¡No, quiero el paquete completo! —gritó exasperada en lo que daba un manotazo en la mesa del comedor.

Me levanté tranquilamente en lo que suspiraba profundo.

—¡Además, esa es una decisión entre Matthew y yo! ¡Tú solo límitate a desaparecer de nuestras vidas! —remató siguiéndome con la mirada.

—Ten por seguro que lo haré, por lo menos de la tuya, porque Matthew va a pensar en mí todo el tiempo, como lo ha hecho desde que me vio. Cuando te bese, estará pensando en mí; revocará nuestros besos. Cuando te haga el amor, será mi nombre el que grite.

“Estaré a su lado para siempre y tú no podrás hacer nada más que, bueno, hacer berrinche como siempre. No creo que quieras esa vida, ¿o sí?”

Marlene me miró llena de odio en lo que pensaba mis términos.

¡Quién diría que terminaríamos siendo enemigas!

—Está bien, acepto —cedió tras pensarlo varios segundos.

—Bien. Entonces... —me dirigí a la puerta para abrísela—, ¡lárgate de aquí!

Marlene caminó con paso enfadado.

—Solo te advierto una cosa, Ally. Si me entero que hablaste con él acerca de algo que no sea del trabajo, ¡te juro que este trato se termina! —amenazó antes de salir.

—Sí, sí. ¡Ya lárgate, por amor de dios!... ¡Con todo y tu maldito bastardo! —le espeté en lo que la empujaba para que terminara de salir del departamento.

Ojalá que se caiga por las malditas escaleras, pensé enojada.

Jamás he tenido tan terribles deseos para una persona, pero esta, en especial, me había matado emocionalmente. No me importó su bienestar.

Apenas le di un portazo en la nariz y la respiración se me fue. El corazón me dolió tan horrible que por un momento creí que se estaba deteniendo, y mi estómago se revolvió tanto que tuve que

correr al baño a vomitar. No solo arrojé la comida, también mis esperanzas.

Tras minutos vomitando, me senté en el suelo, sobándome el estómago para tranquilizarlo. Me quedé ahí esperando a sentirme mejor, solo entonces me levanté para enjuagarme la boca. Vi mi reflejo en el espejo, y ahora desconocía a esa joven de mirada enamorada que había visto en el baño de Matthew. Ahora solo quedaba el fantasma de mi felicidad que moría poco a poco.

Las lágrimas brotaron sin control y la tristeza apagó todo sentido de permanecer de pie.

Fui a mi cama a llorar.

¿Por qué mi sueño tuvo que terminar tan pronto?

Minutos después, cuando recobré un poco la razón, escuché a lo lejos el timbre de mi celular. Fui al comedor como zombi recién convertida.

Ya estoy aquí, amor.

Corrí a mi cuarto a encerrarme. Conté los eternos segundos hasta que escuché el llamado a la puerta que anunciaba al amor de mi vida.

Me arrinconé en una esquina, escuchando como Matthew tocaba una y otra vez. Luego el celular sonó, mostrando *Matthew llamando* como si fuera una última advertencia para no dejarlo ir.

Corrí a mi cama para cubrir mis oídos con la cobija. La música del celular siguió sonando incansablemente.

Después de varios minutos, hubo silencio. Solo entonces me sentí confiada en sacar la cabeza para respirar aire fresco. Me quedé mirando a la nada por un buen rato, hasta que escuché la puerta de la calle abriéndose.

Escuché una voz masculina que era apagada por mi puerta cerrada. Mi corazón pareció reconocer la voz de Matthew y latió gustoso, mandando oleadas de vida a todo mi ser.

Sonreí esperanzada.

Tal vez ya se había enterado de lo ocurrido y venía a buscar una solución que no involucrara que cortáramos.

Pero la risa traviesa de Vera me dijo que no era Matthew sino Luke.

Volví a caer en el abismo de mi dolor.

—¿Ally, puedo pasar? —preguntó Vera sin tocar antes.

—Sí —respondí con voz apagada, casi cayendo en el llanto.

Apenas vi a mi amiga y me arrojé a sus brazos. Lloré como niña que encontró a sus padres tras estar tan solo unos minutos perdida en el centro comercial. Tras sentir que lo había perdido todo.

—¿Qué sucede? —preguntó Luke en un grito. Entró corriendo.

Les relaté todo entre lágrimas.

—Lo lamento, Ally —dijo Vera, llevándome a la cama para que nos sentáramos y pudiera darme su apoyo cómodamente, mientras que Luke nos miró inexpresivo desde el marco de la puerta.

—Tomaste una buena decisión —dijo Luke, atrajo mi atención—. Aunque fuera inocente, una demanda de acoso hubiera manchado su reputación de por vida. Generalmente el “agraviado” es el que gana esas demandas, aunque el otro sea inocente... Y no ayuda que él sea el jefe.

—Lo sé —dije limpiándome las lágrimas con la cobija—. Tal vez hubiera ganado la demanda si no hubiera hecho pública nuestra relación. Los de la oficina lo hubieran apoyado, porque saben que Matthew no es del tipo que da demostraciones de afecto en público. En cambio, Marlene se

encargó de que todo el mundo supiera que él era suyo.

“A la hora de las declaraciones, Marlene quedaría como la acosadora, no él —se me escapó un sollozo cuando terminé mi deducción. Agregué—. Estaríamos aun juntos si no hubiera sido por nuestro deseo de ya no escondernos.

—No, Ally. Esa tipeja es de mala calaña. Por todo lo que me has platicado desde que te reencontraste con Matthew, ella ya sospechaba que ustedes dos iban a terminar juntos, tarde o temprano —dijo Vera.

—¿En serio lo violó? —preguntó Luke como si fuera una broma.

Asentí.

—No creo que haya sido una “violación” propiamente dicha, cariño —contradijo Vera, enfatizando incrédulamente la palabra violación—. Pero, seamos honestos, ustedes no saben decir *No* cuando están desinhibidos.

Luke suspiró sonoramente, como si dijera: “Tienes razón”.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me consultó Luke.

—No lo sé. No quiero hablar con Matthew porque sé que me va a decir que su reputación no le importa. Que contratará un buen abogado que lo saque de esto. Pensé en eso pero, Luke, tienes razón.

“Además, Marlene me lo prohibió. Si se entera que tratamos de arreglar las cosas, se acaba el trato.

—Lo vas a ver mañana, Ally, y esa conversación no puede posponerse —me dijo Luke.

—No iré a trabajar mañana.

—Te van a correr —me advirtió Vera.

—Quizás es lo mejor.

El dolor era más fuerte que mis planes a futuro. Además, ya no tenía uno..., al menos no el que quería.

—Mason me va a odiar por lo que voy a decir pero habla con él. No lo lastimes como lo hizo Mason contigo, al dejarte de la noche a la mañana —recomendó Luke.

La sola mención de Mason me hizo hervir la sangre. Aunque tenía que reconocer que también él había sido lastimado.

—¿Podría ser su bebé? —susurré.

—¿Qué? —me preguntó Vera.

—¡Nada! —respondí.

Deseché esa idea porque si Mason hubiera sospechado que ese bebé era suyo, no hubiera hecho todo ese drama. No hubiera permitido que Marlene acosara a Matthew. También se sentía traicionado.

La terquedad de Marlene no quería ver a cuántas personas estaba lastimando.

—Sí, Ally, corta por lo sano —concordó Vera.

—Lo haré, pero no ahora —dije negando decididamente con la cabeza—. Estoy muy... —contuve las lágrimas—. No sé en verdad cómo estoy en este momento. ¡Quiero explotar de rabia y dolor!

—¡Tranquila, Ally! —me dijo Vera—. Aquí vamos a estar por si necesitas hablar.

Vera miró a Luke para que concordara con la promesa de mi amiga.

—Si —respondió Luke, deshaciendo su postura cómoda en el marco para ofrecerme su mano. A decir verdad, se veía tan llena de aliento que no dudé en tomarla. Me regresaron a la sala.

—Un poco de televisión distraerá tu mente —sugirió Luke mientras que tomaba el control y prendía el televisor.

—Prepararé una botana —dijo Vera muy optimista.

A pesar de que aun quería gritar mi dolor a los cuatro vientos, la compañía me estaba cayendo bien. Era preferible escuchar a Vera y Luke bromear por la película —cada uno estaba sentado en diferentes sillones para no restregarme su felicidad en la cara—, que encerrarme en mi cuarto buscando una estúpida solución en lo que lloraba cual Magdalena.

Pasé un rato viendo la televisión pero mis pensamientos estaban perdidos en tantas cosas que formaron un “nada”.

Mi celular berreó desde el comedor. Vera y Luke voltearon a verme con la pregunta marcada en sus gestos de si iba a contestar o no. Negué con la cabeza.

Sentí cada timbrazo como si fuera el azote de un látigo en mi espalda, profundizando la herida en mi corazón cada vez más. Fue difícil contenerme en correr a contestarlo para rogar a Matthew que no me dejara. Aun cuando era yo quien lo estaba haciendo.

Pronto dejó de sonar. Suspiré profundo, rogando al tiempo que no se detuviera a verme sufrir.

En minutos, el timbre de la casa sonó. Luke fue a la cocina a preguntar por el interfon quién era; no escuché nada más que esa pregunta. Seguidamente tocaron a la puerta, y Luke fue a abrir con nuestras miradas puestas en él.

Mi corazón latió asustado cuando vi a Matthew entrando al departamento. Jamás me pareció tan atractivo e inalcanzable como en ese momento. Quise correr a él y decirle que... ¡que huyéramos!

—Vera, vamos por una pizza —dijo Luke extendiendo su mano a mi amiga para acentuar su sugerencia, la cual me pareció más una orden.

Vera me miró y le susurré que fuera con él.

Ya solos, me acomodé en el sillón de tal manera que le prohibía a Matthew sentarse junto a mí. No hizo siquiera el intento y fue directamente a sentarse en el sofá en el que Luke se había echado para ver la televisión.

Bajé un poco el volumen. Matthew siguió cada uno de mis movimientos en silencio.

—No sé por dónde empezar —dijo finalmente.

—¿Quién te dijo?

—Mason estaba esperándome cuando...

—No tienes que disculparte —le interrumpí.

Mi lado molesto me gritó cómo era posible que no lo culpara por mi infelicidad. Si él no se hubiera metido con la asquerosa vagina de Marlene, ahora ella no tendría las armas para separarnos.

—Creo que si tengo que hacerlo. Nunca puse un alto a Marlene...

—Ella iba a seguir acosándote, aunque le pusieras un alto. ¡Está encaprichada contigo! —le interrumpí para hacerle ver la verdad.

A Marlene no le importaba hacer daño con tal de conseguir lo que quería.

—No quiero a ese... bebé, Ally. ¡Ni siquiera sé si es mío en verdad! —me confesó con voz lastimada.

Quise ir a su lado a consolarlo, pero no lo hice porque derrumbaría la barrera que me resguardaba del dolor cuando rompiera con él.

—Quiero terminar lo nuestro —solté sin más. Ya no quería prolongar el sufrimiento.

—¿Qué?! —exclamó en lo que tragaba saliva atrabancadamente.

—No sé si ese bebé es tuyo o no, tienen que pasar meses para averiguarlo. Meses que no quiero vivir dentro del odio y los celos —dije mirándolo directo a los ojos. Fue difícil ver la desilusión en ellos—. No quiero pasar mis días con Marlene buscándote cada cinco minutos para idioteces relacionadas con su embarazo. No quiero que los pongas a ellos dos sobre nosotros.

—¡No lo haré! —me interrumpió, a lo que le callé con solo una seña de mano.

—¡Me enferma el estómago la simple idea de que vas a estar unido a ella para siempre! —dije frunciendo el rostro en asco.

—Si el bebé es mío, te prometo que...

—¡No me prometas nada! ¡Esto es tú culpa! ¡Por no usar condón embarazaste a la maldita mujer que más odio en el mundo! —le interrumpí agresivamente—. Sé que vas a romper esa promesa tarde o temprano. Además, sencillamente no estoy... ¡No! La verdad es que no quiero lidiar con el bebé de otra mujer.

“Acabo de salir de la universidad y apenas estoy construyendo las bases de mi vida profesional... ¡No quiero esto!

—¿Ya no me amas?

—Matthew, no puedo dejarte de amar de un segundo a otro. Aun te amo, y tal vez siempre lo haré, pero por lo mismo tengo que terminar lo nuestro —frunció el ceño. No me entendía—. Quiero recordarte como el hombre con el que fui feliz, el que fue mío por una fracción de segundo. Un agradable recuerdo de algo que pudo ser maravilloso. Si me quedo contigo, tarde o temprano, mi amor se transformará en rencor.

Matthew iba a abrir la boca, quizás para disculparse de nuevo.

—No, no te culpo porque ella prácticamente te drogó para acostarse contigo. Pero ella seguirá interfiriendo, y tú, por tu bebé, dejarás que su cizaña nos lastime.

—Ese es el problema, Ally. No recuerdo haberme acostado con ella ese día.

—¿Pero lo hiciste antes?

—Sí —respondió frunciendo el rostro en arrepentimiento—, me acosté con ella la noche...

—¡No me lastimes más, Matt! —imploré con mis sentimientos entre la furia y el dolor.

Matthew bajó la mirada en un intento de excusarse.

—¿De veras quieres romper? —preguntó. Su tono rogaba que mi respuesta fuera negativa.

Pero no lo fue. Entonces, volvió a bajar la cabeza y suspiró resignado.

—Está bien, si eso es lo que quieres —terminó poniéndose de pie.

¡No, no es lo que quiero! ¡Es lo que me obligaron a hacer!, le grité en mi interior.

Fue a la puerta, sin verme. Le seguí con la mirada y el corazón rompiéndose cada vez más; no quería dejarlo ir. No quería que se fuera así, decepcionado de mí por no pelear por lo nuestro, por no estar a su lado en lo que seguramente era un momento difícil.

No pude contenerme y me subí al sillón para detenerlo en el justo momento en que estaba tomando el picaporte. Tomé su rostro apresuradamente para estampar mis labios en los suyos. Había tantas cosas que quería decirle con un beso, cosas que no podía confesarle con palabras. Incluso entonces me silenció y dejé que él me hablara.

La traducción de su beso fue: “Has roto mi corazón”.

Cortó el beso abruptamente después de darme su mensaje alto y claro y dejó el departamento sin una despedida.

Me dejé caer en el sillón de rodillas.

—It's over, stupid girl^[3] —murmuré.

Quise llorar, pero por alguna razón las lágrimas no salieron. Pero sí un sinfín de suspiros que trataron de acompañar mi respiración.

Vera y Luke llegaron al rato con una pizza y refrescos.

—¿Todo bien, Ally? —me preguntó Luke cuando me vio arrinconada en el sillón. Su tono realmente demostró preocupación.

—Creo que sí. Pregúntame de nuevo en unas horas —respondí en lo que me ponía de pie y los seguía a la cocina.

Saqué tres platos y fui a poner la mesa. Nos sentamos a comer la pizza, que fue lo único que me dio un poco de bienestar, y les relaté que había terminado con Matthew.

—Ally, si lo necesitas, hay una vacante disponible en mi agencia —sugirió Luke, tomó mi mano para ofrecerme más su apoyo.

Le hice gestos de que no entendía su ofrecimiento.

—Amiga, mañana tienes que ir a trabajar. ¿Crees soportar verlo todos los días? —explicó Vera.

—¿Acaso quieren que renuncie?

—No, solo te estoy ofreciendo una alternativa para que no sufras más —respondió Luke.

No había pensado en eso. Se iba a cumplir la primera excusa que le di a Matthew y yo tendría que soportar todo como si no me importara.

—Déjame ver cómo están las aguas mañana. Si veo que no puedo montar la ola, entonces, requeriré de tu asistencia —sugerí a Luke con una metáfora tonta.

—Okay.

BUENA SUERTE

No pude dormir en toda la noche. Pasé las horas con la mirada perdida en las estrellas que podía ver desde mi ventana, recordando todo el tiempo a Matthew y sus cálidos besos. No quise llorar porque solo desgarraría más mi corazón que estaba unido solamente con un débil masking tape.

Cerca de las seis de la mañana, tomé un baño con agua prácticamente fría, luego desayuné algo a fuerzas. Aún tenía el estómago revuelto por el dolor y por la cruda de la desvelada.

Me vestí lo más formal que pude. Antes escogía mi vestuario para llamar la atención de Matthew, ahora quería lo contrario. Quería pasar desapercibida para que su mirada dolida no me recordara que no podía ser mío.

Llegué a la oficina un poco más tarde que todos. Susan ya estaba en su lugar y la puerta de Matthew estaba cerrada, lo que significaba que ya había llegado. Mi tardanza se debió a que subí por las escaleras, porque no quise toparme con él en el elevador, como era costumbre.

Fui a mi lugar para empezar a trabajar.

Hasta el momento, todo iba bien. Nadie me miraba curioso por lo que pasó en *The Gathering* o por la noticia del embarazo de Marlene.

—Ally, ¿podemos revisar estos resultados que no concuerdan con los tuyos? —me preguntó Josh asomándose por un lado de mi monitor.

—Sí, claro... Ven.

Josh vino a mí con varias hojas en las manos. Le expliqué tranquilamente por qué sus resultados no cuadraban con los míos. En eso, el timbre del elevador llamó mi atención, nunca lo hacía pero ahora lo escuché tan claro que volteé hacia allá inconscientemente.

Era Marlene y traía una maldita sonrisa de oreja a oreja. Cuando me vio, llevó su mano al vientre como recordatorio de mi dolor. Fue a donde Brenda y, por el rostro de sorpresa, le estaba dando la noticia. La ignoré y me concentré de nuevo en Josh, quien dijo que teóricamente 1+1 podrían dar 3. Me hizo reír sin querer.

—Sí, si estuviéramos en otro universo —comenté entre risas—. Haz los cambios y si te atorras en algo de nuevo, estoy aquí para ayudarte —le dije guiñándole afablemente.

Me puse los audífonos que tenía a la mano. No quería escuchar música, no estaba de humor, pero era mil veces mejor escuchar una estúpida canción de amor que el cuchicheo de Brenda y Marlene.

Tras que se fue mi enemiga, seguí trabajando y ayudando a Josh ocasionalmente con los números.

Cerca del mediodía, decidí ir a Starbucks. Ahí me encontré con Susan.

—¡Hola! ¿Por qué no has ido a saludarme? —me reclamó con falso enojo.

—Lo siento. Al parecer, hoy estoy en otro universo —respondí con una sonrisa forzada. Recordé a Josh y su teoría.

—¿No salieron bien las cosas con Matthew? —preguntó cuidadosamente. Me señaló con un

cabeceó un sofá que acababa de desocuparse.

—No, la verdad es que no. Me llevó a mi casa y eso fue todo. Nada pasó.

—¡Mejor, Ally!

Hice gestos curiosos. Ella me había empujado hacia Matthew, ¿y ahora le aliviaba que no funcionara?

—¿No te has enterado?

—¿De qué? Como te dije, estoy en otro universo.

—Marlene está embarazada de Matthew —me cuchicheó.

Mi reacción actuada ocultó perfectamente cómo el dolor despegó un poco el masking tape en mi corazón. Mi dolor ya fue oficial.

—¿Y qué piensan en la oficina de la noticia?

—Brenda, como es lógico, la apoya, pero los demás ya la catalogaron de zorra.

Se me escapó una risita deleitada. Me había quitado a Matthew, pero había manchado su reputación en el camino. Por supuesto, aún seguía ganando.

—No sabemos cómo Matthew cayó en sus garras —agregó Susan—. Sobre todo yo, Matthew ya me había prohibido que le pasara sus llamadas, ya lo tenía harto. Por eso no entiendo por qué se acostó con ella. La única explicación que tengo es que Matthew estaba borracho.

“¿Recuerdas tu cumpleaños?”

—Sí.

—Sospecho que fue ese día que él se rindió. Es la única vez que lo he visto lo suficientemente borracho para ser manipulable. Siempre ha sido muy cuidadoso con la bebida.

Fue triste que usara ese momento feliz como si fuera una tragedia.

De reojo vi que la puerta se abrió para dejar entrar a Matthew. Iba a esconder la cara pero sería muy obvio para Susan que algo sí pasó entre los dos.

—Hablando del rey de Roma —murmuró Susan.

Me topé con su mirada, y leí que no sabía qué hacer. La puerta se abrió de nuevo y entró Marlene con Brenda, todos volteamos a verlas.

Marlene fue hacia Matthew con una estúpida sonrisa de oreja a oreja. No pude soportar verlos juntos por primera vez, por eso tomé mi café y mi muffin, que estaban a medias, y me dirigí a la puerta sin verlos. Susan me pidió que la esperara, pero no me detuve hasta entrar al edificio.

—¿Por qué saliste así? —me preguntó Susan con el aliento entrecortado por perseguirme.

—Lo siento, pero al ver a Matthew recordé que dejé a Josh con el trabajo botado. Pobre, está batallando con la investigación —expliqué con voz condescendiente.

Silencio dudoso por varios pisos.

—Okay. Te dejo para no retrasarte —me dijo Susan cuando las puertas del elevador se abrieron. Fue hacia la izquierda y yo a la derecha.

—¿Cómo vas? —pregunté a un contrariado Josh.

—Batallando con algunas preguntas —respondió con gestos infantiles.

—Ve a tomar un descanso, yo sigo —le ordené con una sonrisa honesta. La única en todo el maldito día.

Cuando me senté, escuché que me llegó un mensaje en el celular. Mi corazón respingó cuando sospeché que era Matt quién me escribía; lo saqué del bolso con manos temblorosas.

Vera y Luke me invitaban a su nuevo grupo de Whatsapp.

LUKE

¿Cómo está el mar? ¿Muy picado? ¿Tranquilo? Aquí tengo mi salvavidas listo.

VERA

No es momento de bromas, Luke. ¿Cómo estás, Ally?

ALLY

Quisiera decir que bien, pero la verdad es que estoy teniendo un mal día.

VERA

Amiga, si en verdad no puedes estar ahí, renuncia.

LUKE

Sí, hazlo. Necesito ayuda de alguien de confianza. Es más, puedes empezar mañana mismo.

Sonreí por el apoyo que mis dos amigos me daban, sobre todo Luke. Nunca creí que se comportaría así conmigo, como un hermano que estaba ahí siempre para su hermanita.

Pensé en su ofrecimiento en lo que volteaba a la oficina de Matthew. Susan conversaba por teléfono animadamente con alguien.

Así iba a ser todos los días. Yo, evitando a Matthew. Y él, decepcionado cada día más hasta el punto de olvidarse de mí y enamorarse de Marlene. Porque lo iba a hacer, tarde o temprano. Algo irrompible los unía ya.

Además, alejada de él, Marlene no se vería obligada en cumplir su amenaza.

Tenía que renunciar para proteger a Matthew.

Mi celular timbró.

VERA

¿Estás ahí?

ALLY

Sí, estaba pensando. Luke, acepto tu oferta. Pero, por contrato, no podré irme inmediatamente. Tendré que esperar al menos dos semanas.

LUKE

No hay problema, siempre y cuando salgas de ese lugar.

VERA

Da tu renuncia inmediatamente.

ALLY

Lo haré. Gracias... Gracias a ambos. :-X

VERA

Somos tus amigos.

LUKE

Sí, siempre.

VERA

Nos vemos en la casa.

ALLY

Bye.

LUKE

Nos vemos.

Guardé el celular y esperé a que Matthew regresara.

Por suerte, llegó solo y con vaso en mano. Cerró la puerta de su oficina sin siquiera voltear a verme, como solía hacerlo. Aproveché que Brenda no estaba para hablar con él.

Mi corazón palpitó rápido y de pronto me sentí débil, muy débil; como si súbitamente me hubieran quitado la pila. Respiré calmado hasta que recuperé las fuerzas y logré caminar.

—Susan —la llamé. Levantó la mirada sin deshacer su pose—. ¿Puedo verlo?

—Sí, claro. Pasa.

—¿No vas a avisarle?

—No, tienes pase libre... Aún no lo ha revocado —respondió sonriendo.

Torcí una sonrisa.

Abrí la puerta despacio con el corazón completamente loco, apenas si podía percibir el silencio entre latidos.

Matthew estaba muy concentrado tecleando algo en su computadora. No escuchó que entré.

—¿Podemos hablar? —le pregunté después de cerrar la puerta en silencio.

Matthew levantó la mirada y le sorprendió verme. Se puso de pie de inmediato y me señaló el sillón para que pudiéramos hablar cómodamente ahí, pero rechacé su ofrecimiento y fui directo a la silla frente a su escritorio. Se conformó con mi decisión y volvió a sentarse.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

No pude descifrar qué respuesta quería saber: la mentira o la verdad.

—Bien —opté por la mentira—. ¿Y tú?

—¿Cómo crees que debería estar? —me reprochó con otra pregunta. Tuve que ignorar su recriminación que me caló profundo.

—Vine a darte mi notificación de renuncia —notifiqué sin más.

—¿Qué?! —exclamó con una octava más alta de su tono suave de siempre.

—Por favor, notifica a Recursos Humanos que a partir del próximo lunes ya no trabajaré aquí. Tal vez antes.

—¿Qué?! —volvió a preguntar. No estaba asimilando mi noticia rápidamente.

—Luke me ha ofrecido un puesto en su agencia que no puedo rechazar —concluí.

—¿Por qué te vas? —preguntó con facciones dolidas.

—Un mejor sueldo, mejores compañías... Un ambiente de trabajo libre de estrés.

Callé. Aún tenía en la punta de la lengua la verdadera razón de por qué lo dejaba.

—¿No solo rompes conmigo, sino que ahora me dejas el trabajo botado! —me recriminó enfadado, aunque se vio muy falso. A pesar de todo, no podía ser duro conmigo.

—No te dejo el trabajo botado. Terminé la investigación a más tardar el jueves —aclaré calmada.

Me miró detenidamente en silencio, ya no pude resistir sus ojos tristes.

—Duele demasiado, Matt —le revelé la verdad entre un lastimoso suspiro.

—Si solo me dieras una oportunidad para demostrarte que nada va a cambiar —murmuró.

Mi corazón palpitó gustoso a su súplica, pero le recordé la razón por la que había terminado con él; mi latido volvió a ser acongojado.

—Por favor, no insistas —le supliqué con voz cortada.

Ya no tenía fuerzas para contenerme a su encanto. Quería abrazarlo fuertemente y decirle cuánto lo amaba, que estaba con él en todo.

Hubo un silencio funesto que aumentó aún más su decepción por mí.

—Si amas algo, déjalo ir —susurró para sí, apenas si lo escuché.

Sus palabras tuvieron el tono justo que terminó por despegar el masking tape que mantenía vivo mi corazón. Se estaba rindiendo ya.

Una lágrima se escapó, y no hice nada por ocultarla. Entonces, Matthew vino a sentarse en el escritorio, muy cerca de mí. Su pulgar retiró mi lágrima, luego aprovechó el gesto para acariciarme tímidamente.

Su caricia me llegó a lo más profundo, tanto que detuve su mano para sentirlo un poco más. Su loción impregnada en el puño de su camisa me calmó dolorosamente. Era un aroma que iba a extrañar por siempre.

—Te amo —susurró cabizbajo.

Me agité al escucharlo. ¡Ya era demasiado! No podía soportar lastimarlo así.

Me levanté para besarlo tan dolorosamente.

Por favor, recuérdame como alguien que te amó tanto que tuvo que romper su propio corazón para que no te hicieran daño, le confesé dentro de mi beso.

Odié el abismo que creció entre los dos en cuanto retiró sus labios. Me dijo así, silenciosamente, que no podía ya estar cerca de mí.

—Puedes irte de la agencia hoy mismo si lo deseas.

—Esperaré hasta que termine la investigación —aseguré, limpiándome otra lágrima que aprovechó la oportunidad—. Gracias —agregué en lo que besaba su mejilla tímidamente.

Sujetó mi rostro con su mano antes de separarme. Nuestros labios estaban prácticamente a centímetros de tocarse, y ambos los abrimos con la esperanza de cerrarlos en otro beso.

—Por favor..., bésame —supliqué en un susurro.

Me ignoró, literalmente, y regresó a su silla.

Cada día pasó lentamente. Solo veía a Matthew cuando llegaba o se iba a su casa a descansar, o cuando el trabajo lo demandaba; tratamos de no vernos a toda costa. Sin embargo, esos cortos segundos que lo veía lastimaban horrible, aunque no tanto como la idea de ya no verlo jamás.

Ojalá pudiera decir lo mismo de Marlene, quien iba a la oficina tantas veces que llegó un momento en que ya la ignoraba por instinto. Siempre aprovechaba ese momento para llevar a Josh a la pequeña sala de reunión de la oficina y explicarle lo que no entendía de la investigación.

Josh era un buen muchacho, trabajador, y estaba muy hambriento por aprender. Esperaba que encontrara a alguien más en esta oficina con quien pudiera trabajar como lo hacía conmigo. Si no fuera porque ya me iba de la agencia, y él era un becario, hubiera pedido a Matthew que lo dejara como mi compañero de equipo.

En la casa no me iba mejor. Vera escogió un mal momento para mudarse con Luke. Si no es porque su familia era la dueña, lo más seguro era que, agregando algo más a mi mala suerte, tendría que buscar un nuevo lugar donde vivir.

Mason y Luke iban casi todas las tardes para ayudar a Vera a empacar. Al principio, Mason me veía con odio. No sé por qué, yo no había malaconsejado a su estúpida “amiguita” para que llevara a cabo ese plan psicótico.

Lo evité la mayoría de las veces, pero luego concluí que era darle más importancia a lo sucedido.

Un par de veces me lo encontré en la cocina, mientras preparaba un té *Earl Gray*. Solo le regresaba el saludo cordialmente y punto, no fui más allá para no iniciar una conversación. No quería analizar con él mi trágica vida. Nuestra amistad al fin estaba rota.

El jueves llegó y Matthew me mandó a llamar casi a la hora de salida. La idea de estar a solas con él me puso la piel de gallina.

Aun nos tratábamos cordialmente, después de todo, el trabajo era lo único que nos unía ya. Nuestras frías conversaciones de estadísticas siempre fueron un cuchillo muy filoso que mataba lentamente el amor que nos llegamos a profesar días atrás.

La desdicha de los romances secretos de oficina era que a nadie le importaba que siguiéramos lastimándonos tan decididamente.

Solté un callado suspiro cuando cerré la puerta y logré atraer su mirada.

—Hola —me saludó con ligero gusto, se puso de pie rápido.

Le regresé el saludo con una sonrisa llena de anhelo por escuchar su voz diciendo mi nombre pero, de nuevo, solo tenía cordialidad para mí. Mi melancolía parecía de años de no verlo.

—Ven, siéntate —me señaló el sillón.

La respiración se me cortó por los nervios. No rechacé su invitación porque quería estar lo más cerca de él que pudiera. Odié conformarme con tenerlo así.

Se sentó un poco alejado pero con su cuerpo dando hacia mí, aún tenía esa barbita de media tarde que lo hacía ver deseable, aunque su mirada triste me decía que no estaba siguiendo una moda con la que ganaría miradas femeninas, sino porque estaba rindiéndose.

Pobre Matt, su ánimo también estaba por el suelo.

Nos miramos en silencio unos segundos, quizás los únicos que sinceramente nos permitieron mostrar nuestra triste realidad.

Y aun así... la vida tiene que seguir.

—Josh y yo estamos teniendo un poco de problemas con la investigación pero si me quedo horas extras hoy y mañana, y trabajo el fin de semana en casa, la tendremos terminada el lunes por la mañana. Una vez que la autorices, entonces, podré irme —reporté para terminar con esto ya.

No me gustó su gemido de malas noticias.

—He hablado con Recursos y me han dicho que, por contrato, no puedes irte por lo menos en tres semanas.

Me quedé boquiabierta. ¡Esos malditos de Recursos Humanos querían extender mi tortura tres semanas más!

Cuando Matthew se recorrió a mí solo un poco más e iba a decirme algo, la puerta se abrió y Marlene entró sin ser anunciada. De hecho, Susan le estaba regañando porque no podía entrar así porque sí.

—¿Qué haces aquí? —me espetó Marlene con su mano de nuevo en su vientre.

—¡Basta, Marlene! —le reprendió severo Matthew.

Me sobresalté al verlo así, era una cara fea que no le conocía. Odiaba tenerla enfrente.

—Ella sabe que...

—¡Ya nos separaste! —le interrumpió Matthew, aun molesto—. ¡Ya la hiciste renunciar a la agencia!... ¿Qué más quieres de ella? ¿Qué muera?

Marlene hizo gestos de que no era mala idea.

—Avísame cuando estén listos los papeles que tengo que firmar para irme de esta empresa —

interrumpí fríamente.

Matthew regresó a su escritorio.

—Yo ya cumplí, ahora te toca a ti —murmuré a Marlene con aberración cuando llegué a ella.

—Ya no estarás aquí para saber si cumplí o no —me respondió agachando la cabeza para que Matthew no viera que estábamos hablando.

—Créeme que me enteraré. Tengo más ojos de lo que crees en esta oficina. Y si no cumples, tu maldito final feliz se acabó —le dije con una sonrisita mordaz.

Salí con paso gallardo, pero ya fuera de su vista, me precipité al baño porque las lágrimas estaban a punto de brotar. Aunque ya ahí no salieron, pero terminé vomitando por el coraje, y tuve un ataque de arrepentimiento por dejar a Marlene el camino libre.

¿Hasta cuándo podré soportar cada uno de esos silenciosos segundos que acercan más a Marlene al corazón de Matthew? Ahora la desprecia, pero sé que terminará amándola, quizás más que a mí.

Regresé a mi lugar por mis cosas para irme a casa lo más rápido posible. De hecho, tomé un taxi porque no quería lidiar con la hora pico en el metro.

VIERNES

Jamás creí que iba a ser tan duro no ver a Matthew; tenía una idea pero no se comparaba en nada a la realidad.

Pasé cada segundo extrañándolo y revisando el celular constantemente con el deseo de escuchar su voz, o de leer un corto mensaje de texto. O mirando hacia su oficina o el elevador, recordando esos ingenuos momentos que fueron las primeras pisadas de nuestro futuro juntos, el que se derrumbó en un maldito segundo como castillo de naipes.

Así sería de ahora en adelante. Nada más que sueños desvaneciéndose en el tiempo y recuerdos que deseo vivir una y otra vez.

Para la tarde, estaba tan triste que fui directo al departamento a empacar una pequeña maleta para irme a casa de Jenny el fin de semana; casi me derrumbo al suelo a llorar cuando encontré la estrella de origami que Matthew me regaló. No podía dejarme vencer en este momento o nunca saldría de este cuarto; solo cerré los ojos para recomponerme rápido y seguí empacando. El cumpleaños de Jenny llegó en un buen momento, una vez celebrado su día, desahogaría con ella toda la frustración acumulada.

Vera y Luke eran buenos amigos pero no les tenía tanta confianza como a mi prima. No cuando Mason estaba de por medio.

Jenny vivía a las afueras de Londres, en Berkshire. Tuve que tomar el tren para llegar a allá.

Cada kilómetro recorrido, no me alejaba de Londres, sino de Matthew. Y, mientras veía por la ventana a las nubes estrangulando lentamente a las estrellas, tal y como lo hicieron con nuestro amor, un par de lágrimas escaparon para liberar un poco el sufrimiento que mi corazón ya no podía dar cabida.

Dolía tanto decir adiós en silencio, dejar todo lo que vivimos en el pasado como un recuerdo eterno que lastimará siempre. Olvidarme de su preciosa sonrisa al verme feliz, de sus labios que me enseñaron a amar de maravillosas formas..., de los sueños que tuvimos juntos y que estaban ya solidificándose en un futuro.

No quiero dejarte ir, Matt, pensé con esa última fractura en mi corazón cayendo al fin

Escondí el rostro con mi cabello para que esas lágrimas terminaran de dejarme vacía. Mi decisión final terminaría por matarme.

—Lo amas... déjalo ir ya —susurré para mí mientras la tristeza terminaba de engullirme.

Limpié mis lágrimas rápido y me puse los audífonos para escuchar música que me alejara aún más.

Tras que Jenny me recogió en la estación de tren, fuimos a un pub a tomar unas cervezas. Mi adorada prima me presumió la nueva relación que tenía con un viejo amigo. No hablé con ella de Matthew ni nada en relación al problema, solo la escuché por el momento. Pero cuando llegamos a su casa, le relaté todo lo que había sucedido. Fue entonces que me desmoroné al fin sin censura.

MATTHEW RALEIGH

MANIPULACIÓN

VIERNES

Al fin llegó el día que sentí que mi relación con Ally en verdad había terminado. Era cuestión de días para que saliera ya de mi vida.

Pasé todo el día con el celular en la mano, pensando en enviarle un mensaje que rompiera un poco el desespero que tenía cada vez que ella invadía mis pensamientos. Pero nunca supe qué decir a alguien que ya no quería estar conmigo.

Perder a la mujer que amo ha sido lo más doloroso en mi vida. Darme cuenta de que no tenía la valentía suficiente para apoyarme en los malos momentos, que no importaba cuánto descuidara mi apariencia para que se diera cuenta de lo mal que estaba por nuestro rompimiento... Que mi promesa careció de valor para ella. Bien pude jurarle con sangre y lágrimas que no permitiría que Marlene y ese bebé interfirieran entre los dos, y a ella no le hubiera importado y me hubiera dejado ahí, de rodillas entre súplicas.

Tuve un sube y baja en decisiones, un minuto respiraba hondo y decidía dejarla atrás, pero al siguiente salía de la oficina con una excusa inverosímil para verla. Y al encontrarla cabizbaja con la mirada perdida en el espacio, sufriendo por mí en cada incontable suspiro, entendía que tenía que darle su espacio para que regresara a mí por sí sola.

Eso fue antes de que este día llegara y la nostalgia me embargara desde el momento en que el elevador pasó el piso en donde estaba ella. Perdí las esperanzas muy rápido.

Y no verla todo el día hizo real mi futuro con una mujer que me era indiferente. No me permití odiar a Marlene porque no quería estar unida a ella por un sentimiento, aunque fuera malo.

Ally había tomado una decisión, que me pareció egoísta en su momento, pero poco a poco estaba comprendiendo que, porque la amaba, no podía atarla a una vida en donde mi jodido error estaría entre nosotros las 24 horas del día.

Llegué a casa con el ánimo por los suelos. Y no me sentí mejor aquí porque cada cuarto tenía un recuerdo agradable con ella. Por un momento pude verla bailando en medio de la sala, gritando a mil voces que era muy feliz por estar conmigo.

Sonreí. Eso era lo único que me quedaría de ella: nuestros recuerdos. Que aunque fueron pocos, eran inolvidables y perfectos, tanto para añorarla por siempre.

Fui a la cocina por el six de cervezas, tomé la bolsa de papas y regresé a la sala para echarme en el sillón frente al televisor, como lo he hecho toda la maldita semana. Nublaría mi tristeza con alcohol hasta sacarla de mi cabeza. Me valía madres hasta donde me llevaría este estilo de vida malsana. Tal vez ganando 20 kilos Marlene me dejaría en paz.

Busqué el canal de caricaturas.

Las acciones sosas de los personajes eran lo único que la mantenía alejada de mis pensamientos. Mi risa no era honesta, pero al fin y al cabo era un sentimiento afable que me

recordaba que debía tener esperanzas de que ella recapacitaría y regresaría a mí.

Todo mi futuro estaba puesto en una maldita esperanza efímera.

El celular sonó cerca de la media noche. Mi pensamiento inmediato fue que tal vez era Ally, pero luego recordé que Marlene ha sido la única que me ha martirizado todas las noches con sus llamadas. Me importaba un carajo lo feliz que estaba por estar embarazada. Si tan solo se diera cuenta que cada sonrisa suya era una lágrima mía. Que cada latido que daba ese bebé, era arrancado de los solo tenía para Ally.

Subí más el volumen del televisor para ignorarlo y abrí otra cerveza para darle un trago largo que me desmayara de una vez por todas.

Pero siguió insistiendo hasta que logró levantarme del sillón a regañadientes para contestar la jodida llamada.

Era Josh. Rezongué en lo que aventaba el jodido celular a la mesa de centro, me valió madres que se rompiera, y dejé que siguiera sonando. Ally era la única persona con quien quería hablar, aun cuando sabía que jamás me llamaría de nuevo.

El celular al fin dejó de sonar. Pero ahora todo se sentía más vacío con ese jodido silencio que aún me hacía compañía. Me refugié en la cerveza, quizás así, no, solo así callaría su maldito recuerdo.

Cerca de quince minutos después —y cuatro cervezas encima—, decidí que era hora de ir a la cama. Aun con la tristeza auestas, tomé el celular y fui a mi cuarto arrastrando los pies.

Apenas logré desvestirme y me metí a la cama con el alma tan lastimada que cualquiera diría que estaba a punto de convertirme en un jodido muerto viviente.

No recuerdo haber soñado algo.

El celular volvió a sonar cuando ya había luz de día en el cuarto; sentí al instante la cruda de las cervezas que bebí. Estaba encabronado, más que ayer, así que contesté agresivamente. Si era Marlene, iba a decirle que dejara de molestarme, que les hablara a sus amigas para atosigarlas con sus jodidos malestares. Yo solo estaba para ese bebé monetariamente. ¡Nada más! No tenía planeado ser una figura paterna. Y si era Josh, le diría que el trabajo solo era de lunes a viernes de nueve a cinco.

—¡Carajo! ¿El empleado hablándole a su jefe en su día de descanso? —exclamé en lo que tomaba el celular.

Contesté agresivo.

—¡Lo siento, no quise molestarte!

Me quedé boquiabierto al reconocer la voz de la única persona con quien quería hablar.

—¡No, no, Ally! —dije apresurado, pero con un tono dulce. Brinqué de la cama, estaba muy nervioso por hablar con ella, ni decir que su viejo amigo el cuervo se entusiasmó mucho al escucharla—. ¿Sucede algo, am...? ¿Estás bien?

Empecé a temer lo peor porque toda la semana me ha evitado lo más que podía, algo debió pasarle para atreverse a llamarme.

—¡Sí, al fin lo estoy! —exclamó ella exageradamente alegre. Estaba confundido, e iba a decirle que no entendía cuando agregó—. ¡No es tu bebé!

—¿Qué?

Por supuesto sabía de qué estaba hablando, solo que ahora no podía creerlo.

Toda la semana me había metido en la cabeza que iba a ser padre, quisiera o no, y ahora

recibía la noticia que tanto deseaba por la mujer que amaba.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Matt, no puedo decirte ahora, estoy a punto de perder el tren. No puedo correr y hablarte al mismo tiempo.

Escuché que un hombre le advirtió que tuviera cuidado.

—¿Tren? ¿En dónde estás?

—Te llamo de nuevo al llegar a la ciudad... Espérame, Matt. ¡Por favor, espérame! —pidió antes de colgar.

Me quedé con el celular en la mano, mirándolo como si él pudiera responderme qué carajos estaba pasando. Estaba realmente atónito por esa llamada.

—Matt —dije en voz alta.

Por vez primera me molestó que me llamara así. ¿Quería arreglar todo con solo llamarme? ¡No! No iba a ser tan fácil.

¡Me había defraudado! ¡Me abandonó en el momento en que más la necesitaba! ¡Le supliqué y no le importó mi corazón rotó! Lo único que podría agradecerle era que me hubiere dado esa noticia que no sabía si creer o no, pero aún estaba resentido con ella.

—¿Cómo se enteró? —me froté la frente agobiado—. ¡Carajo!

Fui a mi cuarto a cambiarme prácticamente con lo primero que me encontré en el clóset, luego tomé las llaves y salí corriendo.

Necesitaba verla... a pesar de todo.

Estaba a punto de arrancar el auto cuando el celular sonó.

—¿Qué sucede, Josh? —le contesté irritado.

—¡Vaya! ¡Por fin me contestas, jefe! —reprendió mi indiferencia a su llamado con tono burlón.

—Lo que sea que tengas que decirme, tendrá que esperar hasta el lunes. Ahora estoy muy ocupado —dije atrabancado, mientras hacía maromas para ponerme el cinturón y arrancar el motor.

—¡No, esto no puede esperar! Estoy en el Starbucks cerca de tu casa. Ven lo más pronto que puedas —me ordenó como si fuera de vida o muerte.

—¡Demonios, Josh! Voy a encontrarme con Ally... —espeté ya encabronado. ¿Qué tenía que hacer para que este imbécil entendiera de una jodida vez que no tenía tiempo para él?

—Ella ya lo sabe. Tuve que hablarle cuando no contestaste mis llamadas.

Apagué el motor, ahora sí tenía mi atención.

—¿Qué? ¿Tú le dijiste lo del bebé?

—Sí —respondió tranquilo.

—¿Cómo sabes dónde vivo? ¿Cómo carajos sabes tú que...? —pregunté con actitud hiperactiva.

—¡Ven y te explico! Ally tardará en llegar, está en Berkshire.

—¡Bien! Llego en cinco minutos.

Colgué y miré el celular unos segundos. ¿Qué carajos estaba pasando? No podía creer que Marlene fuera tan estúpida, o que su confianza fuera enorme para divulgar la verdad sin más. De alguna jodida manera Josh se había enterado de esa noticia.

Estaba tan ansioso que troté a la cafetería. Quería esas respuestas que me regresaban mi libertad y, ¿por qué no?, a la mujer que amo.

Entré a la cafetería con aliento entrecortado. Josh levantó el brazo de inmediato para marcarme

donde estaba sentado.

—¿Qué carajos está pasando, Josh? —le espeté de inmediato. Sin saludarlo y aventando las llaves de mi auto a la mesa.

—Primero que nada, siéntate y tranquilízate, porque lo que te voy a decir te va a hacer aventar madres a diestra y siniestra —dijo con un tono tranquilo y bajo. No quería llamar la atención.

—¡Está bien!... Ya me calmé —le aseguré dejándome caer en el respaldo del sillón. Me hundí tan cómodamente que sentí como mi corazón tamborileaba como canción metalera.

—Marlene es mi hermana. Mayor, de hecho —reveló, dejándome completamente atónito. Ya me había dado cuenta que se apellidaban igual pero lo tomé como una simple coincidencia. Además, nunca se hablaron en la oficina.

No se parecían físicamente en nada. Ella era rubia y él castaño oscuro. Eran como el día y la noche. Si eran hermanos, no creo que lo fueran del mismo padre o madre.

Josh no dijo más, pero mi sagacidad de inmediato dedujo que Marlene lo había metido a la agencia para algo.

¿Para espiarnos?

—Sí, precisamente a eso entré a la agencia —corroboró mi deducción tatuada en mis gestos.

Quise ponerme de pie y agarrarlo por las ropas para reprocharle su traición. Darle un puñetazo no estaría mal tampoco.

—Mi trabajo era sabotear a Ally. Brenda era los ojos y oídos de mi hermana.

Gruñí, aun me estaba conteniendo en no irme directo a romperle la cara.

—Matthew, me caíste bien de inmediato, por eso no entendía por qué Mason te odiaba... Hasta que me enteré que habías embarazado a mi hermana. Quise golpearte en cuanto me enteré, pero luego te portaste como un hombre y aceptaste tu responsabilidad. Fue entonces que mi hermana me ordenó que ya no había necesidad de sabotear a Ally, porque ya habías regresado a ella.

“Pero ayer por la tarde me enteré de algo que no me sorprendió. Al contrario, no sé cómo no lo sospeché antes.

—¿De qué carajos estás hablando? —pregunté apretando los dientes.

—Marlene le confesó a Brenda que tú no eres el padre de ese bebé, sino Mason.

—¡¿Qué?!

Josh asintió.

—Sí, esa cogida que pregona mi hermana, la que tuvo contigo mientras te cuidó, no sucedió. Dormiste todo el día. Prácticamente en coma, dijo ella.

—¿Cómo pudo hacerme esto?

—Dirás cómo les pudo hacer eso, a Mason y a ti. Porque esa no es toda la noticia, mi hermana tiene dos meses embarazada, no un mes como les ha dicho a todos. ¡Ja! La única vez que te acostaste con ella, el condón no se rompió como ella hubiera querido.

—¿Mason lo sabe?

—No lo sé. Ayer, tras escuchar su conversación, la confronté de inmediato con que si no decía la verdad, lo haría yo. Le di hasta la media noche, y no me hizo caso. Por eso te hablé antes de que Marlene hiciera algo para cubrirse. Pero no me contestaste, no me quedó más que llamar a la única persona que le contestarías sin dudar.

Eché la cabeza para atrás para que el aire me entrara sin dificultad a los pulmones. Tragué saliva también, estaba hecho un manojito de sentimientos encontrados.

—Ally —murmuré.

—También tenía que saber la verdad —comentó.

—No, ella perdió ese derecho al hacerse a un lado. Me dejó a la deriva.

—Sí, estoy de acuerdo, ella te hizo eso. ¡Pero es que no le quedó de otra!

—¿Qué quieres decir? —me enderecé para prestarle atención.

—Mi hermana la amenazó con que si no rompía contigo, te iba a demandar por acoso sexual. Ally tuvo que ceder a su chantaje porque, como ahora los sabes, mi hermana es una perfecta mentirosa con amigos totalmente manipulables.

—¡Vaya hermanita que tienes! —solté.

—¡Ni me lo digas! Es la consentida de mis padres, por eso siempre ha sido caprichosa, por decir menos.

—Pero ¿por qué yo? ¡Carajo, ya tenía a Mason!

—La historia corta, bueno, no tan corta, es que tú le gustaste desde que entró a la agencia. No sabes cómo hablaba en la casa de lo maravilloso que eras. Se obsesionó mucho contigo. Pero entonces le comentaste que tenías novia y, bueno, mi hermana traspasó su interés a Mason, quien no la dejaba ni a sol ni a sombra. Me enteré de que Mason tenía novia en la universidad y la dejó para estar con mi hermana.

—Sí, esa novia era Ally.

—¡No! —exclamó asombrado.

Asentí apretando una sonrisa irónica. Viéndolo desde afuera, seguramente nuestras vidas eran un buen chisme por contar.

—El mundo es muy pequeño.

—Ni me lo digas.

—¿En qué estaba?... —hizo gestos infantiles de estar recordando—. ¡Ah, sí! Anduvieron en secreto. Y entonces llegó el día en que te ascendieron. Mason estaba muy enojado y celoso por la facilidad con lo que se te da todo en la vida, y Marlene, para tranquilizarlo, le prometió que se vengarían de ti tarde o temprano. Esa promesa se la hizo cuando fue a dar al hospital por el estrés.

“¡Cómo si tú tuvieras la culpa de la idiotez de Mason!

Torcí una sonrisa. No iba a refutar eso porque siempre dije a Mason que el secreto de una vida buena era no complicarse las cosas personales. El éxito nunca llega por sí solo, hay que trabajarlo con esmero y entusiasmo. Él siempre me echó en cara que las cosas se me daban fácilmente, pero, no, cada uno de mis éxitos me costó noches de desvelo. Nunca me creyó y tomó nuestra amistad como una jodida competencia. Una de las razones por la que me alejé de él fue porque descubrí que su persona era toxica. Además, lo caché un día hablando mal a mis espaldas con John y Mark. Un amigo verdadero jamás es doble cara.

—Entonces, Ally apareció en la historia. Marlene notó de inmediato que se gustaron cuando se vieron por primera vez. No fueron muy cuidadosos, incluso yo lo noté cuando entré a trabajar. Como comentó Susan hace unos días, ambos despedían unas chispas cuando se veían que electrocutaban a todos.

Sonreí irónico. El amor verdadero no se podía esconder.

—Dirás cuando nos reencontremos —aclaré sin emoción.

—Sí, lo que tú digas... No pudo soportar que babearas por Ally. Luego se enteró que ella era la ex de Mason. Ahora mi hermana ya estaba tomando todo más personal de lo que ya era.

“Aun resentida porque la menospreciaste, juró que te iba quitar tu *novia* para que sufieras lo

que ella sufrió. Te iba a decir la verdad cuando ya fuera demasiado tarde para recuperar a Ally.

“Por cierto, ¿es cierto que Ally fue tu supuesta novia?”

—¿Cómo carajos supo de eso?

—Marlene, aparte de ser caprichosa, tiene una habilidad para encontrar detalles que nadie nota. Y, lo que es aún peor, recuerda todo a la perfección.

—Tiene memoria fotográfica, ya me había dado cuenta de eso.

—Sí. Aún recuerda las travesuras que le hacía de niño, como si hubieran pasado ayer —dijo. Tomó un respiro y bebió su café—. Cuando sus coqueteos aumentaron y ella los notó, se encaprichó contigo. Supongo que los celos despertaron ese “amor” que te tuvo alguna vez.

“La verdad es que creo que no sabe a quién ama en realidad: a ti o a Mason.

—Más bien no sabe lo que quiere —contradije.

Josh hizo un gesto de que también concordaba con eso.

—Entonces se enteró que estaba embarazada días antes de que estuviste enfermo —siguió—. Vio la oportunidad de tenerte y planeó todo para separarlos.

—¡Sin importarle Mason! —dije en lo que tocaba el moretón que ya casi no era visible.

Por primera vez, desde que lo conocía, sentí compasión por él.

Mason me había reclamado por todo, sí, pero le dolía más lo de Marlene. Aunque también debí romperle la boca porque de seguro usó a Ally para desquitarse. Se me revolvió el estómago de coraje al pensar en todas esas veces que la besó con la clara intención de encabronarme.

—¡Ni tanto! Al parecer, Marlene ya le aclaró todo y ya la perdonó. Y se han visto a escondidas... Mason está disfrutando esto tanto como ella.

—¿Por qué la ayudaste? —pregunté.

—¿La verdad?

Asentí enojado con la cabeza.

—Porque es mi hermana y porque me manejó una historia totalmente diferente.

“Tú por fin le estabas haciendo caso, Mason ya no tenía cabida en su vida, y Ally la había convencido de cambiarse de departamento para que no hubiera conflictos laborales si andaba contigo.

“Cuando me pidió que entrara a la agencia me dijo que Ally era una trepadora que ahora andaba detrás de ti. Marlene siempre ha sido una buena hermana conmigo, agradable y cariñosa, por eso acepté en ayudarla. Era mi manera de protegerla.

“Pero cuando entré, me di cuenta de que todo era totalmente diferente.

Hubo un silencio tan largo que incomodó a Josh por la forma en que lo miraba. Aún estaba encabronado.

¿Y cómo no estarlo? Su linda hermanita había destrozado tres vidas, porque, a pesar de que aún quería romperle la boca, Mason estaba inmiscuido también en todo este sufrimiento, y todo porque el maldito mundo no le rendía pleitesía.

—No tengas tanta compasión por Mason —agregó Josh—. En una reunión en casa de Marlene, escuché que confesó a alguien que cuando reencontró a Ally, quiso recuperarla solo para cogérsela a su gusto de nuevo. No le dije nada porque no sabía que andaba con mi hermana. Pero entonces Ally lo hizo a un lado por ti y el viejo odio la atrapó y se convirtió en enemiga también. Si la lastimaba, te lastimaba. ¡No sé por qué mi hermana le pasa tantas cosas!

Respiré encabronado mientras apretaba el puño; mis sospechas siempre fueron verdaderas. ¡Qué mierda de humanos eran esos dos!

—¿No irás a buscarlo para rendir cuentas, o sí? —preguntó cauteloso Josh.

Ganas no me faltan, pensé mientras le negaba lentamente con la cabeza, aun conteniéndome.

—¿Ally sabe todo esto que me has dicho? —pregunté ya calmado. Al pensar en ella me apacigué.

—Sí.

Guardé silencio. Ahora entendía esa efusividad cuando me llamó para vernos en un rato.

—Supongo que, después de esto, ya no me presento el lunes —consideró.

—No, al final no hiciste nada para perjudicar a Ally, y nos has dicho toda la verdad antes de que las cosas avanzaran más.

Josh no se decidía si era correcto sonreír o no.

—Pero si comprenderás que no quiero saber absolutamente nada de tu hermana. No quiero que nos busque, ni a mí ni a Ally. No quiero que me pida perdón. Dile que se las verá con mi abogado si se acerca a nosotros... En conclusión, ¡no quiero verla jamás! —agregué severo.

—No te preocupes, me encargaré de que no se acerque a ustedes de nuevo —prometió Josh.

—Bien —dije. Tomé las llaves en lo que me ponía de pie—. Gracias por decirnos la verdad y te veo el lunes, como de costumbre.

“Y, ¡te lo advierto!, te correré a la primera duda de tu *buena intención*... ¡Claro!, después de romperte la cara —terminé con gesto serio. Cumpliría mi amenaza llegado el caso.

—No sucederá —prometió intimidado.

Estreché su mano para despedirme. Me di cuenta por su apretón que estaba aliviado de no haber perdido una buena oportunidad laboral por culpa de su hermana.

Salí del lugar y troté de regreso a casa. A esperar a Ally.

Rondando por la casa, decidí darme una ducha. No pensé en lo que Josh me confesó hasta que estuve bajo el chorro de agua caliente que cayó sobre mi espalda con la única finalidad de relajarme. No entendía por qué había gente como Marlene y Mason: envidiosa y con malas intenciones. Personas que se alimentan así mismos con la desdicha de otros. Si ellos no son felices, nadie puede serlo.

Por suerte ya me habían quitado ese pesado mundo de los hombros y ahora podía erguirme de nuevo para respirar el aire de libertad, y estar con quien realmente quiero.

Con ese pensamiento, me apresuré a salir del agua, y me vestí con el estilo que tanto le gustaba a ella.

—Perfecta imagen de Burberry —dije para mí cuando vi mi reflejo muy casual en el espejo.

Revisé en mi celular si no tenía algún mensaje de voz o texto esperando a ser revisado. Algo que me hubiere llegado mientras me bañaba.

Suspiré desgadamente al ver que no tenía nada nuevo. Ya había pasado una hora y cuarto desde que me llamó Ally, según la información de su llamada recibida. No supe qué hacer: ir a su casa, esperarla aquí o qué. Berkshire no estaba lejos, pero cabía la posibilidad de que no hubiere encontrado tren pronto. Quizás por eso aún no me hablaba para avisarme que no había llegado, para no desesperar mis esperanzas.

Le marqué. Estaba muy ansioso para esperar su llamada. La grabación de que estaba fuera de área entró de inmediato.

Decidí comer algo en lo que esperaba.

Terminé y volví a marcarle. Nada.

Como ya estaba al borde del desespero, decidí ir a su casa a averiguar si ya había llegado. Tal

vez se le había acabado la batería o estaba dándose un baño para vernos. Estaba preparándose para una reconciliación segura.

Arranqué el auto aun ansioso y conecté el celular para escuchar algo relajante, algo que me tranquilizara un poco; ya sentía mi corazón a punto de salirse de su lugar.

LAS TRES DAMAS DEL DESTINO

Toqué el timbre con expectación, jugueteé un poco con las llaves en lo que me acercaba al interfon.

Nada. Toqué una vez más, ahora con más insistencia, y esperé.

Nada. Volví a marcar a Ally.

Nada.

—¿Dónde estás? —pregunté en voz alta a la foto de su entrada. Luego busqué en mis contactos a alguien que me pudiera dar razón de ella, pero no encontré a nadie lo suficientemente cercano para que supiera sus movimientos.

Subí al auto y esperé cerca de media hora.

Nada.

—¿Y si está en la casa esperándome? —volvió a decirme mi razón en voz alta.

Era lo más lógico. Sus últimas palabras antes de colgar fueron “Esperame, Matt”. Me había dicho su plan entre líneas: iba a ir a mi casa.

Arranqué el auto y manejé lo más rápido que pude de regreso a casa.

Tras que me estacioné, busqué a Ally por los alrededores, pero solo estaba Julia, mi vecina, que venía de hacer las compras. La saludé en cuanto la vi y le ayudé con las bolsas que traía.

—Gracias, Matthew —dijo con esa sonrisa que me decía en todo momento que yo le atraía.

—¿Has estado mucho tiempo afuera? —le pregunté en lo que abría la puerta de nuestro edificio.

—No, ¿por qué?

—¿No ha venido alguien a buscarme?

—No —respondió frunciendo graciosa el rostro—. ¿Esperas a alguien?

—Sí, a mi novia. Pero creo que estoy dentro de una confusión de lugares. Lo más seguro es que nos estamos cruzando —le respondí en lo que entraba a su departamento para dejar las bolsas en su comedor. De paso, aclaré que no era soltero—. Bueno, te dejo. Seguiré esperando.

—Nos vemos, Matt.

Un escalofrío desagradable me recorrió la espalda cuando me llamó Matt. Me recordó a Marlene y lo que hubiera tenido que vivir con ella.

—¡Uggg! —exclamé retorciéndome de desprecio. Solo Ally sabía como convertir ese Matt en algo sexy.

Regresé al departamento apresurado para revisar los mensajes en la grabadora.

Nada.

Ya habían pasado dos horas desde su llamada. Decidí quedarme aquí, a esperar que llamara o llegara. Ya no iba a seguir jugando al gato y el ratón.

Me eché en el sofá y prendí el televisor. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos por un momento, tanta emoción y estrés ya me tenían en el borde del agotamiento.

Mi celular sonó, sacándome agresivamente de mi relajación.

—¿Ally? —contesté ansioso sin siquiera ver primero quién hablaba.

—¿Matthew?

—Sí —respondí dubitativamente. Era una voz femenina pero no la reconocía.

—Soy Jennifer, prima de Ally.

—¡Ah, sí! Jenny, ¿verdad?

—Sí.

—Hola, ¿cómo estás?

Jenny balbuceó unos cuantos “Mmm”.

—¿Sucede algo?

—Es Ally —soltó cautelosa.

—¿Está aún contigo? ¿Quiere que vaya por ella?

—No, Matthew. ¿No has visto las noticias?

—No. ¿Sucedió algo? —me estiré por el control para buscar el canal de noticias.

Una imagen de dos trenes chocados apareció agresivamente. Las ambulancias ya estaban en la zona retirando a los heridos que el cuerpo de rescate sacaba en camillas. Algunas salían cubiertas con sábanas blancas. El reportero estaba diciendo algo del accidente que mi mente aisló sin dudar, pues dedujo de inmediato que algo malo había sucedido a Ally.

Casi se me para el corazón cuando escuché a Jenny decir que Ally iba en uno de esos trenes que estaban, bueno, no completamente destrozados, pero sí se veía que había sido un accidente muy fuerte. Hacia minutos les habían avisado que Ally estaba ya en el hospital, por suerte, fue una de las primeras que auxiliaron.

¡Está viva!

Respiré aliviado por un segundo porque después el susto me recordó que tenía que ir a ella.

—¿Dónde está? —pregunté con el pulso a tope.

—En el hospital de Chelsea y Westminster.

—¡Voy para allá!

Colgué la llamada y apagué el televisor, luego tomé las llaves de nuevo para salir como el alma que lleva el diablo.

Me costó abrir la puerta y arrancar el auto, estaba temblando.

Di prolongadas respiraciones y me repetía una y otra vez que me tranquilizara, de lo contrario, no podría manejar. Finalmente alcancé un punto de relajación que me permitió hacerlo.

Puse las noticias, que rápido inundaron el auto con la información del choque. Apagué el radio, mi corazón ya no podía con el miedo. Además, no me importaba cómo había sucedido, solo quería saber si Ally estaba bien.

¡Necesitaba verla!

Las tres damas del destino son unas perras desgraciadas. Después de todo, sí había alguien peor que Marlene y Matthew. Pero no iba a dejarles que siguieran jugando con nuestras vidas como perras —lo cual siempre serán— con su juguete favorito.

Metí el carro al estacionamiento y corrí a la recepción para averiguar dónde estaba la sala de emergencias. No se cómo seguí las instrucciones que me dieron. Solo recuerdo que mi visión se cerró hasta que vi un total caos.

Estaba consternado por tanto movimiento y personas que buscaban a sus seres queridos.

—¡Matthew! —escuché que me gritaron. Reconocí la voz de Jenny, no cambiaba mucho a la

del teléfono.

Quizás me reconoció de una de esas fotos que me tomé con Ally.

No conocía a Jenny, pero eso no evitó que nos abrazáramos en cuanto nos vimos; después de todo, un ser querido nos unía.

—¿Cómo está? —le pregunté tras que nos soltamos.

—No sabemos. Aún están tratándola.

—Su padres...

—¡Ah, sí! Ven, te los presento.

Me tomó del brazo para llevar a donde estaban dos personas totalmente angustiadas.

—Tío, tía... Él es Matthew —nos presentó Jenny.

Ambos levantaron las miradas para verme.

—Hola, Matthew —me dijo la señora Knight—. Ally me ha hablado mucho de ti.

—Mucho gusto, señora... Señor —dije estrechando sus manos a su tiempo—. Si necesitan algo, aquí estoy para ayudarles. No duden en pedirla. ¡Lo que sea!

—Gracias —dijo el señor Knight.

Ambos volvieron a caer dentro de su pesimismo. Era lógico, estaban muy preocupados por su única hija.

—Jenny —llamé a lo joven que me recordaba vagamente a Ally—, ¿podemos hablar?

—Sí, sí. Salgamos a tomar un poco de aire... Por cierto —dijo a sus tíos antes de marcharnos—, mis papás llegarán en cualquier momento y los demás están pendientes por noticias.

Sus tíos solo asintieron en silencio.

Jenny me cabeceó que le siguiera, pero dudé en hacerlo porque quería quedarme a lado de sus tíos hasta recibir noticias de Ally. Pero debo confesar que no había mucho espacio en esa sala, el aire estaba viciado y, dado mis antecedentes de desmayarme en los hospitales, ya empezaba a sentir esa ansiedad que ahoga hasta perderme en la oscuridad.

El aire casi puro se sintió lleno de vida cuando entró a mis pulmones.

—Me siento culpable —le comenté con gestos consternados—. Es mi culpa que haya venido en ese tren.

—¿Lo dices porque venía a verte?

Asentí varias veces.

—¡Ay, Matthew! ¿Venias conduciendo ese tren? —negué varias veces—. Entonces, no es tu culpa... En todo caso, es de Ally por no esperar a que me despertara bien para traerla.

—¿Así de desesperada estaba por regresar?

Jenny asintió con la cabeza y sonrió ligeramente. Nuevamente me recordó a Ally.

Era macabro, a decir verdad. Como si Jenny hubiera robado todo aquello que me gustaba de Ally.

—Soy un imbécil por haber permitido que Marlene nos separara. Pero yo creí que si la dejaba ir...

—Ella regresaría a ti —terminó Jenny mi idea. ¡Hasta en eso se parecía a ella!

Me sobé el cuello, ya dolía por todo el estrés que no paraba de acumularse. Entonces, el celular de Jenny sonó, y apenas me dijo que era su tío, corrimos de regreso a la sala de emergencias.

—¿Qué sucede, tío? —le preguntó Jenny ansiosa.

—Ya salió una doctora a hablar con nosotros —respondió la señora Knight—. Ally está grave

pero estable.

Nunca he entendido ese diagnóstico. ¿Cómo podía estar alguien estable dentro de la gravedad? Para mí no había punto medio: lo estabas o no lo estabas.

—¿Qué tiene? —pregunté sin querer.

—Tiene un brazo fracturado, una contusión en la cabeza, y ya está en cirugía porque tiene una hemorragia.

Tapé con la mano el dolor marcado en mi rostro.

¡Por favor, te lo suplico! No la hagas sufrir más. Desquítate conmigo, supliqué a allá arriba.

Miré al señor Knight, que estaba aún adentro de su aturdimiento. Sabía que aún no terminaba de aceptar lo que había pasado. Siendo honesto, ¿cómo podía hacerlo? Yo apenas podía.

—Tenemos que esperar allá arriba —avisó la señora. Tocó el hombro de su esposo para avisarle que era hora de irnos de ese claustrofóbico lugar.

Llegamos a la sala en donde le dijeron a la señora Knight que teníamos que esperar. Y lo hicimos por mucho tiempo. Los padres de Jenny ya estaban ahí y sus parientes no dejaban de llamar.

—Jenny, voy a traer cafés —le avisé cuando ya no pude más con la angustia.

Cada maldito minuto sin noticias, era como hundirme en el mar sin poner resistencia. Lentamente estaba perdiendo la esperanza de seguir viviendo.

—Sí, te acompaño.

—No, quédate. Me llamas si sale el doctor.

—Sí.

Rechacé su compañía porque no quería seguir descubriendo otro gesto robado de Ally.

Bajé a la cafetería para comprar cafés lo más rápido que pude. El señor Knight fue quien más lo agradeció.

Cerca de la tercera hora de espera, por fin salió un doctor acompañado de una joven residente.

—Señor y señora Knight —los llamó el doctor formalmente en lo que retiraba su gorrito azul.

Los señores se pararon de inmediato. Jenny y yo nos pusimos a cada lado.

—Soy el doctor Green, el que ha atendido a su hija desde que llegó —asentimos no sé a qué—. Lamento decirles que Ally no está del todo bien. Las siguientes 72 horas son muy importantes...

Tan pronto como escuché la palabra “lamento”, mi mente se cerró a todo a mi alrededor, excepto a la imagen de ella conectada a tubos y cables.

Me embargó otro horrible desespero. ¡Carajo, aún estaba perdiendo a Ally! La muerte no podía obligarme ahora a dejarla ir.

—¿Cuándo podemos pasar a verla, doctor? —preguntó el señor Knight.

Regresé a la realidad tan pronto como escuché al papá de Ally hablar. Al fin había recibido las noticias que lo alejaron también de su ensimismamiento.

—Estará en terapia intensiva por ahora. Una enfermera vendrá a avisarles cuando puedan verla.

—Gracias, doctores —dijo la señora Knight. Por instinto, abrazó al doctor.

También le agradecí con una sonrisa forzada.

Jenny y sus tíos fueron a sentarse para enterrar las caras en las manos, ya se habían rendido al desamparo. Jenny se alejó para llamar a sus parientes.

Iba a alejarme un poco de ellos para lamentar que Ally estuviera grave cuando la residente me

detuvo.

—¿Eres Matthew? —me preguntó mientras veíamos al doctor alejarse.

—Sí —respondí confundido.

—Ally te mencionó cuando llegó.

—¿Qué dijo? —pregunté apresurado.

—Solo repitió “Quiero a Matthew” una y otra vez.

No supe si sonreír o lamentar no haber estado ahí cuando llegó.

Antes de marcharse, la residente me dijo que también podría pasar a verla cuando despertara.

De inmediato, envié un mensaje a Susan para avisarle de lo sucedido. Ella era amiga de Ally y tenía derecho a saber qué le había pasado. Luego llamé a mi hermana, con quien hablé largo y tendido.

Necesitaba a alguien cercano a mí para que me ayudara a comprender más rápido lo que había pasado, pues, aunque trataba de aparentar que ella saldría de esta, estaba destrozado. Y lo seguiría estando hasta que ella despertara y me dijera con su propia voz que se sentía mejor.

Mi hermana prometió venir al hospital en cuanto pudiera para hacerme compañía. Le agradecí en verdad por el detalle. No conocía a Ally aun pero sabía de ella desde un principio, prácticamente desde que me ridiculizó enfrente de mis amigos.

Sonreí al recordar que incluso mi hermana la utilizaba para molestarme. Amelia tenía 31 años de edad y aun me seguía tratando como si fuéramos niños.

Amelia prometió avisar a Damon para hacerme compañía, él vivía más cerca del hospital. No he visto o hablado con mi amigo desde que Mason me rompió la boca. Nunca le llamé porque no quise que minimizara mi tristeza.

Me sirvió mucho haber hablado con ella. Me sentí un poco más tranquilo, tanto para descansar al fin en el cómodo sillón de la sala de espera.

Tomé una aburrida revista de la mesa y la leí para pasar más rápido el tiempo.

Al poco rato, llegaron Vera y Luke. Supuse que Jenny les había avisado.

Vera me demandó que le dijera cómo estaba Ally. Luke escuchó atento sin quitarme la vista de encima, me reclamaba en silencio. Les conté todo, incluso la noticia de que el bebé de Marlene era en realidad de Mason. Luke se sorprendió bastante. Al parecer la mierda que tiene por amigo le había mentido también.

En ese momento, llegaron Susan, John, Mark y Damon. No se cansaron de decirme palabras de aliento que sentí sinceras, pero que no tuvieron efecto en mí.

Seguí escuchando en silencio; sin embargo, hubo un momento en que perdí la vista en el pasillo y creí ver a Marlene y Mason preguntando algo a un enfermero.

Sentí una opresión en el estómago y mis latidos se aceleraron por el odio que sentía por esos dos.

Hice a un lado a John y Damon agresivamente y caminé muy furioso hacia ellos. Mason me vio de inmediato, e iba a decir algo pero le asesté un golpe en la boca que fue tan fuerte que lo hizo tropezar y caer al suelo de sentaderas. Aproveché su sumisión, hincándome para sujetarlo de las ropas y tenerlo a merced de mi puño, que ya estaba listo para lastimarlo de nuevo tanto como lastimaron a Ally.

Y no iba a ser compasivo. Mason iba a recibir un golpe por cada mentira que nos dijeron desde que entraron a nuestras vidas. Así que alguien debería detenerme porque Mason iba a terminar en terapia intensiva también.

Escuché voces de mujeres clamando por la seguridad del hospital. Tenía que ser rápido antes de que nos separaran; entonces, dirigí mi golpe a su rostro de nuevo pero él ágilmente se hizo a un lado y mi puño se estrelló contra el suelo dolorosamente. No me importó, aun necesitaba desquitarme.

Logré darle otro puñetazo en la mejilla.

Sin esperarlo, la ira me cerró a los gritos de que lo dejara en paz. Solo la voz de Ally se quedó en mi mente, suplicándome que la esperara para darme la buena noticia, sus gritos llenos de miedo cuando el tren chocó, y su lejano llamado que demandaba mi compañía, el que respondí tardíamente. Su dolor fue mío también. Todo se congregó violentamente hasta terminar con ella en esa maldita plancha de operaciones, conectada a un respirador, y un cirujano a un lado tratando de salvarla.

Mason y Marlene tenían la culpa de que ella haya ido en ese tren. Si ambos no se hubieran entrometido en nuestras vidas, Ally no hubiera ido a Berkshire para huir de su tristeza.

Resoplé más enfurecido para seguir rompiendo la cara a Mason. Su mirada burlona me retó a que no esperara más, pero entonces alguien llamándome “Matt” me detuvo para sacarme de mi ofuscación de una vez por todas.

Era Jenny. Casi alcanzó el tono de voz de Ally, más no el amor que ella ponía siempre.

Levanté la mirada y ahí estaba junto a sus tíos, que estaban boquiabiertos por lo que estaba haciendo; no tenían idea de todo lo que ha pasado en la última semana. Quizás era mejor porque seguramente el señor Knight se me uniría en esta pelea.

—¡Matthew, detente ya! —ordenó Jenny poniendo su mano en mi hombro. Apenas solté a Mason con agresividad y me levanté, Marlene corrió a ayudarlo.

—¡Carajo! ¡¿No tienen maldita vergüenza?! —les espeté aun enojado.

—Queremos saber cómo está Ally —explicó Marlene inocentemente, como si en verdad se preocupara por ella.

—Ella es aun mi amiga —agregó Mason con voz calma.

—Mason, solo te avisé de lo que le pasó para que te dieras cuenta de lo que tus acciones hicieron, no para que vinieras a ser un jodido hipócrita... Solo lárguense. Ya han hecho demasiado daño —sermoneó Luke sin alzar la voz pero con dureza. Se paró a mi lado.

Mason estaba confundido por la advertencia de su mejor amigo. Nunca creyó que perdería su apoyo.

—¿Pero...? —dijo Marlene.

Esta vez no soporté su dulce rostro de ángel que utilizaba siempre para hacerse la inocente. Tal vez muchos creían que era una tonta, por ser rubia, pero yo la conocía perfectamente. Marlene no tenía un pelo de tonta.

—¡Ella está en esa jodida cama por tu culpa! ¡¿Quieres terminar de matarla?! —reclamé a Marlene.

—Matthew, ella fue quien ocasionó... —se excusó ella con su tono infantil, trató aun de culpar a Ally por sus actos.

¡Maldita zorra, no lo voy a permitir!

Jenny seguía deteniéndome del brazo, y con mano temblorosa me suplicaba en un susurro que no siguiera rebajándome. Pero no me importaba hacerlo, esto era por Ally. Por haber roto su hermoso corazón sin razón alguna.

En eso llegó el guardia apresurado, la enfermera que seguramente lo llamó nos señaló, pero al

ver que no había nada que detener, se quedó vigilante de que la pelea no volviera a iniciar. La enfermera, por el contrario, nos pidió que bajáramos la voz o de lo contrario nos echarían del hospital.

—¡Se lo advertí a tu hermano! ¡No me obligues ir más allá, Marlene! —grité ignorando a la enfermera, y decidido a cumplir mi amenaza; di un par de pasos para reafirmarla. Vi que el guardia reaccionó un poco.

¡Hija de puta, sí que estás enferma!

Me miró asustada y comprendió que sus tácticas ya no funcionaban conmigo. Tomó a Mason de la mano para retirarse juntos. Antes de irse, Mason trató de decir algo a los señores Knight, pero cuando vio a Jenny ahora junto a ellos dedujo que ya sabían de todo lo sucedido y le reclamarían más severamente.

—¡Ambos me dan lástima! ¡Son una mierda como personas y se merecen uno al otro! —les espeté atrancando los dientes de ira.

Marlene detuvo a Mason de regresar a romperme la cara, al igual Luke me paró de responder la agresión.

—¡Ya es suficiente! —dijo severo el guardia, se interpuso entre los dos.

—No se preocupe, señor, ya he terminado con... No, no valen ni la mentada de madre —balbuceé, aun barriendo a la “dulce” parejita.

Los vi alejarse aun asfixiándome con la carga negativa que me dejaron. Cuando Luke me soltó, caminé como zorro acorralado, tratando de tranquilizarme a fuerzas. Nadie me molestó, ni siquiera el guardia que Jenny convenció en retirarse, lo que hizo todo más agudo. Iba a golpear la pared para ver si así se alejaba todo, cuando el elevador se abrió de pronto.

—¡Matty! —me llamó mi hermana cuando me vio fuera de sí.

Corrió a abrazarme. Odiaba que me llamara así, y ella lo sabía bien, pero incoherentemente me calmó en ese momento que súbitamente me sentí como un niño desvalido y muy afligido. La necesitaba tanto, como esa vez que me caí fuerte de la bici y ella estuvo ahí con su consuelo para ayudarme a levantar y seguir adelante.

Todo mi enojo se escapó dentro de su abrazo y un largo suspiro. Cuando me solté de ella, ya solo estaba Damon haciéndonos compañía.

—¿Te sientes mejor, amigo? —me preguntó Damon, colocando su mano en mi hombro para ofrecerme su apoyo también.

Asentí con la cabeza.

—Si con eso no los dejan en paz, pondremos una solución más drástica y definitiva —comentó Damon.

Iba a asentir cuando:

—¡Por dios, Matty! ¡Tu mano! —exclamó mi hermana a la par que tomaba mi brazo derecho para que viéramos mi mano detenidamente. Estaba roja, pero eso no era lo sorprendente, sino que dos de mis dedos colgaban extrañamente.

—¡Enfermera! —le gritaron a la primera mujer de azul marino que pasó.

La enfermera vio mi mano y me llevó con el primer doctor que se encontró.

El resultado final del encuentro fueron un dedo dislocado y otro fracturado. Me pusieron una graciosa férula, tipo guante, que era tan dura como el yeso. También me dieron un par de pastillitas que me relajaron completamente.

Cuando regresé a la sala de espera, junto con mi hermana y Damon, ya no vi a los padres de

Ally. Ante mi inquietud, Jenny me dijo rápido que la enfermera había venido a avisar que ya podíamos pasar a verla.

Como aún estaba bajo la influencia de las pastillas, la larga espera fue soportable. Estaba tan relajado que bostecé sin control mientras escuchaba a los amigos conversar.

Finalmente salieron los señores Knight. La señora ahora se veía consternada, mientras que el señor no tanto. Quizás había visto mejor a su hija.

Me dieron permiso de pasar a verla. Jenny lo haría después.

El efecto del medicamento desapareció cuando caminé ansioso por el pasillo hacia la habitación de Ally. No sabía qué esperar.

Entré al cuarto en silencio y con la mirada incrustada en el piso de linóleo. Tenía miedo de derrumbarme en cuanto la viera; sin embargo, mi corazón me rogó que no hiciera la tortura más larga y que fuera fuerte de ahora en adelante para ella.

Ally estaba durmiendo. Me pareció tan hermosa, aun cuando tenía uno que otro arañazo y moretón. Su cabello estaba acomodado a un lado para que no le molestara al dormir, tenía su brazo izquierdo enyesado, y cables y tubos conectados en el otro.

Tuve un segundo de tristeza profunda cuando recordé esa maldita pesadilla en donde me vio muerto. Fue una jodida advertencia de esto, de que la iba a perder y de que yo hubiera muerto en vida tras aceptar que no podía seguir adelante sin ella.

Había una silla junto a la cama, pero me quedé de pie por el momento. Sujeté con cuidado su mano, que tenía los tubos, para hacerle saber que tenía a alguien junto.

No respondió.

Había tanto que deseaba decirle pero lo único que salió de mis labios fue:

—Estoy aquí, amor.

Solté su mano para acariciar su cabeza con cuidado, luego me incliné un poco y besé sus labios tímidamente. La sentí tan ausente. Estuve a punto de llorar si no es porque entró la enfermera para revisar sus signos vitales.

—¿Aun no despierta? —me preguntó curiosa.

—¿Está sedada?

—Ya no —me respondió haciendo anotaciones.

—¿Ya debería haberlo hecho? —le pregunté curioso.

—Sí.

Me preocupé.

Me senté para no estorbar a la enfermera, y apenas se marchó, me acerqué a ella de nuevo para tomar su mano con cuidado.

—Por favor, Ally, despierta —le murmuré muy cerca de su rostro, pero no tuve ninguna respuesta. Una suplicante lágrima corrió por mi mejilla para caer en la suya—. Amor, te necesito. Por favor, despierta. No me dejes solo... Regresa a mí.

Nada. Tendría que esperar a que regresara a mí.

Solté su mano y tomé la silla con trabajos para estar lo más cerca posible. No quise perderme de ninguno de sus respiros porque eran los únicos que me decían que ella estaba viva.

SILENCIO

Con el pasar del tiempo, el bip-bip de las máquinas se convirtió en algo esperanzador, pero también me torturó cada vez que se atrasaba una milésima de segundo.

Dentro de la hipnosis en que me tenía ese bip, escuché un gemido callado pero adolorido. Me levanté de la silla como de rayo y me puse en su campo de visión.

La vida regresó a mí cuando la vi esforzándose por mantenerse despierta. Estaba luchando.

Fui lo primero que vio cuando logró vencer la somnolencia. Sonrió apenas, y luego mojó sus labios para hablar; busqué un poco de agua pero no había nada que le pudiera dar. De hecho, no sabía siquiera si podía beber agua.

—Lo siento, amor, no hay agua —le dije acariciando su cabello cariñosamente.

Ally asintió con la cabeza y siguió fabricando saliva para poder hablar, le tomó varios minutos.

—Me hace tan feliz ver tu rostro de nuevo. Creí que no volvería a verte —masculló por fin con voz cortada.

—También estoy feliz de verte... y escucharte —le declaré tomando su mano con cuidado para besarla.

Sonrió dolorosamente. Sabía que tenía que llamar a una enfermera para que le diera un poco de agua, pero no quería romper el momento. No quería compartirla con nadie.

Después de esto, no necesitaba ninguna explicación de por qué me había mentido. Entendía todo y la amaba aún más por haber sacrificado su felicidad por mí.

—¿Aún es sábado? —preguntó curiosa.

—Sí —respondí confundido.

—Matt, no me has visto solo por dos días...

—Lo sé, pero cada hora sin ti tuvo la duración de cien años para mí —le interrumpí. Hice gestos de estar haciendo cuentas y continué—. Lo que quiere decir que no te he visto por no sé cuántos siglos.

“Tu ausencia ha dolido toda esa eternidad.

Ally rió, y le dolió hacerlo. Decidí no seguir torturándola.

—¡Prima, por fin te cansaste de jugar a la bella durmiente! —escuchamos cuando abrieron la puerta tímidamente.

Jenny tenía un semblante alegre cuando se acercó a la cama.

—¡Ja-ja! —respondió burlona Ally, aunque retorció sus gestos en dolor.

—¡Tranquila! Te operaron —le murmuré para hacerle ver que traía una herida en el abdomen.

Ally miró la mano que traía lastimada.

—¿Qué te pasó? —me preguntó angustiada.

—Se le cruzó el piso en su camino —le respondió Jenny sarcástica.

—¡Ja-ja! —me burlé de ella como lo hizo Ally.

Ally estaba desesperada porque ninguno de los dos le decíamos cómo me había lastimado la mano.

—Vino Mason y digamos que Matthew no lo recibió con pompa y circunstancia —le comentó Jenny.

—Y no tenía que ser recibido así —comentó Ally.

—¿A puñetazos? —le preguntó Jenny confundida.

—No, con globitos y confetis —respondió Ally muy bromista.

Se me escapó una risita. Era un buen indicio que ya estuviera haciendo sus clásicos comentarios sarcásticos.

Hubo un silencio raro lleno de intercambio de miradas.

—Jenny, perdóname —dijo al fin Ally con gestos apenados que me confundieron. No debería lamentar nada, cuando yo era quien debería disculparse por haber creído ciegamente que Marlene estaba embarazada de mí.

—No es tu culpa arruinar mi cumpleaños.

—¿Hoy es tu cumpleaños? —pregunté sorprendido. ¡No fue un buen día para nadie!

Jenny asintió, apretando una sonrisa resignada a no celebrarlo ya.

—Lo siento, Jenny —me disculpé también—. Feliz cumpleaños, supongo.

—Gracias. ¡Ya celebraremos después! Prima, mis tíos quieren verte — le avisó Jenny—. Vine a avisar a Matthew que... —Ally le hizo gestos de que quería que se quedara un rato más—. Luego vengo a verte para regañarte con más calma —agregó con voz ligeramente severa, aunque su rostro contrarrestaba todo—. Matthew, tu hermana quiere llevarte a comer algo.

Otra risita burlona se me escapó, logré que Jenny me reprendiera con su mirada.

—Lo siento, Jenny, es que eres realmente graciosa —le dije aun entre risas.

—Es lo que siempre le he dicho. Solo ella se cree que es una persona dura —comentó Ally con total burla de los gestos que hacía su prima.

—Amor, te dejo en buenas manos —dije a Ally. Quise besarla pero me dio miedo lastimarla.

—¿Ya te vas? —me preguntó Ally con tono triste, sujetó mi mano lastimada por instinto, me dolió pero lo oculté con una sonrisa alagada.

—No. Solo voy a comer algo y regreso. Aquí voy a estar hasta que me corran.

Ally sonrió satisfecha y me soltó.

—¿Ya acabaron, par de tortolitos?

—Sí, sí... Jenny, ven —le pedí con un cabeceo que la alejaba de la cama. Ya sin el oído chismoso de Ally, le dije—. Gracias por hacerla reír.

—Ella me lo facilita. Además, tenía que actuar como siempre lo hago con ella; de lo contrario, me hubiera soltado a llorar en cuanto la vi... En verdad me asustó mucho.

—Sí, lo sé. Lo noté en tu voz cuando me hablaste.

—¡En fin! Estoy optimista con su recuperación —dijo mirando a Ally que estaba con la mirada perdida en las máquinas—. ¡Nunca la dejes ir de nuevo! — agregó en un murmullo severo.

—No lo haré.

—¡No, en serio! ¡Te lo advierto! Si me vuelvo a enterar que le vuelves a decir: Si amas algo, déjalo ir...

Solté una risita entre dientes. No pude evitarlo porque era cierto que Jenny no podía ser dura. No mataría ni una mosca.

—Lo prometo. No volveré a hacerlo —di mi palabra ya más serio.

—Nunca creí que iba a decir esto, pero eres más agradable que Mason... No sabes cuánto abogué por él cuando estabas coqueteando con Ally.

—Me alegra haberte echo cambiar de opinión.

—Sí, sí... —dijo dándome un empujón para correrme—. ¡Anda! ¡Ve y come algo!

—Te veo al rato —le respondí.

Cuando llegué a la sala de espera, el señor Knight se puso de pie rápido en cuanto me vio. Apenas le avisé que su hija ya había despertado y fue con la enfermera para que le diera paso a terapia intensiva.

Me senté junto a mi hermana. No tenía hambre, solo acepté salir a comer para que Ally no se preocupara. Todos se acercaron, esperando que les dijera algo, pero solo pude decirles que tenía muy buen ánimo para estar en terapia intensiva.

72 horas y serás mía... Y yo seré tuyo de nuevo.

¿Por qué el maldito cuerpo no podía recuperarse más rápido?

72 HORAS DESPUÉS

Estaba muy impaciente por el informe médico del doctor, me urgía que ya pasaran a Ally a un cuarto para ella. Un hospital ya era estresante de por sí, no quería que Ally se angustiara con el sufrimiento de otro paciente. Por eso ofrecí a sus padres pagar parte de la cuenta con tal de que ella estuviera cómoda.

El doctor salió y nos acercamos a él como aves de rapiña. Solo estábamos sus padres y yo.

—Ally está mejorando, pero quiero tenerla otras 24 horas en observación.

—¿Sigue mal? —interrumpí sin querer. Yo la veía más viva con cada hora.

—Es el bebé el que me preocupa...

Un golpe agresivo de confusión.

—¿Disculpe? ¿Cuál...? ¿De qué habla...? —pregunté aturdido. Los señores Knight me miraron confundidos por mi ignorancia.

—Matthew, ¿no recuerdas que el doctor nos dijo que estaba embarazada? —me preguntó la señora Knight.

Mis labios titubeantes le respondieron *no*. ¿Lo habrá dicho cuando me perdí tras que salió de operarla? ¿Ally embarazada? ¿Cuándo quedó...?

¡Oh, ya recuerdo!... ¡Carajo! ¡Ahora hay otra persona por quien preocuparme!

—Lo siento, doctor. Puede darme cinco minutos para... —pedí llevando la mano a la frente en lo que buscaba donde sentarme.

—Lamento decirle que no tengo tiempo —interrumpió.

—Bien, entonces, al menos, repítame todo de nuevo porque no recuerdo nada de esto.

—Lo comprendo —cedió con gestos condescendientes—. La hemorragia que operamos cuando llegó ya está controlada, pero la placenta del feto está un poco traumatizada por los golpes que se dio Ally en el accidente. Estamos haciendo todo lo posible para que la placenta no se desprenda y haya un aborto espontáneo.

—Bien —dije, asintiendo a no sé qué. Aun no creía que Ally estuviera embarazada; sin embargo, tuve otro rápido recuerdo de ella y yo bromeando siempre con los “globos”.

—Los mantendré informados —dijo el doctor con una sonrisa forzada y se marchó.

Miré a los señores Knight como niño que lamentaba haber hecho algo malo. Algo así como una

disculpa por haber sido el hombre malo que le arrancó la virginidad a su hija.

—Matthew, Ally no sabe que está embarazada —me informó la señora Knight.

—Y será mejor que no lo sepa hasta que la pasen a su cuarto —me advirtió tajante su esposo.

—No hay problema. Esperaré a decirle hasta que ella esté mejor —prometí.

Entendí la preocupación. Sería un estrés extra para Ally. Si bien, me sentí mal por haberles arrancado el derecho de dar esa noticia a su hija. Pero, después de todo, me correspondía hacerlo. Yo era el padre de ese bebé que Ally aun protegía sin saberlo.

Sí, soy el padre, pensé. La verdad estaba lentamente matando a la incredulidad.

Los señores Knight no me objetaron. Creo que hasta les gustó que lo haya hecho, o al menos eso me dijo la sonrisa escondida del señor Knight.

—Voy a comprar un café... ¿Gustan uno? —les pregunté en lo que regresaban a los asientos que han sido nuestra cama por los últimos tres días.

—Te lo acepto si es de Caffé Nero —me dijo el señor Knight con una tímida sonrisa. Poco a poco, recuperaba el optimismo. Y ya me hablaba como si tuviéramos tiempo de conocernos.

—Sí, iré a Nero. Al igual que usted, ya estoy cansado del café de este lugar.

—¿Podrás traerlos? —me preguntó la señora Knight, señaló con la mirada mi mano lastimada.

—No hay problema, señora. Siempre habrá un alma caritativa que apretará el botón del elevador por mí —bromeé.

Ambos sonrieron y me di la vuelta para ir por los cafés.

Durante el camino al Nero más cercano, que estaba a unas tres calles, no dejé de pensar que iba a ser papá. A diferencia de cuando me mintió Marlene —hay cosas con las que no se debe jugar, y la paternidad es una de ellas— esta vez me sentía..., bueno, igual de incrédulo.

Pero debajo de esa incredulidad estaba una sonrisa feliz y muy traviesa por la forma en que el bebé había sido concebido..., o concebida, cual fuera el caso.

Haciendo a un lado la confusa aceptación, tenía que reconocer que era muy pronto la llegada de este bebé. No nos conocíamos al detalle y quería Ally para mí solo por mucho más tiempo, apenas estaba haciéndome a la idea de que mi novia ficticia ya era de carne y hueso.

¡Que más daba!, no iba a dejar ir de nuevo a la mujer que sacrificó su felicidad por mí.

Tenemos mucho tiempo para conocernos. Sí, los próximos meses van a ser muy interesante... ¡Increíble! Un bebé.

Sonreí para mí. Tenía que dejar de emocionarme porque Ally aún no daba su opinión. Ella me había dicho que no quería ser madre aun, no podía obligarla a hacer algo para lo que no estaba lista.

Pero también cabía la posibilidad de que solo dijo eso para alejarme de ella definitivamente.

Espero que esta noticia no sea motivo para una pelea innecesaria.

Estaba pidiendo mi orden cuando recibí una llamada de Jenny. Se había tardado en llegar al hospital.

—¿Qué sucede, Jen? —le pregunté ya con confianza.

De seguro quería un café también.

—¡Ven rápido! Ally... ¡Carajo! ¡Por dios, ven rápido! —espetó Jenny con las lágrimas inundando sus palabras.

Dejé a la cajera con la orden a medio tomar y corrí al hospital sin dejar de atropellar gente que me mentaba la madre sin saber que algo malo le pasaba a mi novia.

Mis latidos fueron incongruentes todo el tiempo. Se aceleraban y se detenían cuando las

lágrimas en mis ojos me preparaban para lo peor. ¡No podía estar pasando esto de nuevo!

No, por favor, no. Te lo ruego, por favor. No ella... No te la lleves... Te lo suplico. ¡La amo!, puse mi corazón en cada suplica.

No sé qué sería de mí si la perdiera, seguramente mi corazón moriría junto con ella.

El aliento de vida se terminó cuando di el último paso que me dejó frente a los señores Knight y Jenny. Demandé rápido que me dijeran qué estaba pasando.

—Aún no sale el doctor... No sabemos qué le pasó. Nos dijeron que de pronto perdió el conocimiento —respondió Jenny.

No pude respirar porque la desesperación, el miedo y la desolación me embistieron al mismo tiempo. Estaba perdiendo todo de nuevo y no podía hacer nada. Ya estaba harto de la impotencia a la que he sido encadenado desde que Ally llegó a este hospital. Mi corazón ya latía tan mal desde hace días que de un momento a otro también tendría que ser ingresado si no recibía una noticia buena al menos.

En eso salió la residente cuyo nombre siempre olvido. Los cuatros trotamos hacia ella como lobos hambrientos por un reporte médico.

—Fue un pequeño susto —dijo la residente.

La vida regresó de nuevo a mí..., por no sé cuánta vez.

—¿Qué sucedió? —le exigió saber la señora Knight.

¿Por qué carajos no terminaba la residente de aclarar lo sucedido?

—Se desmayó cuando le cambiaban el suero —respondió la residente.

Me volví a asustar. Un desmayo era algo grave en el estado en que estaba Ally.

—Tranquilos —dijo la residente a los cuatro. No era el único que estaba pálido aun—. Ella ya está consiente... De hecho, está muy despierta.

—¿Puedo pasar a verla? —pregunté aún acelerado e inquieto. No estaría tranquilo hasta verla. Volteé a ver a sus padres sin querer, ya me había olvidado que ellos tenían el derecho de verla primero—. Después de que ellos pasen.

—Aún no. Están haciéndole estudios —respondió la residente—. Podrán verla los cuatro en cuanto la pasen a su cuarto.

Sonreí lleno de alivio porque eso quería decir que ya había librado las críticas 72 horas, aun cuando se hubiere desmayado. De seguro lo había hecho por el embarazo.

—¿El bebé está bien? —le pregunté desesperado cuando recordé a la pequeña personita que crecía en ella.

—Para eso son los estudios —respondió la residente.

Suspiré profundo mientras maldecía en silencio. Esto aún no terminaba.

La residente recibió una alerta por su beeper y todos nos asustamos de nuevo.

—No es Ally, pero tengo que irme. El doctor Green vendrá a darles más informes en cuanto Ally salga de los estudios —aclaró apresurada y se marchó corriendo.

Confrontar a Mason y Marlene era nada en comparación a la larga espera que tuve que soportar durante mi paseo por el lugar.

Mi vida había estado en pausa desde el accidente. No podía siquiera planear el minuto siguiente porque tendría que hacerlo sin Ally, y la vida siempre me parecía extraña sin ella.

—Matthew —escuché que me llamaron en un callado tono para no espantarme. Aun así me sobresalté cuando vi a la residente y al doctor Green con los señores Knight y Jenny.

Volví a perderme el informe médico.

—Pasa a verla —me dijo el señor Knight con una sonrisa escondida que me pareció familiar. Era casi la misma que llegó a hacer mi padre cuando por fin podía darme de niño lo que quería.

—Gracias —agradecí efusivo y me acerqué a la residente que tenía una sonrisa favorecedora. La seguí por un pasillo cargado de tranquilidad. No estaba enviciado por la angustia ni el miedo de la sala de terapia intensiva. Incluso alcancé a escuchar unas risas a lo lejos.

Mi paso torpe le suplicó a la residente que no hiciera el viaje más ansioso. ¡No podía esperar más para ver a mi novia!

—¿Todo bien? —le pregunté cuando aligeró el paso cerca del final del pasillo.

—Sí. Por lo que veo no escuchaste que... —hizo una pausa. ¿Por qué seguía haciendo todo más melodramático?— el bebé es fuerte. El doctor Green dice que el bebé no sabe que tuvo un accidente. Él o ella sigue con su proceso de incomodar a su mamá.

Solté una risita sin querer.

—Es una Knight —comenté al reconocer que tenía la fortaleza de Ally.

—Aun así, se quedará aquí un tiempo hasta que la placenta este más fuerte. No queremos correr riesgos —asentí—. Los señores Knight te dieron un rato a solas con ella, después vendrán a verla. Después, solo pueden estar cuatro personas en el cuarto —me recomendó la residente antes de abrir la puerta.

—¿Ally ya sabe que está embarazada?

—Sí, se enteró durante los estudios.

Suspiré decepcionado. Aunque el secreto ya me pesaba, quería ser el que diera la noticia a Ally.

—Hola de nuevo, Ally —la saludó la residente en cuanto la tuvimos a la vista.

—Hola —respondió ella sonriendo. Pero no estaba mirando a la residente, y esa sonrisa no era para ella sino para mí.

—¿Algún malestar? —preguntó la residente en lo que revisaba las máquinas.

—No, pero tengo mucha sed. ¿Es eso un malestar?

—No. Pediré a la enfermera Johnson que te traiga agua... El doctor vendrá a verte antes de que se vaya a descansar a su casa.

Ambos sonreímos en agradecimiento. La residente terminó de ver las máquinas y salió.

Ally me miró largamente como si no creyera que estuviera ahí. No quería decirle nada hasta que estuviésemos solos.

Al poco rato entró la enfermera Johnson y me dio una botella de agua con un vaso. Lo serví y se lo pasé a Ally de inmediato, bebió como camello desesperado.

—Tranquila —le murmuré con una sonrisa. Ally me sonrió tras recordar algo.

—¿Necesitas algo más? —preguntó la enfermera a Ally.

—No, todo está bien. Gracias.

En cuanto salió la enfermera, besé a Ally sorpresivamente. Quise alzarla y abrazarla con todas mis fuerzas.

—¡Ya deja de darme sustos! —le reclamé sin ser severo cuando la solté.

—También me asusté. Creí que no te volvería a ver cuando todo se oscureció —coincidió con miedo—. Sentí que volvía a perderme en esa horrible soledad que terminaría no sé dónde, quizás la muerte —se tomó un segundo para acariciar mi rostro—. Matt, escuché tu voz y te sentí a mi lado. Me suplicaste regresar a ti... Y solo lo hice por ti, amor. Quiero seguir creando recuerdos a tu lado.

De seguro estaba hablando de cuando estuve a solas con ella tras su operación.

La besé con cuidado y, al final, me sonrió para aligerar el mal momento que vivimos.

—¿Así que seremos padres? —preguntó, ya no quería seguir hablando de ese susto.

Su pregunta estaba tentando el terreno de mi aceptación por su embarazo. Acaricié su mejilla, teniendo mucho cuidado de no tocar las partes lastimadas.

—Sí, tuve que asegurarte a mi lado definitivamente —respondí. Ally hizo gestos curiosos—. Un bebé era la vía rápida para unirte a mí para siempre. Quieras o no, bonita.

Rió sin querer y fui muy feliz al verla rebosar de vida. Estar juntos de nuevo y la maternidad le sentaban a la perfección.

Al parecer, quería tener al bebé. No había más que decidir. ¡Seremos padres!

Antes de que terminara la hora de visitas, me ofrecí con los señores Knight a cuidar a Ally por esa noche, y todas las demás si era necesario. No se opusieron, estaban muy cansados física y emocionalmente para pelear conmigo respecto a eso. Además, y después de todo, les había demostrado que amaba a su hija: no me asustó la noticia del bebé y, principalmente, la había defendido con las personas que le habían hecho daño.

—Por fin solos, bonita —dije a Ally cuando su padre cerró la puerta tras de sí.

Ally rió y se quejó al mismo tiempo.

Jalé el reposet lo más cerca que pude de ella. Su cama estaba puesta a un nivel muy bajo para evitar caídas, por lo que pudimos vernos fácilmente.

—Hay algo que quiero preguntarte —le comenté estirándome un poco para alcanzar su mano que sujetaba el barandal de la cama.

—Creo saber de qué quieres hablar —dijo agachando la mirada. Todo su semblante se volvió temeroso de mi reclamo.

—¿Ya lo sabías?... ¿Qué estabas embarazada? —pregunté con tono cálido, aunque reclamante.

—No. Y me sorprendí mucho cuando el especialista que me hizo el ultrasonido comentó al doctor Green que el corazón del bebé latía a ritmo. Que la placenta podría soportar a término.

“Obviamente miré al doctor Green, exigiéndole una explicación, y no le quedó de otra más que soltar todo.

“Ahora entiendo por qué vomité mucho la semana pasada. Creí que era por lo nos hicieron aquellos idiotas. Que el coraje...

Solté una risa entre dientes que la calló, ya no tenía caso recordar a esos remedos de personas.

—Dejémoslos en el olvido, que es el lugar que se merecen. Pero es en serio que te tuve que embarazar para que no me dejaras... jamás. No soy tan descuidado con los globitos, amor —bromeé; aunque quizás sí lo hice inconscientemente. Ella soltó un bufido sarcástico en lo que ahora la miraba serio—. ¿Sabes que hubiera regresado a ti en cuanto me hubiera enterado, verdad?

—Sí, lo sé. ¡Porque eres todo un caballero! —bromeó.

Reí, por supuesto, pero no tardé en retomar la seriedad de nuevo.

—No, no solo porque soy tu príncipe —se me escapó esa pequeña broma. Ally sonrió sonrojada—, sino porque te amo.

—¡Lo ves! ¡Eres todo un caballero!

Reí en lo que me levantaba y me inclinaba hacia ella.

—Ah, va a ser toda una aventura vivir con ustedes dos —iba a responderme—. ¡Ya cállate y

bésame! —le ordené aun entre risitas.

Sí, será una maravillosa vida a su lado.

EPÍLOGO

DOS SEMANAS DESPUÉS

Ally se recuperó más con el paso de los días. Debido a que tenía la mano inservible, la agencia me dio incapacidad por un mes. Lo cual fue muy oportuno porque me permitió estar en el hospital haciendo compañía a Ally todo el tiempo que los señores Knight me permitieron.

Cuando Ally fue dada de alta, sus padres querían llevársela a su casa pero mejor les ofrecí mi departamento. Estaba cerca del hospital y podía traer a Ally a sus chequeos, así ella no tendría que viajar tanto tiempo. Esa idea pareció convencerlos al final.

Me llevé a Ally a mi casa para retomar nuestra relación donde la habíamos dejado antes del chistecito de Marlene. De hecho, no volvimos a hablar de ella ni de Mason; fueron desechados como datos inservibles.

—Esas escaleras fueron más largas de lo que me parecieron alguna vez —comentó algo sofocada mientras la soltaba de la cintura para abrir la puerta.

—Te hubiera subido en brazos si no trajera esta férula —dije, dejándole pasar primero.

—¿Esas flores son para mí? —me preguntó asombrada en cuanto vio el gran ramo de rosas rosas que le había comprado para darle la bienvenida. Su tono rosado extraño las hacía igual de hermosas que a Ally.

—Sí —respondí en lo que dejaba su maleta cerca del sillón.

Me acerqué a ella para obedecer a sus gestos que me exigían que le abrazara. Se puso de puntas para besarme en agradecimiento, pero tuve que cortarla en segundos porque últimamente no podía soportar la forma en que me besaba, como si estuviera haciéndome el amor con sus deliciosos labios y lengua. Me llevaba a un punto en donde quería quitarle la ropa de por medio para corresponder su entusiasmo de alguna manera. Y no podía hacerlo hasta nuevo aviso.

La llevé al cuarto de la mano para que descansara.

—¡Chocolates! —exclamó como niña en cuanto vio una canasta llena de sus chocolates favoritos en el lado de la cama donde le gustaba dormir—. ¿Hay más sorpresas?

—Sí. Abre mi cajón —respondí con sonrisa llena de satisfacción anticipada.

Caminó lentamente a mi lado para abrirlo, y se quedó pasmada en cuanto vio lo que había dentro: cinco cajas de condones desparramados por todo el lugar. Los puse así para dar la sensación de que eran más. Siempre me ha gustado dejarla boquiabierta.

—Chocolates y globos... Solo faltas tú para la fiesta —le comenté entre una risita sensual.

—Ya es un poco tarde para los globos, ¿no crees?

—No. Con nuestra suerte, te vuelvo a embarazar ya estando embarazada.

Reímos hasta que me pidió que dejara las bromas.

—Recuéstate un rato —le sugerí, ayudándole. Me robó un beso delicado en los labios como agradecimiento.

Decidí ir por la maleta.

—¡Y te la haré inolvidable! —me gritó cuando salí del cuarto.

—¡Sí! —exclamé emocionado.

Cuando regresé, ya estaba por abrir un chocolate pero lo dejó a un lado cuando me acosté boca

abajo, a la altura de su vientre, y levanté su playera para descubrirlo.

La gaza solo cubría una pequeña parte de ese vientre que besé docenas de veces. Ally tendrá una cicatriz que me recordará siempre lo cerca que estuve de perderla, de que mi alma muriera con ella.

—Te amo tanto como amo a tu mamá —murmuré pegado al vientre aun plano; se contrajo un poco cuando lo toqué. Miré a Ally cuando agregué—. Gracias por ayudarme a atarla a mí.

Ally soltó una risa graciosa.

—Apresurate a crecer porque ya queremos conocerte —terminé dando un beso cariñoso en donde supuse estaría mi pedacito de estrella creciendo. Luego descansé mi oído en su vientre esperando escuchar un latido de corazón, pero solo pude escuchar el de Ally, siempre emocionado por mí.

Ally enroscó mi cabello en sus dedos mientras me miraba con amor.

—Te mereces el mundo a tus pies —dije a nuestro bebé.

—¿Quieres niño o niña?

—Lo que sea. Lo o la amaré igual —respondí alzándome para besarle. Pero ella cortó el beso para tomar el chocolate de nuevo, y como no podía verla comerlo, porque me excitaba al instante, me levanté de la cama para guardar su ropa en el closet.

No tardé. No era mucha ropa.

—¿Tienen hambre? —le pregunté yendo rápido a la cama para darle un beso infantil.

—Algo.

—¿Pizza?

—Siempre.

Reí entre dientes en lo que iba a la sala para ordenarla; comimos ahí una vez que llegó. Pasamos el resto del día viendo un maratón de películas en Netflix. Evitamos a toda costa las noticias que daban avances de la investigación del accidente. Ambos queríamos olvidar ese momento que pudo terminar en tragedia, y ansiábamos regresar a nuestra importante rutina que ya teníamos antes de todo. Era la mejor manera de seguir adelante.

Ya entrada la noche, nos dimos un baño juntos. Era la primera vez que lo hacíamos, y no me excitó como lo esperaba, porque cada vez que admiraba o tocaba su hermoso cuerpo para lavarlo, me detenía en su vientre y admiraba a nuestro bebé creciendo. Además, la férula estorbaba mucho.

Sin embargo, la abracé por detrás para besar su delicado cuello y sentirla mía. Ella se volteó para hacer ese abrazo desnudo más intenso.

—Seremos padres —le murmuré de camino a sus labios.

—Tampoco lo creo. Pero me alegra que seas *tú* su papá —comentó Ally alzando la mirada.

Sonreí sorprendidamente, también me alegró serlo.

Cuando Mason me dijo que Marlene estaba embarazada de mí, rechacé la verdad cada segundo de esos apáticos días, y me dio tanto miedo la vida que tendría que pasar a lado de dos personas que me harían infeliz. Pero cuando me enteré del estado de Ally, todo fue tan diferente.

Aún era asombroso pero se sentía natural.

No alargamos más el baño y fuimos directos a la cama.

—¿Qué sucede? —me preguntó al mirarle largamente, ya estando en mis brazos.

—No sé qué hubiera hecho sin ti. Te he amado sin saberlo desde que te vi y...

—Matt —me interrumpió, poniendo su dedo en mis labios—, te amo.

La besé apresurado para sentir el poder de ese te amo aun en sus labios.

Fui infinitamente feliz cuando la tuve a mi lado a la hora de dormir. Un sencillo momento para decirle que la amaría y protegería hasta mi último aliento.

Ella ya lo había hecho, ahora era mi turno.

A la mañana siguiente, la visitaron mi hermana, Jenny, y nuestros amigos. Por supuesto Brenda y Josh fueron sacados del grupo, porque aún seguían apoyando a Marlene. Era obvio.

El departamento estaba rebosando de felicidad.

Todos organizaron una comida improvisada para festejar que Ally ya estaba mejor, y que íbamos a ser padres; mi hermana se volvió loca cuando se enteró que iba a ser tía. No me opuse porque también quería celebrar tal evento; sin embargo, les pedí que no la cansaran tanto. Ally aún no se podía mover con facilidad por la operación.

Me gustó ser su enfermero complaciente. Quería agua, corría a traérsela. Quería un beso, corría a dárselo.

—Luke, vas a tener que darme más tiempo para recuperarme —le avisó Ally desde el sillón en cuanto lo vio.

—No te preocupes. Tómame todo el tiempo que quieras —respondió él con gestos complacientes.

—Ally —intervine en la conversación—, hay algo que no te he dicho.

Luke entendió que ya no era bienvenido en la conversación y fue a la cocina con los demás.

—¿Qué? —me preguntó Ally. Golpeteó el lugar junto a ella para que me sentara ahí.

—No renunciaste a la agencia —le revelé torciendo los labios en espera de un regaño. Me senté con su mirada confundida encima—. ¿En verdad creíste que Recursos Humanos había exigido tres semanas de notificación?

—¿Ah, no?

—No. ¿Qué no leíste el contrato cuando lo firmaste?

—Sí, y dice que dos semanas antes debo notificar mi renuncia, pero creí que habían cambiado sus políticas.

Reí sin querer.

—No, la verdad es que no quería que renunciaras. Por eso lo inventé para que lo pensaras mejor. Te iba a dar tres semanas más para que cambiaras de opinión. Si no lo hacías, entonces iba a avisar a Recursos Humanos... Resignarme al fin.

—¡Matt, me manipulaste! —me espetó indignada, aunque vi que se le escapó una sonrisa.

Reí entre dientes con tono ligeramente malévol.

—¿Creíste que iba a resignarme tan fácilmente? No, no cuando se trate de perderte —le aclaré en lo que buscaba sus labios, pero ella apretó los suyos en señal de que no me los iba a entregar fácilmente.

Le supliqué con mi gemido lleno de sexo hasta que se sonrojó, entonces sus labios se relajaron y se abrieron dispuestos a recibirme. Pero en lugar de satisfacerme, suspiré y me separé de ella un poco.

—Otro Matt que se va a la lista.

Saqué el celular, ignorándola un poco, y busqué la nota en donde tenía apuntados todos los besos que me debía, con hora y fecha para que no hubiera reclamos.

—¿En serio los has estado anotando? —me preguntó curiosa, trató de espiar sobre mi hombro.

—¡Sí! Te dije que lo haría.

—¿Y cuánto te debo?

—Mmm, cuatro.

—¿Puedo pagártelos esta noche? —me preguntó al oído, como si fuera un secreto.

Sentí un escalofrío por toda la espalda. Quería voltearme y besarla como jamás lo han hecho, ni siquiera como yo lo he hecho. Pero recordé que aún estaba convaleciente, así que solo me quedó tragar saliva para tranquilizar mis ímpetus.

—Recuerda que no podemos... —respondí. Ally gimió molesta—. Pero eso no significa que tu deuda está olvidada.

“Así que prepárate, dulzura, porque en cuanto el doctor te dé de alta completamente, vamos a tener una noche que nuestra escena del chocolate se va a quedar corta con lo que tengo planeado para ti... Todo ya está listo... Solo espero que los vecinos no llamen a la policía para callarnos.

Ally sonrió nerviosa cuando seguramente recordó el cajón lleno de innecesarios condones que, aun así, fueron la representación de cuantas veces quería hacerle el amor... y una que otra cogida rápida.

Me dejé caer al respaldo y la atraje para abrazarla amorosamente. Cuando besé el tope de su cabeza, al instante me llegaron las deliciosas esencias de su cabello. Olía a ella y a mí, la perfecta combinación. Su aroma me relajaba y el mío me aseguraba que ella siempre sería mía.

Cuando Ally subió la mirada a la mía por algo, aproveché para llevar mis labios a su oído.

—Múdate. ¡No!, múdense conmigo... para siempre —le susurré aun excitado por su aroma.

Después de casi perderla tres veces, la quería a mi lado todo el tiempo. Estaba preparado a darle la vida que siempre hemos querido en silencio. No más espera, quería vivir mi presente y mi futuro con ella... y nuestro bebé.

Noté que su respiración se detuvo asombrada por mi propuesta. La solté un poco cuando quiso que nuestras miradas se encontraran, la suya estaba igual de encendida que la mía. Sus largas pestañas abanicaron lentamente, arrancándome un latido con cada vez. Aun sentía su respiración chocando contra la mía.

—Sí —respondió de camino a mis labios.

¡Increíble respuesta! Ally me arrebató mi promesa con un beso tan lento y sexual que desbocó mis latidos.

—No sabes cuánto agradezco que hayas ido a mi cumpleaños y que hayas bebido... —murmuró.

—¿Te da gusto que me haya emborrachado? —interrumpí confundido.

—Sí porque, irónicamente, te animó a decirme que me recordabas y eso nos llevó a hablar de nuestros sentimientos —respondió mirando mis labios—. Fue el momento más mágico y feliz de mi vida, que me unió a ti.

—Amor, lo hubiera hecho tarde o temprano, con o sin alcohol encima. Solo era cuestión de que estuviéramos solos. La decisión ya había sido tomada... Además, solo fue formalidad porque siempre has sido mía.

—Matt —susurró sonriente de camino a mis labios.

Gemí feliz en su boca.

—¡Matty, te necesito! —nos interrumpió el grito de mi hermana.

—¡Ya voy! —le grité aun en los labios de Ally.

Volvió a gritarme.

—¡Carajo! ¿No puedes esperar un jodido minuto? ¡Ya sabes dónde está todo! —grité a mi hermana molestó porque no me dejaba disfrutar a Ally.

No escuché lo que me respondió Amelia.

—Ve, no voy a ir a ningún lado —prometió Ally con una sonrisa traviesa.

—No. A menos de que quieras desgarrar mi alma que ya está perfectamente unida a la tuya —le aseguré en lo que me ponía de pie.

Ally estaba tan feliz que no le importó que la risa cohibida le lastimara la herida.

La reunión se llevó acabo en la comodidad de la sala. Hubo muchos momentos en donde la felicidad de Ally me hipnotizó. Me agradó verla feliz. Tanto que desde ese momento me propuse que haría todo lo posible diariamente para seguir viéndola resplandecer como una hermosa estrella. Incluso cuando peleáramos, le diría “te amo” al principio para que no temiera perderme al final.

Tal vez si era cierto que la vida era bondadosa conmigo, porque cuando choqué con ella a propósito días antes de que me dejara en ridículo con mis amigos —un secreto que ella no sabe, que la cacé desde que la vi que entró a la universidad a lado de Vera. Jamás le confesaré que todo el tiempo busqué el momento perfecto para conocerla. La idea de que el destino nos unió es más romántica para ambos—, nunca pensé que tenía enfrente a la mujer que me daría un bebé y haría cada uno de mis días memorables.

La amé entonces, la amo ahora.

Siempre la amaré. Siempre será mi estrella.

AGRADECIMIENTOS

A mis escritores favoritos que me han enamorado con sus maravillosas historias. Porque también soy lectora y amo perderme en los mundos de otros. Gracias a ellos he aprendido a liberar mejor mis ideas.

A Ale Peña y Bélgica Cortés Jiménez por su maravillosa amistad y por sus acertados comentarios que me hicieron perfeccionar los pequeños detalles que hacen más maravillosa esta historia. ¡Mucho éxito, amigas!

A Vanessa Velarde, Elisabet Moreno, Melina Rivera, Yennely Pérez y Roxy González. Cada una ha puesto una sonrisa en mi rostro de alguna forma, y las valoro mucho por eso. Gracias por su amistad y apoyo incondicional.

Todos mis lectores son muy importantes para mí, gracias a cada uno (incluyéndote) por aun permitirme robarles unos minutos de sus vidas para que se enamoren de mis historias. Por hacer que estas viajen aún más allá de mi mente. ¡Ustedes les han dado alas!

¡Gracias de todo corazón!

TÍTULOS DISPONIBLES

Trilogía El Despertar

El Despertar
El Renacimiento
La Restauración

Bilogía El Recolector

Fuera de la vida
Revelaciones

Serie Welcome to London

(Todas las historias de esta serie son independientes y pueden leerse sin un orden en específico)

Encuétrame
Espérame

Serie Detrás de la música

Rhys

Novelas independientes

El alma de Dorian

Novelas Cortas

Expiación

Suscríbete a mi **newsletter** para recibir información, promociones y más.

Sitio oficial

<http://www.yunnuengonzalez.com>

Twitter

<http://twitter.com/YunnuenGonzalez>

Facebook

<http://www.facebook.com/YunnuenGonzalezEscritora>

Goodreads

<https://www.goodreads.com/YunnuenGonzalez>

[1] Inglés. Traducción al español: Se acabó, mi querido amigo.

[2] *Look how they shine for you* (Mirá cómo brillan por ti). Verso final de Yellow de Coldplay. Escrita por Chris Martin, Jonny Buckland, Guy Berryman y Will Champion. Lanzada el 26 Junio del 2000.

[3] Inglés. Traducción al español: Se acabó, niña estúpida.